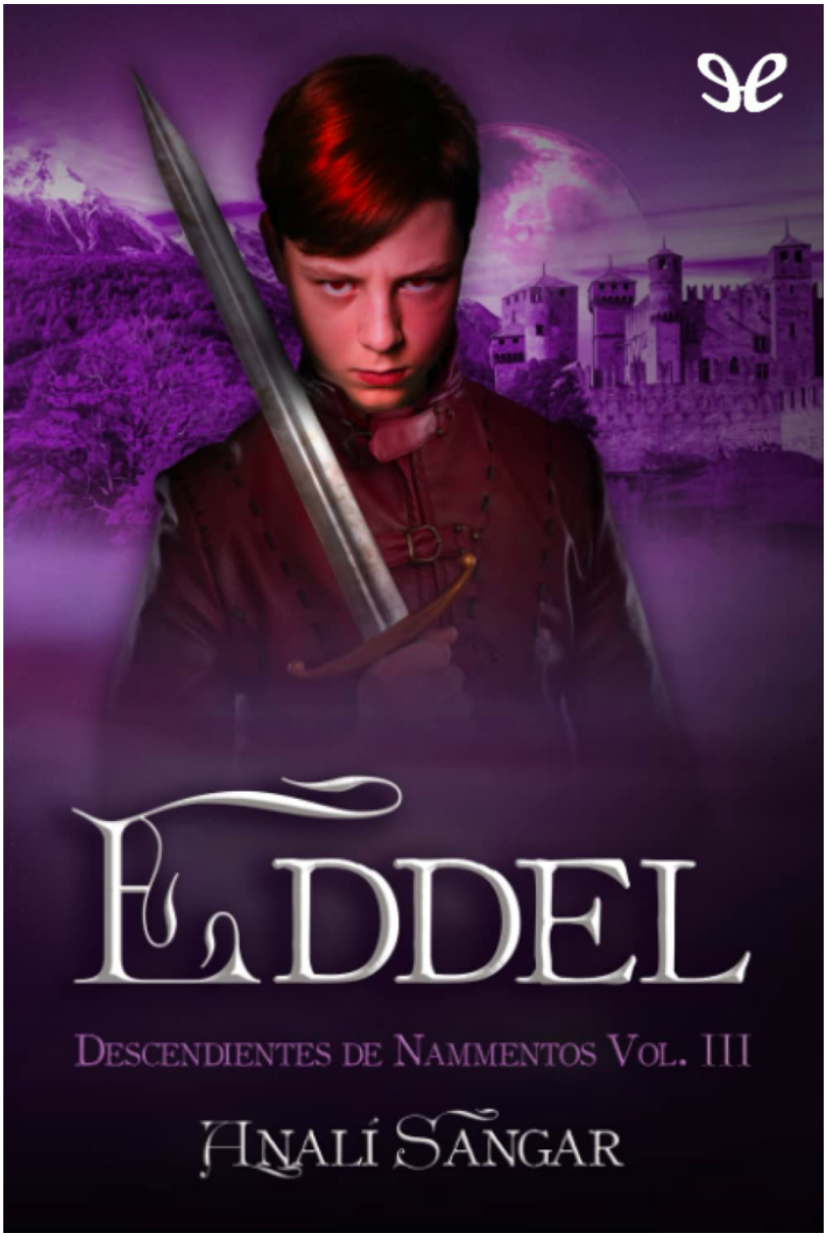
ELDDEL
DESCENDIENTES DE NAMMENTOS VOL. III
ANALÍ SANGAR

Hlín ignora cuál es su cometido en la profecía dictada por los primigenios; el don que le fue otorgado poco o nada aporta a la importante misión que han de desempeñar.

Su miedo es ver sufrir a su familia y perder a los seres que ama. Aunque lo que más le aterra es que el hombre que los comanda pueda hallar la muerte, pues pese a su hosco carácter, ha terminado enamorándose irremediablemente de él.

Adler no teme al vaticinio; su hueste de avezados guerreros y la pequeña legión de bestias que lidera desencadenarán el terror en Eddel.

Su objetivo es conseguir romper el tratado entre enclaves y derrocar a sus gobernantes. Solo ruega a los dioses que la obstinada mujer a la que unió todas sus vidas se ciña a sus órdenes, ya que perderla a ella es la única opción que se niega a contemplar.

Poderosos dones nunca vistos, tres dioses dispuestos a reestablecer el equilibro a cualquier precio, feroces criaturas, actos bárbaros y cruentas batallas, alianzas inesperadas y dolorosas pérdidas, deseos carnales y un amor tan puro como peligroso te esperan en Eddel.

Analí Sangar

Eddel

Descendientes de Nammentos - 03

ePub r1.0
Titivillus 13-05-2023

Analí Sangar, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Katy, McCoy, Yoli, Merche y Chari, mis amados dioses primigenios, por ser tan benevolentes como exterminadores.
Vosotros sois mi equilibrio.
A Conchi, mi Munno personal, por ser la embajadora de esta salvaje tierra.

NAMMENTOS
Picos Muertos
Lomas Blancas
Montes Rojos
Río Lacie
Ciénaga Gris
Pueblo Sur
Pueblo Ode
Cascada
Desierto de Nammentos
Sendiente de Obsidiana
Río Rojo
Enclave Folkenhorst
Bosque de Hayas
Bosque Calavera
Enclave Vorgrimler
Pueblo Salzwera
Eddel

Antes de la primera batalla...

Castillo Vorgrimler (Eddel)

Los angulosos escalones golpeaban sus laxas piernas en el descenso, impidiéndole abandonarse a la atrayente oscuridad que tiraba de él.

«Veintisiete, veintiocho, veintinueve…».

La misma pareja de guardias que la noche anterior fuera en su busca, lo devolvían a rastras sujetándolo por las axilas sin ninguna cortesía.

Su cabeza colgaba inerte y la barbilla le rebotaba en la parte superior del pecho con cada peldaño que dejaban atrás.

«Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco…».

Incapaz de despegar los párpados siquiera en una fina rendija, invertía la escasa energía que ese cerdo no había logrado robarle en contabilizar mentalmente cuánto faltaba para llegar al único lugar en el que podía respirar un mínimo de libertad.

«Cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete…».

Ansiaba con todo su ser escuchar el familiar chirrido de los goznes de la robusta reja y que lo lanzasen, cual insignificante saco de heces, a la fría piedra de su celda. Y lo ansiaba para así poder rendirse a esa anhelada oscuridad, arrullado por los sedativos brazos de su abuela, y que el orgullo y el honor pisoteados, junto con el sufrimiento físico —resultado de la brutalidad que ese desalmado había empleado con él—, dejasen de doler al menos durante el tiempo que se abandonase a la inconsciencia.

«Cincuenta y dos, cincuenta y tres y cincuenta y cuatro».

Al fin…

Exhaló un aliento exiguo en cuanto los empeines de sus pies dejaron de padecer los embates de los irregulares cantos de los escalones y las punteras de sus desgastadas botas fueron su único contacto con el mohoso empedrado del corredor. Las veces que lo devolvían a las mazmorras en tan lamentable estado, incluso el nauseabundo hedor que se colaba por sus fosas nasales le resultaba

grato.

Había transcurrido más de una estación desde que diera comienzo aquella pesadilla, tiempo de sobra como para que hubiese asumido el triste sino que los dioses habían dispuesto para él; sin embargo, Tỳr no era capaz de aceptarlo.

Cierto era que aquellas sesiones se daban de forma espaciada y que, entre una y otra, conseguía reponerse casi por completo. Claro que solo las huellas externas desaparecían en ese intervalo de tiempo, no así las inapreciables a la vista. Y eran justo esas que el ojo humano no podía detectar las que verdaderamente lo inquietaban, pues la sombra carente de rostro que desde su más tierna infancia supo agazapada en un rincón de su interior y que siempre se mantuvo tranquila, ya no lo estaba.

No, Tỳr era muy consciente de cómo esa sombra anónima e informe se nutría de las insanas emociones que lo asaltaban cada vez que era subyugado, creciendo y ganando más y más solidez, más y más consistencia, hasta el punto de sentirse, en ciertos momentos, asfixiado por ella. Fuera lo que fuese aquello enraizado en sus entrañas, al igual que fortalecía su maltrecho espíritu, también lo acobardaba. Porque la sospecha de que su naturaleza no era del todo humana iba afianzándose con el paso de los días.

¿Qué sería *eso* que coexistía con él y, extrañamente, parecía complementarlo?

¿Y por qué se estaba haciendo notar justo ahora y no antes?

No era la primera vez que se hacía esas preguntas en aquellos largos meses que habían transcurrido desde que lo apresaran a orillas del Rötlich, mas no lograba encontrar una respuesta coherente que lo ayudase a entender.

Suspiró.

El solo hecho de pensar lo agotaba.

—¡¡¡Hijos de mil rameras!!! ¡¡¡Juro por la Madre que os mataré!!! ¡¡¡Os mataré a todos y me bañaré en vuestra podrida sangre, desgraciados hijos de perra!!!

Tỳr fue incapaz de hallar residuo alguno de fuerza para girar el cuello hacia la celda que ocupaba su padre cuando lo arrastraban frente a esta. Y le habría gustado poder mirarlo a los ojos, aunque fuese un fugaz instante, pues solo entonces, por dura que la situación les resultase a ambos, parecían resarcirse en parte de lo

que por tantos años les fue negado. Porque los ojos de Nils, por airados que brillasen al conectar con los suyos cuando la guardia lo llevaba o traía, encerraban el amor y el respeto de sus recientemente descubiertos lazos familiares. Unos que fueron cortados hacía más de doce años.

Pese a que Tỳr no albergaba dudas de que su progenitor había perdido hacía mucho la cordura y la mayoría de historias que le había narrado a voces eran desvaríos de su trastornada mente, los pocos retazos lúcidos que había compartido con él, de cuando vivía junto a su madre en Nammentos, avivaban su moribunda alma.

Pero en esa ocasión se sentía tan roto física y moralmente que ni hizo el intento de cruzar una rápida mirada con él a través de los barrotes, bien fuera porque la vergüenza de verse reducido casi a un despojo le pesaba como nunca o porque la tortura de esa noche superaba con creces las sufridas con anterioridad, no lo sabía con certeza.

Con el eco de las maldiciones que brotaban hiladas unas a otras de la garganta de su padre, llegó el familiar chirrido de los goznes y, tras este, su cuerpo al fin impactó de cara contra el frío suelo de piedra.

El líquido espeso y caliente que resbaló hasta la comisura izquierda de su boca le hizo saber que el golpe había reventado su nariz, si bien no pudo importarle menos, ya que unidos al rítmico y contundente paso de la pareja de soldados en su retirada, vinieron los tan deseados brazos de su abuela Nadja que, con inmensa ternura, le acomodó la cabeza en su regazo.

Tỳr pudo por fin dejarse vencer por esa bendita oscuridad que, mientras duraba, lo transportaba a su feliz niñez en la cabaña al norte de bosque Sauce; no obstante, era consciente de que esa felicidad fue antes de que sus vidas se viesen truncadas. Antes de que él y su abuela fuesen privados de toda libertad y sus dos amadas hermanas devoradas por las mismas criaturas que, doce años atrás, engulleron el brazo diestro de su progenitor y acabaron con la vida de su joven madre.

Despertó empapado en un sudor helado que hacía que le castañetearan los dientes.

Su desenfocada visión se clavó en el techo de roca y parpadeó repetidamente tratando de ajustarla.

Se hallaba tumbado de espaldas en la fría piedra, cubierto por la cobija sucia y raída que cada noche compartía con su abuela. Tragó y un gemido quejicoso escapó de entre sus resecos labios al sentir la pastosa saliva como un millar de cuchillas deslizarse por su tráquea. Claro que no era de extrañar que tuviese la garganta en carne viva después de lo mucho que había gritado cuando…

¿Cuándo? Ignoraba el tiempo que había estado sumido en la inconsciencia, aunque debía de haber sido mucho a tenor del desespero que transportaban las hoscas demandas de su padre.

—¡¡¡Nadja, háblame!!! —lo escuchó exigir con voz potente—. ¡¡¡Dime algo de una maldita vez!!!

—¿Qué tal te encuentras?

Giró el cuello con lentitud hasta enfocar el arrugado rostro de la mujer que lo había criado, sentada junto a él, al fondo de la celda, con la espalda apoyada en la pared.

La sonrisa que ella le dedicó, nada más sus ojos hubieron conectado, no ocultó el enrojecimiento e hinchazón en los bordes de sus párpados.

—Ahora mejor. —Su extrema ronquera lo llevó a tragar de nuevo, queriendo hacerla desaparecer para aparentar más fortaleza.

Bastante tristeza arrastraba ya su vieja abuela como para incrementarla. Era por eso que no le había ofrecido una respuesta más amplia, ya que hacerlo habría implicado mentirle, en vista de que se encontraba peor que nunca.

Se sentía arder por dentro, sin embargo, sus temblores y la capa de gélido sudor que lo cubría daban a entender lo contrario.

Nadja agarró un cuenco de negruzco metal que reposaba a su lado en el suelo y, elevándole la cabeza con la mano libre, lo instó a que bebiese. Y él lo hizo, disfrutando de cómo el fresco líquido atemperaba el abrasante flujo que lo recorría.

—¡¡¡Nadja, maldita sea, dime al menos que respira!!!

Tỳr fue incapaz de no esbozar una leve sonrisa ante la airada preocupación del hombre. En esos meses de encierro, había llegado a acostumbrarse a su tono áspero y por norma malhumorado y, pese a todo, le agradaba.

—Anda, abuela, ve y dile que estoy bien antes de que vuelva a desencajarse el hombro de su único brazo útil intentando arrancar los barrotes.

Ella le regresó la sonrisa al tiempo que, no sin esfuerzo, se ponía en pie.

La vio aproximarse, renqueante, a la puerta enrejada y apretó con fuerza la mandíbula hasta que sus dientes rechinaron; la humedad de los calabozos estaba agravando la dolencia de sus huesos y cada día que pasaba sus movimientos eran más limitados.

Fijó de nuevo las pupilas en el techo de roca al notar que los ojos se le aguaban.

Tỳr presentía que, de no ser por él, su anciana abuela ya se habría dejado llevar por la muerte.

Suspiró con debilidad.

Posiblemente era un egoísta, sabiendo como sabía que ella hallaría una más que merecida paz en el descanso eterno, mas se negaba a aceptar su ausencia indefinida.

—Ha despertado hace un instante. —La oyó informar a su padre —. Tiene algo de calentura; nada que su heredada fortaleza no pueda vencer.

—¡¡¡Por todos los dioses, mujer, ya era hora de que te dignaras a manifestarte!!! ¡¡¡No entiendo esa manía tuya de ignorar mis preguntas cuando estoy seguro de que mis voces pueden escucharse incluso en Nammentos!!!

—Ahí te doy la razón, Nils: gritas demasiado, y, cuando lo traen, lo que menos necesita tu hijo son tus graznidos y sí que respetes su descanso —le espetó ella como tantas otras veces.

—¡¡¡Y yo un mínimo de paz que tú te niegas a proporcionarme por pura cabezonería!!! ¡¡¡No puedo verlo, maldita sea!!! ¡¡¡No estoy ahí con él!!!

Desde que Nils les revelase el parentesco que los unía, a los pocos días de que Egon se colase a hurtadillas en las mazmorras del castillo hacía ya más de una estación, no habían dejado de mantener largas y entretenidas conversaciones a través de los barrotes. Y era por la ausencia de las mismas que el hombre sonaba tan alterado, ya que Tỳr solo guardaba silencio aquellos días en los que, después de haber sido reclamado, no tenía energías para algo que no fuese llevar aire a sus pulmones; justo los mismos días en los que su padre daba rienda suelta a su naturaleza de Heraldo y pagaba su más que obvia frustración con su vieja abuela, que sabiamente había aprendido a escudarse de sus escasos modales y

siempre terminaba aplacando el hosco carácter que lo dominaba.

—Tranquilízate, guerrero —le decía ella en ese momento con voz templada—. De sobra sabes que velo por él y que haré cuanto esté en mi mano por que se recupere, y eso incluye el ignorarte para que pueda descansar.

A los oídos de Tỳr llegó el sonoro y resignado resoplido de su padre.

—Lo sé, vieja. Créeme que lo sé. Pero no puedo evitar que la furia se haga dueña de mí desde el mismo instante en el que vienen a buscarlo. No puedo evitarlo, Nadja —confesó en un lamento entrecortado.

—Nadie mejor que yo te entiende —trató de consolarlo ella—. Ni a nadie más que a mí le gustaría que hicieses reales cada una de tus amenazas.

—Espero con anhelo el día en que los primigenios me permitan vengarme, porque te garantizo que mi deficiencia no me detendrá a la hora de cumplir mis palabras. Y ese día llegará, anciana —remarcó con rotundidad—. Y cada cuello que rompa con mi única mano será un regalo que en silencio te ofreceré por… Por todo lo que has hecho y haces por él. Por todo lo que hiciste por ellas desde que mi amada Antje te rogó que te las llevaras.

—No las des aún por muertas —lo reprendió Nadja.

Tỳr se evadió del diálogo cruzado, que estaba tomando el rumbo del que tantas y tantas veces había sido oyente, y se dejó embaucar por la dulce voz que comenzó a escuchar en su cabeza.

El cántico le resultaba tan gratamente familiar que trató de ubicarlo en sus recuerdos sin conseguirlo, ya que, de una extraña forma, lo sentía parte de él. O, siendo más exactos, era como si él mismo formase parte de esa atrayente melodía; un pensamiento del todo irracional, bien lo sabía, mas prefería dejarse seducir por la cándida tonalidad que ondulaba en su mente que oírles de nuevo intercambiar frases esperanzadas acerca de esa absurda profecía que, según su progenitor, antaño dictaron los primigenios, en la que tanto él como sus hermanas estaban destinados a desempeñar un importante papel.

Sus hermanas…

La garganta se le cerró al saberlas de un modo certero muertas pese a no haber visto sus cadáveres.

Todo lo que rodeaba a ese estúpido vaticinio eran meras supercherías de vieja en las que Tỳr no creía; no tanto así su abuela, que había hecho suyos los desvaríos de su pobre padre y sostenía que Hlín y Sigyn aún se mantenían con vida. Y por la ilusión que traslucían ambos cuando debatían aquel despropósito de dioses justos y dones otorgados, era que se reservaba darles su opinión. Porque, mal que le pesase reconocerlo, a la vista estaba que su progenitor hacía muchos años que había perdido la cordura a causa de su encierro. Y su abuela… Su querida abuela más pronto que tarde cerraría sus arrugados párpados para no volver a abrirlos jamás. Razones de aplastante peso como para atreverse a destruir las míseras esperanzas que albergaban los dos únicos seres amados que le quedaban; prefería que ellos siguiesen soñando aunque fuese con imposibles.

Con el sonsonete del diferente timbre de sus voces de fondo, cerró los ojos y se dejó inundar por aquellas notas tan ajenas y, a la vez, tan inherentes a él, que le acariciaban las sienes.

Exhaló un suspiro tiritado y sus dientes castañearon con redoblada celeridad conforme el flujo ardiente e informe que lo recorría se tornaba calcinante.

Se agitó bajo la cobija, sintiendo los fríos y curvos dedos del miedo ciñéndose a su nuca, y necesitó más que nunca que los sanadores brazos de su abuela apaciguaran aquel creciente calvario.

Intentó incorporarse, si bien los temblores que lo sacudían y ese fuego que corría entremezclado con su sangre no se lo permitieron.

—A… Abuela —pronunció a duras penas, fijando sus negros ojos en los barrotes donde ella se apoyaba—. Abu… Abuela —insistió con voz endeble.

Nadja se giró al escuchar la débil urgencia en el tono de su nieto y su habitual gesto tierno demudó a uno de supremo terror.

—Por la Madre —musitó visiblemente conmocionada—. ¡Tỳr! —gritó, abalanzándose hacia él con tal premura que sus huesos parecían los de una joven y sana muchacha.

—¿Nadja? ¡Nadja, ¿qué sucede?!

La anciana hincó las rodillas en el suelo y enmarcó sus mejillas con manos temblorosas.

—Tỳr, cariño, aguanta. Lucha por mí.

—¡¡¡Nadja, maldita sea, ¿qué demonios le ocurre a mi hijo?!!!

El bramido de Nils vino acompañado por la protesta del enrejado de su celda al ser zarandeado con furia, mas ella en ese momento no podía atender al mortificado guerrero. No cuando su querido niño se le moría en los brazos.

—Abuela, haz que pare el… dolor —bisbiseó sin apenas energía.

Un torrente de lágrimas bañó las avejentadas mejillas de la anciana ante la certeza de que nada podía hacer por él. ¡Nada! Ese desgraciado sin alma se había excedido en aquella ocasión y las consecuencias eran irrevocables. Su nieto ardía, la piel de su rostro le quemaba las palmas.

—¡¡¡Nadja, te lo suplico, dime algo!!!

Pese a que la potencia en la voz del hombre fue la misma, esa vez contenía un marcado matiz de ansiedad enraizado en la derrota y Nadja no pudo más que apiadarse de él y sacar fuerzas para comunicarle la nefasta noticia.

—¡Se muere, Nils! —le confesó en un chillido desesperado—. ¡Tiene un sangrado interno y nuestro niño se muere!

Silencio.

Durante unos largos instantes, tan solo sus sollozos se escucharon en el corredor de las mazmorras.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó el Heraldo sin apenas ímpetu—. ¿Por qué estás tan segura de que mi hijo no va a superarlo en esta ocasión?

La anciana advirtió el miedo en el vibrante timbre de voz del guerrero.

Miedo a lo que ella respondiese.

Miedo a que su afirmación fuese real.

Y lo era. Por mucho que le doliese admitirlo, Tỳr esa vez no iba a superarlo.

—Sus fiebres son muy altas, pero si estoy convencida es por sus ojos —le explicó entre balbuceos, sin ser capaz de detener el llanto —. Porque donde siempre hubo negro, ahora está teñido de rojo.

—¡¡¡Que unas cuantas venas inyecten sus ojos en sangre puede deberse tanto a las calenturas como a haber pasado la noche anterior en vela sufriendo a ese miserable, y tú, como sanadora, tendrías que saberlo mejor que nadie!!! —vociferó él, haciendo que el enrejado se quejase de nuevo.

Ella negó con pesar, aunque Nils no pudiese verla. El guerrero

no la había entendido, ya que no se trataba de unas pocas ramificaciones ensuciando el blanco, sino que sus iris se habían vuelto completamente rojos, lo que solo podía deberse a un sangrado en el interior de su cabeza. Uno irreversible y letal.

A Nadja se le cortó la respiración cuando el cuerpo de Tỳr cesó abruptamente de convulsionar y sus espeluznantes ojos escarlatas quedaron fijos en el techo.

Inspiró en profundidad, sacando fuerzas de donde no las había para trasladar al guerrero la aciaga noticia de que su niño los había dejado.

Con el corazón hecho trizas, depositó un dulce beso en su frente perlada de sudor; se puso en pie y le dio la espalda al laxo cuerpo del muchacho para encaminarse a los barrotes, a los que se aferró con ambas manos para no desfallecer.

—Nils —lo llamó, notándose la garganta estrangulada por la tristeza—. Tỳr nos ha deja…

Un rugido inhumano hizo que los sólidos muros del castillo se tambaleasen como si estuviesen hechos de barro, lanzándola de espaldas al suelo de piedra.

—¡¡¡¿Qué demonios ha sido eso?!!! —Escuchó bramar al guerrero.

Jadeante y aterrorizada, se incorporó a duras penas sobre los codos y giró el cuello para mirar a su nieto, con la férrea convicción de que ese rugido infernal había emergido de él. Uno tan atronador y de tal magnitud que era imposible que perteneciese a un mortal.

Capítulo 1

Adler me miró con fijeza.

—La misión de la niña no es proteger a tu hermano, sino salvaguardar de su ira a todos los mortales que merezcan ser salvados. —Lo vi inspirar con fuerza—. Spatz está destinada a aplacar al espíritu de la guerra; es la única con el poder de contenerlo. Ella es la custodia que los primigenios han elegido para el Descendiente que no solo será el mejor guerrero que nadie haya visto, sino también el más temido que jamás se haya conocido.

Mentía.

Lo que él afirmaba no podía ser cierto, aunque sus ojos de invierno rebosaran sinceridad.

No, no y no.

Era un maldito embustero. Spatz no podía ser la sölken que los primigenios hubiesen elegido para mi hermano, ni Tỳr la abominación de la que hablaba.

Ese salvaje del demonio no tendría que otorgarle veracidad alguna a esa estúpida magia antigua a la que Torsten había hecho referencia, ni mucho menos creer que la niña estuviese predestinada a aplacar la supuesta ira de mi querido hermano.

Tỳr no era ningún monstruo. No era el despiadado ser que él describía.

—¿Guerrero? ¿Temido? —le espeté—. ¡No digas bufonadas, Adler! ¡Mi hermano solo sabe trepar a los árboles y hacernos padecer a la abuela y a mí con sus escapadas! ¡A Tỳr nadie lo enseñó a usar las armas!

—El de cabellos de atardecer. El vengador y más letal…

Quise gritarle a Spatz que se callase, que dejara de entonar ese cántico que me aporreaba las sienes y disparaba mi pulso. Quise desprenderme tanto de esa odiosa melodía que se había instalado en mi cabeza desde aquel sueño que tuve en bosque Cascada como de la pegajosa capa de terror que se había abrazado a mi cuerpo nada más Adler dio voz a esas palabras.

—Tampoco es necesario si tenemos en cuenta que ha sido

elegido para ser portador de la sangre de los que sirvieron bajo las órdenes del Señor del Exterminio, porque puede que los Fronterizos sean los descendientes directos de ese pueblo, si bien es Tỳr quien ha heredado la fuerza que antaño tuvieron. Y no lo digo yo, lo dice la maldita profecía —siseó, haciéndome enmudecer.

Lo que Adler afirmaba era irrefutable por más que tratara de negármelo. Él tan solo estaba dándole sentido a lo que antaño escribieron los Tres y justo por eso me sentía tan aterrada.

No quería aceptar que el futuro de Eddel y el de Nammentos, el futuro de todos nosotros, dependiera de que la pequeña fuese capaz de contener la sed de venganza y las ansias de destrucción que pudiesen anidar en Tỳr. Porque, si Adler no se equivocaba, prefería mil veces el don inútil que me había sido concedido a transformarme en el monstruo en el que mi hermano estaba destinado a convertirse.

Mi amado hermano…

—*El de cabellos de atardecer. El vengador y más letal.* —«El vengador y más letal, el vengador y más letal, el vengador y más letal…». La tristeza se concentró en los bordes de mis párpados, densa y desoladora—. El momento ha llegado.

Mis ojos se abrieron desorbitados, aunque no fueron los únicos.

La voz de Spatz, carente de melodía alguna que la acompañase, como nos tenía acostumbrados, me robó el poco aliento que contenía en los pulmones.

—Spatz, has… Tú has hablado —balbució Fuchs en una mezcla de asombro e incredulidad idéntica a la que yo experimentaba. A la que experimentábamos cuantos la rodeábamos.

—Es el momento de mi príncipe —expresó ella de forma clara con los ojos brillantes anclados en la otra orilla y exhibiendo una amplia sonrisa, ajena a la repercusión que sus dos cortas frases nos habían causado.

Un grito primitivo, tan agónico como colérico, que hizo temblar la tierra bajo nuestros pies, emergió de más allá de bosque Sauce, de la dirección donde se ubicaba el pueblo.

—Ese es el bramido del que te hablé. —Adler giró el cuello ante mi despavorido timbre de voz y buscó mis ojos—. Ese descarnado rugido fue lo que me despertó en bosque Cascada. Es real, Adler —le dije con absoluta desesperación, notando cómo la capa de

pegajoso miedo que me envolvía se ceñía más y más a mi cuerpo, cortándome la respiración—. Los Vorgrimler tienen un monstruo en el castillo…

—Él ha despertado.

Ambos miramos a Spatz, que se veía radiante de felicidad.

Ella sonreía. Sonreía esplendorosa y yo no llegaba a adivinar el porqué.

Cuando Adler fijó de nuevo sus pupilas en la mías, una gélida lengua de terror comenzó a lamer mi columna.

—Lo que acabamos de oír no es ningún monstruo, Hlín. Es el don de Tỳr. La sangre de los que perecieron antaño ha despertado.

Sentí que la gélida lengua de terror ascendía por mi espalda en húmedas y lentas pasadas hasta instalárseme en la nuca.

No podía ser verdad lo que él decía, ya que, de serlo… De serlo, mi querido hermano ciertamente era un ser que no pertenecía a este mundo. Tal vez no fuese el monstruo que yo había interpretado tras mi sueño en el campamento de los Moradores del Agua, pero sí el que esos malditos dioses habían creado cuando le otorgaron el don.

Y ahora había despertado…

—¡¡¡Nooo!!!

El torturado grito de Fuchs me arrancó de mis nefastas cavilaciones con un sobresalto.

—¡¡¡Spatz!!!

Un puño de dedos curvos se apretó a mi pecho cuando Adler vociferó su nombre.

«No, no, no, no», se repitió en mi cabeza al tiempo que las lágrimas rompían su dique y resbalaban, libres, por mis mejillas.

Un horrible syldeur se la llevaba. Se llevaba a nuestra niña.

—¡¡¡Regresa, maldita bestia!!! ¡¡¡Te ordeno que regreses!!!

La criatura ignoró el autoritario mandato de mi hermana y continuó batiendo sus alas arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo…

—¡El syldeur no te obedece! —clamó mi compañero, preso de un pánico tan crudo como el que yo misma sentía—. ¡Exígele a su reina que lo haga volver!

El torrente de mis lágrimas se intensificó, porque, tras el bronco imperativo del líder, traslucían la impotencia y la desesperación del hombre. Del que con tan solo trece años se enfrentó a la guardia de

Ebene para liberar a un muchacho esclavo y arrebató la vida a una bestia que lo doblaba en tamaño para salvar a una niña de cabello blanco a la que no conocía…

El que hacía un lustro había arrasado una taberna en Öde por proteger a una mujer que nunca había visto y cargó sobre su hombro a un joven moribundo tras vengarlo de sus agresores…

El mismo que había comprado en un mercado a Spatz para librarla de los abusos y renunció a su vida nómada por ofrecerle estabilidad…

El que se lanzó sin dudar al rescate del Erizo en Pantano Gusano y me suplicó en el poblado Fronterizo que dejase caer mi daga porque no quería tener que odiarme cuando estaba comenzando a quererme…

Un sollozo estrangulado trepó por mi garganta, abrasándola a su paso.

Adler… El temido Hombre de Hielo que amaba a los suyos muy por encima de sí mismo sin que nadie le hubiese enseñado a hacerlo.

—¡Es la maldita reina quien se la ha llevado! —Escuché gritar a Sigyn con la voz rota.

—Hay que actuar rápido, Adler —lo urgió Hyäne, sin rastro alguno de ese habitual tono burlón que tanto detestaba y que, por el contrario, en ese momento habría agradecido.

Que aquel arrogante *siamés* de lengua larga y viperina no se mostrase despreocupado, me aterró hasta el extremo.

Me aterró él.

Él y el palpable desconcierto en los preocupados rostros de los guerreros…

Él y la devastada y suplicante voz de Fuchs llamando a su pequeño Gorrión…

Él y los desgarrados gritos de Löwin a mi espalda…

Él y la máscara de frialdad que cubrió las facciones de Adler ante sus palabras…

—¡Tenemos que llegar a la fortaleza cuanto antes!

Una orden.

Una orden sin ser directa y que, sin embargo, todos acataron, lanzándose a las oscuras aguas del Rötlich tras él.

Guerreros y bestias se catapultaron de cabeza al río a la par que

los alados abandonaban las ramas de los luminiscentes árboles que poblaban Luciérnaga y salpicaban el cielo con sus cenicientos cuerpos, como feas manchas móviles sobre un lienzo violeta intenso.

En cambio, yo era incapaz de moverme. Sentía mis pies enraizados en la tierra como si quisieran enterrarse en ella.

—No te separes de mí, forastera.

Los dedos de Katze se cerraron en torno a mi brazo un instante antes de que mi cuerpo se sumergiera en las frías aguas.

Atrapé una honda, hondísima bocanada de aire cuando logré sacar la cabeza a la superficie, notando las primeras punzadas en la piel, tan gélidas como el aliento de la muerte.

—¡Muévete, Hlín! —me apremió Egon, adelantándome a nado por un costado, con el arco y el carcaj afianzados a su espalda—. ¡Bracea con todas tus fuerzas y no dejes de hacerlo hasta alcanzar la orilla!

Y lo hice.

Era eso o morir congelada.

Ignorando los cada vez más incesantes aguijonazos, y tragándome el miedo y la desesperación, comencé a bracear con energía, siguiendo las espumosas estelas de Egon y Katze.

Y seguí braceando sin sucumbir a la extenuación cuando los calambres se hicieron dueños de mis extremidades y a mis pulmones entraba más líquido que aire.

Y no me detuve hasta agarrar entre mis puños los juncos que poblaban la orilla este del Rötlich, jadeando como un animal moribundo y a punto de vomitar las entrañas.

Capítulo 2

Adler

La tierra que pisaba no se sentía distinta a Nammentos bajo las suelas de mis botas; sí lo hacían, en cambio, los árboles que se alzaban frente a mí y que mis ojos contemplaban por primera vez.

Sauces.

Agrupaciones de diversas familias de sauces conformaban aquel extenso bosque que parecía no tener fin.

Mis molares rechinaron.

«Mierda».

La ira bullía, abrasadora, en mi interior y era prioritario que la contuviese. Necesitaba tener la mente fría para poder hallar el modo de llegar hasta Spatz con prontitud. Había dejado de ver su pequeña silueta en el oscuro cielo y mi desesperada imaginación no hacía sino fraguar los más desalentadores escenarios.

Me obligué a bloquear cada uno de aquellos nefastos pensamientos y miré por encima de mi hombro, comprobando que tanto guerreros como bestias iban arribando a la orilla.

Fijé de nuevo mis pupilas en bosque Sauce y me contuve para no gritar.

¿Cómo se suponía que íbamos a llegar a Pueblo-Condado a tiempo de salvaguardar su vida cuando era malditamente imposible reducir la distancia que nos separaba? ¿Cómo pretendían los dioses que liderara aquella demente empresa cuando habían consentido que ese ser de los infiernos me arrebatase a uno de los míos sin siquiera haberla iniciado? ¿Y para qué demonios otorgarle tan poderoso don a Sigyn si había sido incapaz de impedirlo?

Unos húmedos y fríos dedos se enlazaron a los míos e inspiré en profundidad con la vista clavada en los altos árboles que arrancaban de la tierra a unos pocos cuerpos de distancia de la orilla.

Supe que era Hlín quien me había tomado de la mano, mas no giré el cuello para mirarla.

No podía.

Mal que me pesase reconocerlo, por primera vez en mi vida no tenía plan alguno de actuación. Y necesitaba tenerlo. Era imperante que diese con una solución.

—Los últimos hombres ya cruzan a nado el río. Pronto alcanzarán la orilla —me informó con voz débil y fatigosa. Asentí por toda respuesta, pues nada útil tenía para decir—. ¿Qué observas? —La escuché preguntarme.

—Tu amado bosque —admití en un susurro, presionándole los dedos con ligereza—. Cuando apareciste aquellas primeras veces en mis sueños, no reparé en él.

—¿En su belleza?

Bosque Sauce era bello, eso no podía discutírselo, si bien no era su variado esplendor lo que acaparaba mi atención.

—En cómo atravesarlo en el menor tiempo posible.

—Entiendo.

Ante su dilatado silencio, giré el rostro y la miré.

Hlín contemplaba con el ceño levemente fruncido aquellos árboles que la habían visto crecer. Los syldeurs habían tomado las altas copas de los que delimitaban la linde y, a nuestra espalda, el chapotear en las aguas del Rötlich se oía a cada instante más lánguido, lo que significaba que más pronto que tarde todos mis guerreros lo habrían cruzado y esperarían mis órdenes. Y yo no contaba con una sola que darles.

De pronto, me sentí agotado. Vencido. Sin las fuerzas suficientes para erigir mis escudos y volverme para hacerles frente.

—Ese grupo que se alza allí —señaló ella de improviso, acaparando mi atención— son sauces llorones y miden alrededor de quince cuerpos. Su nombre se debe a sus ramas colgantes y flexibles, que casi acarician la hierba, y en las estaciones más cálidas se pueblan de flores tan amarillas como los rayos de Tzonne.

»Aquellos de tronco fino y no más de diez cuerpos de alto son sauces morados. Los más numerosos del bosque. Los árboles de Munno.

»Los de hojas plateadas son sauces blancos —señaló entonces una pequeña agrupación de cinco—. Son los que menos abundan y los que más aprecia mi abuela por los múltiples beneficios de su corteza. Ya os hablé de ellos a ti y a Ratte cuando ella curaba la

herida en tu abdomen tras dejar atrás el bosque de Huesos, ¿recuerdas? —Afirmé con un golpe de cabeza, mas no lograba entender el porqué de la explicación que estaba compartiendo conmigo, aunque dejé que prosiguiera—. Y los que se alzan en primera línea son sauces negros, los guardianes de mi querido bosque. Poseen mayor altura que el resto y un tronco más recio; bordean Sauce como regios centinelas, protegiendo de las inclemencias del tiempo a los débiles sauces morados con su oscuro y espeso ramaje. De ahí que los syldeurs hayan invadido sus ramas, pues han sabido reconocer su silenciosa autoridad y su inigualable fortaleza. —Giró el cuello y ancló sus ojos a los míos—. Sé un sauce negro, Adler.

Plegué las cejas, contrariado por su incoherente petición.

—Que sea un sauce negro… —no fue una pregunta.

—Justo es lo que te pido. —Asintió con rotundidad—. Siempre lo has sido, pero en este momento sería bueno que tomases conciencia de ello.

Resoplé por la nariz al no ser capaz de entenderla.

Mujer exasperante.

—No estoy para acertijos, así que di lo que tengas que decir; de lo contrario, haz por guardar silencio y déjame pensar.

Sus ojos crepitaron y sus labios se convirtieron en una línea tirante.

—Mira a tu espalda y dime qué ves, salvaje sin modales —me exigió sin disimular su enfado.

Lo hice. Miré por encima de mi hombro intentando comprenderla.

Mis guerreros escurrían en apretados puños el exceso de agua de las pieles que cubrían sus cuerpos y las bestias sacudían sus pelajes con brío.

Al no hallar respuesta alguna a su demanda, expulsé el aire por la nariz con disgusto antes de volver a centrar mis ojos en ella.

—Explícate, mujer. Y deja de tentar a la suerte agotando mi paciencia.

Su gesto hostil se intensificó.

—Ellos representan lo que Sauce. —Acompañó aquella insensatez señalándolos con un rígido dedo—. Son como los árboles, hombre obtuso. Son lo que es el bosque; unos más fuertes

que otros; unos más ágiles que otros, pero todos con cualidades propias. Los hay que son certeros con la espada y los que lo son con el arco. ¡Oh, *gran* Adler! —ironizó consiguiendo que me envarase —. Y también los hay más débiles, como mi hermana o yo. Como lo es Spatz —siseó esto último, contrayendo los labios—. Así que sé un maldito sauce negro. Sé el custodio que los dioses eligieron, el líder que todos esperamos, y aprovecha la pequeña legión de bestias con la que tuviste a bien hacerte. —Aproximó su iracundo rostro al mío —. Reacciona de una buena vez.

Sonrojada. Jadeante. Preciosa y combativa como nunca. De ese modo la vieron mis ojos al acusar el impacto de sus duras palabras y lo que con ellas trataba de hacerme entender.

—Soy humano, Hlín —dejé ir con rabia, consciente de lo desarmado que me sentía y ella había podido intuir.

Su intención había sido la de aportar algo de luz a la oscuridad que parecía engullirme y a mi incapacidad para actuar.

—Lo sé —concedió, acunándome la rasposa mejilla con la mano que no tenía enlazada a mis dedos—. Pero una vez, cuando nos encontrábamos en el bosque de Hayas, te soñé arrodillado y vencido y odié esa visión de ti. —Tragó con esfuerzo—. En este momento estás en pie, mas te siento de igual modo. Y tú no has nacido para dejarte vencer sin antes haber peleado… Tú has nacido para liderar, para imponer tu autoridad desde tu trono de hielo. Yo te veo, ¿sabes? Veo al mismo hombre que conocí en Nammentos, aunque esta tierra sea otra. Veo al frío y letal guerrero del que me enamoré, así que sé un sauce negro, te lo ruego.

La comisura izquierda de mi boca se elevó al reparar en el temblor de su barbilla y el vibrante brillo que habían adquirido sus iris negros, y no porque me complaciese ser testigo de su sufrimiento, sino por haberme recordado que yo era un guerrero. El sölken que los primigenios le eligieron. Un líder capaz de aunar clanes y de hacerse con una hueste de criaturas del infierno.

Ciñéndola por la nuca, la atraje a tan solo un aliento de separación de mi boca.

—No temas por mi entereza, mujer, pues no será a mí a quien veas hincado de rodillas, sino que seré yo quien haga que dos tierras divididas hasta ahora se postren a tus pies.

Atrapé sus labios entre los míos en un beso tan fiero como lo

habían sido sus palabras. Palabras que avivaron mi espíritu guerrero.

Reticente, me separé de ella con la respiración agitada, mirándola una última vez a los ojos con determinación antes de erguirme y, tras cuadrar los hombros, girarme y dar un paso al frente.

—Sigyn —me hice oír con voz potente—, ¿crees que lo del alado que se ha llevado a la niña podría repetirse?

El gesto soberbio que la Descendiente me dirigió era un reflejo del que tantas veces le había visto a su hermana mayor.

—Las mentes de los syldeurs están conectadas a la mía, Adler. Sé lo que piensan y ellos lo que pienso yo. Me obedecerán —sentenció sin titubear—. Lo que ha sucedido con su reina es inexplicable, como si una fuerza mayor se hubiese impuesto a nuestro vínculo y lo hubiese debilitado.

—Ha sido Spatz y esa magia antigua que alberga, de la que Torsten nos habló.

Centré mi atención en las palabras de Fuchs.

—¿La que Bärbel percibió en la Ciénaga? —Él asintió—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque lo he visto anteriormente —respondió—. En el poblado Fronterizo, cuando vosotros partisteis a Nammentos, ella conectó con las tres bestias sin ojos de Todesfall hasta tal punto que pensé que mi protección ya no le era necesaria y que esos dreiks despedazarían a cualquiera que osara dañarla.

»Es un vínculo distinto al que los dioses otorgaron a Sigyn. O puede que las propias criaturas posean sentimientos que desconocemos y decidan exteriorizarlos con aquellos que crean dignos de merecerlos; si no, mira a Nashorn y a ese byrion —los señaló con el mentón y yo seguí la dirección hasta enfocar a mi guerrero más fiero.

Fuchs no mentía. Todos habíamos sido testigos del apego que esos dos monstruos de las Lomas Blancas parecían tenerles a Nashorn y a Löwin.

Miré de nuevo a mi rastreador, rumiando sus anteriores palabras.

Entonces, hallé el modo de llegar hasta Spatz.

Capítulo 3

—¡Guerreros! —La autoritaria voz de trueno de Adler acaparó la atención de todos—. La sangre de los que antaño perecieron, ha despertado.

»El bramido que hemos podido oír desde la otra orilla del Rötlich pertenece al tercero de los Descendientes. Y la niña de mi clan es la sölken que los dioses le eligieron.

Un coro de murmullos, similar al zumbido de las abejas, se desató tras aquella revelación. Que ese salvaje, que por norma solo sabía dar órdenes, estuviese molestándose en ofrecer una explicación a los que aún ignoraban que aquel espeluznante grito había salido de las entrañas de mi hermano, más que tranquilizarme, activó mis alarmas.

Giré el cuello y lo miré, comprobando que la determinación con la que iban impregnadas sus palabras estaba igualmente impresa en las severas líneas de su rostro y en su implacable mirada invernal.

Mis latidos se dispararon ante su fiera estampa, pues era yo quien lo había empujado a que reaccionase y me aterraba lo que hubiese podido trazar su mente tras la pregunta que había hecho a mi hermana y la interpretación que Fuchs había dado sobre la conexión que Spatz parecía tener con las bestias.

—Todos los aquí presentes conocemos la profecía —continuó, barriendo con sus glaciales ojos cada uno de los rostros que se hallaban frente a nosotros—. Y ahora que sabéis que el portador de tan inhumano bramido es el hermano menor de mi compañera, sobra decir que eso ha sido solo una pequeña muestra del alcance de su poder. —Inspiró profunda, profundísimamente, expandiendo al máximo las narinas—. Poder que únicamente puede ser contenido y encauzado por su sölken, conque es imperante llegar hasta Spatz antes de que sea demasiado tarde. Si la niña muere, no habrá oportunidad de cumplir con lo escrito por los primigenios.

—¿Cómo puedes afirmar con tal convencimiento algo que todavía no ha sucedido?

Adler clavó sus pupilas en Gudrun.

—Porque lo siento certero, arquera —espetó esa basura de respuesta.

Pudiera ser que sus intenciones iniciales de darles una información que ignoraban hubiesen sido nobles, pero en cuanto su autoridad era rebatida un mínimo, salía a relucir su arrogante naturaleza. Era innato en él.

—Cabe la posibilidad de que estés equivocado; a fin de cuentas, solo se trata de un niño. —Ahora fue Jürgen quien habló.

—¡Un niño que ha heredado la sangre de un pueblo casi extinto! —bramó, señalando a los Fronterizos—. Sangre que anhela venganza, Purgador —terminó mascullando.

Me tragué el corazón. Había llegado a conocerlo lo suficiente como para intuir que se encontraba al borde del estallido, todo por lo mal que llevaba que se le cuestionase.

Enlacé mis dedos a los suyos y le di un ligero apretón.

Debía ser razonable en cuanto a que los demás líderes albergasen dudas, puesto que eran las vidas de los miembros de sus clanes las que estaban dispuestos a poner en riesgo en aquel sinsentido de vaticinio.

—No era mi intención poner en entredicho tu criterio, Hombre de Hielo, solo comprender qué te ha llevado a pensar que ese crío, por muy Descendiente que sea, pueda cometer una masacre. Porque, si no me equivoco, es lo que has dado a entender.

Con aquella apreciación, el líder de los Purgadores de la Fosa acababa de poner de manifiesto que era un hombre cabal. Ya podía aprender de él mi obstinado compañero, pues a mí también me costaba creer que Tỳr arrasara con las vidas de inocentes por más que en su interior albergara al espíritu de la guerra.

La oleada de murmullos que se alzó era una clara evidencia de que no solo a Jürgen, Gudrun o a mí nos asaltaban las dudas, aunque lo que me erizó el vello de la nuca no fue la tensión que aprecié en el cuerpo de Adler a través de nuestros dedos entrelazados, sino el gruñido cavernoso que pareció brotar de los mismos intestinos de la tierra.

Uno grave y de vibrante aspereza que emergió de la garganta de Pest.

Para asombro de todos, el descomunal jinete negro de rostro oculto se plantó en tres zancadas al otro costado de Adler y encaró

al resto de guerreros, incluidos los de su propio pueblo.

—¿Acaso no recordáis lo que la profetisa de Öde vaticinó? —vociferó, consiguiendo que me encogiese—. «Cuando el águila guíe en su vuelo a la protectora allá donde la novia de la muerte los aguarda para alzarse victoriosa, un antiguo y olvidado cántico se elevará, despertando al espíritu durmiente de la guerra para que los que fueron elegidos puedan cumplir finalmente lo que en otro tiempo se escribió con la sangre derramada» —recitó con voz solemne—. Adler y su compañera han compartido con todos nosotros lo que Ulla les avisó que sería antes de que abandonasen su morada, y esa es la única evidencia que necesitáis para creer; una letra olvidada que se escribió en tiempos inmemoriales y que la niña de los Bastardos ha traído al presente —remarcó con tono sepulcral—. Así que dejemos de cuestionar al hombre que nos comanda y acatemos las órdenes que nos dé, porque si ella muere a manos de los Vorgrimler, ni los primigenios podrán salvaros de un inminente exterminio.

El escalofrío que trepó por mi columna no solo fue provocado por aquella tajante afirmación, también se debió a que Pest se excluyese de dicho exterminio, como si su creencia ciega en la profecía y su monstruosa complexión física bastasen para salvaguardar su vida.

Adler se limitó a agradecer con un escueto gesto de cabeza su inesperada intervención, que había cortado de manera lapidaria la oleada de murmullos; en cambio, yo no podía estar más atónita de que tan aplastantes palabras saliesen de alguien tan parco en ellas y dado a pasar inadvertido, aun cuando reconocía que ese cántico antiguo ciertamente encerraba el significado que ambos aseveraban.

Un significado que el resto estábamos obviando a causa del imprevisto y caótico último suceso.

Volví a centrarme en mi compañero.

Él no había obviado nada. ¡Nada! Su mente jamás pasaba por alto ni un solo detalle por insignificante que este fuese. Y Pest había sabido verlo. Por eso tuvo a bien romper el silencio que por norma definía su huraño carácter, pues el hombre al que todos habían jurado lealtad se merecía justo eso.

La oleada de orgullo que me asaltó se concentró en mi vientre, ocasionando que mi colonia particular de murciélagos aletease con

furia.

Presioné de nuevo sus dedos, queriendo transmitirle mi apoyo, aunque no supe si llegó a captar la intencionalidad del apretón, ya que su mirada se mantuvo al frente, esperando, suponía, alguna otra muestra de reticencia por parte de sus guerreros.

No la hubo.

—Detesto ser yo quien dé voz a un *pormenor* que, al parecer, has pasado por alto, Hombre de Hielo —mis ojos volaron a Wolfgang, atraídos por el tono mordaz que este había empleado—, pero me atrevo a asegurar que, por más que forcemos nuestras piernas, no llegaremos a tiempo de salvar a la niña.

Al Jinete Sombra no le faltaban razones para afirmar aquello, puesto que en cuanto la guardia de la fortaleza avistase al alado, haría por abatirlo.

Entonces Spatz…

¡Oh, por la Madre!

Esa horrible realidad me hizo virar el cuello como un látigo hacia Adler, pero en lugar de conmocionado, como esperaba hallarlo, él delineaba una oscura sonrisa que erradicó el aleteo en mis tripas e hizo que el corazón se me alojase en la garganta.

—Y es justo por ese motivo que no serán las piernas de las que nos valdremos para desplazarnos hasta Pueblo-Condado, Jinete. Usaremos a las bestias —sentenció y yo quise morirme—. Ellas nos trasladarán; y, si la suerte está de nuestra parte, arribaremos a la fortaleza antes de que la guardia haya tenido tiempo de organizarse.

»Creo en lo que ha afirmado mi rastreador. Es muy probable que la reina de los syldeurs haya desoído las órdenes de Sigyn porque un vínculo más fuerte la conecta a Spatz, por lo que confío en que sabrá protegerla hasta que lleguemos.

No podía estar hablando en serio.

—¡Alabados sean los Tres por iluminarte para que, por una maldita vez, hayas tenido en cuenta una de mis sabias sugerencias!

La sonrisa de Adler se amplió al escuchar la entusiasta aclamación de ese estúpido *siamés* de lengua sibilina, que no hacía sino corroborar la conclusión a la que mi mente había llegado.

—¡No puedes estar pensándolo siquiera! —le chillé, presa de un pánico líquido y resbaladizo— ¡¿Dónde demonios has perdido la

sesera?!, ¡¿en las profundidades del río?!

Su rostro se volvió hacia mí lentamente.

Comprobé que su satisfecha sonrisa había sido remplazada por el pronunciado surco que le dividía la frente cada vez que lo retaba.

—¿Quieres salvar a Spatz de una muerte segura y liberar a tu familia? —gruñó entre dientes—. ¡Pues harás lo que te diga, mujer!

Pese al sobresalto que me causó su fiera voz, entrecerré los párpados y lo enfrenté.

—No pienso montar en una de esas bestias sin ojos ni subirme a la espalda de uno de esos asquerosos alados.

Pegó su nariz a la mía.

—Desde luego que vas a hacerlo —amenazó en un siseo—, así tenga que atarte a una de ellas.

Aspiré un gemido.

Ese horrible hombre al que había ligado todas mis vidas estaba diciéndolo en serio.

—No te atreverás —mi voz sonó titubeante, lo que hizo que torciera una altanera sonrisa que de buena gana le habría borrado de un puñetazo.

—Atrévete tú a ponerme a prueba —respondió para mi más absoluta consternación, consiguiendo que me estremeciese de los pies a la cabeza.

Porque no me cupieron dudas de que ese salvaje sin corazón cumpliría su amenaza si yo me negaba a acatar las órdenes que él me diera.

Y lo odié.

Lo odié con todas mis fuerzas.

Capítulo 4

Adler

Ignoré el estremecimiento que le provocó mi amenaza como también su más que evidente temor. Del todo justificado, eso no iba a negarlo. Pero no era momento de dejarse dominar por el miedo, conque si esa tozuda mujer se atrevía a causarme problemas, bien sabían los dioses que la amarraría a una de las bestias aun a riesgo de que no me lo perdonase jamás. Ahora tan solo importaba Spatz.

Abandoné sus hostiles y aterrados ojos y fijé los míos al frente.

—¡Sigyn! —demandé con voz autoritaria la atención de la Descendiente, la única con la capacidad de confirmar mis sospechas para así poder llevar a cabo mi plan sin vacilación alguna—. Cuando regresabais de las Lomas Blancas con Nashorn herido, fueron los byrions quienes cargaron con él buena parte del trayecto, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Se hicieron cargo de él hasta llegar a Pantano Gusano sin que acusaran cansancio por su enorme volumen.

Asentí, torciendo una leve sonrisa.

Ella parecía haber adivinado la intencionalidad de mi pregunta, en vista de la apreciación con la que había acompañado a su respuesta.

—¿Y los syldeurs?, ¿cómo fue que os trasladaron hasta el poblado Fronterizo?

Recé a la Madre por no errar en mis suposiciones pues, aunque sabía que los alados los llevaron hasta allí, desconocía el modo en el que lo hicieron.

—Nos transportaron por parejas. —Al escuchar lo que quería oír, expulsé el aire que estaba conteniendo—. Todesfall no consintió, por mucho que le insistí, que yo montase sola sobre la reina. Y Löwin temió que la debilidad de Nashorn pudiese hacerlo caer, por lo que estimó conveniente acompañarlo en el vuelo. —Inspiró, alzando la barbilla—. Si lo que te preocupa es su

resistencia, te garantizo que la tienen —añadió con admirable acierto, como si fuese conocedora de las inseguridades que me asaltaban—. Al igual que doy fe de la increíble velocidad que son capaces de alcanzar los byrions aun portando una carga extra.

Sigyn había adivinado con envidiable exactitud el porqué de mi interrogatorio y con aquella aclaración, que sin pedirle había tenido a bien darme, no solo ahuyentó las pocas dudas que albergaba, también dio a entender a nuestros guerreros que confiaba en lo que fuera que yo tuviese en mente, al igual que poco antes había hecho Pest.

Le agradecí el apoyo con un escueto cabeceo y erguí los hombros para enfrentarme al resto. Había llegado el momento de que nos pusiéramos en movimiento.

—Ya habéis escuchado a la Descendiente —alcé la voz para hacerme oír—. No hay impedimento alguno en que usemos a las bestias para llegar a Pueblo-Condado antes de que sea demasiado tarde, y eso es lo que vamos a hacer.

»Todesfall —reclamé su atención—, te quiero encabezando la marcha por tierra. Tu pueblo está vinculado a los dreiks y os obedecen. —Él asintió—. Que Sigyn cabalgue contigo y que cada uno de tus hermanos cargue a la grupa de su bestia a un guerrero Ciénaga. El resto iremos por aire a lomos de los syldeurs, igualmente por parejas.

»Es imperante que tú y Sigyn vayáis al frente para que ella pueda controlar tanto el vuelo de los alados como a los tres üzgards, a los que habrá que liberar de las cuerdas —demandé al jinete negro para, seguidamente, clavar mis ojos en su pareja—. Haz que corran justo delante de vosotros —le exigí—. No permitas que se adelanten y entren en el pueblo sin estar bajo tu influencia o harán una carnicería con sus habitantes; personas inocentes a las que, por todos los medios, hemos de evitar causar daño —remarqué, queriendo que captase la importancia de su empresa.

Tragó con notable esfuerzo antes de afirmar con un contundente golpe de cabeza.

Sabía que estaba pidiéndole demasiado, que la responsabilidad que le encomendaba era mucha, aunque mis exigencias no terminaron ahí.

—Igualmente deberás estar conectada en todo momento a los

syldeurs. No les des libertad de vuelo. Que adapten su velocidad a la de los dreiks, pues del control que ejerzas sobre ellos dependerá que ninguno de los que vayamos a sus espaldas caigamos al vacío.

Su rostro palideció.

No me importó.

Ella había sido bendecida con el don de doblegar a los seres del infierno y había demostrado poder hacerlo. Pues bien, eso era justo lo que le estaba pidiendo.

—Dunkelheit —solicité entonces la atención del cabecilla Fronterizo—. Tú y tus hombres de más confianza flanquead la cabalgadura de Sigyn y tu hijo. Ellos han de ir al frente de la incursión por tierra, por los motivos que acabo de exponer, y es de vital importancia que los protejáis, así sea con vuestras vidas, una vez atravesemos las murallas de la fortaleza.

Un brillo que ya conocía, y que decía mucho a favor del hombre que en realidad era, titiló en sus ojos.

—Será como ordenas, Hombre de Hielo —aseguró en un tono de voz firme y claro que, además, destilaba un profundo agradecimiento—. Pest, Blut, Gräuel, delante conmigo, cercando al dreik que monten mi hijo y la elegida.

Los tres jinetes se encaramaron a las grupas de sus monturas, preparándose para cumplir con el cometido que su líder les había confiado. Yo busqué con la mirada al más leal de mis guerreros, con una misión específica también para él.

—Nashorn. —Mi hombre se adelantó al resto nada más me escuchó nombrarlo—. En vista del vínculo que Löwin y tú habéis creado con los byrions, que ellos os transporten. Os quiero en la retaguardia —concreté—. No dejéis que ninguna de las bestias pueda rezagarse, necesitamos tener control absoluto sobre ellas cuando atravesemos las calles del pueblo. —Un contundente asentimiento fue su respuesta.

»Los demás nos distribuiremos en los syldeurs. Gudrun, tú y tus arqueras montad tras un guerrero; Egon y Fuchs, vosotros igual. Necesito a todos los que sois diestros con el arco con ambos brazos libres para que disparéis vuestras saetas desde las alturas cuando llegue el momento —di las últimas instrucciones antes de centrar mis ojos de nuevo en Sigyn.

»Ya puedes comunicar a las criaturas lo que queremos de ellas.

Observé que tragaba de nuevo antes de adelantarse un par de pasos, cerrar los ojos y tomar una honda inspiración. Cuando sus párpados volvieron a despegarse, el negro infinito de sus iris había mutado al pálido azul que manifestaba su don.

No vocalizó una sola palabra, si bien por las distintas muecas que bailaban en su rostro supuse que hablaba mentalmente con las bestias.

No erré en mi suposición.

Tras otro parpadeo, sus ojos volvieron a ser de ónix.

—Todesfall, libera a los üzgards —le pidió.

El Fronterizo se aproximó a los tres seres corvos de bosque Calavera y retiró las cuerdas que rodeaban sus cuellos; al instante, estos desplegaron sus largas y retráctiles lenguas, mas no hicieron amago de salir a la carrera, sino que clavaron sus pupilas fragmentadas en la que ahora era su reina.

—¡Criaturas! —El timbre de voz de Sigyn sonó inflexible y enérgico—, cumplid mis deseos.

En cuanto aquel imperativo abandonó sus labios, los syldeurs se descolgaron de las ramas de los sauces y se posaron sobre la hierba, plegando sus membranosas alas; los byrions, agarrando entre sus zarpas a Löwin y a Nashorn, los acomodaron a sus espaldas; y los dreiks doblaron las gruesas patas traseras para facilitar a los guerreros Ciénaga que pudiesen trepar a sus grupas.

Una sonrisa de genuina satisfacción se extendió por mi rostro al contemplar tan inaudito y compenetrado despliegue de obediencia.

—Es increíble —escuché musitar a Hlín, que se había mantenido en silencio todo ese tiempo, quizá acobardada por mi amenaza.

Ciertamente lo era, no podía quitarle razón. El poder con el que los primigenios habían dotado a su hermana era magnífico además de sorprendente. Miré a mi compañera, preguntándome no por primera vez cómo de extraordinario sería el suyo cuando despertase, porque no me cabían dudas de que lo haría.

—¡A los alados! —bramé la orden regresando la vista al frente, centrándome en lo que entonces nos atañía.

Mis hombres y mujeres reaccionaron de inmediato y fui incapaz de no permitirme unos instantes para observarlos.

Gräuel espoleó a su bestia hasta situarse junto a mi sanadora, a la que izó por la cintura y besó con ferocidad antes de que esta se

encaramarse a un syldeur con Egon a su espalda.

Hyäne delineó una indisimulada mueca de fastidio al ver que Katze subía detrás de Natter porque el demente de Wolfgang ya había saltado al alado en el que volaría él.

Mi rastreador montó tras Igel, sujetando el arco de Löwin, después de dedicarle a Schmerz un significativo cabeceo.

Y así uno tras otro hasta que todos estuvieron a lomos de nuestra pequeña legión de bestias.

La satisfecha curvatura de mis labios se extendió. Era mi turno de imitarlos.

—Tú conmigo, mujer. —Agarré la mano de Hlín y tiré de ella, dirigiéndome al syldeur que se hallaba en cabeza.

—Que los dioses nos protejan —balbució cuando la hice sentarse a horcajadas en la espalda de la bestia.

Con un salto, me acoplé tras ella y la rodeé con los brazos para empuñar la cenicienta piel del cuello del alado.

—Ya estoy yo para protegerte —susurré cerca de su oreja—. No temas, Hlín, pues sabes que moriría antes de dejarte caer.

Su pequeño cuerpo se apretó a mi pecho.

—Lo sé —musitó sin más, lo que era un gran acto de confianza viniendo de ella.

No pude no besarle el lateral del cuello antes de girarme hacia Sigyn y asentir con un contundente cabeceo.

—¡En marcha! —bramó ella, habiendo entendido mi gesto.

Tras un agudo chillido, que fue coreado por muchos otros, el syldeur desplegó las alas y comenzó a agitarlas; un instante después, estábamos surcando el violáceo cielo en un vuelo bajo que me permitía escuchar el veloz golpeteo de las patas de los dreiks contra la tierra.

Fijé los ojos en el horizonte.

«Aguanta, pequeño Gorrión, ya vamos en tu ayuda».

Capítulo 5

Spatz

Sus pies se posaron con suavidad sobre el pavimento adoquinado del puente que comunicaba el pueblo con la fortificación amurallada que rodeaba al castillo.

Tan pronto como la reina de los syldeurs le hubo liberado los hombros, se alisó con presteza la parte delantera de su gruesa túnica y se frotó contra las pantorrillas los empeines de las botas, primero una y después la otra, para que luciesen lustrosas. Por nada del mundo quería que la primera impresión que tuviese de ella su príncipe de cabellos de atardecer fuese mala.

Dio una pausada vuelta sobre sí misma, admirando cuanto la rodeaba.

Ya desde las alturas, mientras se aproximaban en el descenso, Spatz había contemplado aquel esplendoroso lugar que tan poco se asemejaba a los pueblos de Nammentos. Cierto era que ella solo había estado en Öde, Salzwerk y Suβ, si bien dudaba que Ebene o las ruinas de Hölle poseyeran la belleza que desprendía Pueblo-Condado; los altos muros que lo cercaban eran sólidos y ni se caían a pedazos ni se veían cubiertos por ninguna pátina de verde moho, y sus calles, aunque estrechas, estaban iluminadas por antorchas y olían deliciosamente a flores y a pastel de zanahorias.

Sonrió al alado, que había tomado tierra tras ella, y, en respuesta, recibió un chasquido de dientes bajo y un leve agitar de alas que le revolvió el enmarañado cabello. Ese bello ser que la había transportado por el violáceo cielo contaba con, además de su gratitud, su afecto de por vida; que hubiese hecho real la súplica muda impresa en las miradas que le dedicó mientras atravesaban el bosque de las Luciérnagas era algo que Spatz jamás olvidaría. Porque era imperante que acudiera a la llamada del protagonista de sus canciones y ese misericordioso syldeur, que captó a través de sus ojos la urgencia de su petición, se había apiadado de ella y aligerado el proceso de llegar hasta él. Claro que su ruego más

desesperado se lo hizo a orillas del Rötlich, cuando supo que su líder planeaba dejarla en aquella cabaña al norte de bosque Sauce al cuidado de Fuchs.

Por norma, Spatz no solía desobedecer las órdenes de Adler. Y no porque le temiese, ya que sabía que ni él ni ningún otro miembro de su clan le harían jamás daño alguno; no obstante, esa vez se había visto obligada a hacerlo a causa de la atronadora llamada que resonaba en su interior, urgiéndola a acudir donde se encontrase el tercero de los Descendientes.

Y al fin estaba allí, muy cerca de poder verlo y tocarlo… Muy cerca de poder rodearlo con sus brazos para así aportarle luz a la malsana oscuridad que habitaba en él.

Inspiró en profundidad y se giró de frente a la muralla de la fortaleza, fijando sus brillantes ojos en el arco de entrada y en las dos altas torres que flanqueaban el acceso a los exteriores del castillo. El rastrillo de hierro permanecía izado y nada se interponía entre ella y el patio de armas.

Volvió a sentir la pulsión en su pecho y, dejando escapar una bocanada de aliento, avanzó con paso seguro por el puente.

Atravesó el arco de piedra seguida del syldeur, que había plegado las enormes alas y el soniquete de sus garras golpeaba el adoquinado.

Spatz se detuvo en el centro del desierto patio a la espera de la siguiente pulsión que le indicase la dirección a seguir, la que la llevara hasta su príncipe de cabellos de atardecer.

Cuando notó el tirón en el pecho, se encaminó hacia la derecha.

—*¿Quién anda ahí?* —gritó alguien desde lo alto de los muros, consiguiendo que sus pies quedasen amarrados al suelo.

Con ojos temerosos, curvó el cuello hacia atrás y paseó la vista por el adarve y las almenas sin llegar a distinguir nada, aunque sí oyendo el inconfundible sonido de pisadas tan contundentes como apremiantes, lo que hizo que se preguntase si tal vez tendría que haber ignorado esa acuciante llamada en su interior y seguido el plan que había trazado su líder.

No pasó apenas tiempo cuando continuos destellos plateados comenzaron a adivinarse en los altos muros.

Spatz tragó con esfuerzo, a sabiendas de que esos brillantes reflejos no podían sino pertenecer a los gorjales que componían los

uniformes de los soldados que defendían la muralla.

La guardia Vorgrimler la había descubierto.

Debía correr y ocultarse, y las enérgicas pulsiones en su pecho, a cada instante más repetidas, la apremiaban a que lo hiciese hacia el lateral derecho del castillo.

Tendría que atravesar el patio de armas. No le quedaba más opción.

Armándose de valor para salir a la carrera, tomó una profunda inspiración. Pero a punto de ponerse en movimiento, el silbido que cortó el aire e impactó a un cuerpo de distancia de sus pies frenó sus intenciones de raíz.

Una flecha con punta de metal.

La guardia había disparado contra ella, aunque Spatz ignoraba si habían fallado debido a que su puntería era lamentable o a que su objetivo tan solo había sido el de amedrentarla.

Tampoco podía quedarse a comprobarlo.

Giró el cuello, con el rostro demudado por el miedo, y colisionó con los dos pares de acristalados ojos del alado.

Se dijeron tanto en tan breve lapso de tiempo…

Se lo dijeron todo en aquella fugaz mirada.

«Corre», tronó una voz en su mente al tiempo que la reina de los syldeurs lanzaba un agudo chillido y batía con furia sus alas, elevándose y elevándose, mientras ella contemplaba, congelada, cómo su silueta era engullida por las sombras conforme tomaba distancia del suelo.

El dilatado alarido de uno de los soldados murió cuando su cuerpo impactó contra el empedrado.

Muchos más gritos siguieron a ese, acompañados por el siseo del desenvainar de las espadas…

Entonces, aun con el corazón encogido por la suerte que pudiese correr la benevolente criatura que se había plegado a sus deseos, Spatz echó a correr.

Capítulo 6

—Respira, Hlín.

Quise hacerlo, mas no podía. Tampoco abrir los ojos sabiendo que solo hallaría el inmenso cielo teñido de malva y a Munno coronando el horizonte.

Miedo, miedo, miedo…

Lo sentía picotearme con la saña de mil aguijones, paralizando cada músculo con su veneno. Miedo y una angustia abrumadora al ser consciente del vacío infinito que se abría bajo nuestros pies.

—Respira de una maldita vez, mujer terca. —El exigente tono de Adler me hizo tomar una honda, hondísima inspiración—. Has demostrado tu valentía de mil formas distintas y en esta ocasión no va a ser menos.

El viento azotaba mi rostro y cada porción de mi cuerpo temblaba sin control alguno sobre el lampiño lomo del alado.

Me apreté contra el pecho de mi compañero, buscando el sosiego y la protección que siempre había encontrado en su calor; al instante, sus fuertes brazos se ciñeron más a mis costados, aportándome lo que todo mi ser le pedía sin haberle dado voz. Apoyé la cabeza en su hombro y giré el cuello, despegando los párpados en una fina rendija para poder mirarlo. Su cabellera rubia ondeaba tras su espalda y su mirada invernal estaba fija allá donde no había nada. ¡Nada! Solo noche y cielo infinito salpicado de estrellas.

—Jamás voy a perdonarte que me hayas obligado a pasar por esto, salvaje sin corazón.

No supe de dónde saqué el coraje para exteriorizar el pegajoso odio que superaba por mucho al resto de mis sentimientos, opacando con su negruzca sombra todo lo que Adler despertaba en mí. Tal vez se debiera a la ausencia de temor que se reflejaba en su gesto cuando yo a duras penas podía sujetar la necesidad de ponerme a gritar.

Torció una sonrisa arrogante y ladeó la cabeza para enfrentar mis ojos.

—Me perdonarás, Hlín —atajó con convicción—. Es más, vas a empezar a hacerlo justo en este momento.

Su boca cayó sobre la mía con fiereza, robándome cualquier opción de esquivarla. Pero, además, el muy cretino aprovechó mi sorprendida aspiración para invadirla con su lengua.

Quise morderlo, arrancarle de cuajo ese atrevido y húmedo apéndice que, con su imparable saqueo, resucitó de forma efectiva la colonia de murciélagos que anidaba en mi vientre. En cambio, en lugar de hacerlo, de hincarle mis caninos con saña, me descubrí devolviéndole el feroz beso y volcando en su boca todo el terror y el desespero que me tenían atenazada, dejando que el miedo se transformase en algo mucho más placentero… Algo que derretía la escarcha en mi sangre, consiguiendo que mis extremidades cada vez temblasen menos… Algo que hizo que ese odio interno, que había sentido arrasar con todo, debilitara sus gritos hasta enmudecer.

Muy a mi pesar, nunca podría odiarlo aunque se lo mereciese. Ni él iba a permitirme siquiera intentarlo, como bien acababa de demostrar.

Raspó mi labio inferior con los dientes hasta dejarlo libre, poniendo fin a su impetuoso beso, y clavó con fijeza sus preciosos ojos de invierno en los míos.

Exhalé un gemido, perdida en el azul de sus iris. Unos iris que hacía mucho dejaron de resultarme fríos. Porque ya no lo eran. No conmigo. No cuando solo irradiaban calidez al mirarme como en ese preciso instante lo estaba haciendo.

—Me atrevería a asegurar que ya me has perdonado —declaró el muy engreído, sujetando una sonrisa al verme asentir como una mema—. Bien, ahora que ese punto ha quedado claro, quiero que mires al frente y te empapes de la belleza que hay ante ti. —¿Me habría besado para aplacar mis temores? ¿Habría sido esa su intención?—. No te niegues a disfrutar de la paz que nos rodea ni me la niegues a mí, pues no sería justo que por tu testarudez me privaras de poder recrearme de este breve lapso de libertad en tu compañía, y más teniendo en cuenta que podría ser el último.

Sus palabras me golpearon con fuerza, pues iban recubiertas de probabilidades que no me atrevía a contemplar. Claro que lo que Adler decía era cierto, ya que ninguno podíamos prever qué nos depararía el destino a nuestra llegada a la fortaleza.

Entonces fui yo quien buscó sus labios en una leve presión tan efímera como casta, pero igualmente rebosante de sentimientos.

—Ni se te ocurra morir en esta batalla o te juro por la Madre que, por más vidas que estemos destinados a compartir, te odiaré en cada una de ellas y ni tus vehementes besos podrán hacer nada para impedirlo —lo amenacé, notándome la garganta atenazada ante la idea de perderlo.

Miré al frente, tal y como me había pedido que hiciese, y me relajé contra su pecho, disfrutando de esos últimos retazos de libertad que él había mencionado. Y, de pronto, me vi contemplando con absoluta fascinación las altas copas de los sauces por las que, entre medias de aquellas zonas donde su ramaje era menos espeso, el cabalgar imparable de los dreiks se apreciaba como negras estelas esquivando con maestría los altivos troncos.

Volví a centrarme en el vacío violáceo que se abría ante nosotros, observando cómo la muralla que rodeaba Pueblo-Condado emergía haciéndose más y más grande, más y más real conforme los syldeurs acortaban distancia.

Tuve que reconocer que, una vez controlado el miedo, la sensación de libertad que cosquilleaba por mi cuerpo era indescriptible. Aunque solo lo reconocí en mi fuero interno; a él no se lo hice saber, ya que no sería yo quien alimentase su vanidosa egolatría por mucho amor que le profesase. No, al salvaje que llevaba acoplado a la espalda no le hacía falta alguna que yo diese alas a su altivez y arrogancia cuando había nacido portando grandes cantidades de ambas.

Las luces de las antorchas que iluminaban las calles del pueblo comenzaron a vislumbrarse, sumiendo en una amalgama de claroscuros, vibrantes y danzarines, las fachadas de los comercios y de las casas. Los picudos tejados fueron tomando forma y, más allá de estos, vi alzarse el muro que bordeaba las altas torres del castillo y que parecía crecer y crecer conforme el alado engullía la distancia que nos separaba de la fortaleza.

De nuevo, sentí cómo las curvas garras del miedo se cerraban en torno a mi corazón, comprimiéndolo hasta casi hacerlo estallar dentro de mi pecho.

Era un miedo distinto, escarchado y filoso, que amenazaba con congelarme la sangre. El miedo a la inminente batalla. Pues no

albergaba dudas de que la habría y menos sabiendo como sabía lo numerosa que era la guarnición de mi enclave.

Tragué la glutinosa bola que me bloqueaba la garganta.

—¿Y ahora qué va a pasar? —lancé la pregunta al viento, observando desde las alturas como las bestias sin ojos, con mi hermana y Todesfall en cabeza, atravesaban los altos muros que cercaban el pueblo e invadían sus calles en dirección al puente que comunicaba con la fortaleza.

Apreté la espalda aún más al pecho de Adler cuando, al sobrevolar en círculos el patio de armas, de los gaznates de esos murciélagos gigantes que nos cargaban empezaron a brotar agudos chillidos. Porque allí, abatida a flechas sobre el empedrado del suelo, con Spatz abrazada a su cuello y rodeada por una media docena de guardias armados, se hallaba su reina.

—Ahora lucharemos —sentenció él con voz gélida—. ¡Arqueras! —su inesperado bramido hizo que me encogiese más contra su cuerpo—. ¡Disparad!

Cerré los párpados con fuerza y elevé una plegaria a la Madre en cuanto el syldeur se dejó caer en picado y los silbidos de las primeras saetas cortaron el aire.

Capítulo 7

Mi trasero ascendió más de un palmo del lampiño y resbaladizo lomo del syldeur cuando este tomó tierra de forma abrupta; un instante después, dejé de sentir en la espalda la presión del duro pecho de mi compañero.

Adler había desmontado de la criatura.

—*¡¡¡Nos atacan!!!*

—*¡¡¡A las armas!!!*

—*¡¡¡Defended la fortaleza!!*! —Se escucharon varias voces desde las alturas, alertando a las tropas Vorgrimler de nuestra presencia.

—¡Abajo, Hlín!

Los dedos de Adler se ciñeron a mi cintura y antes de poder sujetarme a sus hombros me había arrancado del alado y mi cuerpo volvía a volar.

El grito que brotó de mi garganta murió nada más mis pies contactaron con el adoquinado y sus brazos abandonaron el cierre de mi talle.

—No te separes de mí —me exigió y abrí los ojos que había mantenido cerrados desde que el syldeur comenzara a descender—, colisionando con la fiereza que bañaba los suyos.

Asentí, notando que mi pulso se disparaba al girar el rostro a tiempo de ver a las bestias de los Fronterizos atravesar el puente e invadir el patio de armas precedidos por los tres üzgards y sus retráctiles y asquerosas lenguas. Pero lo que hizo que me tragase el corazón fueron los soldados embutidos en cuero negro y plata que, enarbolando sus espadas, comenzaron a salir tanto de las cuatro torres que unían la muralla de la fortaleza como del barracón adyacente al castillo.

Aterrorizada como nunca, miré a mi alrededor, consciente de la cruenta batalla que estaba a punto de iniciarse.

La media docena de guardias que sitiaban el cuerpo caído de la reina de los alados, con Spatz fuertemente abrazada a su cuello, se volvieron, lanzas en mano, al escuchar las voces de sus compañeros

de armas mezcladas con el trotar de las gruesas patas de los dreiks. Sus rostros mutaron al más crudo pavor ante la imagen de esos seres que jamás habían visto, los cuales se desplegaron en un abanico de negros manchurrones con el fin de frenar el avance de las tropas que estaban tomando el patio.

Los guerreros que, como nosotros, habían sido transportados por los syldeurs, saltaron de sus espaldas y se alinearon a modo de muralla frente a las puertas principales del castillo, por las cuales otro número escalofriante de soldados del enclave aparecía en ese instante para unirse a la lucha. Soldados que, pese a no romper la alineación de sus filas ni dejar de acortar distancia, demudaron sus rostros al reparar, no en los salvajes que los aguardaban, sino en los monstruos que acompañaban a estos.

—¡Sigyn! —rugió Adler, ocasionándome un sobresalto—. ¡Hazlos ascender de nuevo y que nos cubran desde el aire! ¡Necesito a todos nuestros hombres y mujeres aquí abajo y los alados son los únicos que pueden impedir que nos cosan a flechas desde las almenas y el adarve!

Dirigí la mirada a los altos muros para ver cómo decenas de saetas acabadas en punta de metal caían sobre nosotros.

Las tripas se me anudaron.

Íbamos a morir ensartados por los arqueros Vorgrimler.

—¡Syldeurs! —Escuché que les gritaba—. ¡Volad hasta la muralla y deshaceos de la amenaza!

A su orden, los seres de Pantano Gusano respondieron con un furioso batir de alas, salpicado de agudos chillidos, antes de alzar el vuelo y mimetizarse con la noche.

Un escalofrío arrastró sus uñas por mi columna al ver a Adler desenvainar sus espadas; en un acto reflejo, extraje mi daga de su funda y me situé espalda con espalda con él, tal y como les había visto hacer a los Bastardos el día que rescatamos a Egon de la Fosa de los Purgadores.

Egon…

Lo busqué con desesperación entre los muchos cuerpos que ya se batían en duelo, hallándolo a los pies de la caída reina alada, con una flecha tensada en la cuerda de su arco, apuntando a la guardia que los amenazaba. Fuchs estaba apostado a su derecha en idéntica actitud defensiva, con una saeta preparada, e Igel a la izquierda,

haciendo girar su honda, cargada con una de sus esferas con pinchos.

No sabía cómo Egon, Fuchs e Igel habían logrado acercarse a la niña y hecho retroceder a la media docena de soldados que poco antes la rodeaban. Sentí un ramalazo de orgullo al observar cómo entre los tres impedían que se aproximasen de nuevo a Spatz, que con la nariz hundida en el cuello del syldeur parecía no ser consciente del infierno que se había desatado a su alrededor.

El entrechocar del metal unido a los broncos rugidos de los combatientes y a los gritos de pánico de nuestros enemigos cuando alguna de las bestias se cernía sobre ellos, era todo cuanto captaban mis oídos.

Elevé un instante la vista al cielo, pestañeando para deshacerme de la humedad que comenzaba a pesar en mis párpados, y en silencio pregunté a los primigenios cuál era mi papel allí. Porque no había que ser muy inteligente para comprender que hasta Egon y mi hermana estaban desempeñando uno; sin embargo, mi inútil presencia solo valía para tener a Adler encadenado a mí con tal de que no me hiriesen. Y él era un guerrero, el más diestro y letal que mis ojos habían visto. Y aquel no era su sitio. Su sitio estaba en medio de aquella contienda por más que saberlo en peligro me aterrase.

Mi incapacidad lo tenía supeditado, únicamente le suponía un impedimento… Y todos necesitábamos que el Hombre de Hielo dejase salir a la superficie al monstruo sediento de sangre que habitaba en él y se pusiese al frente de sus hombres.

Yo lo necesitaba y, de la manera que fuese, tenía que liberarlo de las ataduras que lo obligaban a quedarse junto a mí.

Hallé el modo de conseguirlo al ver a las dos enormes bestias de las Lomas Blancas, cargando con Nashorn y Löwin, abrirse paso a zarpazos entre los soldados que se habían sumado a la media docena que poco antes rodeaban a Egon y los demás.

Debía llegar hasta ellos.

Me giré, abrazándome a la espalda de Adler, que mantenía sus hierros gemelos fuertemente asidos delante del cuerpo a la espera de una ofensiva.

—¡Adler! —chillé para hacerme oír por encima de los escalofriantes ecos de la lucha.

Ladeó la cabeza, sin desviar los ojos de cuanto acaecía frente a nosotros, y yo me tragué el miedo y rogué a la Madre que nos concediese la oportunidad de salir con vida para que él pudiese recriminarme mi desobediencia. Pues iba a desobedecerlo por mucho que en esa ocasión me doliese.

—¡No dejes que te maten, ¿me oyes?! —Giró algo más el rostro, mostrándome su perfil de cejas fruncidas—. Lucha como solo tú sabes y regresa a mí —le pedí con la voz tomada por la congoja antes de salir a la carrera hacia Spatz y los que la protegían, escuchándole pronunciar mi nombre en un grito que contenía tanta ira como frustración.

No miré atrás y continué corriendo, esquivando las espadas que cortaban el aire en su afán de acertar en el cuerpo del contrincante mientras trataba de que mi respiración no colapsara.

Había hecho lo mejor, liberarlo de la responsabilidad que yo le suponía y para la que no había cabida alguna en esos momentos. Responsabilidad que él había aceptado con sumisión pese a su naturaleza guerrera. Y no podía permitirlo, porque Adler podía ser muchas cosas, entre ellas un salvaje intratable y obstinado que siempre quería tener la razón, pero nunca un hombre sumiso. Y dolía reconocerlo. Dolía como el infierno hacer frente a la verdad. Él era demasiado valioso en la lucha como para que sus destrezas se viesen desaprovechadas por culpa de mi inutilidad. Porque así era como me sentía: un ser inútil que tan solo servía para estorbar…

Me estrellé contra la curtida espalda de un soldado y trastabillé hacia atrás. Este se giró, espada en alto, y vi mi muerte reflejada en la afilada hoja plateada.

Adelanté la temblorosa mano con la que sujetaba mi daga, oyendo blasfemar a Adler en la distancia, consciente como nunca antes de que estaba a un suspiro de que mi mirada quedase vacía. Creyendo merecer el fin que los dioses habían dispuesto para mí, con toda probabilidad, habiendo reparado en el gran error que cometieron al señalarme como a una de los elegidos.

Sí, acepté de manera tajante que mi vida acabara ahí, pues nada provechoso tenía para aportar al cumplimiento de la profecía.

Vi la afilada hoja descender y me preparé para exhalar mi último aliento, si bien mis pulmones volvieron a colmarse al presenciar cómo cinco garras de cortante y resplandeciente metal

aparecían ante la cara del soldado, desde atrás, y la rajaban de extremo a extremo.

El alarido agónico que emitió se alzó por encima del resto de espeluznantes sonidos que se mezclaban a mi alrededor.

—¡Ponte a salvo, forastera! ¡Ya! —vociferó Katze, hundiendo ahora sus garras en las costillas del soldado y acabando así con su vida.

Tragué la arcada que me sobrevino al contemplar de nuevo la cara más sanguinaria de la muerte, mas me repuse de la impresión con prontitud y eché a correr.

Mis ojos conectaron con el único útil en el rostro de Nashorn desde su incursión a las Lomas Blancas, presenciando cómo este se abría con horror. Sentí que mis latidos se aceleraban y miré tras de mí en un intento de dar con la amenaza que había advertido en la mirada del guerrero, hallándola embutida en cuero negro y metal.

Apreté los dientes e imprimí velocidad a mis piernas para escapar de la pareja de guardias que me perseguía.

Casi podía sentir sus alientos en mi nuca cuando mis pies dejaron de tener contacto con el suelo. Aterricé atravesada de panza sobre el lomo de un dreik y giré el cuello como buenamente pude hacia el jinete que lo cabalgaba. Solté una bocanada de alivio al descubrir que era Dunkelheit quien acababa de evitarme una muerte segura; alivio que terminó en una mueca de crudo pavor al ver que dos flechas hacían blanco en su espalda.

Mis ojos se inundaron de lágrimas al presenciar cómo se aflojaban sus dedos y dejaba caer la espada.

—¡No, no, no! —balbuceé en cuanto el peso de su cuerpo se desplomó sobre el mío.

Maldije para mis adentros por contar con una protección divina de la que no me sentía merecedora, pues sabía que por la trayectoria de esas dos malditas saetas nada podía hacerse por él.

Entonces, grité.

Grité y grité hasta notar que mi garganta se desgarraba.

Grité por lo injusto de aquel sinsentido de vaticinio.

Grité por el tiempo de vida que él me había regalado a costa de la suya.

Y aquel inhumano grito que me nacía en las entrañas y parecía no tener fin fue coreado por el rugir de un trueno…

Un trueno tan encolerizado como lo era mi bramido y que dio paso a una recia e intensa lluvia, como si los mismos primigenios acompañasen con su llanto la injusta y trágica pérdida del líder Fronterizo.

Capítulo 8

Adler

Si la muerte no me llevaba esa noche sería gracias a un milagro de los Tres. No porque la guarnición de la fortaleza nos superase con creces en número, sino por la insensatez de esa terca mujer del demonio, que en otro alarde de estúpida impulsividad me había despojado de cualquier posibilidad de protegerla; y mi corazón, que hasta que ella apareció en mi vida era inmune al miedo, ahora pagaba constantemente las consecuencias de su imprudencia.

Maldita fuera.

Esquivé por muy poco el tajo mortal de una espada y hundí las mías en el vientre de mi atacante con un rabioso gruñido, viendo cómo Katze rajaba el rostro del guardia que se había cernido sobre mi compañera para, seguidamente, enterrarle las garras en las costillas y poner fin a su vida.

Vi a Hlín armarse de valor y salir de nuevo a la carrera, si bien no había lugar a donde pudiese huir. No de mí, ya que pensaba estrangularla en cuanto le echara las manos al cuello.

—¡Todesfall! —grité yendo hacia el Fronterizo, que a la grupa de su bestia trataba de deshacerse a mandobles de cuatro soldados que los tenían rodeados—. ¡Que tus hermanos y los Ciénaga descabalguen de los dreiks y se unan a nuestras espadas! —Yo descargué la que sujetaba con la mano derecha en el hombro de uno de esos miserables, seccionando gorjal, músculos y tendones—. ¡Sigyn! —demandé entonces la atención de ella, que se encogía contra el cuerpo de su pareja para evitar ser alcanzada— ¡Concédeles libertad a las bestias tan pronto hayan desmontado!

Ladré la orden al tiempo que cortaba de extremo a extremo el pecho de otro de ellos. En cuanto Todesfall se hubo deshecho de los dos restantes y espoleó a su montura para comunicar a mis hombres lo que quería de ellos, me giré con la intención de llegar hasta mi compañera.

—¡¡¡Jürgen, detrás de ti!!! —lo avisé demasiado tarde.

Con impotencia, presencié cómo al líder de los Purgadores le cercenaban el brazo izquierdo; no obstante, una vez se reequilibró, y pese al lacerante dolor que a buen seguro estaba padeciendo, continuó blandiendo la espada que sujetaba con la diestra.

Gudrun, Wolfgang y Ratte llegaron hasta él y lo amurallaron para evitar que lo atacasen de nuevo, conscientes de que, por extrema que fuese su fortaleza, sus rodillas cederían de un momento a otro.

Pateé con todas mis fuerzas al soldado que se interpuso en mi camino, lanzándolo de espaldas al suelo. No lo medité; invertí la posición en las empuñaduras de mis hierros, haciendo que las hojas apuntasen hacia abajo, y, dejando caer los brazos con toda la rabia que imperaba en mí, las hundí en su pecho. Sin perder un instante, planté uno de mis pies en su vientre y, presionando, las extraje de su carne y busqué a Hlín con desesperación en medio de aquel infierno.

Una dilatada bocanada de aire escapó de mi cuerpo al ver que Dunkelheit la izaba a la grupa de su dreik y sus perseguidores frenaban en seco para, seguidamente, retroceder ahuyentados por el aliento de la bestia sin ojos, que los amenazó abriendo sus fauces, de las que emergió un descomunal rugido.

El cabecilla Fronterizo acababa de salvar la vida de mi compañera y yo se lo agradecería el resto de la mía.

Libre de la tortuosa presión de que la hiriesen, sabiéndola en buenas manos, y viendo cómo Ciénagas y jinetes negros saltaban de las criaturas sin ojos conforme Todesfall les comunicaba mis órdenes, me dejé llevar por mis raíces de Heraldo, esas que Rüdiger, mi abuelo, exprimió hasta la demencia, convirtiéndome en el sanguinario que era.

Sentí mi interior bullir, excitado, con cada garganta que rebanaba, con cada miembro que mutilaba, con cada último aliento que precedía a la muerte… Era tal la sensación que me embargaba, que habría estado blandiendo mis hierros por años sin importarme nada que no fuese segar vidas. Pero, para mi desgracia, la existencia de una mujer superaba el disfrute de recrearme en la matanza y bañarme en la sangre de mis enemigos. Por ese motivo, cuando a mis oídos llegó su descarnado y feroz grito, mi cuerpo al completo se paralizó, ganándome un tajo en el antebrazo del malnacido que

en ese instante se batía conmigo, al que seccioné la cabeza con mi brazo sano dejando ir un gruñido animal.

Nada comparado al ensordecedor trueno que retumbó sobre nuestras cabezas, al que le siguió un repentino y denso aguacero que me caló hasta los huesos en un abrir y cerrar de ojos.

Giré sobre mí mismo, buscándola con desespero, sintiendo cómo algo desconocido se apretaba a mi garganta.

Miedo. Uno crudo y demencial a perderla que me impedía incluso respirar.

Mis frenéticas pupilas la localizaron aún tumbada de barriga sobre el lomo del dreik de Dunkelheit, con la parte superior del cuerpo de este vencido sobre su espalda. Sin embargo, no fue la convicción de que el cabecilla Fronterizo no había sobrevivido a nuestra primera batalla en Eddel lo que hizo que todo mi ser se congelase, sino la densa masa negra que se concentraba justo encima de ellos, en cuyo interior, un millar de centelleantes relámpagos restallaban amenazando con hacerla explotar y arrasar con todo.

Un golpe de lucidez me azotó. Esa encolerizada tempestad no se había desatado por las fuerzas de la naturaleza, sino por el don que los dioses otorgaron a mi compañera.

El poder de Hlín había despertado y se había liberado sin control. Y ella… Ella no iba a ser capaz de contenerlo. Lo supe no por el grito de crudo dolor que emergía desde sus entrañas o por la mueca de desolación que demudaba su bello rostro… Fue por la mutación que había sufrido el negro infinito de sus ojos.

Incluso en la distancia, pude distinguir que sus iris se habían fusionado con el blanco que los rodeaba, quedando solo en su centro las pupilas contraídas. Unos iris de un blanco opaco en el que refulgían chispas plateadas de una semejanza casi exacta a la transformación que vi en los de la profetisa.

«No te asustes de lo que solo es perceptible a la vista, Protectora. Tú posees un don similar al mío, pero tendrás que abrir la mente y desarrollarlo para poder ver más allá de lo tangible». Las palabras que aquel día le dedicó la sibila aporrearon mi cráneo con la virulencia de un mazazo.

Comencé a respirar de forma errática en un intento de digerir el impacto de la verdad. Por entonces, apenas alcanzaba a comprender

nada de la profecía, pero ahora sí poseía todo el conocimiento. Sabía del origen de los dioses y qué los llevó a escribir el vaticinio, sabía de los dones otorgados a Sigyn y a Tỳr y, en ese mismo instante, supe de igual modo que mi compañera era la destinada a ser la próxima visionaria de Nammentos, la sucesora de Ulla…

No había lugar a equívocos, pues había adivinado qué se ocultaba tras los blanquecinos ojos de ambas. Era la misma esencia del Dios Ciego, que pese a su incurable tara, podía vislumbrar el mundo y la vida a través de las almas más puras. Y la de Hlín lo era sin duda, un alma afanada en proteger a sus seres amados incluso a costa de sí misma.

—¡¡¡Criaturas!!! —El grito de Sigyn me hizo regresar al presente —. ¡¡¡Sois libres de acabar con nuestra amenaza!!!

Los agudos chillidos de los alados fueron coreados por el rugir del resto de las bestias, y la que moraba en mis entrañas no pudo más que recrearse al ver a la pareja de byrions abrirse paso a zarpazos entre las filas de la guardia armada al tiempo que los cuerpos de los arqueros, que nos disparaban desde las almenas, comenzaban a impactar contra el duro adoquinado del patio de armas. Y seguí recreándome como el sanguinario que era, contemplando a los dreiks mutilar a nuestros enemigos a dentelladas mientras las largas y correosas lenguas de los üzgards culebreaban buscando un cuello al que abrazarse y poder romper.

Sí, la bestia que anidaba en mí se empapó de lo que sin duda representaba el preludio de nuestra primera victoria en Eddel.

Sin remordimientos.

Sin el mínimo azote de abatimiento por los soldados que eran masacrados ante mis ojos.

Sin sentir consternación alguna por la brutal carnicería que mi pequeña legión de monstruos estaba obrando en mi nombre.

Encajé la mandíbula, habiéndome permitido disfrutar por unos breves instantes de la cruel matanza, y, empuñando con fuerza mis espadas, eché a correr hacia Hlín.

Porque yo, Adler de los Bastardos del Hierro, Heraldo de Hölle y sölken elegido por el Señor del Exterminio para custodiarla, me juré estar a su lado y ayudarla a manejar su don cuando este despertase.

Y ese momento había llegado.

Y bien sabían los dioses que siempre cumplía mi palabra.

Capítulo 9

Adler

Al llegar donde se encontraba Hlín, sus estrangulados sollozos se hicieron audibles por encima del clamor de la batalla, de los gruñidos de las bestias y del silbido de la densa espiral de nubarrones que, sin ser consciente, ella había creado. Una masa oscura e informe, preñada de cegadores relámpagos, que giraba sobre nosotros y aumentaba de tamaño.

A mi mente regresó aquella gélida ráfaga de aire que lamió nuestras piernas en la morada de Ulla e hizo que su cano y ralo cabello ondeara flotante. De igual modo recordé las plateadas chispas que centellearon en sus ojos al negarme a partir hacia la Ciénaga Gris sin más confirmación que lo que Wiesel afirmó que éramos justo antes de que lo decapitase. Y eran esos mismos destellos plateados los que ahora crepitaban en las esferas blancas en las que habían mutado los ojos de mi compañera; los mismos, a escala menor, que los que veía restallar en el interior de la turbulenta masa que se concentraba encima de nuestras cabezas.

Debía detenerla, hacer cuanto estuviese en mi mano para que ese inmenso poder que había liberado involuntariamente regresase a ella, porque, para mi desgracia, ignoraba el alcance de su virulencia y las consecuencias que su nulo control pudiese ocasionarnos; es más, tenía la absoluta certeza de que Hlín era ajena a lo que su dolor e impotencia habían desencadenado.

—¡¿Padre?! —Giré el cuello, hallando a Todesfall sobre la grupa de su bestia, observando con incredulidad las dos astas de flecha que sobresalían de la espalda del cabecilla Fronterizo—. ¡Padre!

Se apeó de su montura de un salto tan pronto como fue consciente de la realidad y agarró el cuerpo sin vida de Dunkelheit. Con presteza, enfundé mis espadas y lo ayudé a bajarlo y tumbarlo de costado sobre el húmedo empedrado, sin olvidarme de que Hlín continuaba tendida de estómago sobre el lomo del dreik aun cuando ya no existía peso alguno oprimiéndole la espalda.

—Lamento su pérdida —expresé con sinceridad, convencido de que tomarme unos instantes para mostrarle mis respetos al hijo del hombre que había salvado la vida de mi compañera era lo mínimo que debía hacer.

—¡Malditos seáis! —La escuché vociferar, llevada por el desespero—. ¡Dioses crueles e injustos, malditos seáis los Tres!

Todesfall la miró, apesadumbrado, antes de clavar sus vibrantes ojos violetas en mí.

—Ve con ella, Adler. Por mi padre ya nada podemos hacer.

Asentí, irguiéndome, y les di la espalda para situarme frente Hlín, que no había hecho siquiera el intento de variar la postura en la que Dunkelheit la colocó tras izarla del suelo, por lo que su bello rostro, ahora demudado por la tristeza, quedó paralelo al mío.

Enmarqué su cara entre mis manos.

—Mírame —le exigí, aproximándome a sus labios.

Sus negras pupilas, rodeadas por esos aterradores iris blancos, se amarraron a las mías.

—¡Yo tendría que estar arrumbada en la piedra y no él! —gritó con las facciones contraídas por el dolor—. ¡Tendría que haber sido yo quien recibiera esas dos letales flechas!

Las chispas que crepitaban en sus ojos se intensificaron y yo elevé los míos al cielo, comprobando que en la masa oscura que giraba sobre nuestras cabezas también chasqueaban el doble de destellos plateados.

Se nutría de sus emociones y si no hacía algo para impedirlo estallaría y arrasaría con todo.

Apreté los dientes, centrándome de nuevo en ella.

—No, amor —le rebatí con ardorosa franqueza, presionando más sus mejillas para que sintiese la verdad a través de mi tacto—. Si hay alguien que merece sobrevivir a todas las batallas que tengamos que librar, esa eres tú. Porque solo un alma pura podría albergar la esencia de un dios sin que esta la destruyese. Y esa, mujer preciosa y terca como ninguna, eres tú. La Protectora. La Descendiente que fue creada para unificar tres tierras divididas y devolvernos la paz.

Ante aquella confesión nacida de mi propia alma, las chispas que crepitaban en sus ojos comenzaron a apaciguarse y, negándome a sujetar durante más tiempo la necesidad de ofrecerle consuelo, actué en base a lo que me exigía que hiciese todo mi maldito

cuerpo. Me estrellé contra su boca y la besé con la determinación del líder, la agresividad del guerrero y el inmenso amor del hombre que ella me había enseñado a ser.

Al separarme de sus labios, presencié cómo de sus contraídas pupilas surgía una red de finos filamentos negros que fue coloreando el blanco de sus iris hasta devolverle a sus ojos esa mirada oscura que yo tan bien conocía.

Solté una densa bocanada de aire.

—Adler… —balbució con la barbilla temblorosa, abrazándose a mi cuello.

Retiré mis manos de su rostro y, sujetándola por las axilas, la hice desmontar del dreik, que gimoteaba como un cachorro recién nacido ante la pérdida de su compañero de vida.

Llevé la mirada al cielo, donde mil estrellas volvían a titilar en el fondo violáceo. Nada quedaba de los espesos nubarrones que un instante antes amenazaban con tragarse el castillo. Ninguna lluvia descargaba ya su ira sobre nosotros. Nada. Todo había regresado al interior de la negrura infinita de sus ojos.

Me centré en ella de nuevo.

Hlín presentaba una devastada mirada que tuve la imperiosa necesidad de borrar, así que, sumisamente, obedecí por segunda vez lo que mi cuerpo demandaba y la abracé con fuerza, pegándola a mi pecho, antes de volver a adueñarme de su boca en un beso, en esa ocasión, suave y rebosante de sentimiento. De ese desconocido que ella había logrado despertar en mí.

Porque la amaba como nunca pensé que sería capaz de amar a nadie.

Sí, amaba a esa testaruda y maravillosa mujer con todo mi corazón, mi espíritu guerrero y mi maldita alma.

Un inoportuno carraspeo me obligó a romper el contacto con sus labios. Giré el cuello, encontrándome a un apurado Nashorn y a ese Erizo del demonio con una mordaz sonrisa plasmada en su burlona cara.

—¿Qué? —les ladré. Más molesto por las muecas que evidenciaban sus rostros que por haber interrumpido un momento de crucial importancia para mí.

—Hemos logrado reducir a la guardia armada —fue Nashorn quien habló—. Los que han sobrevivido a nuestro ataque se han

rendido y falta que nos hagas saber si los quieres con vida o prefieres que los matemos.

Miré en derredor, centrando mi atención en lo que entonces la requería, que no era la boca de Hlín pese a mis ganas de ella.

Sigyn se hallaba arrodillada junto a Todesfall mientras los hombres de su pueblo, de pie frente a ambos, guardaban un respetuoso silencio por la muerte de su líder; mi sanadora atendía a Jürgen, al que habían recostado contra uno de los muros del castillo; Spatz, aún semitendida sobre el inerte cuerpo de la reina alada, se abrazaba al cuello de Löwin, y el resto de mis guerreros, con la inestimable colaboración de las bestias, vigilaban al centenar de soldados que, postrados de rodillas tras haber sido derrotados, salpicaban el patio de armas; a su vez regado por otra treintena de cadáveres entre los cuales distinguí a algunos de los míos.

Mis mandíbulas se prensaron.

Dunkelheit no había sido el único en caer en esa primera batalla. Dos de las arqueras de Gudrun más tres Ciénagas y un Jinete Sombra también habían perecido.

Me obligué a tomar aire, tratando de convencerme de que ese era el precio a pagar; no obstante, todo mi ser se revolvía clamando venganza.

Fijé mis fríos ojos en Nashorn, decidido a darle la orden que ayudara a aligerar la carga que sentía sobre los hombros.

—Adler, no lo hagas, te lo suplico. —Mi mirada se desvió hasta encontrar la de mi compañera—. Se han rendido. Tienes… —Tragó con visible esfuerzo antes de alzar la barbilla—. Estás en el deber de perdonarles la vida. No puedes ordenar que los maten a sangre fría.

Desde luego que podía. Todo mi interior me exigía que lo hiciese; sin embargo, volví a llevar aire a mis pulmones con el fin de atemperar mi ira y asentí.

—Ya la has oído, Nashorn. No más muertes por esta noche. —Escuché perfectamente la exhalación de alivio que escapó de los labios de Hlín—. Reunidlos a todos; las mazmorras necesitaran nuevos cautivos que las ocupen en cuanto liberemos al tercero de los Descendientes y a su familia.

—¿Qué hacemos con los soldados que han caído?

—Apiladlos y quemadlos.

—¿Y con nuestros muertos?

Sí, nuestros muertos…

—Que algunos hombres levanten siete pilares de roca en la explanada que se extiende tras la muralla sur y que lleva a los acantilados. Cuando estén preparados, les daremos el oficio que merecen como los valerosos guerreros que han demostrado ser.

Nashorn afirmó con un seco golpe de cabeza antes de marcharse a hacer efectivo mi mandato.

—Ahora entiendo que los dioses tuviesen a bien dotarte con dos manos izquierdas. —Plegué las cejas, llevando mis ojos a Igel, pero este tenía los suyos de dos colores puestos en Hlín—. ¡Para qué aprender a lanzar los cuchillos cuando puedes hacer eso que sea que has hecho! —Señaló con un dedo la porción de cielo sobre nuestras cabezas, ladeando una sonrisa.

Me envaré.

Al igual que yo, ella también estrechó el ceño, aunque por motivos muy distintos a los míos. Mi compañera ignoraba que su don hubiese despertado y ese descerebrado estaba a punto de revelárselo. Y no era ni momento ni lugar, maldición. No cuando el impacto que le causaría saber lo que había estado a punto de provocar precisaría de unas atenciones que en esos instantes no podía ofrecerle, ya que, muy a mi pesar, primaban otras ocupaciones.

Miré con severidad a mi hombre, instándolo a guardar silencio, pero ese maldito charlatán de lengua suelta seguía pendiente de ella, ajeno a la furia que a buen seguro destilaban mis ojos.

—No tengo dos manos izquierdas, solo necesito algo más de práctica —alegó Hlín con inocencia.

—¡Oh, sí, claro!, algo más de práctica y que Adler esté presente y preferiblemente de espaldas.

Su estúpida sonrisa quedó congelada en una tirante mueca tan pronto sus pupilas se cruzaron con las mías, mas no hubo tiempo de que lo increpase por su desatinada torpeza, pues las siluetas que divisé tras él, acercándose, captaron toda mi atención.

Me centré en Fuchs y Egon, que se aproximaban a nosotros sujetando con fuerza por ambos brazos a uno de los soldados del enclave.

La arrogante mirada del desconocido recayó un instante en mí para, seguidamente, clavarse con intensidad en Hlín. A mis oídos

llegó con nitidez el gemido que ella aspiró en cuanto reparó en su presencia.

Mi visión se tiñó de rojo nada más acerté a adivinar que el hombre que traían ante mí era uno de los Vorgrimler.

Capítulo 10

—Él es Volker Vorgrimler, hermano del señor del enclave y general de la guardia —escupió Egon con palpable asco al detenerse frente a nosotros.

Me aferré con ambas manos al fuerte brazo de Adler. No porque la información que acababa de salir de la boca de mi amigo me resultase ajena; de sobra sabía quién era ese malnacido. Tampoco por el desagradable escalofrío que había culebreado por mi espalda cuando sus maliciosos ojos conectaron con los míos conforme acortaban distancia. Ni mucho menos por la desafiante mirada que dedicó a mi compañero en cuanto quedaron cara a cara. Todo lo contrario. Si me agarré a su brazo fue por cómo Adler, además de aguantarle la mirada, lo compensó con la más siniestra de las sonrisas. Una que logró erizarme el vello del cuerpo.

—Conque Volker Vorgrimler… —Su voz, aunque tan profunda como de costumbre, se deslizó de sus labios en una entonación aterciopelada.

—El mismo —atajó ese miserable con tal soberbia que habría intimidado a cualquiera.

Pero no al Hombre de Hielo, al que clavé las uñas en el antebrazo al presenciar cómo su sonrisa se estiraba.

Ese estúpido arrogante se había dejado engañar por su timbre algodonoso al ignorar qué clase de bestia anidaba en el interior del salvaje frente a él. Mas yo lo conocía, y esa impostada serenidad y falsa complacencia de las que estaba haciendo gala no presagiaban nada bueno.

Adler avanzó un paso, arrastrándome con él, hasta quedar tan cerca de Volker como para inhalar su aliento.

—Doy por hecho entonces que, siendo el general de las tropas de este enclave, no te será difícil tomar decisiones de relevante importancia.

Su tono había sido escalofriantemente templado, por lo que mis uñas terminaron hundidas del todo en la carne de su brazo, si bien él no pareció notarlo.

Claro que no era la única sorprendida por el pacífico talante que exhibía mi compañero, por norma temperamental en extremo y tan dominante y autoritario como para agarrotarte cada músculo del cuerpo; Egon y Fuchs, al igual que yo, lo observaban con recelo y los dispares ojos de Igel, de tan abiertos como los tenía, amenazaban con precipitarse al vacío y rodar por el suelo adoquinado.

—Como es lógico, son muchas las decisiones importantes que, por mi cargo, he tenido que tomar. —Ese incauto se atrevió a desplegar de nuevo su desmedida arrogancia, errado en la creencia del poder que le otorgaba su apellido. Un poder que para Adler significaba menos que estiércol—. ¿Quién lo pregunta?

—El hombre que comanda a los guerreros que os han vencido —le contestó sin más, abarcando con un movimiento del brazo que tenía libre el patio de armas—. El mismo que tiene dudas de qué decisión tomar en cuanto a ti…

—Muy impropio de alguien que se atribuye el liderazgo de un ejército.

—Y, si dudo —continuó Adler, ignorando para mi asombro tanto su interrupción como el insulto velado—, es solo porque, de algún modo, os agradezco a ti y a tu hermano que empujaseis a Hlín hasta mí.

Se desasió de mi agarre para rodearme los hombros y pegarme a su costado, dándole a entender con ese simple gesto qué nos unía.

Volker fijó sus ojos en los míos.

Una oleada de no sabía bien qué me hizo temblar de pies a cabeza; al instante, el brazo de mi compañero me apretó más contra sí.

—¿Y esa complicada decisión se debe a…? —soltó ese necio, incapaz de ver a través de su inmensa prepotencia que su muerte estaba sellada incluso antes de que Adler le dirigiese la primera palabra.

—A no saber qué me complacería más, si atravesarte yo mismo con mis espadas, tal y como me grita el instinto, o dejar que sea él quien decida cómo debes morir —aclaró, señalando con un seco gesto de barbilla a Todesfall, que aún se hallaba arrodillado junto al cuerpo de su padre.

El aire se me atascó en los pulmones.

¡Por la Madre! Tal exhibición de templanza había sido solo para causar un mayor golpe de efecto.

Él acababa de sentenciarlo con maquinada frialdad y, además, lo estaba disfrutando; no había más que ver el brillo de cruda satisfacción que había barrido toda tristeza de los iris violetas del Fronterizo al escuchar a mi compañero concederle, sin condiciones, el tomar venganza como creyese oportuno.

Sí, Adler lo había obsequiado con el poder de elección que únicamente correspondía a un líder y Todesfall iba a aprovechar esa deferencia que había tenido hacia él.

No me cupieron dudas de que el terror que estarían reflejando mis ojos era idéntico al que bañaba los de mi hermana que, con los labios ligeramente separados por los que escapaba un ínfimo hilo de aliento, contempló cómo Todesfall se ponía en pie hasta erguirse en toda su altura, se aproximaba a nosotros y ocupaba el lugar frente a Volker, que Adler le cedió gustoso tras hacernos retroceder.

Me tragué el corazón que, sin permiso, había trepado hasta mi boca.

Ese gusano de noble apellido lo miró con altivez, ignorando tanto que el cuerpo sin vida que se hallaba tumbado a unos pasos de nosotros pertenecía al hombre que dio la vida al que ahora lo observaba con fijeza, como que el guerrero de ojos fantasmales que le devolvía la mirada tenía grabadas a fuego sus sucias intenciones para con mi hermana.

Su pareja por elección propia.

Su protegida con el beneplácito de los primigenios.

La mujer que amaba.

No, Todesfall no iba a pasar por alto esas afrentas.

Volker estaba muerto pese a que aún respirase y Sigyn era tan consciente como yo. Me lo decía su rígida postura, lo gritaba la angustia que traslucía su bello rostro y me lo confirmaron las dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Sin embargo, ni una sola palabra en contra de lo que iba a suceder salió de su boca. Tampoco de la mía. Porque a pesar de no habernos criado en Nammentos, de no ser guerreras ni disfrutar segando la vida de un enemigo, ambas éramos conscientes de que todo acto deleznable conlleva un precio a pagar, y ese miserable había cometido muchos.

—Quiero que sea ejecutado ante su pueblo. Que todos sean

testigos. —No hubo vacilación en la voz del Fronterizo—. Que sirva de escarmiento al resto y mis hermanos sepan vengado a su líder. Mi padre —siseó esto último—. Y también para que el veneno que circula por mi sangre desde que supe de él se diluya de una maldita vez.

Aunque miraba fijamente a Volker, sus peticiones iban dirigidas a Adler.

—Se hará como deseas, jinete negro —sentenció mi compañero.

Todesfall lo miró por encima del hombro.

—Y quiero ser yo quien corte su cuello.

Mi hermana gimió al oírlo y yo intenté tragarme de nuevo el corazón sin conseguirlo.

—Así será.

—¡Como guerrero que soy, exijo un juicio! —bramó Volker cuando vio que Todesfall le daba la espalda y se dirigía hacia el cuerpo sin vida de su padre, consiguiendo no solo que Fuchs y Egon reforzaran el agarre en sus brazos, también que Adler se plantara de una zancada delante de él con las narinas totalmente dilatadas.

—«Vuestro ruego solo aviva mis ganas de romperla, *mi señora*». Esas fueron las palabras que dijiste a Hlín cuando te suplicó que renunciaras a su joven hermana. Una muchacha inocente que el cerdo de tu hermano te entregó como a una simple res cuando ella no es propiedad de nadie. —Tras la brusca indicación que Adler hizo con la cabeza, Volker clavó los ojos en Sigyn, a la que nunca había visto aunque sí aceptara en su momento hacer uso de su cuerpo.

Fui testigo del instante justo en el que la certeza golpeó al pequeño de los Vorgrimler. Sus párpados se abrieron con espanto antes de que volviera a centrar sus pupilas en las de mi compañero.

—No llegué a tocarla… —balbuceó, perdida toda esperanza de salir indemne después de aquella revelación.

—Haber pensado aquel día como el guerrero que ahora presumes ser —le espetó Adler, marcando así su sino—. ¡Fuchs, Igel!, encargaos de custodiarlo hasta que las mazmorras queden libres. —Se giró hacia mi hermana, aún arrodillada junto a Dunkelheit—. Sigyn, haz venir a los byrions; es hora de que Egon nos guíe hasta al tercero de los Descendientes y liberarlo.

Y, sin más, me sujetó por el brazo y tiró de mí en dirección al

cuerpo caído de la reina de los alados, donde Spatz seguía abrazada al cuello de Löwin.

Sí, era hora de rescatar a mi hermano… A mi amado Tŷr.

Capítulo 11

Adler

Hinqué una rodilla en el húmedo suelo y, con extrema delicadeza, sujeté a Spatz por los brazos e hice que soltara el cuello de Löwin y me mirase.

—Ya has llorado suficiente a la reina de los alados, pequeño Gorrión —le dije con voz firme pero suave al contemplar sus redondeadas mejillas bañadas en lágrimas—. Ella ha pagado con su vida trayéndote hasta tu protegido y defendiéndote de la guardia del castillo, y la mejor manera en la que puedes honrarla es poniéndote en pie, como la valiente guerrera que has demostrado ser, y cumplir con el cometido que los primigenios te asignaron. Es hora de liberar al tercero de los Descendientes.

Spatz sorbió por la nariz, se pasó la manga de su gruesa túnica por el rostro, para así borrar las huellas del llanto y, asintiendo con convicción, se irguió en su escasa estatura.

—Es cierto, Adler. Mi príncipe de cabellos de atardecer me espera.

Ante su férrea determinación de hacer frente a tamaña empresa a sus tiernos ocho años, una oleada de orgullo me invadió. Mas no fue lo único que azotó mi interior. Una emoción mucho más acusada, de tal intensidad que apenas si tenía cabida dentro de mi pecho, me hizo inspirar de forma brusca.

Fue el impacto al oírla pronunciar mi nombre por primera vez, al escucharla dirigirse a mí de manera directa sin que ninguna melodía acompañase a sus palabras.

Tragué como pude la pesada piedra que sentía bloquearme la garganta mientras me sumergía en el brillante y oscuro azul de sus ojos. Unos ojos que había contemplado mil veces sin ser consciente de que en sus profundidades estaba escrito nuestro futuro.

—Sí. Con seguridad él está aguardando tu llegada —logré vocalizar a duras penas, lidiando con una amarga sensación de congoja a la que no estaba acostumbrado.

—Los muertos de los Vorgrimler han sido despojados de sus armas y están siendo trasladados y apilados sobre un montón de leños, en un pequeño montículo de tierra, tras la muralla oeste que rodea el pueblo, para así evitar que el fuego pueda propagarse dentro o fuera de los muros cuando ordenes su quema.

Gracias a la intervención de Nashorn, conseguí que la maldita piedra que sentía atravesada en el gaznate bajase a mi estómago.

—Quemadlos tan pronto como el último de ellos sea llevado y que algunos de nuestros guerreros se queden allí vigilando hasta que el fuego se extinga por completo. —Una contundente afirmación de cabeza fue su respuesta—. ¿Y nuestros muertos?, ¿qué habéis hecho con ellos?

—He mandado acomodarlos en una de las carretas que hay junto a las caballerizas, a la espera de que dispongas su traslado cuando los hombres que he enviado hayan levantado las piras funerarias para su cremación.

Asentí, conforme, y, tras darle un ligero apretón a Spatz en el hombro, me puse en pie.

—Adler, los byrions ya están preparados.

Giré sobre los talones al escuchar la voz de Todesfall, encontrándolo junto a Sigyn y las dos bestias de las Lomas Blancas a escasos pasos del cadáver de la reina alada.

Barrí con la mirada el patio de armas, notando cómo mis cejas se plegaban.

Mis guerreros precisaban de organización tras nuestra primera victoria en Eddel, eso era indiscutible, pues tan solo aquellos a los que había encomendado una tarea específica parecían saber qué hacer.

Inspiré profundamente, llevándome a lo más recóndito de mi ser las reminiscencias del pequeño brote de vulnerabilidad que la férrea determinación de Spatz me había provocado. No era momento de dejarme gobernar por esas recientes emociones que, sin saber cómo, habían hallado la forma de penetrar a través de los escudos que yo mismo alzaba para protegerme, sino de asumir el mando, tal y como era mi obligación de líder, y darles las instrucciones pertinentes.

Clavé mis ojos en el único que ahora ocupaba el rostro del más leal de mis hombres.

—Asígnales a Igel y Fuchs un par de Fronterizos de refuerzo para que custodien a Volker mientras liberamos al Descendiente y su familia. —Nashorn afirmó con un golpe de cuello—. Que Natter, Hyäne y Katze se lleven consigo a los Purgadores a la muralla exterior y los distribuyan por patrullas. No quiero que nadie entre o salga del pueblo sin yo saberlo —maticé antes de continuar—: Y que sean los mismos que monten guardia en el muro oeste los que se ocupen de velar por que la quema de los muertos Vorgrimler esté controlada y no se extienda al bosque. —Esperé un nuevo asentimiento por su parte, que no tardó en ejecutar, antes de endurecer la mirada—. Quiero que seas tú quien se haga cargo del registro del castillo. De todas y cada una de sus dependencias —remarqué—. Llévate a Löwin y a los Ciénaga para hacerlo, y dile a Torsten que sus hombres escolten hasta el patio de armas a los soldados que halléis ocultos en el interior, que los habrá. Que Wolfgang y sus Jinetes Sombra se responsabilicen de vigilarlos, junto al resto de la guardia del enclave, hasta que podamos encerrarlos en los calabozos.

—¿Qué hacemos si alguno opone resistencia?

—Lo quitáis de en medio sin contemplaciones.

A mis oídos llegó con nitidez el gemido que aspiró Hlín al escuchar la tajante repuesta que di a Nashorn.

No me importó.

Que hubiese accedido a su petición de no acabar con las vidas de los soldados que se habían rendido no significaba que fuera a respetar las de aquellos que osaran rebelarse.

—¿Y con los miembros del servicio? —quiso saber mi hombre.

—Reunidlos en el salón principal e informadles de la situación y de a quién tendrán que rendir cuentas en adelante. Solo espero, por el bien de todos ellos, que acepten tanto el cambio como al Descendiente sin sublevarse.

Ahora fue un quejido de impotencia, que de nuevo ignoré, lo que escapó de los labios de mi compañera.

Entendía que le inquietase lo que mis palabras habían dejado entrever en el supuesto de que la servidumbre del castillo diese problemas, pero, al contrario de lo que a buen seguro estaría pensando si consideraba las muchas veces que me había escupido a la cara que era un salvaje sin corazón, no se trataba de falta de

respeto por la vida, sino de llevar a término la voluntad de los primigenios a como diese lugar. Y la voluntad de los Tres era que Tỳr gobernase la tierra de Eddel.

Mis convicciones en cuanto a que los lugareños no eran el enemigo a vencer continuaban intactas y nada podría complacerme más que el que se aviniesen a razones y tenerlos de nuestro lado, si bien no estaba dispuesto a tolerar la más mínima sublevación por parte de estos. No cuando dependía en gran medida de la autoridad que yo impusiera que el vaticinio se cumpliese. Y ya era hora de que esa terca mujer asimilara que no acatar la palabra de quien poseía el mando traía consigo consecuencias. Que hasta la fecha ella se hubiese librado de estas por lo que nos unía y los fuertes sentimientos que despertaba en mí, no quería decir que otros lo hiciesen si me daban motivos.

—¿Algo más? —inquirió Nashorn.

—Sí. Buscad una estancia adecuada para nuestros heridos y que Ratte y Schmerz se ocupen de ellos. Eso es todo por el momento.

Mi hombre asintió antes de darme la espalda y alejarse, junto con Löwin, a cumplir con lo que le había encomendado.

Centré mi mirada en Sigyn.

—Quiero a Gudrun y a sus arqueras apostadas en las almenas y el adarve. Ordena a los alados que se les unan en la vigilancia y déjales claro que ellas son aliadas y no comida. Y ata bien a los üzgards antes de que bajemos a los calabozos.

»Todesfall —me dirigí entonces al Fronterizo, ignorando el hostil gesto de su pareja por mi desconfianza en las bestias cuando ella no estuviese presente—, que tus hermanos y sus monturas se distribuyan por los alrededores del castillo y las calles del pueblo. No es mi intención atemorizar a sus habitantes, pero no quiero ninguna sorpresa ni dentro ni fuera de los muros de la fortaleza.

Ambos asintieron, dispuestos a cumplir mis órdenes, mas no pude sujetar una última petición que todo mi ser clamaba.

—Todesfall, una cosa más. Que Gräuel, Pest y Blut inspeccionen el pueblo y encuentren a Dedrick. Diles que lo quiero vivo.

—Adler…

Giré el cuello y clavé mis ojos en Hlín, sabiendo el velo de rechazo que hallaría en los suyos.

—Ese malnacido es mío. Solo y todo mío —gruñí con las

mandíbulas prensadas, robándole cualquier opción a réplica.

Quizá ella no alcanzase a comprender mis motivos, pero bien sabían los dioses que los tenía. Que para mí sí los había.

Si poco antes había considerado que, por derecho, el destino de Volker le pertenecía al Fronterizo como pago a lo que en su día estuvo dispuesto a hacerle a su hermana, de igual modo consideraba que era a mí a quien correspondía elegir qué muerte dar a ese malnacido que, aferrándose al poder que le confería su noble apellido, la creyó otra más de sus muchas posesiones.

Y pensaba resarcirme.

Pese a que los planes de ambos hermanos se truncasen finalmente y aun consciente de que, de no haber sido por Dedrick y aquellas cláusulas que decretó, Hlín jamás habría irrumpido en mi vida, pensaba desquitarme de las más variadas formas y en ninguna de ellas habría clemencia.

—¿Qué vamos a hacer con la reina, Adler? No podemos dejarla aquí. No se lo merece ni sería justo.

Mi mirada perdió todo rastro de furia al recaer en el pequeño Gorrión, que observaba con infinita tristeza el cuerpo sin vida del alado.

Fui incapaz de desentenderme de lo que parecía preocuparle tanto y busqué los ojos de Sigyn, confiando en que ella tuviese la respuesta a aquel revés de enorme tamaño.

—Comunicaré a varios syldeurs que la transporten hasta el bosque y Todesfall enviará a algunos de sus hermanos a que le den sepultura entre los sauces. Es un bonito lugar para el descanso eterno.

A pesar de que la hermana de Hlín me estaba informando a mí, sus ojos de ónix, radiantes de calidez, se hallaban fijos en Spatz, que la compensó con una aliviada y sincera sonrisa.

El Fronterizo secundó la propuesta de su pareja y, agarrándola de la mano, se la llevó consigo para dejar todo dispuesto antes de nuestro descenso a los calabozos.

Guiados por Egon, nos adentramos en el castillo por el portalón que comunicaba con las bodegas y avanzamos hasta alcanzar los escalones de piedra que llevaban al corredor de las mazmorras.

Aferré la mano de Hlín y la insté a descender. Sus dedos temblaban ligeramente contra mi palma.

—Todo va a estar bien, no temas —susurré aproximándome a su oído.

Una débil presión en mis dedos fue su respuesta, lo que me pareció un gesto insuficiente viniendo de ella.

Demasiadas emociones que digerir en una sola noche para alguien que no estaba acostumbrada a batallar. Demasiados miedos condensados en su pequeño cuerpo al desconocer qué suerte había corrido su familia. Y sobrados sentimientos en mi interior como para que el mustio estado en el que la veía no me afectase.

Hice que se detuviera y le pegué la espalda contra la pared de roca para dejar que Sigyn, Todesfall y los dos byrions nos adelantasen. Ella me miró, interrogante, con un inusual y vibrante brillo en los ojos.

—¿A qué se debe tu temor? —inquirí, deslizando la yema del pulgar por su mandíbula.

Tragó saliva antes de responderme.

—¿Y si mi hermano o la abuela están muertos, Adler? ¿Y si lo está mi padre y no tengo la oportunidad de pedirle perdón por haberlo olvidado?

Algo se encogió dentro de mi pecho y tuve que contener un jadeo de dolor encajando con fuerza los dientes.

Aún estaba haciéndome a la idea de cuánto significaba ella para mí, por lo que ciertas emociones, a las que me costaba hacer frente, me asaltaban de improviso y arrasaban con mi fortaleza.

Mi cuerpo absorbía el sufrimiento de Hlín como si fuese tangible y propio, y mi corazón se encogía ante su tormento aun en contra de mi voluntad.

Por mucho que me pesase, había llegado a un punto en el que todo cuanto perturbaba a mi compañera, me perturbaba también a mí; y, para mi desgracia, no era bueno lidiando con ello. No sabía qué demonios contestarle con tal de mitigar sus más que justificados miedos. No podía ser tan arrogante como para garantizarle que sus seres queridos estuviesen vivos. Y tampoco era tan egoísta como para engañarla en esos momentos con el fin de tranquilizar los erráticos latidos que me ocasionaba su vulnerabilidad. Tal vez a mí nadie me hubiera enseñado a amar cuando era niño, pero Nadja sí se había preocupado de inculcar a sus nietos lo que era el verdadero cariño y a Hlín le aterrorizaba la

sola posibilidad de haber perdido a alguno de ellos.

A falta de un argumento sólido que darle, hice lo único que en ese instante estaba en mi mano; capturé sus labios entre los míos y la besé con suavidad, pidiéndole a la Madre que entendiese que, aun sin pronunciar palabra, y fuera lo que fuese que encontrásemos en esas celdas, a mí siempre me tendría, en esta vida y en todas las que estuviésemos destinados a compartir.

Mis labios se fundieron con los suyos sin más ambición que la de mostrarle mi apoyo. Mi entrega. Mi respeto a ese miedo que la gobernaba.

Cuando rompí el contacto con su boca, la miré con fijeza a los ojos, advirtiendo que el terror que poco antes los cubría se había difuminado en parte.

—Te amo, Hombre de Hielo —musitó contra la sensible carne de mis labios. Yo inspiré con fuerza, sabiendo que ella había captado en ese beso todo lo que con palabras no había podido expresarle.

Estaba a punto de confesarle que yo también la amaba con tal intensidad que me asustaba, cuando una atronadora voz surgió de las entrañas del castillo.

—¡¡¿Quién demonios anda ahí?!!

Una voz tan feroz y hosca como solo podía ser la de un Heraldo.

Torcí una sonrisa sabedora que hizo fruncir el ceño a Hlín.

—Apostaría mis espadas a que a tu padre sí vas a poder abrazarlo y ofrecerle todas esas disculpas que crees deberle.

—¡¡¡Si os atrevéis a llevaros de nuevo a mi hijo, juro que os arrancaré la cabeza!!! ¡¡¡Me bañaré en vuestra podrida sangre, malditos hijos de pe…!!! Pero… ¡¡qué demonios!! ¡¿Egon?!

Mi sonrisa se amplió al contemplar la que esbozaba Hlín.

—Vamos a conocer a tu padre —la animé a continuar descendiendo.

—Como verás, amigo Nils, ningún üzgard consiguió comerse mi trasero.

—¡¡¡Egon!!! ¡¡¡Por todos los dioses, muchacho, has logrado sobrevivir a Nammentos!!!

El corredor de los calabozos olía a podredumbre, lo que no impidió que lo recorriésemos a grandes zancadas hasta plantarnos delante la celda frente a la que se hallaba el hombre de Eddel.

Egon miró a derecha e izquierda, mostrando una sonrisa

altanera, antes de volver a clavar sus ojos en el desaliñado y fornido hombre que nos observaba desde detrás del enrejado.

—No solo he sobrevivido a Nammentos, también he encontrado a tus hijas.

Sigyn, situada a un costado de Egon, y Hlín, al otro, miraban al Heraldo como si fuese una especie de espectro mientras que él vagaba sus pupilas de una a otra, supuse que asimilando las palabras que acaba de oír.

—Mis… Mis hijas…

—¿Padre? —balbució Sigyn al tiempo que un sollozo estallaba en la garganta de mi compañera.

—¿Egon? ¿Eres tú? —Se escuchó una cansada voz que provenía del fondo del corredor.

Hlín giró el cuello como un látigo.

—Abuela… —musitó sin apenas aliento.

Y hasta ahí mi falta de reacción.

—Heraldo —solicité la atención del padre de los Descendientes —, apártate de las rejas. Sigyn —me dirigí entonces a ella—, que los byrions las arranquen. Saquemos de aquí a vuestra familia. Ya habrá tiempo de disfrutar del ansiado reencuentro que todos deseáis.

Sigyn se tragó las lágrimas e irguió la barbilla, demostrando nuevamente la fortaleza que anidaba en su interior.

—Arrancadlas —exigió con autoridad a las bestias.

Capítulo 12

Mi amada hermana, la que todos en mi familia creíamos la más frágil y asustadiza de los tres, no titubeó en dar la orden a las criaturas de las Lomas Blancas; yo, por el contrario, que siempre consideré que tenía la capacidad de afrontar cualquier infortunio con más aplomo que ella, en ese momento sentía que mis pies se habían adherido a la sólida piedra del suelo y que mi cuerpo no era más que una estatua de roca, limitándome a inhalar y expeler…

Inhalar y expeler, inhalar y expeler, inhalar y expeler, con los ojos anclados en la desaliñada figura de mi olvidado padre.

Traté, como una ilusa, de localizar algún recuerdo que me ayudase a reconocerlo, mas estos debían de estar enterrados en el rincón más recóndito de mi mente cuando nada acudió a mi memoria. ¡Nada!

Vi cómo los byrions ceñían sus grandes zarpas en torno a los barrotes —uno a cada extremo de la puerta— y tiraban con fuerza de esta hasta arrancarla de los muros, de los cuales se desprendió una densa polvareda que aún vició más la atmósfera que se respiraba en los calabozos.

Un tintineo de metal me hizo enfocar la visión en la cadena unida a la argolla que apresaba uno de los tobillos de mi padre. Una gruesa cadena, carcomida por el óxido, que estaba encastrada a la pared del fondo y le impedía llegar hasta mí.

Sin ser apenas consciente, mis piernas me llevaron al interior de aquella celda, testigo de sus doce años de cautiverio, hasta quedar frente a él. Sus pupilas me escrutaron veloces; las mías, en cambio, deambularon con lentitud por su enmarañada y sucia melena, por su espesa y larga barba, por su alto y robusto cuerpo… Y, también, por su inexistente brazo derecho.

Un cálido aliento impactó contra mi oreja.

—Respira, Hlín.

La honda, hondísima bocanada de aire que llevé a los pulmones arrastró consigo el nauseabundo hedor que emanaba de ese maldito lugar y arañó mis fosas nasales con la saña de diminutas y

punzantes espinas, devolviéndome a la realidad.

—Padre… —balbuceé al tiempo que su extremidad zurda me rodeaba la espalda y mi cuerpo se catapultaba contra su ancho pecho.

No podía decir que Nils no oliese a rayos porque mentiría, pero sí que no me importó lo más mínimo cuando su calor traspasó mi piel y atemperó el horrible frío que atenazaba mis huesos.

—Mi pequeña —susurró, acongojado, con la nariz enterrada en mi pelo—. Mi pequeña y valiente Hlín.

Fue escuchar aquellas palabras y mis ojos escupieron un torrente de lágrimas.

Me abracé a su cintura como nunca me había abrazado a nadie, ni tan siquiera a Adler. Porque podría haberlo olvidado: sus rasgos, el timbre grave de su voz, su rudo y a la vez afectivo tacto…, si bien su triste historia jamás la olvidaría después de que Bärbel me la hubiese contado.

Nils era el hombre que me dio la vida y renunció a sus creencias y a su clan por el amor que profesaba a su familia. El que recorrió Nammentos de extremo a extremo para hacer que se cumpliese el vaticinio de unos dioses a los que nunca había rendido culto. El mismo que, a sabiendas de que no conseguiría sobrevivir, se aventuró a viajar a Eddel solo por brindarles una oportunidad a sus hijos. El que se sacrificó en la Serpiente de Obsidiana, aferrándose a la esperanza de que nuestra joven madre, la mujer que amaba, lograse ponernos a salvo…

Y lo hizo. Ella consiguió dejarnos al cuidado de la abuela Nadja antes de que esos asquerosos üzgards la devorasen.

¿Lo sabría él? ¿Habría dado con el cuerpo sin vida de nuestra madre cuando, malherido y sin brazo, pudo librarse del ataque de esos monstruos de correosa lengua? ¿Sería por no hallarnos muertos junto a ella que se aventuró a cruzar el río con la intención de encontrarnos?

Probablemente ese fuera su propósito antes de ser apresado por la guardia armada del enclave.

—Padre —sollocé contra su pecho, asaltada por una abrasadora tristeza al pensar en lo mucho que había sacrificado para que mis hermanos y yo pudiésemos cumplir la profecía.

No sabría decir con precisión cuánto tiempo estuve refugiada en

su calor, solo que, cuando deshicimos el sentido abrazo, Sigyn nos observaba con las mejillas tan húmedas como lo estaban las mías.

Inspiré, notando que volvía a faltarme el aliento, al ver cómo entonces era el delgado cuerpo de mi hermana el que se refugiaba en el de nuestro padre.

Sentí un agradable aleteo dentro del pecho. Él era tan enorme y ella tan diminuta…

Pestañeé para apartar las lágrimas que opacaban mi visión al reparar en que Adler decía algo a Sigyn y esta asentía, rompiendo el contacto con Nils.

—Libéralo de la cadena —ordenó mi hermana con voz suave pero firme a la criatura que mi compañero había rajado el rostro la noche anterior y que aún mostraba una herida sanguinolenta.

Tan solo había transcurrido un día desde que Adler, cegado por la ira y la sed de venganza, agarrase una de sus espadas y corriese hacia el byrion que había vaciado el ojo derecho a Nashorn y desfigurado la mitad de su cara. Únicamente una puesta de Tzonne y una salida de Munno desde que, con nuestros cuerpos apretados bajo el abrigo de las pieles en la linde de bosque Calavera, le dijese que lo enseñaría a perdonar al igual que lo había enseñado a amar. Solo el avance de unas pocas horas desde que nos arrojásemos al Rötlich cuando el alado se llevó a Spatz… Y, sin embargo, parecía que de todos esos acontecimientos hubiese pasado un lustro.

Varios eslabones de la cadena que ligaba a mi padre con la pared al fondo de la celda se quebraron entre las zarpas del byrion.

—De la argolla que rodea tu tobillo, nos ocuparemos más tarde —informó Adler a Nils.

Los gruñidos provenientes del corredor hicieron que nos precipitásemos del calabozo a este.

La otra bestia de las Lomas Blancas se afanaba en arrancar de los muros la puerta donde, sospechaba, se hallaban mi hermano y la abuela, mientras Spatz, Egon y Todesfall, con semblantes escalofriantemente serios, observaban el interior unos pasos por detrás de esta.

El byrion que se encontraba con nosotros avanzó a grandes zancadas para unirse a su compañera, seguido por Sigyn y mi padre. Tan pronto atrapó los barrotes entre sus grandes zarpas, ambas criaturas empezaron a tirar con fuerza una y otra vez, una y otra

vez, una y otra vez…

Giré el cuello, colisionando con los ojos de invierno de Adler y algo se agitó dentro de mí, aunque en esa ocasión, no se trataba de mi colonia de murciélagos, sino de un gélido miedo que sentía sacudir en ráfagas cada una de mis extremidades. Porque en ese instante fui consciente de que poco antes había escuchado la voz de mi abuela Nadja, lo que indicaba que estaba viva, pero, en todo el tiempo que llevábamos en los calabozos, ni una mísera palabra había brotado de los labios de Tỳr.

Adler frunció el ceño al percatarse de que había comenzado a jadear y, sin considerar el estado de desazón que se había adueñado de mí, me sujetó con rudeza por un brazo y me arrastró a lo largo del corredor.

Antes de llegar hasta ellos, las rejas saltaron de los muros y vi que Spatz se lanzaba al interior de la celda. Clavé las suelas de mis botas en el suelo, tratando de frenar el avance de mi compañero por temor a lo que pudiesen ver mis ojos. Pero su fuerza física, tan superior a la mía, y su corazón hecho de la misma roca que nos rodeaba, no se apiadaron de mí y, soltando un gruñido bajo, volvió a tirar de mi brazo hasta llegar al hueco ahora libre de barrotes.

Mi abuela se hallaba sentada al fondo, con la espalda apoyada en la húmeda pared y la cabeza de mi hermano descansando en su regazo. Ninguna argolla con gruesos eslabones que los ligara a los muros se ceñía alrededor de sus tobillos, tal y como me contó Egon que sí ocurría meses atrás cuando con ayuda de la joven Weiss se coló en el castillo y pudo hablar con ellos. Al parecer, tan solo mi padre representaba una amenaza real para la guardia como para haberlo tenido, además de entre rejas, encadenado. Lo que no era de extrañar viendo el lamentable aspecto que presentaban la abuela y mi hermano.

Sentí que se me inundaban los ojos y me centré en Spatz, arrodillada junto a Tỳr.

La niña le acunaba la cara entre sus pequeñas manos mientras tarareaba una dulce canción a su oído, de esas que tantas y tantas veces le había escuchado entonar sin saber por entonces que ese príncipe de cabellos de atardecer al que ella dedicaba sus cantos era en realidad mi amado hermano.

—Cumpliste tu palabra —le dijo la abuela a un emocionado

Egon, mirándonos con ojos vibrantes y tiernos a Sigyn y a mí—. Encontraste a mis nietas.

—Lo correcto sería decir que fue Hlín quien me encontró a mí —alegó él con la voz algo más ronca de lo habitual.

Una leve sonrisa afloró en mis labios al constatar lo mucho que mi amigo nos quería; tanto, como para adentrarse en unas desconocidas tierras sin más garantías de localizarnos con vida que las indicaciones de un extraño.

—Ve y abraza a tu abuela. —Mis ojos se sumergieron en los de Adler.

Pudiera parecer que, más que una petición, sus palabras hubiesen sonado a orden, pero en el cielo despejado de su mirada estaban impresas todas y cada una de las necesidades a las que mi cuerpo era incapaz de reaccionar, y abrazar a la mujer que me había criado era sin duda una de ellas.

Poniéndome de puntillas, besé con ternura sus labios antes de salir disparada y caer de rodillas, aferrándome con anhelo a su castigado cuerpo.

—Abuela —musité en el hueco de su cuello, advirtiendo que Sigyn se situaba junto a mí.

Nos miró a ambas a través de sus cansados párpados. Su avejentado rostro se contorsionó.

—Mis niñas… —gimoteó con tanto dolor que sentí que el alma se me resquebrajaba—. Tŷr nos ha dejado. No ha podido resistir en esta ocasión la brutalidad de ese malnacido. Han sido tantas veces… Tantas noches… Tanto sufrimiento…

—Él no está muerto —interrumpió Spatz, deteniendo por un instante su inventado cántico para después seguir entonándolo al oído de Tŷr.

Mis latidos se tornaron erráticos al captar el sentido de las sollozadas palabras de la abuela. ¿Acaso Tŷr había sido torturado?

Observé que mi padre se arrodillaba junto a Spatz y busqué los ojos de Sigyn en un vano intento de encontrar en ellos una explicación que no fuese la que barajaba en mi cabeza, mas solo hallé un gesto bañado de incomprensión que debía de asemejarse al que yo mostraba.

—¿De qué sufrimientos hablas? —se atrevió a preguntar mi hermana, aunque el timbre de su voz sonó tan endeble que supe

que el miedo a su respuesta también la subyugaba.

—¿Por qué aseguras que nos ha dejado? —inquirí, queriendo confiar en la seguridad que había traslucido Spatz al aseverar que él no estaba muerto.

Los primigenios la habían elegido su sölken por algo y ella tenía que saberlo. Lo había asegurado sin que le titubease la voz. ¿O quizá solo me estaba negando a contemplar que lo que decía la abuela fuese cierto?

—A los pocos días de que Egon se colara en los calabozos y yo le indicase cómo llegar a Nammentos, una pareja de la guardia vino a por Tỳr en la noche. —Fue mi padre quien contestó mientras sus ojos se mantenían fijos en el rostro de mi hermano—. Esos hijos de perra lo devolvieron al amanecer en tan lamentables condiciones que pensé que lo traían muerto; sin embargo, se recuperó, en parte gracias a su fuerte naturaleza y en parte a los cuidados que le dispensó Nadja. —Al desviar su mirada a la abuela, aprecié el inmenso cariño que le prodigaba—. Fue entonces cuando les confesé quién era y de dónde venía. Les hablé de la tierra que hay al otro lado del mineral y de la profecía. Quise recuperar con mi hijo el tiempo que nos había sido robado. —La voz se le rompió en ese instante y, en reflejo, un puño se apretó a mi garganta—. Su compañía y nuestras conversaciones, aunque fuesen a través de las rejas, hicieron que dejasen de importarme los años que llevaba preso, porque, que nuestros caminos se cruzaran, solo podía significar que lo escrito por los primigenios era cierto. Me conformaba con escuchar la voz y las risas de mi hijo. ¡Mi hijo! —bramó—. Si bien ese cerdo miserable volvió a reclamar su presencia pasado un tiempo.

»Siempre era la misma pareja de soldados la que venía a llevárselo cuando caía la noche y el resto de la guardia se hallaba haciendo la ronda o descansando en los barracones, y lo devolvían a las mazmorras, más muerto que vivo, antes de que despuntara Tzonne. Pero siempre se recuperaba… Tỳr se sobrepuso a los abusos todas y cada una de las veces. Hasta hoy.

»Cuando lo arrastraron delante de mi celda al amanecer, me percaté de que en esta ocasión la tortura había sido excesiva en comparación con las anteriores, ya que él no hizo por dedicarme una leve mirada sabiendo que la esperaba.

»Volvió en sí muchas horas después, casi cuando había oscurecido. Y luego…

—Luego sus iris se tiñeron de rojo —prosiguió mi abuela con su arrugado rostro bañado en lágrimas—. Tuvo que recibir un contundente golpe en la cabeza como para que el sangrado interno se extendiese hasta ellos. —Negó, confusa, como si no terminase de entender lo ocurrido—. Yo presencié cómo su último aliento de vida abandonaba su cuerpo. Pero después… Después, ese horrible grito emanó de su interior, haciendo temblar los sólidos muros del castillo.

—El despertar del espíritu de la guerra —exteriorizó Spatz, dedicándole una dulce sonrisa—. No sufras, Nadja, tu nieto no está muerto.

—La profecía… —balbució mi padre, haciendo que la pequeña girase el cuello y lo mirase.

—Mi príncipe de cabellos de atardecer solo está sanándose de sus heridas. Pronto abrirá los ojos. Sus bonitos ojos de obsidiana.

—¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó mi abuela con un matiz de esperanza.

—Porque ella es la sölken del elegido —tronó la voz de Adler a mi espalda. Mis pupilas volaron a él, mas las suyas estaban afincadas en las de mi progenitor—. Tu hijo es el Descendiente que ha heredado la sangre de los antiguos guerreros, y el rugido primitivo que ha salido de él cuando anochecía y que pudimos escuchar desde la otra orilla del Rötlich, significa que su don ha despertado, no que haya perecido.

»Ulla, la profetisa de Öde, lo vaticinó —les explicó—. Los primigenios hablaron a través de ella, desvelándonos a Hlín y a mí que un antiguo y olvidado cántico haría despertar al espíritu de la guerra. Y fue la niña de mi clan la que elevó ese cántico desde el bosque de las Luciérnagas. Tỳr únicamente respondió a su llamada.

La abuela observaba a Adler queriendo creer en sus palabras. Mi padre también quería creerlo, o al menos eso me pareció interpretar en su mirada, mas esta se veía empañada por un fino velo de desconfianza que derivó en un condesado silencio, quebrantado solamente por la melodía que Spatz volvía a entonar al oído de mi hermano.

No sabría decir si fue obra de la dulce voz de la niña, solo que el

pecho de Tỳr se expandió en una intensa, intensísima inspiración que le arqueó la espalda y, como si presintiese que debía ser justo en ese momento, sus ojos, de idéntico color a los de Sigyn y a los míos, se abrieron anclándose a los de Spatz, que lo obsequió con su amplia sonrisa desdentada.

—Bienvenido de tu sueño, mi príncipe de cabellos de atardecer.

Mi corazón trepó hasta instalárseme en la garganta, porque, para sorpresa de todos, mi amado hermano elevó levemente las comisuras de los labios al tiempo que llevaba una temblorosa mano al ensortijado cabello de la pequeña para acariciarlo.

—Eres tú… —musitó Tỳr con voz rasposa—. Eres quien ha calmado mi dolor y me ha acompañado cuando todo era oscuridad. —Observé que ella asentía con vigor y contuve la respiración—. Me alegro de que seas real, mi princesa de ojos de estrellas y piel de noche sin Munno.

Me tragué un sollozo al ver que Spatz se abrazaba con fuerza a su cuello.

Era cierto que la niña poseía vestigios de magia antigua como Bärbel le aseguró a Torsten. La prueba la tenía ante mis ojos: mi hermano estaba vivo tal y como había asegurado.

—Que te olvides de respirar está empezando a ser un problema, mujer.

Volví el rostro hacia la voz de Adler y tomé una profunda inhalación. No por aquel recordatorio que con asiduidad tenía a bien hacerme, sino porque mi compañero eterno, en lugar de mostrar enfado como tantas otras veces, me contemplaba con genuino cariño. Aunque era más que probable que ni él fuera consciente de lo que su gesto trasmitía, de cuánto dejaban ver sus bonitos ojos de invierno en ese momento.

Ese salvaje al que había unido todas mis vidas sí tenía un corazón latiéndole dentro del pecho. Un corazón arrogante y guerrero, eso sí, pero que había aprendido a pulsar por mí.

Capítulo 13

Nils

Con su único brazo acodado en la lustrosa mesa de robusta madera y una copa de metal colmada de licor ambarino —que él mismo se había servido— sujeta entre los dedos, observaba con interés, inmerso en un silencio deliberado que bien sabía que estaba alargando de más, al par de guerreros sentados frente a él.

Llevándose el borde a los labios, sin quitarles ojo ni un instante, se bebió el destilado de un solo trago.

La garganta le ardió como si lo que hubiese bajado por ella fuesen un montón de ascuas.

Gruñó por la quemazón que la falta de costumbre le había ocasionado y depositó la copa vacía, con un golpe seco, sobre la superficie de la mesa.

—El bastardo de Götz y un Fronterizo —masculló por tercera vez desde que se hubieran reunido en la cámara privada que, hasta ese día, el malnacido de Dedrick había ocupado para regir y gestionar el enclave.

Nils negó con la cabeza, incapaz de adivinar qué malditas virtudes habían podido ver los primigenios en esos dos machos como para tener a bien elegirlos sölkens de sus hijas; uno, hijo ilegítimo del sanguinario que lideraba el que un día fuera su pueblo —pueblo, además, adoctrinado en las creencias paganas—, Heraldo de Hölle por nacimiento y cabecilla de uno de los salvajes clanes sin escrúpulos que poblaban Nammentos; el otro, uno de esos jinetes negros que desconocían el honor, un desalmado que asesinaba a sangre fría a los pobres incautos que se atrevían a adentrarse en su territorio y que no sentía el mínimo respeto por las hembras que, desgraciadamente, caían en sus manos.

Pudiera ser que él se hubiese pasado los últimos doce años cautivo en las mazmorras del castillo, pero no era ningún iluso como para creerse que los hábitos de las gentes que vivían al otro lado del Rötlich hubiesen cambiado. No, estaba convencido de que

en ese tiempo ni los clanes habrían renunciado a su sed de sangre ni ese pueblo de oscuros a las obscenas prácticas por las que eran conocidos. Él mismo había pertenecido al clan de los Heraldos de Hölle en el pasado y sabía de sobra que el instinto de matar formaba parte de sus naturalezas, como ahora también sabía que fueron los antepasados de los Fronterizos los que, bajo el mando del Exterminador, masacraron a su gente.

Increíble.

Claro que a ese respecto no tenía nada que objetar, puesto que hacía mucho que admitió que fueron las dos deidades en las que creyó con tanta devoción las precursoras de la antigua guerra. Aunque lo que jamás habría imaginado era que el poblado de hombres que habitaban aquella tierra de nadie entre el Rötlich y el gran mineral fuesen los descendientes del valeroso clan guerrero enclavado en la Cordillera Serrada.

¡Por todos los dioses! ¡Él mismo había aconsejado a Egon que evitase ir hacia el norte cuando emprendió su viaje a Nammentos y resultaba que el temido y rechazado pueblo de jinetes oscuros siempre estuvo bajo la protección de los Tres! ¡¿Cómo diantres se digería eso?!

Se puso en pie súbitamente, arrastrando el pesado sillón en el que estaba sentado, y, ante la atenta mirada de los dos machos, se dirigió al robusto mueble que ocupaba la pared a espaldas de la mesa para servirse otra copa de ese licor que quemaba como el infierno pero que necesitaba si quería seguir manteniendo la cordura.

Nada más Tỳr hubo abierto los ojos en la celda, regresando de nuevo a la vida, el hijo bastardo de Götz, que era quien comandaba a los guerreros y la legión de bestias que habían tomado la fortaleza, ordenó que lo trasladasen a las dependencias en las que sus hombres estaban acomodando al resto de heridos. Nadja y la mayor de sus hijas, dados los conocimientos que ambas poseían sobre sanación, habían ido con él. También la pequeña de piel negra que afirmaban que era su sölken. Una niña a la que aún le faltaba lo indecible por madurar, ¡la guardiana de su hijo! ¡¿Dónde narices tenían los primigenios el sentido común?!

Vació de una tragantada la segunda copa y volvió a rellenarla hasta arriba antes de acomodarse de nuevo a la mesa frente a Adler

y Todesfall, clavándoles una mirada letal y acusadora. Porque no solo se trataba del sinsentido de elección que habían hecho los Tres en cuanto a los custodios que debían proteger a los Descendientes en el cumplimiento de la profecía, sino que, además, esos malditos que tenía delante eran los amantes de sus hijas.

Un gruñido estalló en su pecho, deslizándose al exterior por entre sus apretados dientes.

El bastardo de Götz se había unido a Hlín por el Ritual de los Eternos, ligándola a él incluso después de la muerte. Y el Fronterizo… Ese jinete negro había tomado como pareja a su pequeña Sigyn tal y como era costumbre en su poblado, sin ningún ceremonial de por medio que sellase su unión.

Nils no sabía concluir quién de los dos había actuado de peor manera, si Adler atando a su primogénita por toda la eternidad o Todesfall por no dignarse a realizar siquiera un sencillo oficio. De lo único que estaba seguro era de que la rabia y la impotencia no actuaban como buenas consejeras, ya que, de buen grado, en ese mismo momento les hubiese arrancado a ambos la cabeza de no estar el dichoso vaticinio de por medio. Y que contara con un solo brazo para hacerlo no le supondría problema alguno, de eso también estaba seguro.

Lo más sensato para que esas tendencias asesinas que anidaban en su interior y que durante tanto tiempo estuvieron aletargadas no se hubiesen desperezado, habría sido que los guerreros no lo informaran de cada detalle de lo acontecido a sus hijas cuando le pidieron que los acompañase a aquella opulenta estancia. Pero ellos lo habían puesto al tanto de todo. ¡De todo!

Un involuntario resoplido escapó de los labios de Nils. Ciertamente la ignorancia era la mejor aliada en según qué ocasiones y, bien sabía, que esa era una de ellas.

—Hazte a la idea, Heraldo —detonó la áspera voz del bastardo de Götz, como si el muy cretino pudiese leerle la mente—. Ambos tenemos fe en tu sensatez; no por nada hemos visto conveniente reunirnos en privado contigo —alegó, mirándolo fijamente—. Por respeto a que eres el padre de los Descendientes y por lo que nos une a tus hijas, hemos creído acertado ser nosotros quienes te revelásemos cuanto te era desconocido. —Nils vio asentir en acuerdo al Fronterizo—. Pero no tenemos todo el día —sentenció

Adler—. Ni tampoco sería juicioso por tu parte que te embriagases, puesto que en cuanto pasen los efectos del destilado, la verdad que debes asumir seguirá ahí, solo que acompañada de un fuerte e innecesario dolor de cabeza.

Muy a su pesar, el bastardo tenía razón, cuanto antes aceptara los dementes designios de los dioses, antes podría volver a ser el implacable guerrero que en su día fue.

Sin embargo…

—¿Las amáis? —masculló más que preguntó—. ¿Amáis a mis hijas? Porque, que únicamente os unierais a ellas por ser sus sölkens elegidos no es algo que me satisfaga ni mucho menos me convenza. —Adelantó la parte superior del cuerpo, endureciendo la mirada—. Yo renuncié a mi pueblo y a mis creencias por el amor que profesaba a mi familia, porque amaba a su difunta madre más que a mí mismo y a mis hijos por encima de ningún dios. Recorrí Nammentos y crucé al otro lado del mineral para que tuviesen una oportunidad, maté al üzgard que devoró mi brazo derecho y hallé a mi dulce Antje muerta por esas mismas criaturas; no obstante, aun embargado por la más absoluta desolación, no me rendí y atravesé a nado el Rötlich con mi único brazo útil para saber a mis hijos a salvo, pero la guardia me apresó…

»Durante doce largos años no he sabido nada de mis niñas, mas mi amor por ellas sigue intacto aquí. —Se golpeó el pecho con el puño—. Inquebrantable. Y, como comprenderéis, no espero menos de vuestra parte para con Sigyn y Hlín.

—Al igual que tú has afirmado amar a su madre más que a tu propia vida, yo te garantizo que amo a Sigyn muy por encima de la mía. Muy por encima de las vidas de mis hermanos, con los que he crecido… Incluso muy por encima de esas tres deidades a las que desde niño he rendido culto —admitió con firmeza y notable seriedad Todesfall—. Espero y deseo que mi palabra te baste de momento; el tiempo y mis actos demostrarán que digo la verdad.

Nils asintió conforme, notándose algo más apaciguado gracias al fervor con el que el Fronterizo había exteriorizado sus sentimientos; seguidamente, fijó sus inquisitivos ojos en los invernales de Adler, esperando de él una confesión similar que terminase de atemperar su interior.

Vio que ese bastardo de cabellera rubia apretaba la mandíbula,

mas no rehuyó su mirada, lo que no solo ponía de manifiesto sus raíces de Heraldo, también la herencia de sangre arrogante que lo recorría. No habían sido pocos los años que Nils estuvo a las órdenes de Götz como para no apreciar en la fría mirada de Adler aquella que en tantas ocasiones había visto a su progenitor.

—Di algo —le exigió en un siseo, dudando de que ese macho sintiese apego por alguien cuando a la edad de diez años fue enviado al Agujero.

Claro que lo que Nils más temía no era su falta de afecto hacia otra persona, sino que su naturaleza fuese tan vil como la del miserable que lo engendró, ya que, de ser así, por mucho que le doliese admitirlo, sabía que su querida hija estaría mejor muerta que compartiendo una vida a su lado.

Adler resopló por la nariz, visiblemente incómodo, lo que hizo que Nils lo observase con redoblado interés.

—Tú mismo serás testigo de mis sentimientos por Hlín y, como padre suyo que eres, estarás en tu derecho de arrebatarme la vida si lo que presencies dista mucho de lo que esperas de mí.

Una genuina y amplia sonrisa se dibujó en la barbuda cara del hombre.

Siendo hijo de quien era y, además, líder de un maldito clan, con aquella declaración de intenciones y las consecuencias que el bastardo parecía aceptar, el desasosiego abandonó su cuerpo.

Alzó la copa en alto.

—Quiero confiar en que los dioses no solo han elegido los mejores guardianes para mis hijas, sino que estos serán también buenos compañeros de vida. —Bebió un largo sorbo, sin esperar a que ellos se le uniesen—. Eso sí, no vacilaré en cercenaros la garganta de no ser lo que habéis asegurado. Y no se trata de palabras vanas, es una amenaza en firme que no dudaré en cumplir.

El rostro de Adler permaneció impertérrito mientras que el jinete negro torcía una inapreciable sonrisa. Ambas reacciones dijeron mucho a Nils de cómo era cada cual.

Apenas sellado ese lazo de confianza que los había mantenido recluidos las últimas horas de esa larga noche, una de las puertas se abrió con estrépito y tres Fronterizos, altos y corpulentos, irrumpieron en la estancia.

—Dedrick no está por ninguna parte —informó el de barba

cobriza.

—Tanto el castillo como cada rincón del maldito pueblo han sido registrados y no hemos hallado rastro de esa sabandija. ¡Nada! —bramó el de cráneo rapado, que no usaba capucha como los otros dos.

Nils advirtió cómo se tensaban y mutaban las facciones del bastardo de Götz.

Sabía por el mismo Adler que andaban buscando a ese malnacido de Dedrick, lo que Nils no esperaba era que se lo hubiese tragado la tierra.

Él ansiaba más que ningún otro que fuese encontrado. También almacenaba más motivos que nadie para querer verlo muerto.

—Tiene que estar en algún lugar —gruñó Adler entre dientes.

—Hemos notado que en las caballerizas faltan tres monturas, por lo que es probable que huyese mientras nos batíamos contra sus hombres —habló de nuevo el de barba roja.

—Deberíamos buscar en el bosque —aportó el que llevaba la mitad del rostro cubierto por una banda de tela tan negra como sus ropajes.

—Hacedlo —ladró Adler—. Quemad bosque Sauce si es necesario, pero traedme a ese desgraciado. Porque ahora no solo se trata de lo que quiso hacerles pagar a mi compañera y a su familia por un insignificante beso. Ahora lo que más aviva mis deseos de darle muerte es poder vengar la crueldad que ha cometido contra el tercero de los Descendientes.

Nils observó con ojos nuevos al hombre que lideraba la hueste de guerreros que habían tomado el enclave. Sin duda alguna, era orgulloso hijo de su padre, mas aquella certeza no le causó rechazo en esa ocasión, sino todo lo contrario. Él mejor que nadie sabía que ese miserable merecía una muerte dolorosa y lenta.

—Llevaos a algunos hombres más para barrer el bosque.

Los tres Fronterizos asintieron a la demanda de Todesfall, quien, tras la pérdida de su padre en la batalla de esa misma noche, había tenido que asumir ser el cabecilla de su pueblo pese a su juventud.

—Que Fuchs vaya con vosotros —siseó el bastardo de Götz—. Decidle a mi rastreador que lo encuentre y me lo traiga vivo.

En cuanto los jinetes abandonaron la estancia, Adler se puso en pie y miró a través de la ventana, por la que se filtraban los

primeros rayos de Tzonne.

—Todesfall. Quiero reunidos a los habitantes del pueblo en el patio de armas al atardecer, y eso incluye a los sirvientes del castillo y a los soldados que están en los calabozos, a excepción de Volker. Si es necesario, haced uso de las bestias para obligarlos a acudir, porque solo voy a hacerme oír una vez por todo aquel que resida entre estos muros.

El Fronterizo ejecutó un golpe seco de cuello y también desapareció por las puertas.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Nils, acaparando la atención del guerrero.

—Ahora haré que Pueblo-Condado jure lealtad a tu hijo, como es la voluntad de los primigenios. Y tú estarás a mi lado para verlo. Pero primero vas a darte el baño que a todas luces necesitas si no queremos que tu hedor los espante antes de que pueda hacerme oír.

Nils soltó una ronca carcajada antes de finiquitar el líquido ambarino que quedaba en su copa.

Tal vez fuese un necio imprudente, pero la forma de pensar del maldito bastardo de Götz le gustaba. Y aún le gustó más que contara con su presencia al atardecer.

Capítulo 14

Notaba los párpados tan pesados como los muros de piedra del castillo, mas era incapaz de dejarlos caer y abandonarme al sueño.

Las quejumbrosas respiraciones que, de cuando en cuando, rompían el silencio de la estancia, me lo impedían; también las ráfagas de pensamientos que aporreaban mi cerebro, convirtiéndolo en una masa viscosa y chorreante que amenazaba con deslizarse al exterior por los conductos de mis orejas.

Con la sien apoyada en el tope de la cabeza de mi hermana, que tenía reclinada sobre mi hombro, suspiré.

Nos hallábamos sentadas en uno de los camastros, la una junto a la otra, con las piernas recogidas y la espalda acomodada contra la pared de piedra. Esa noche había sido la más larga que recordara. Larga, extenuante y condicionada por un gélido miedo que parecía haberse adherido a mis huesos como una capa de hielo.

—¿Recuerdas el día que huimos del enclave y te dije que no era una niña ni tan débil como todos pensabais?

Miré de soslayo a Sigyn y asentí contra su pelo.

—Lo recuerdo. Fue cuando nos internábamos en el bosque de las Luciérnagas, después de que la guardia atrapase a la abuela y a Tỳr.

No la miraba, si bien estaba segura de que, al igual que yo, tenía los ojos clavados en nuestro hermano, que hacía ya rato que había sucumbido al sueño en el catre contiguo al que nosotras ocupábamos, con Spatz, que no se había separado de él ni un solo instante desde que despertó en aquella asquerosa celda, acurrucada a su costado y también dormida.

—¿Y te acuerdas de lo que te contesté cuando me explicaste las causas de nuestra precipitada huida y me preguntaste si estaba justificando a Dedrick?

Noté que los ojos se me humedecían.

Desde luego que lo recordaba.

Todas y cada una de las palabras que aquella lejana noche intercambiamos acudieron a mi mente…

—*Un simple beso no es excusa para los desvaríos de un loco,*

no debes culparte por lo que Dedrick pretendía hacernos porque el único responsable es él. Él y las horribles leyes establecidas por los enclaves. —Rememoré que ella argumentó—. *Tú tendrías que haber podido elegir si querías o no esa unión, y no se te permitió. Ni a él tampoco. Por eso me inclino a pensar que, si no por ese motivo, habría encontrado cualquier otro, ya que, al igual que tú, no tuvo elección cuando su padre te nombró su pareja y es muy posible que la impotencia haya echado raíces en su interior.*

»Contra él ya no puede hacer nada, pero contra ti y los que quieres, sí. Quizá sea su modo de paliar sus frustraciones; el único de demostrar su autoridad. Querer que pagues ese desliz puede ser su manera de hacerle saber a todo el enclave que, si no hay consideración para la futura madre de sus hijos, menos aún la habrá para el resto si se atreven a incumplir las leyes.

—¿Lo estás justificando? —me recordé preguntándole, extrañada y algo dolida.

—No, Hlín, no lo justifico, solo trato de hacerte ver que un beso no es motivo suficiente para el castigo que quería imponernos y que, con toda seguridad, haya otras razones detrás. Estoy segura de que existen otras razones —terminó en un susurro al que no otorgué la importancia que merecía.

Dos gruesas lágrimas se escurrieron por mis mejillas al observar el magullado rostro de mi amado Tỳr.

—No te equivocaste en tus suposiciones, Sigyn —balbucí, notando que un invisible puño se cerraba en torno a mi garganta—. Sí que existían otras motivaciones detrás que mi necedad me impidió considerar.

—No las que yo creí que eran, Hlín; no te mortifiques —musitó, apretándome el brazo con cariño—. No se trataba de su frustración o de que se sintiese impotente por verse obligado a acatar la elección de pareja que le había hecho su difunto padre. Pero… ¡¿cómo podíamos sospecharlo siquiera?! Las inclinaciones de Volker eran sabidas en el enclave, si bien nada invitó a pensar nunca que las de su hermano fuesen aún más oscuras y retorcidas.

Al advertir que su cuerpo se agitaba levemente, pasé el brazo alrededor de sus hombros, pegándola más a mi costado.

Quería ofrecerle consuelo, por más que yo precisara de este

tanto o más que ella.

«Adler…».

Su nombre acudió a mi mente, mas él no se encontraba allí conmigo para rodearme con sus brazos y aportarme lo que tanto necesitaba. No estaba en aquel amplio y sencillo aposento que, por el número de camastros, debía de pertenecer a la servidumbre.

Cuando mi compañero ordenó trasladar a Tỳr a la estancia que habían habilitado para que Ratte y Schmerz pudiesen atender a los heridos, la abuela y yo decidimos unirnos a ellos como refuerzo.

Nada más acceder al lugar, ella lo examinó con sus sabios ojos antes de encaminarse a donde se encontraba Ratte —que atendía el brazo mutilado de Jürgen— y brindarle su ayuda, tras haber considerado que el líder de los Purgadores era quien presentaba mayor gravedad y, por consiguiente, quien más requería de sus conocimientos. La Rata relajó su tenso rostro y le dedicó una genuina sonrisa de reconocimiento en cuanto supo que la anciana frente a ella era mi abuela Nadja, de la que tantas veces le había hablado.

Ambas se habían afanado en limpiar y cauterizar la extremidad amputada para evitar que Jürgen se desangrase y ahora se hallaban sentadas en el borde del catre donde él descansaba, compartiendo, entre susurros, los distintos métodos y plantas que usaban para paliar según qué dolencias mientras que, a su vez, vigilaban que no tuviese calenturas.

Schmerz, por su parte, se había hecho cargo de desinfectar y tratar los cortes y contusiones de la otra media docena de guerreros que habían resultado heridos en la contienda, todas de menor envergadura que la que presentaba el Purgador.

Aunque los convalecientes que ocupaban aquella espaciosa estancia no eran los únicos que habían salido malparados esa noche. Adler también había sufrido un feo tajo en un brazo que se negó a que limpiase y cubriese con un pedazo de lienzo cuando se lo sugerí, ladrándome que tenía cosas más importantes de las que ocuparse que esa nueva muesca en su piel que le había ocasionado mi impulsiva estupidez.

Maldito salvaje testarudo y ofensivo.

Masticando el insulto que me quemaba en la punta de la lengua y que de buena gana le habría escupido, le dediqué una mirada

cargada de odio antes de darle la espalda y dirigirme al camastro en el que habían depositado a mi hermano.

Lavé las heridas que salpicaban el cuerpo de Tỳr, tras deshacerme de sus roídos y apestosos ropajes, y apliqué una loción de caléndula en las llagas sanguinolentas y un ungüento de árnica en los moratones y zonas inflamadas donde la piel no estaba abierta.

Cuando los ocho aquejados estuvieron debidamente atendidos, la abuela mandó preparar un brebaje hecho con corteza de sauce blanco, tilo y pasiflora que les proporcionase descanso y les ayudase a sanar; entre ellos, a mi hermano, al que se le habían relajado las facciones nada más el sueño lo venció.

De eso ya hacía un buen rato, pero mis ojos continuaban fijos en su aplacible rostro.

Los dientes me chirriaron. No por las marcas violáceas y pequeños cortes repartidos por su pecosa piel, sino por aquellas heridas internas que, aunque el paso del tiempo sellara, dejarían sus cicatrices como un recordatorio imperecedero. Y no era mi pésimo estado de ánimo el que me hacía tener esos pensamientos o la debilidad que ahora intuía en él y que con el transcurrir de los días sería vencida por la intrepidez y fortaleza que siempre lo habían caracterizado, sino una aplastante certeza que bullía en mi interior y que no sabía muy bien a qué achacar. Como si mi propia sangre me avisara de las consecuencias a las que Tỳr tendría que hacer frente tras aquellos meses de cautiverio.

Ceñí el brazo en torno a los hombros de Sigyn, apretándola más a mi costado pese a que ningún llanto incontrolado sacudiese ya su cuerpo. Era más por mí, en una absurda búsqueda de cualquier fuente de calor que apaciguase el helor que me congelaba por dentro.

Durante buena parte de la madrugada, mi hermana había estado yendo y viniendo del patio de armas a esa estancia acondicionada donde procurar los cuidados pertinentes a nuestros guerreros heridos. Su recién descubierto sentido del deber la había instado a tener vigiladas a las bestias, con toda probabilidad, no confiando en el alcance de su poder, lo que sí hacíamos el resto habiendo presenciado en más de una ocasión la magnitud del don que los dioses le habían concedido.

Los byrions no suponían un problema, puesto que, al no separarse de Nashorn y Löwin, se hallaban con ambos en los calabozos, vigilando a los soldados del enclave que ahora ocupaban las celdas. Los dreiks, de igual modo, estaban bien controlados por sus jinetes Fronterizos; y los syldeurs tampoco entrañaban ya demasiado peligro, pues, tras la muerte de su reina, habían conectado íntegramente sus mentes colmena a la de mi hermana, lo que le confería a Sigyn la capacidad de poder comunicarse con ellos, mediante esa red inmaterial de conexión, y saber qué pensaban en todo momento.

Su malestar y continuo trasiego no había sido debido a otra razón que a su desconfianza en los üzgards, que, de todas las criaturas, eran los más desafiantes y también los más reacios a obedecer sus demandas. La sola idea de que atacasen a alguno de nuestros aliados, pese a haberse asegurado de dejarlos atados a uno de los postes de las caballerizas, le había tenido las tripas anudadas. Afortunadamente, en su última peregrinación al patio de armas, vio que estos dormían plácidamente y que no habían intentado romper las cuerdas que los retenían.

Y fue a su regreso del exterior, ya tranquila y sin temores, que por fin pudimos hacer real con nuestro hermano el tan anhelado abrazo al que ambas dimos voz la noche anterior en bosque Calavera, cuando nos reencontramos tras su viaje a las Lomas Blancas y el mío a lo largo de Nammentos.

Un abrazo sentido y rebosante de cariño que nos trasladó a la feliz infancia que habíamos compartido en nuestra cabaña al norte de bosque Sauce.

Un apretado abrazo conjunto que evocó los cientos de aromas pertenecientes a nuestra niñez…

Pero tras esos breves instantes en los que me embargaron una plenitud y felicidad extremas, Tỳr tuvo a bien relatarnos, aprovechando que ambas estábamos presentes y no teníamos pensamientos de movernos de su lado, no solo aquello que siempre sospechó que anidaba en su interior, sino también todo lo que había padecido a manos del desgraciado de Dedrick desde nuestra separación a orillas del Rötlich, sin importarle que Spatz fuese igualmente testigo de aquel horror.

Asco, asco, asco…

Uno negruzco como aguas corrompidas fue lo que había sentido inundarme conforme nos narraba aquellas amargas noches en las que lo iban a buscar.

Asco y un profundo dolor por el sufrimiento que había tenido que soportar durante esos largos meses.

Asco, dolor e impotencia por no haber estado allí para protegerlo.

Pero muy por encima del asco, del dolor y la impotencia, sentí aflorar en mis entrañas una virulenta sed de venganza.

Venganza que mi compañero había reivindicado para sí; mas cuando fuera a ejecutarla, no hallaría en mí resistencia o reproche alguno por más crueldad que tuviese en mente dispensarle a ese cerdo. No, en esa ocasión, Adler recibiría el apoyo que horas antes me había negado a brindarle en el patio de armas, cuando lo miré con rechazo al ordenar con desmedida furia que se lo trajesen vivo y en respuesta me gruñó que ese malnacido era *solo y todo* suyo.

Solo y todo suyo, solo y todo suyo, solo y todo suyo…

Sí, únicamente él podía aplacar lo que sentía germinar en mi interior y esa vez no me opondría a que lo hiciese; de lo contrario, jamás conseguiría sacarme de dentro los remordimientos por haber abandonado a la abuela y a Tỳr a su suerte. Porque yo había pensado mucho en qué suerte habrían corrido mis hermanos después de nuestra separación, mas cuando encontré a Sigyn sin haber sufrido daño alguno por parte de los Fronterizos, albergué la esperanza de que los primigenios hubiesen protegido a Tỳr tal y como habían hecho con nosotras.

No había sido así…

Él había padecido lo inimaginable.

Dejé caer los párpados en un vano intento de descansar, pero la horrible vivencia que había compartido con nosotras rato antes se repetía una y otra y otra vez dentro de mi cráneo, impidiendo que el sueño me atrapase…

—Siempre tuve la sensación de que algo habitaba en mi interior, pese a no saber qué era en realidad.

Mis dedos, ungidos en ungüento de árnica, detuvieron su fricción rotativa sobre el feo cardenal que mi hermano tenía en el costado izquierdo.

Mis ojos ascendieron desde su pecho desnudo hasta colisionar

con los suyos.

—¿Te refieres al espíritu de la guerra? —Fue Sigyn quien preguntó, sentada en el borde opuesto del camastro al que yo ocupaba.

Spatz se hallaba de pie junto a la cabecera del lecho, deslizando una mano, con inmensa ternura, entre los mechones color cobre del cabello de Tỳr.

Había sido la niña quien, con su dulce voz, lo había puesto al tanto de todo lo acontecido desde el anochecer, cuando su inhumano grito atravesó bosque Sauce hasta llegar a nuestros oídos en la otra orilla del Rötlich y ella pidió a la reina alada que la llevase junto a él, sabedora de que había sido su cántico el que había despertado al espíritu de la guerra.

Su protegido.

Su, hasta entonces, imaginario príncipe de cabellos de atardecer.

—Supongo… —dudó Tỳr, plegando el ceño—. Cuando padre nos habló a la abuela y mí de la profecía y de nuestro importante papel en su cumplimiento, no le creí una sola palabra. Pensé que los años de cautiverio habían trastornado su mente, y por mucho que me repitió esas mismas palabras, no sabría decir cuántas veces, no les concedí crédito alguno. —Suspiró, haciendo que mis inmóviles dedos se elevaran junto con su pecho—. Qué necio fui.

Ahora fueron mis cejas las que se fruncieron.

—¿Por qué dices eso? —inquirí con un ligero matiz de indignación.

¿Cómo iba a saber él que los dioses lo habían elegido? ¿Por qué se insultaba por un conocimiento que era imposible que estuviese en su poder habiéndonos criado en Eddel?

Tỳr nos miró a Sigyn y a mí y exhaló otro largo, larguísimo suspiro.

—Porque saber que algo había cohabitado siempre conmigo, aun ignorando qué era, tendría que haberme hecho no desestimar tan a la ligera las palabras de padre; más cuando ya había notado un primer cambio en su forma de manifestarse la noche que los

soldados nos apresaron a la abuela y a mí en el río. Y a ese cambio le siguieron muchos otros.

¿La sangre de los antiguos guerreros ya se había manifestado con anterioridad en el interior de mi hermano tal y como lo había hecho mi absurdo don a través de mis sueños?

De pronto, todo pareció encajar en mi mente…

¡Por los dioses!

Si lo que Tỳr aseguraba era cierto, todo había sido un macabro adiestramiento para cuando llegase el momento de que cumpliésemos el vaticinio: ese algo que decía que siempre anidó en su interior, mis muchos viajes al plano onírico desde que la abuela nos encontrara en aquel bosque muerto, e, incluso, el que Sigyn se sintiese mejor en compañía de los animales que de cualquier habitante del enclave, más si este le era desconocido. Por eso, cuando alguien se acercaba a la cabaña, Tỳr solía llevarla al establo, sabiendo que nuestra yegua le aportaba la tranquilidad que los extraños le robaban. Al igual que hizo aquella mañana que la pareja de la guardia armada vino en mi busca para que me presentase de inmediato ante Dedrick. Tỳr los había visto acercarse en sus cabalgaduras y no dudó en sacar a Sigyn de la cama y llevársela con él.

No supe muy bien por qué, pero necesité constatar aquella pieza de conocimiento que acababa de encajar en mi mente.

—¿Por qué dices que cambió su forma de manifestarse aquella noche a orillas de Rötlich?

Tỳr desvió un instante los ojos hacia Spatz, que le regaló una alentadora sonrisa.

—Porque antes de aquel suceso, cuando daba señales de estar ahí, en mi interior, me hacía sentir un agradable cosquilleo. El mismo que más de una vez me instó a escaparme al bosque a espaldas de la abuela y trepar a los árboles.

»En aquellos momentos en los que solo estábamos la grandiosa naturaleza y yo, me sentía extrañamente libre. Y también feliz de un modo que no soy capaz de explicar. Porque yo era feliz con vosotras, mi familia, pero él, el espíritu de la guerra, creo que

precisaba del viento y de la tierra, de la espesura de bosque Sauce y de mis ágiles piernas para poder vibrar.

»Y vibraba. Y entonces el cosquilleo era aún mayor… Pero no aquella noche… Aquella noche, cuando el soldado agarró a la abuela por el cabello, el conocido cosquilleo tornó a quemazón, y ahora estoy seguro de que fue el primer brote de ira que quiso que notara.

»Después vinieron otros, más duraderos y calcinantes. Era como si se nutriese de mi tortura. Como si cada vez que Dedrick requería mi presencia…

—Se fortaleciese —acabó Spatz por él—. Justo eso hacía, mi príncipe —musitó con mirada triste, inclinándose hacia delante para besar su frente. Noté que los ojos se me humedecían—. Ha tenido que ser muy duro para ti, pero solo yo podía despertarle llegado el momento.

—Pues el momento podría haber sido una estación antes —alegó él con una leve sonrisa, haciéndola sonreír también a ella.

—No, mi príncipe, porque al igual que mi voz se estaba preparando para ti, tú tenías que prepararte para conquistar tres reinos.

—Apenas si sé manejar una espada, y las veces que entrené, fue con una de madera.

Spatz amplió su sonrisa desdentada.

—No necesitas saber manejar ninguna espada. Todas las armas que precisas están aquí. —Tocó su frente con la yema del dedo índice—. Y la valentía, aquí. —Ahora su dedo de piel oscura presionó donde latía el corazón de mi hermano—. Sabrás qué hacer cuando la ocasión se presente, no tengas miedo.

—¿Y si tu líder está en lo cierto y pierdo el control? —le preguntó él con un tizne de pánico.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Por qué crees que me ha ordenado no separarme de ti? —inquirió la niña a su vez con esa cándida voz que aún me costaba asimilar que le perteneciese—. Soy tu sölken, y no permitiré que hagas daño a aquellos a los que quieres, te doy mi palabra.

Era casi mágica esa facilidad con la que habían conectado, como si sus cortas vidas no hubiesen trascurrido en distintas tierras y estuviesen convencidos de formar parte absoluta del otro. Con lo mucho que a mí me había costado acostumbrarme a Adler y aún me costaba lidiar con ciertas actitudes suyas… En cambio, ellos parecían totalmente compenetrados y habían aceptado sin oposición sus papeles en ese sinsentido de profecía.

Continué frotando con delicadeza la contusión que Dedrick había provocado a Tỳr en las costillas y una rabia, ácida y cargada de veneno, trepó hasta mi garganta.

Miré de soslayo a nuestra hermana, que a su vez los observaba con infinita ternura, tratando de bajar al estómago ese amargor que me quemaba la lengua con tal de no enturbiar el bonito e íntimo momento entre ellos.

No fui capaz. Los remordimientos derivados de aquel beso que me di con Egon en el mercado me lo impidieron.

—«Obediencia, lealtad y compromiso», esas fueron las tres premisas que me enumeró Dedrick la primera vez que nos reunimos —escupí con inmenso rencor—. Él se ha cebado contigo por mi maldita culpa, por incumplirlas y escapar. Ese desgraciado te ha maltratado todo este tiempo porque no me tenía a mí para hacerlo —casi terminé gritando.

Tỳr me miró con los párpados espantosamente abiertos y Sigyn no consiguió contener las lágrimas. Las mismas que quemaban mis ojos y que me negaba a derramar como una especie de castigo hacia mí misma por haber dado lugar a que ocurriese todo aquello.

Sentí más que vi que la mano de mi hermano envolvía la mía, que aún reposaba sobre su lastimado costado.

—Te equivocas, Hlín. Tú no tienes la culpa de nada. Las marcas que cubren mi cuerpo son la consecuencia de mi rebeldía, nada tiene que ver contigo y lo que hiciste.

—Tiene todo que ver, Tỳr —gruñí entre dientes—. De no haberlo herido en su estúpido orgullo de señor del enclave, no habrías sufrido su rabia.

Fui testigo de cómo el rostro de mi amado hermano pasaba de la tristeza a la determinación.

—Dedrick no me usaba como chivo expiatorio. No era una venganza hacia ti, lo hacía por motivos propios. Las huellas del maltrato que ves en mis carnes son lo de menos, lo peor era la humillación, el sometimiento… El sentirme un inútil juguete cada noche que así lo decidía. Ahí es donde reside el verdadero dolor, no en unas pocas llagas y moretones que desaparecerán en unos cuantos días.

Sentía el furioso latir de mi corazón en los oídos.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —le pregunté sin estar segura de querer saber la respuesta.

—En todo el enclave eran conocidas las inclinaciones de Volker. —Echó una fugaz mirada a nuestra hermana antes de volver a fijar sus ojos negros en los míos—. Pero nadie conocía las de su hermano mayor. Nuestro señor. —Sus labios dibujaron una falsa, falsísima media sonrisa—. A él, a Dedrick, no le gustaban demasiado los favores de las mujeres. Su gusto se inclinaba más a los de su mismo sexo, sobre todo si estos eran jóvenes e inexpertos.

Gemí, apretando los párpados con fuerza cuando sus palabras hicieron mella en mí.

—No puede ser cierto —negué con la esperanza de estar equivocada y que él me lo confirmase—. Ese asqueroso gusano no ha podido abusar de ti como estás insinuando.

—Lo hizo, Hlín —aseveró con firmeza—. Todas y cada una de las veces que sus soldados fueron a buscarme a la celda, terminó profanando mi cuerpo.

Escuché el sollozo que estalló en el pecho de Sigyn, dando paso a un llanto silencioso.

Yo… Yo tan solo dejé de respirar.

«Adler», pensé, deseando que estuviese allí conmigo.

Despegué los párpados y mi mirada recayó de nuevo en el rostro sereno de mi hermano. Sigyn también se había quedado dormida en ese corto espacio de tiempo que yo había dedicado a rememorar aquella conversación que jamás olvidaría.

«Adler», volvió a gritar mi mente. Y no solo deseando su

compañía y el consuelo que él me aportaba, también anhelando, de una forma desesperada, que cumpliera su palabra e hiciese pagar a ese desalmado todos los pecados que había cometido contra mi amado hermano de las más variadas maneras que su naturaleza salvaje contemplara.

Capítulo 15

Su ralo cabello ondeaba en torno a su infantil rostro y varios mechones canos le azotaban con suavidad las mejillas.

Nos separaba un abismo de distancia, tal vez una tierra entera, si bien vislumbraba con notoria claridad cómo me sonreía; como también era capaz de apreciar el brillo que relucía de sus pálidos ojos verdes.

Quise avanzar hacia su figura, cubierta por una vaporosa túnica tan nívea como las hebras de su pelo, mas me fue imposible desplazarme del sitio por más que traté de que mis piernas reaccionasen a las órdenes de mi cerebro.

Ella sonrió ante mi nula capacidad de movimiento con redoblada amplitud, disparando los latidos de mi corazón hasta hacía un instante sosegados.

¿Por qué se reía de la parálisis de mi cuerpo? ¿Por qué no hacía nada por llegar hasta mí sabiéndome, por algún extraño motivo, petrificada?

Era como si mis extremidades hubiesen sido revestidas por una pesada y rígida armadura de aire que no me permitiese flexionarlas.

Un miedo, grumoso y vibrante, se deslizó por mi interior hasta alcanzar mi garganta y rodearla con sus curvos dedos.

Comencé a resollar, notando que me faltaba el aliento.

Me asfixiaba…

La invisible armadura que me envolvía se ciñó a mis carnes, oprimiéndolas hasta causarme un agudo dolor.

«Concédele total acceso, Protectora».

Era su voz y al mismo tiempo no lo era, pues la acompañaban tres distintos ecos.

Me moría…

La inhumana presión iba a rasgarme los músculos y a quebrarme los huesos.

Mi cuello se descolgó hacia atrás tan de súbito que sentí el crujido de cada vértebra perforarme los oídos.

Grité, grité y grité, con las pupilas ancladas en el azul del cielo, consciente de que, en breve, estallaría en un sinfín de pequeños pedazos de piel y sanguinolenta carne.

Unas grisáceas nubes se aglomeraron sobre mí y empezaron a danzar en círculos, girando y girando y girando, tornándose más oscuras y consistentes.

¿Por qué los primigenios querían mi muerte? ¿Tan inútil estaba resultando serle a la profecía?

Mi grito se expandió como si pretendiese alcanzar los cofines de todas las tierras, y, junto con él, expulsé el último hálito de vida que contenían mis pulmones.

El cielo tronó en respuesta y un rayo de refulgente plata emergió de las entrañas de la amorfa masa negra, impactando en el centro de mi frente y lanzándome de espaldas contra la hierba.

El golpe me hizo ver puntitos brillantes, aunque también me liberó de la invisible armadura que poco antes se cerraba en torno a mi torso y extremidades. Tomé una honda, hondísima inspiración y enfoqué mis ojos en el cielo, donde ninguna negrura se cernía ya sobre mí.

Tumbada como estaba, elevé el cuello con esfuerzo y miré a la lejanía.

De Ulla tampoco quedaba rastro. Se había esfumado junto con el miedo, los nubarrones y la inmovilidad de mi cuerpo.

«Ahora eres dueña de tu don y no al contrario, Visionaria».

Las tres voces severas y a la vez suaves resonaron de nuevo en mi mente.

Un escalofrío culebreó por mi columna, y entonces lo supe.

La Madre, el Ciego y el Exterminador me habían hablado a través de la profetisa. Pero Ulla ya no estaba. Había desaparecido sin darme opción a preguntarle a razón de qué había aparecido en mi sueño.

Porque, en esa ocasión, no me cupieron dudas de que me hallaba en el plano onírico. Solo faltaba averiguar qué mensaje

querían transmitirme esa vez los primigenios.

Aspiré un ahogado gemido junto con el aire que precisaban mis pulmones. Mis ojos se abrieron bruscamente, al igual que lo habían hecho mis labios.

Me encontraba en la estancia que habían dispuesto para tratar a nuestros guerreros heridos, sentada en el camastro frente al que ocupaba Tỳr, con la espalda recostada contra la pared de piedra; sin embargo, Sigyn ya no se apretaba a mi costado tal y como hacía antes de que el cansancio me venciese; en su lugar, acuclillado con los fuertes antebrazos apoyados en el colchón y la mirada clavada en mi rostro, se hallaba Adler.

Lo observé en silencio mientras mi respiración terminaba de acompasarse. Las huellas del agotamiento estaban presentes en sus duros y perfilados rasgos y dos oscuras sombras violáceas se pintaban bajo sus ojos de invierno. Pero ni tan siquiera su notable desmejoro físico le restaba atractivo.

Carraspeé para aclararme la garganta.

—¿Dónde está Sigyn?

Él tardó unos instantes en contestar.

—La envié hace un buen rato con Todesfall.

—El mismo que tú llevas aquí observándome.

No fue una pregunta y Adler lo corroboró al asentir con lentitud, sin dejar de mirarme con esa intensidad.

Los murciélagos que habitaban en mi estómago aletearon entusiasmados. Tragué con esfuerzo y sus pupilas se desviaron a mis labios.

—¿Qué es lo que has visto? —inquirió de pronto, regresando sus ojos a los míos.

No había sido un «qué has soñado», sino un «qué has visto», lo que decía mucho del tiempo que llevaba ante el catre en el que estaba acomodada.

Pese a que los rayos de Tzonne se filtraban en la estancia, bañándola de suave amarillo, todos los convalecientes dormían. Incluso Ratte, Schmerz y la abuela estaban tomándose un descanso.

Anclé de nuevo mis ojos a los zarcos de mi compañero, tras comprobar que a nuestro alrededor reinaba la paz y el silencio.

—He visto a Ulla… —musité y un latigazo de miedo volvió a atravesarme la espalda.

—Continúa —exigió ante mi falta de palabras.

Y lo hice. No porque me lo hubiese ordenado con esa arrogancia tan propia de él que tanto me molestaba, sino por lo mucho que parecía importarle lo que yo tuviese que contarle.

Entre susurros, le relaté cuanto había visto y sentido en mi visita al plano onírico. De igual modo le confesé la conclusión a la que había llegado sobre a quiénes pertenecían los ecos de esas tres voces que resonaron en mi cabeza.

—¿Tienes alguna maldita idea de cuál puede ser esta vez su mensaje?

Adler encajó las mandíbulas y se puso en pie sin contestarme, obligándome a curvar el cuello. Un dolor, punzante y agudo, restalló en mi nuca, haciendo que contrajera las facciones.

—Ven —demandó, tendiéndome una mano.

Posé mi palma sobre la suya, sus dedos se ciñeron a los míos y, con un leve tirón, estuve en pie frente a él. Su mirada viajó de nuevo por mi rostro, lo que comenzó a intranquilizarme.

Sin decir una sola palabra, me arrastró hacia la puerta.

—¿A dónde demonios me llevas? —siseé, tratando de desasirme de su agarre.

Que Adler fuera poco dado a dar explicaciones y mucho a ladrar órdenes incluso a las piedras no significaba que le fuese a consentir ni lo uno ni lo otro.

Ante mi resistencia, se detuvo y resopló por la nariz.

—A algún lugar donde podamos hablar sin molestarlos. —Señaló con un golpe de barbilla los camastros—. No quiero tener que forzar el oído para escuchar tus murmullos ni verme obligado a murmurar yo. Mi voz los despertaría por más que me emplease en no hacerlo.

Lo que había expuesto tenía lógica. No tanto así el inusual interés que estaba mostrando en que hablásemos de solo él sabía qué, y así se lo hice saber.

—¿De qué se supone que tenemos que hablar? —le pregunté, dejando que me sacase de la estancia y me guiase por el corredor en penumbras.

Tal vez su preocupación era por lo sucedido a Tỳr, ya que era muy probable que mi padre los hubiese puesto al corriente tanto a Todesfall como a él.

—De ese mensaje que los primigenios te han querido hacer llegar.

Mis cejas se fruncieron.

—Entonces… ¿también crees que es un mensaje? No han sido pocas las veces que hemos malinterpretado nuestros sueños, Adler. ¿Puede que trataran de decirme que ya no formo parte de la profecía?

—De ningún modo —espetó con rotundidad.

—¿Y cómo estás tan seguro? —indagué a mi vez, pues él mejor que nadie sabía lo mucho que ambos nos habíamos equivocado en cuanto a los supuestos mensajes que los dioses nos trasmitían mediante nuestros sueños.

—Porque, después de lo que he presenciado esta pasada noche en el patio de armas, sería un necio si pensase que no estuvieron acertados en sus elecciones.

¿Lo que había presenciado? ¿Acertados en sus elecciones?

—¿De qué diantres estás hablando?

—Ahora, Hlín —atajó, tirando de mí por las escaleras de roca hasta el nivel superior.

Maldito hombre testarudo y hermético.

—¿Y mi padre, qué has hecho con él?

La furibunda mirada que me dedicó habría conseguido que cualquier otro mojase los pantalones. Pero no yo.

Sus narinas se expandieron y yo sentí un agradable regocijo por poder desesperarlo tanto como él me desesperaba a mí.

—Mandarlo a que se quite la mugre y el hedor que lo cubren, ¿qué demonios piensas que iba a hacer con él? —masculló, tomando un oscuro pasillo que se abría a la izquierda, iluminado tan solo por un par de antorchas.

Me negué a responderle únicamente por orgullo aun reconociendo que la pregunta había estado desatinada.

—¿Y a Sigyn por qué la has enviado con Todesfall?

—Porque él me lo ha pedido.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Es por lo sucedido a Tỳr…?

—Mujer cargante donde las haya —farfulló con palpable enfado —. Deja que al menos estemos en el lugar apropiado donde saciar tu maldita curiosidad.

—¿Y qué lugar se supone que es ese, salvaje sin modales?

Porque este solitario corredor me parece un sitio tan adecuado como cualquier otro para que empieces a hablar.

Adler detuvo sus pasos, se giró lentamente y me clavó su mirada más glacial.

Me tragué el corazón.

—Uno con la suficiente privacidad como para, además de saciar tu impertinente curiosidad a todos esos interrogantes que bullen en tu cabeza y que tu lengua es incapaz de sujetar, saciar también mis apetencias. Las que tengo de ti. Así que dime, Hlín: ¿de verdad crees apropiado este corredor para hacerlo? Porque por mí no hay inconveniente alguno.

Mis ojos se abrieron, espantados, al tiempo que contenía la respiración.

Había modulado el tono de voz conforme hablaba, si bien no era tan necia como para no captar la amenaza implícita en sus palabras. Porque lo haría. Si no sujetaba mi lengua y le daba un motivo más, ese salvaje me arrancaría la ropa y me tomaría contra la dura pared de piedra de ese lóbrego pasillo. Se lo veía en los ojos, que habían adquirido un brillo peligroso bajo la tenue luz de las antorchas.

Sin que una sola palabra brotase de mis labios, tiré de su mano para ponernos en marcha de nuevo, sin saber muy bien a dónde dirigirme.

Atiné a atisbar cómo se elevaba la comisura izquierda de su boca y lo odié por amedrentarme de ese modo; también por alterar mi colonia de murciélagos como lo había hecho.

Porque Adler podía tener la sonrisa más maravillosa que hubiese visto jamás, pero sabía de sobra que también contenía un animal dentro muy capaz de cumplir esa amenaza.

Me sobresalté cuando, sin previo aviso, giró la manija de una robusta puerta, la abrió, tiró de mí hacia el interior, y, con una desmedida patada con el talón de su bota, la cerró a nuestras espaldas.

El corazón se me instaló en la garganta al contemplar la seriedad que adquirió su gesto al volver a clavarme la mirada.

Capítulo 16

Igel

«¡Bendita paz! ¡A ver cuánto nos permiten los dioses disfrutar de ella!», pensó Igel dando forma al candente metal al tiempo que echaba una fugaz mirada a Egon.

Después de la noche más larga que su mente recordara, ambos quedaron libres de las ocupaciones que Adler les tenía asignadas tan pronto como el tercero de los Descendientes y su familia fueron sacados de los calabozos y los soldados de la guardia pasaron a ocuparlos. Él mismo, junto con Fuchs, había escoltado a Volker hasta la celda situada más al fondo del húmedo y maloliente corredor.

Como el número de presos era mucho más elevado que mazmorras abarcaba aquel subterráneo pasillo, se habían visto obligados a encerrar en cada una de ellas alrededor de una docena de soldados, por lo que su líder tuvo a bien dejar allí a los byrions para vigilarlos, no fuera a ser que se viesen tentados de echar abajo alguna de las rejas.

Pero no al general de la guardia y hermano del señor del enclave. Volker había sido encerrado en sus nuevos y hediondos *aposentos* sin la compañía de ninguno de sus hombres, privándolo así no solo de su libertad, sino también de cualquier consuelo por la suerte de destino que en pocas horas lo aguardaba. ¡Y bien que lo merecía!

Una sonrisa ladina curvó los labios de Igel al recordar lo último que captaron sus ojos antes de abandonar ese apestoso lugar llevándose a Egon consigo.

Tras haber registrado todas las dependencias del castillo, Adler ordenó a Löwin y a Nashorn que se quedasen custodiando a los prisioneros junto con las dos bestias de las Lomas Blancas. El guerrero se había parapetado frente a la celda de ese gusano que disfrutaba abusando de niñas e Igel dudaba de que su único ojo sano se desviase de este hasta que fuese mandado a buscar al

atardecer para ser ejecutado. Pero lo que en realidad le había hecho esbozar esa ladina sonrisa, fue rememorar a Löwin recorriendo de punta a punta el largo corredor mientras deslizaba el filo de su cuchillo por los barrotes haciendo restallar el metal en espeluznantes ecos; todo porque estaba seguro de que, más que amedrentar a los cautivos, su extrema y salvaje belleza habría puesto duro a más de uno. Claro que esa apreciación se la reservó para sí.

Su sonrisa mutó a una mueca pesarosa al pensar en aquellos soldados presos. Por muy guerrero que fuese y por muy acostumbrado que estuviera a la lucha y a la sangre, esperaba que esos hombres que solo seguían órdenes de sus superiores se aviniesen a las condiciones que Adler les ofreciera, pues bien sabía que su líder no dudaría en sentenciarlos a muerte si se negaban a jurar lealtad al Descendiente.

«Todo se andará», se dijo para sí, devolviendo su atención a lo que en ese momento tenía entre manos.

En cuanto Fuchs y él hubieron encerrado a Volker en el calabozo, Adler le había pedido que localizase en la herrería una herramienta con la que romper la argolla que se ceñía al tobillo del padre de los Descendientes. Igel regresó al poco, tenazas de hierro en mano, y tras liberar a Nils del grueso aro de metal carcomido por el paso de los años, retornó a ese lugar anexo al castillo que tantos recuerdos le traía de su vida en Salzwerk, llevándose consigo a Egon.

Desde entonces, ambos se encontraban allí, sudorosos a causa del laborioso trabajo y del calor que despedía la fragua; el hombre de Eddel, bostezando cada poco, mientras atendía a sus indicaciones, y él afanado en fabricar sus preciadas y mortíferas esferas, cuyo número había menguado considerablemente a lo largo del viaje.

Igel era bastante diestro con los cuchillos —no por nada de sus caderas pendía un cinturón repleto de ellos—, mas su arma predilecta, desde que aprendiera a usarla, era la honda. Y no solo por su precisión en el lanzamiento, lo que era un hecho constatado, sino por aquellas bolas con puntas de metal que acoplaba a la base de piel antes de hacer girar las correas.

Sí, sus esferas tachonadas eran su mayor tesoro.

—Demasiado tiempo en silencio para alguien que no callaría ni cortándole la lengua. —Oyó farfullar a Egon.

Sus ojos de dos colores adquirieron un brillo burlón al centrarse en los de su acompañante.

—Déjame decirte, buen amigo, que has sido testigo de muchas de las maestrías de mi lengua como para que precisamente te preocupen los escasos momentos en los que le concedo un descanso —alegó con un matiz socarrón, consiguiendo que las mejillas del joven se coloreasen—. ¿Te pesa el cansancio y es por eso que precisas de conversación?

En realidad Igel sabía que le pesaba, y no solo por los infinitos bostezos que Egon había dejado ir a lo largo de esas horas, también porque se reflejaba en cada línea de su rostro.

—¿Cómo aprendiste a fabricar las estrellas de metal? —le preguntó este, observando el buen puñado que ya se habían enfriado.

A él no le importó el brusco cambio de tema.

—Fue en pueblo Salzwerk, donde, supuestamente, nací y donde viví hasta los once años.

—¿Supuestamente?

El Erizo volvió a sonreír al ver que las cejas de Egon se escondían bajo su revuelto flequillo de tanto como las había elevado.

—Me crio el herrero de Salzwerk. Nunca supe quiénes fueron mis padres, qué fue de ellos o qué los empujó a dejarme al cuidado de mi antiguo dueño —contestó con sinceridad y sin rastro alguno de pesar—. Nunca se lo pregunté ni él me lo dijo. Tampoco era que me importase; si se habían desprendido de mí, sus motivos tendrían y yo ninguna curiosidad por averiguarlos —terminó confesando lo que era una absoluta verdad.

Pese a la mano dura del hombre que lo tutelaba, Igel no había echado en falta ninguna figura paterna o materna durante aquellos años, puesto que jamás la había tenido como para poder comparar.

—Dueño… —No fue una pregunta.

—Eso he dicho. —Asintió con un enérgico golpe de cabeza—. Al dejarme a su cargo, yo le pertenecía. O eso creí siempre —añadió, encogiéndose de hombros.

Su breve explicación no convenció a Egon, al que el agotamiento

no le impidió seguir indagando.

—Ese… Ese hombre ¿te dio el trato que se le da a un hijo? ¿Se portó bien contigo?

A Igel no le pasó inadvertido cómo había ido disminuyendo su timbre de voz conforme formulaba las preguntas.

—¡Oh, bueno! Cuando erraba en la entrega de algún encargo o mi aprendizaje era demasiado lento para su escasa paciencia, solía golpearme a fin de que estuviese más atento, mas desconozco qué tipo de trato es el adecuado que debe dársele a un hijo. —Volvió a encogerse de hombros con naturalidad.

—¡Por los dioses! —exclamó su acompañante, haciéndole ladear una sonrisa.

—A tenor de tu horrorizada expresión, doy por hecho que ese no es exactamente el trato adecuado.

—¡Desde luego que no! —sentenció el hombre de Eddel—. Al menos, en mi caso no fue así —agregó en un tono más comedido para, seguidamente, exhalar un largo y sonoro suspiro—. Mi padre jamás me puso una mano encima. Tampoco creo que le diese motivos para hacerlo… Claro que los que tú has nombrado dudo que tengan peso o crédito alguno como para justificar que te golpeara.

—Mi barriga estaba llena y tenía un jergón donde dormir, esos eran los únicos motivos de peso que yo contemplaba por aquellos años. Además —amplió la curvatura de sus labios—, acostumbraba a pasarse buena parte del día en la taberna, lo que me daba margen para poder dar rienda suelta a mi creativa imaginación experimentando en la fragua con los moldes de los que él apenas hacía uso. —Las cejas de Egon se plegaron tanto que pasaron a ser una, lo que alentó a Igel a explicarse.

»Las armas convencionales me aburrían sobremanera, y eso que yo mismo forjé todos estos magníficos cuchillos. —Se señaló el cinturón—. Aunque admito que esta preciosidad que ves —elevó la enguantada mano, sosteniendo en la palma una de sus esferas con puntas de metal aún caliente— fue más un golpe de suerte que destreza o imaginativa.

—¿Estás insinuando que tus letales bolas con pinchos son producto de la casualidad?

—Podría decirse que sí… —Igel cabeceó, dubitativo—. Bueno,

siendo fiel a la verdad, lo justo sería decir que fueron producto de mi torpeza.

—Esa historia me gustaría escucharla. Al completo —matizó Egon.

El Erizo soltó una risilla baja antes de complacerlo.

—Aun cuando Fritz, que así se llamaba, me enseñó todo lo que sabía sobre el dominio del martillo y el yunque, las armas que forjábamos me dejaban de algún modo insatisfecho. Puede que mi inquieta naturaleza, algo imprudente y atrevida, tuviese mucho que ver con la insatisfacción que sentía, ya que una de esas mañanas, en las que resolvió que atiborrarse de cerveza en la taberna era más importante que terminar los encargos atrasados, tuve a bien hacer uso de uno de los tantos útiles que él tenía olvidados; agarré la asidera de una herramienta acabada en un minúsculo y redondeado cazo, que hundí en el metal incandescente, la extraje cargado de este y esperé a que cambiase de color para poder moldearlo. Mi intención era la de darle forma plana y circular y suavizar el borde de su circunferencia con el fin de que fuese cortante, pero al volcar el cacito sobre el yunque para trabajar el metal, de este se desprendió una candente y amorfa bola que rodó hasta la mesa anexa, viniendo a detenerse sobre un montón de largos y finos clavos.

»Con tal de que la madera no prendiese y la herrería terminase ardiendo por mi estupidez, empecé a atizarle pequeños golpes a la deforme masa con la cazoleta de hierro que sostenía, consiguiendo que más clavos se adhiriesen a ella.

»Cuando se enfrió y aprecié el resultado, supe que había hallado un arma única que solo me pertenecería a mí; desde entonces, practiqué con la honda hasta hacerla una extensión de mi brazo mientras que, cada vez que la ocasión me lo permitía, trabajaba en la mejora de mis queridas y secretas esferas. —Igel sonrió ampliamente—. Hasta el día en el que logré obtener el tamaño, redondez y consistencia deseados que las harían letales. Y ya ves, buen amigo, mortíferas sin duda son.

—No me atrevería a decir lo contrario después de lo que te he visto hacer con ellas. Y tampoco diré que, aunque te costase sudor y tiempo, ahora no te des maña al fabricarlas.

La boca de Igel se torció en una taimada mueca.

—Soy bastante mañoso en muchas tareas, ya pudiste comprobarlo personalmente en nuestra incursión en la Fosa de los Purgadores.

A Egon se le tiñeron de nuevo las mejillas.

—Sí, esa es otra destreza tuya que tampoco me atrevería a negar —masculló, tragando grueso, lo que arrancó una carcajada al Erizo.

La relación entre ellos era estrecha casi desde el mismo instante en el que se conocieron e Igel le profesaba un profundo cariño, mas era incapaz de no provocar su azoramiento cada vez que tenía oportunidad.

—También fabriqué el guantelete de Katze —alardeó una vez hubo dejado de reírse.

Quizá aquel fuese el mejor de todos sus trabajos, si bien su costosa elaboración no fue lo que captó el interés de su amigo.

—¿Cómo te uniste a tu clan?

Entendía la curiosidad de Egon y a él no le suponía problema alguno narrarle también aquella historia.

—Llegaron una mañana a la herrería y Adler encargó a Fritz que forjara un estilete para la niña de pelo níveo que los acompañaba, la única hembra entre ellos; por entonces, tan solo Natter, Hyäne, Nashorn y Wiesel pertenecían a los Bastardos del Hierro. Y ella: Katze.

»Fue verlos y supe que eran guerreros, de esos salvajes itinerantes de los que había oído hablar a los lugareños. Me sentí de inmediato atraído por la fiera imagen que irradiaban, y, para ser sincero, también envidié su libre forma de vida.

»Pese al retraso que llevábamos con los pedidos, Fritz aceptó el encargo. Claro que fue más por temor a cómo pudiesen reaccionar si se negaba que a la plata que iba a rentarle un trabajo de tan poca envergadura. Les dijo que no estaría listo hasta pasados unos días; días que se vieron obligados a permanecer en Salzwerk.

»El caso es que una mañana, supongo que cansados del pueblo y sus habitantes, irrumpieron en la herrería reclamando el arma prometida y repararon en las marcas oscuras que salpicaban mi rostro. Ninguno le recriminó nada, pero por primera vez vi ese instinto asesino que a veces nubla los plateados ojos de la Gata.

»Solo por aquella mirada de crudo odio que le dedicó al que sabía que me había causado tal desastre en la cara, quise

compensarla con algo que hiciera que jamás me olvidase. Porque yo, a buen seguro, no la olvidaría nunca.

»Para mi suerte, y ahora entenderás por qué digo esto —recalcó a Egon—, se marcharon antes de que finalizase mi trabajo. Había muchos elementos en esa exclusiva arma a tener en cuenta: un buen y flexible cuero que se adaptase al grosor que los años confiriesen a su antebrazo, que el metal fuese de la mejor calidad, por lo que usé el que venía de las Colinas de Magma, exponiéndome a que Fritz lo descubriese y la paliza acabase con mi vida; y, por supuesto, que estuviese labrado como un adorno que realzase su fiera belleza. Lo que más me costó fue acoplar el mecanismo que hace surgir las cuchillas, aunque finalmente el resultado no pudo hacerme sentir más orgulloso.

—¡¿Te prendaste de Katze?! —casi chilló Egon, como si ese hecho fuese un pecado.

Igel lo miró con incredulidad por unos instantes.

—¡¿Qué hombre en su sano juicio no se prendaría de una hembra que por fuera esté hecha del más gélido hielo y por dentro de puro fuego?!

Sin duda, la pregunta del hombre de Eddel había sido de lo más estúpida. ¡Cualquiera que no estuviese ciego vería lo que él! Es más, a todo aquel que le colgase entre las piernas lo que a ambos trataría de ganarse los favores de Katze de no ser porque su corazón ya estaba ocupado. Doblemente ocupado, para ser exactos.

—¿Y qué hiciste cuando se marcharon? —atajó Egon con las mejillas rojas de nuevo, con toda seguridad consciente de la necedad que acababa de preguntar.

—¡Oh, eso! —exclamó Igel con una sonrisa que rebajó el rubor de su amigo—. Terminé el guantelete, salí tras su rastro, sabiendo que se dirigían hacia el sur, y los localicé en las Rocas de Sal, donde llevaban acampados varios días.

»Por las expresiones de sus rostros, supe que me reconocieron nada más verme aunque en el mío ya no quedasen huellas de los golpes. Eso me dio el valor necesario para acercarme hasta ellos. Claro que lo hice con ambos brazos extendidos y el ornamentado guantelete en las palmas de mis manos, bien visible para que entendiesen que era una ofrenda y no una amenaza.

»*Es para ti*, le susurré cuando estuve frente a ella. Adler se nos

quedó mirando mientras Katze aceptaba mi regalo y yo le enseñaba cómo se usaba; después, me invitó a que me uniese al clan, haciendo oídos sordos a las quejas de la Comadreja.

»Sobra decir que ni me lo pensé —finalizó con un firme golpe de cabeza que reafirmó sus palabras—. Fui rebautizado a los dos días en las mismas Rocas de Sal, una vez hubieron descubierto el contenido del saco que pendía de mi cinturón de cuchillos.

—Tus esferas tachonadas…

—De ahí el nombre que mi líder me eligió —dijo esbozando una esplendorosa sonrisa.

Si había algo de lo que Igel se enorgulleciese era del nombre que Adler le asignó cuando entró a formar parte de los Bastardos del Hierro, y, por la curva que se delineó en la boca de Egon, supo que este lo comprendía. Si bien la sonrisa le duró poco, tornándose a una mueca triste que deshizo la que exhibía el Erizo.

—Yo sí tengo una familia —soltó de pronto el joven—. Unos padres a los que quiero y que hace mucho que no veo. No formo parte de vuestro clan, por integrado que me hayáis hecho sentir… Bueno, al menos la mayoría del tiempo. Yo pertenezco a este enclave, a Eddel, y aunque estoy dispuesto a acompañaros allá donde vayáis hasta que la profecía se cumpla, mi lugar está aquí. Con ellos. Con mi familia.

Muy a su pesar entendía que Egon quisiera regresar a su lugar de origen cuando todo acabase, por más que saberlo le hubiese provocado un doloroso aguijonazo en el pecho.

—Volverás a tu hogar —le garantizó Igel, respetando su decisión al tiempo que se tragaba la pena que su futura separación le ocasionaba.

—Eso espero, que el destino me permita poder abrazar de nuevo a mis padres. Ellos deben de estar sufriendo mucho por mi ausencia, más cuando perdieron hace años a mis tres hermanas menores.

—¿Tenías tres hermanas?

—Y ellos tres hijas que una epidemia les arrebató. Ahora me tienen solo a mí y me aterra la idea de no volver a verlos, de que nunca más puedan verme…

Una firme determinación invadió a Igel tras escucharlo.

Se desprendió de los guantes, dando por finalizada su labor, y llevó una mano al hombro de Egon, brindándole un afectuoso

apretón.

—No te preocupes, buen amigo, que este diligente Erizo hablará con Adler.

—¿Hablar con Adler de qué?

—De que tú y yo —los señaló—, tan pronto como los habitantes de Pueblo-Condado juren lealtad al Descendiente y despidamos a nuestros muertos como merecen, iremos a hacerle una visita a tu familia mientras él y Todesfall terminan de decidir cuál será el próximo enclave que atacaremos. Posiblemente solo contemos con un día para que puedas disfrutar de ellos; a lo sumo dos. Pero bastarán para calmar esa pena que te corroe.

—¿Harías eso por mí? —susurró Egon visiblemente emocionado.

—Puedes jurarlo —le aseguró—. Y no solo hablaré con Adler, sino que tienes mi palabra de que lo convenceré.

Igel no sabía de sentimientos paternales, pero si se parecían en algo a lo que a él le inspiraba su amigo, bien merecía la pena plantarle cara al agrio carácter de su líder aun a riesgo de que este le arrancase los testículos y se los hiciera tragar.

Capítulo 17

Adler

Aturdida.

Así la percibieron mis ojos nada más cerré con un golpe de talón la puerta de aquella estancia y la claridad que se colaba a través del ventanal incidió sobre ella.

Aturdida y algo temerosa, aunque no adivinaba a saber si se debía a lo que había insinuado en el pasillo que le haría si no callaba o al revelador sueño que había tenido. Porque lo era. Para mí lo era sin ninguna duda.

Ciertamente no le había mentido en cuanto a mis desmedidas ansias de hundirme en su calor, pero ese sentimiento que tiempo atrás Hlín había despertado en mí, y que se me anudaba al pecho hasta el punto de vaciarme el aliento, me impedía dar rienda suelta a mis apetencias carnales, que aguijoneaban mi cuerpo como las ascuas candentes de un fuego.

En esos momentos era de imperiosa necesidad que sujetase ese instinto primario que me impelía a saciarme de ella para dar prioridad a otros asuntos, en sumo grado importantes, que no solo nos atañían a ambos.

Di un paso al frente. El mismo que mi compañera retrocedió.

Mis narinas se dilataron.

—Por más que mis anteriores palabras te hayan hecho creer lo contrario, no voy a tomarte como el salvaje que afirmas que soy, mujer.

Sus cejas se alzaron con sorpresa para, un instante después, plegarse con incomprensión.

—¿No… No me deseas? —titubeó con un hilo de voz.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza como los puños a mis costados.

Maldición. La confusa inseguridad que traslucía su rostro actuó de acicate para el tormentoso anhelo que me corroía, engrosando mi virilidad.

Inspiré profundo, queriendo ser ese hombre que le prometí que sería en la intimidad.

—Te deseo más que a nada en esta vida, de eso puedes estar segura. —Me oí confesarle en un tono inusitadamente ronco—. Ocurre que, por una vez, no es mi intención actuar como el egoísta que piensas que soy; el que tantas veces te he demostrado ser. Porque antes tenemos que hablar. —Tragué grueso, notándome seco el paladar—. Pero, si después de lo que tengo que decirte, te ves con la entereza suficiente como para entregarte a mí, bien pueden estallar todos los infiernos que no te dejaré salir de esta habitación sin haberme saciado de ti… Sin beberme todo tu placer. El mismo que ambiciono darte. El que llevo codiciando desde nuestra última noche en la terma del bosque de Hayas.

Fui testigo del agitado subir y bajar de su pecho, lo que poco o nada ayudaba a mantener el autocontrol que me estaba imponiendo. Claro que mi compañera era impredecible y su agitación no estaba motivada por las razones que yo creía, y así me lo hizo saber.

—Si piensas que desdecirte de lo que has insinuado en ese pasillo iba a tranquilizarme, te aseguro que no lo ha hecho, porque solo has conseguido asustarme más. ¿Es algo referente a Tỳr eso que tan preocupado te tiene? ¿Tú sabes…? ¿Sabes…?

En dos zancadas estuve frente a ella, sujetando sus manos entre las mías. La vulnerabilidad que ahora la dominaba se sentía más lacerante que el tajo de una espada.

—Estoy al tanto de todo lo que ese malnacido le ha hecho a tu hermano; vuestro padre tuvo a bien que Todesfall y yo lo supiésemos. —Sus ojos, infinitamente negros, vibraron con el distinguible brillo de las lágrimas. Apreté sus manos con ternura—. Va a pagar por eso, Hlín. Te doy mi palabra de que me ocuparé personalmente de que pague por todo el daño que os ha causado.

—Si logras dar con él —susurró, sabiendo que esa era la mayor traba para poder cumplir mi promesa: encontrar a ese hijo de mala perra.

—Fuchs está en ello —la informé con tal de rebajar su angustia, ya que Hlín conocía sobradamente las altas dotes de mi rastreador —. Lo he enviado junto con Gräuel, Pest y Blut para que peinen bosque Sauce. Es el único lugar donde puede estar escondido como

el cobarde gusano que es.

Asintió algo más recompuesta, o eso me pareció.

—Pues si de lo que quieres que hablemos es del sueño que he tenido, te aviso desde ya que no sé qué demonios pueda significar. Bueno…, a excepción de que las voces, creo acertar, pertenecían a los primigenios.

—Tú quizás no lo sepas, pero yo sí —sentencié.

Sus labios se contrajeron en una mueca desdeñosa.

—Tú has errado tanto o más que yo interpretando cada uno de los mensajes que los dioses han tratado de hacernos llegar, ¿qué te hace estar tan seguro de que esta vez vas a acertar?

La comisura izquierda de mi boca se elevó al volver a ser receptor de ese hostil carácter que la definía, y no hice por ocultarla. No cuando la prefería mil veces terca y combativa que frágil y apocada.

Liberé sus manos y ascendí las palmas de la mías a lo largo de sus brazos hasta posarlas a ambos lados de su esbelto cuello.

—En el sueño que has tenido aparecía Ulla, y tú estuviste en su morada y viste lo mismo que yo: la transformación de sus ojos, las chispas plateadas que radiaron de estos cuando la contradije, la gélida corriente que lamió nuestras piernas antes de envolverla y hacer que su cabello ondease en un lugar donde no había posibilidad de que ninguna corriente de aire penetrase… Recuerdas todo eso, ¿cierto? —Asintió sin mostrar dudas—. También dices que en el sueño la oíste dentro de tu cabeza.

—A quienes oí fue a los primigenios.

—Pero la profetisa era su enlace contigo.

—Esa fue la conclusión a la que llegué, aunque, como viene siendo costumbre, es probable que esté equivocada.

—No en esta ocasión —le aseguré, deslizando los pulgares por la suave piel de su garganta—. No cuando esas dos frases que han resonado dentro de tu cabeza, sumadas a lo que afirmas que sentiste y visualizaste en el sueño, confirman lo que esta pasada noche yo presencié en el patio de armas.

Contuvo la respiración y estuve tentado a reprenderla, mas reaccionó tan pronto como aquella información penetró en su cabeza y esta otorgó libertad a su incontenible lengua.

—¿Qué fue lo que presenciaste? ¿Y por qué te has negado a

compartirlo conmigo donde se hallan los heridos? ¿Y… Y qué demonios tiene que ver lo que fuera que vieses en el patio de armas con mi visita al plano onírico?

Incansable.

La curiosidad de mi compañera era incansable e insaciable, aunque al abrigo de aquella estancia bañada por los rayos de Tzonne, a solas como nos encontrábamos y con la certeza de que no seríamos interrumpidos, ni me molestó ni me hizo hervir de ira.

Tomé una honda bocanada de aire antes de aportar luz a sus interrogantes.

—Presencié el despertar de tu don —solté sin ambages—. Ese que te dije que daría la cara cuando fuese el momento oportuno, ganándome tus burlas e insultos. —Fue a replicarme, pero no se lo permití—. No he creído acertado ponerte al tanto donde se recuperan nuestros heridos por cómo pudiese afectarte tal descubrimiento, porque, si te derrumbabas, sabía que te sentirías menos expuesta de ser solo en mi compañía. Y en cuanto a qué tiene que ver lo ocurrido esta pasada noche en el patio de armas con lo que has soñado, la respuesta es: todo.

»En el sueño experimentaste una dolorosa e invisible presión que creías que acabaría con tu vida, y entonces las voces te dijeron: *Concédele total acceso, Protectora*; gritaste como única defensa y el despejado cielo sobre tu cabeza se cubrió de nubes negras… Afirmas que cuando el rayo te alcanzó, lanzándote contra la hierba, te sentiste liberada de la presión y de nuevo las voces te hablaron. *Ahora eres dueña de tu don y no al contrario, Visionaria*. Eso fue lo que te dijeron. Te llamaron Visionaria, no Protectora como la primera vez que se dirigieron a ti a través de la sibila.

—Adler, aprecio todas tus explicaciones, de verdad; más aún cuando ambos sabemos lo mucho que por norma te cuesta darlas, pero la parrafada que acabas de soltarme no me dice nada. ¡Nada!

Ciñéndola aún por el cuello, pegué mi nariz a la suya.

—Mujer —siseé con palpable furia—, haznos el favor de guardarte tu terquedad y usa la lógica por una maldita vez. En Nammentos, la única visionaria que se ha conocido ha sido Ulla. Ella fue hasta el plano onírico para darte un mensaje de los Tres; mensaje del que ya te brindó una pista cuando la visitamos en Öde: *No te asustes de lo que solo es perceptible a la vista, Protectora.*

Tú posees un don similar al mío, pero tendrás que abrir la mente y desarrollarlo para poder ver más allá de lo tangible.

»Has desbloqueado el don que te fue otorgado, ese al que tanto desprecio has demostrado solo por no confiar en las capacidades que tres deidades vieron en ti. —Me retiré un poco al percibir su errático pulso en el cuello. Lo último que deseaba era intimidarla, pero bien sabían los dioses que esa deslenguada mujer era capaz de robarme en un instante hasta la última gota de autocontrol—. La pasada noche, en el patio de armas —continué con un tono más calmo—, cuando esas dos flechas le arrebataron la vida a Dunkelheit, la impotencia y, sospecho, también la ira, despertaron tu poder. Tus iris se tornaron blancos, como los de la profetisa, a excepción de las pupilas, que seguías conservando. —El asombro en su rostro era cada vez más notable—. Tu grito desencadenó una repentina tormenta y una aglomeración de densas y oscuras nubes cubrió el cielo, amenazando con dejar ir los relámpagos que preñaban su interior y arrasar con el castillo y con todos nosotros.

»Vi las chispas plateadas que despedían tus ojos; una copia a escala menor de las que restallaban sobre nuestras cabezas. Nubarrones cada vez más negros y condensados. Nubarrones que provocaste tú y que solo empezaron a deshacerse al presionar mis labios contra los tuyos. —Suspiré al recordarlo—. No sabía muy bien si mi contacto nos beneficiaría o, por el contrario, terminaría por matarnos, mas fue lo único que se me ocurrió para que supieras que me tenías a tu lado. Y dio resultado. El sosiego y la razón regresaron a ti, tal y como también lo hizo el vivo negro de tus iris; conforme el color regresaba a tus ojos, la oscuridad sobre nosotros desaparecía.

Su bello rostro estaba demudado por la impresión y daba la sensación de que se había quedado sin réplica alguna que darme.

Algo malsano se apretó con saña a mi pecho. Algo que tenía todo que ver con cómo se sentía mi compañera.

—No puedo asegurarte qué alcance tienen tus poderes ni si estos van más allá de desatar una tormenta de tales dimensiones, lo que sí puedo decirte es lo que yo pienso, las conclusiones a las que he llegado tras relatarme tu sueño. Y también puedo garantizarte que, por mucho que todo esto te aterre, vas a tenerme a tu lado —le confesé, ya que todo mi ser se moría por ofrecerle ese consuelo que

sin lugar a dudas necesitaba—. Para bien o para mal, me prometí que cuando llegase el momento estaría para ti. Y yo, Adler de los Bastardos del Hierro, siempre cumplo mi palabra —aseveré.

Dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas; el cuerpo había comenzado a temblarle al igual que la barbilla.

Quise besarla. Borrar la tristeza incluso de su alma. Pero no lo hice. No la presioné, pues bien sabía que requería de tiempo para asimilar mis palabras.

—¿Qué… Qué es lo que piensas? —se decidió a preguntarme después de un largo silencio—. Porque yo no sé qué demonios pensar de todo lo que acabas de decirme.

Una leve sonrisa curvó mi boca. Y entonces sí, la besé.

—Pienso que los días de Ulla están llegando a su fin y los tuyos dando comienzo —musité contra la tierna carne de sus labios—. Pienso, también, que ha sido aquí, en Eddel, porque tu sino no es ser únicamente la visionaria de Nammentos y sí la que abarque con su inmenso poder los tres reinos que tú y tus hermanos estáis destinados a gobernar. Y pienso, además, que el don que te ha sido otorgado va más allá de que puedas invocar tempestades y que tiene más que ver con los muchos sueños premonitorios que has tenido. Claro que, de ser como sospecho, iremos averiguándolo a su debido tiempo.

»La pasada noche liberaste tus poderes y tu última visita al plano onírico es la confirmación de ello; el mensaje que los dioses querían hacerte llegar. Ahora solo falta saber qué otras capacidades encierra ese pequeño cuerpo tuyo. Pero no temas, porque yo estaré a tu lado para enfrentar lo que esté por venir, tienes mi palabra.

Hlín se abrazó a mi cintura, hundió la nariz en mi pecho y se echó a llorar con idéntica desolación a aquel lejano atardecer en la terma en el que, haciéndome pasar por Fuchs, le brindé consuelo sin saber muy bien el motivo, dejándome tan solo guiar por el instinto de pertenencia que despertaba en mí.

La rodeé con mis brazos y aspiré el aroma de su pelo, siendo plenamente consciente de que aquel instinto primitivo solo fueron las raíces del inmenso amor que ahora le profesaba.

Capítulo 18

Los fuertes brazos de Adler en torno a mi tembloroso cuerpo se sentían reconfortantes y el calor que emanaba de su piel hacía que la sensación de abrigo fuese aún mayor; no obstante, era insuficiente para atemperar el helor que se había instalado en mis huesos.

Cierto era que él me acababa de dar su palabra de no dejarme a mi suerte en aquel sinsentido de dones que los primigenios parecían haberme concedido, pero en mi cabeza rondaban otras muchas cuestiones para las que no hallaba respuesta. ¡Ninguna! Y eso no hacía sino mermar mis fuerzas y mi resistencia. Porque quería entender. Necesitaba entender para poder actuar en consecuencia.

¿Qué diantres tenía que ver el que pudiese desatar tempestades con mis muchas visitas al plano onírico antes de aquella última? ¿Realmente poseía el poder de alterar la quietud de los cielos como Adler aseguraba? Y, de ser así, ¿qué relación tenía con la visionaria que, según él, mis premonitorios sueños habían pronosticado que sería? Porque no era tan obtusa como mi *amable* compañero había insinuado poco antes y admitía que ser la sucesora de Ulla, si es que lo era, sí que podía estar ligado de algún modo a los viajes de mi inconsciente, por muy nefasta que hubiese sido mi capacidad para interpretar cada uno de ellos; sin embargo, ese poder visible de nubes negras y plateados rayos ni lo concebía ni lo quería.

Odiaba la sensación que tenía agarrada a las tripas al sentirme una idiota atada a la voluntad de esos tres dioses egoístas. Odiaba el miedo que me lamía por dentro ante la idea de no saber manejar esa tormenta que Adler afirmaba que nacía en mi interior y que esta dañase a las personas que amaba. Y aún odiaba más que después de escupirle en la terma del bosque de Hayas, cinco noches atrás, que si se había golpeado la cabeza por creer que mis ojos mutarían al igual que los de Ulla o los de mi hermana cuando mis poderes despertasen, estuviese en lo cierto.

A no ser que esos dones…

«Ahora entiendo que los dioses tuviesen a bien dotarte con dos

manos izquierdas. ¡Para qué aprender a lanzar los cuchillos cuando puedes hacer eso que sea que has hecho!».

Las palabras que en la madrugada me había soltado el Erizo en el patio de armas y yo no comprendí, adquirieron de pronto significado.

Separé la nariz del cálido pecho de Adler y elevé el rostro buscando sus ojos.

—¿Es posible que los primigenios tuviesen a bien hacerme entrega de ese poder del que fuiste testigo para compensar de algún modo mi inútil capacidad en el manejo de las armas, tal y como dijo Igel? —musité, insegura, sin tener muy claro si a oídos de mi compañero me avalaba la lógica o, por el contrario, ahora sería él quien me escupiese si acaso me había golpeado la cabeza con una piedra por tamaña necedad.

Adler me observó en silencio durante unos largos, larguísimos instantes, en los que contuve la respiración. Finalmente, dejó ir una dilatada exhalación por la nariz que cosquilleó en mi frente.

—Tendría bastante sentido, sí —admitió para mi tranquilidad y yo solté el aliento que estaba reteniendo—. Si contamos con que a tu hermana la protegen las bestias y que Tỳr, más que protección, requiere de la calma que pueda aportarle Spatz para contener la sangre guerrera que porta, cabe sospechar que, para igualar tus posibilidades con las suyas, te hayan dotado de un arma con la que defenderte. Una sumamente poderosa tan pronto aprendas a controlarla. Un arma con la que… —su voz fue apagándose y su ceño se frunció— no precises en todo momento de mi custodia para garantizar tu seguridad.

Lo conocía lo suficiente como para adivinar las conclusiones a las que había llegado y cómo estas lo hacían sentir. Y no. ¡No, no y no! Poco me importaba lo que tuviesen en mente esos tres dioses manipuladores al concederme tal don, porque no pensaba cederles ni un ápice de control en lo tocante a Adler y mi relación con él. Y así se lo hice saber.

—Yo siempre voy a necesitar de tu protección, Hombre de Hielo. —El azul de sus iris se aclaró tanto como el cielo lo estaba ese día —. Porque tú no solo has cuidado de que no saliese herida de los muchos enfrentamientos que hemos tenido que librar hasta ahora, también has sido fiel protector de mi corazón.

»Lo fuiste aquel lejano día que me abrazaste en la terma, haciéndote pasar por Fuchs, tras relatarte qué me hizo huir de mi enclave. Lo hiciste en la Ciénaga Gris al apretarme contra tu pecho, sin tener en cuenta quiénes nos observaban, cuando me derrumbé al saber por Bärbel el triste sino que habían corrido mis padres. También lo hiciste en el poblado Fronterizo mientras amenazaba con mi daga a Todesfall, dándole voz por vez primera a lo que estabas empezando a sentir por mí… Y has vuelto a hacerlo esta pasada noche, a lomos de ese alado, al pedirme que te permitiese poder disfrutar de unos breves instantes de libertad. Porque no los pedías para ti, Adler, sino que deseabas compartirlos conmigo.

»Son muchas las veces que me he sentido protegida por ti, aun sin que lo pretendieses o fueses consciente. Muchos los momentos en estos largos meses en los que tú, y solo tú, le diste con tus actos nada premeditados fortaleza a un corazón que se estaba haciendo añicos. El mío. Y ninguna de esas veces yo te lo pedí.

Su mirada había ido ganando en intensidad conforme le confesaba lo que él no había sido capaz de ver.

Pero seguía siendo insuficiente… Y no solo para Adler, ya que a mí no me bastaba con que me mirase de la manera en que lo hacía. No cuando en ese momento era mi instinto el que suplicaba por otro tipo de contacto, de unión. Porque mi verdadero hogar, ese al que todo mi ser gritaba que pertenecía, era su cuerpo, la agradable y única sensación de su caliente piel desnuda sobre la mía, de sus exigentes labios contra mi boca…

Ese era otro modo de ofrecerme protección del que tampoco parecía ser consciente; el que yo más atesoraba; ese en el que, sin necesidad de palabras que expresasen sus emociones, sirviéndose tan solo del lenguaje de su cuerpo, me hacía sentir inmensamente amada. Y su amor, para mí, primaba sobre cualquier vaticinio, porque a Adler nadie le había enseñado a amar. Que ese salvaje de ojos de invierno con un carácter de mil demonios y la arrogancia de un dios me quisiese a su lado en todas las vidas que estuviésemos destinados a compartir, era mi mayor ambición, ya que, por más estabilidad que los primigenios anhelaran, no concebía equilibrio alguno en un mundo en el que no estuviese él. En el que no estuviésemos juntos.

—Deseo que hagas real tu amenaza del pasillo. —Me escuché

pedirle con tono apremiante.

Su nuez osciló arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo…

—¿Te parece que primero nos demos un baño? —me preguntó con la voz enronquecida—. Nos vendría bien a ambos, y no solo para deshacernos de la suciedad, también para relajar la tensión a la que hemos sido sometidos estas últimas horas.

Ladeé la cabeza, sin despegar mis pupilas de las suyas, y una victoriosa sonrisa me curvó los labios.

—Creo estar soñando —dije con palpable ironía—. ¿El *gran* líder se está prestando a tomar en cuenta mis deseos? ¿O acaso lo que te he confesado te ha afectado tanto, y te causa tanto miedo, que precisas de un tiempo para rumiarlo?

Sus rubias cejas se plegaron a la vez que sus fosas nasales se expandían.

—Guárdate tu afilada lengua si no quieres perderla, mujer —me espetó, desasiéndose de mi abrazo con una sacudida de hombros—. Voy a ordenar que suban unos cubos de agua caliente; mientras tanto, ve deshaciéndote de tus ropajes o yo mismo los desgarraré a mi regreso.

—¿Otra amenaza del *gran* Adler? —lo provoqué a conciencia, orgullosa de poder desestabilizarlo de ese modo, pero, sobre todo, contenta de que la arrogancia y el mal humor tan conocidos, y con los que tan acostumbrada estaba a lidiar, hubiesen disuelto la fragilidad que había exteriorizado momentos antes.

No en vano creía con fervor que Adler había nacido para ocupar un trono y la mínima muestra de debilidad en él me provocaba un profundo rechazo.

—Si no quieres que lo sea, procura estar desnuda y dispuesta para mí, porque pienso demostrarte qué es lo que realmente me afecta; lo que lleva afectando a la zona central de mi cuerpo desde nuestra última noche en la terma. Y no, Hlín, nada tiene que ver con las palabras que me has dicho.

«Orgulloso embustero», pensé, mas no hice por replicarle.

En cuanto la puerta se cerró tras él, sonreí con amplitud.

Una sonrisa real. La primera que esbozaba en mucho tiempo. Y todo porque a ese testarudo hombre le aterrase tanto darle voz a sus sentimientos.

Capítulo 19

Adler

—¡Fuiste un sucio embustero y ella una zorra manipuladora!

Ladeé la cabeza al oír desde el pasillo la furibunda y desconocida voz que provenía de las cocinas.

—*Que insultes a Silke cuando no está presente para defenderse me parece ruin incluso para ti. ¿Egon?* —Apreté el paso—. *Y también que te estés ensañando conmigo después de haberte dado las explicaciones que tan «amablemente» me has exigido.*

El tono mordaz que había empleado no me pasó inadvertido. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

Me detuve al llegar a las puertas y los dos guerreros Ciénaga que las custodiaban se encogieron de hombros al verme plegar las cejas en una muda pregunta.

Recorrí la amplía estancia con mirada analítica.

Las cocineras tenían la vista fija en los tres peroles que humeaban sobre los fogones y desprendían un delicioso aroma especiado. Mis tripas rugieron en protesta, recordándome el tiempo que había pasado sin llevarme nada a la barriga.

Hice a un lado el hambre voraz que había despertado en mí el olor del guiso y estudié la larga mesa que ocupaba el centro. Estaba bien aprovisionada en los bajos, con canastas rebosantes de fruta fresca y hortalizas, pero mis ojos se centraron en el par de sirvientes que amasaban pan en uno de los extremos y otro más que troceaba verduras frente a los primeros. Y considerando la discusión que Egon y aquel desconocido mantenían a un lateral de donde realizaban sus quehaceres, todos se veían sospechosamente afanados en estos.

Mi ceño se estrechó aún más.

¿Qué demonios había llevado a ese sirviente a aferrar al hombre de Eddel por la pechera? ¿Y por qué Igel y Ratte presenciaban la

escena con las espaldas recostadas contra la pared frente a los fogones mientras degustaban sendas zanahorias?

En tres zancadas estuve junto a ellos.

—Que alguno me explique qué está pasando —farfullé en un tono lo bastante moderado como para que nadie más me escuchase.

Lo que menos pretendía era causar más temor a la servidumbre, ya de por sí aterrada desde que habíamos tomado el castillo. Esas personas eran inocentes; les había impuesto nuestra presencia y obligado a que nos obedeciesen. La de unos extraños venidos de otras tierras que no habían dado más explicación que la destitución del que, hasta el día anterior, fuera su señor.

Sí, iba a hacer que jurasen lealtad a Tỳr, pero antes les debía una exposición pública y detallada del porqué de nuestra invasión. Al atardecer los pondría al tanto de la profecía y del papel que representaban los tres hermanos; del que encarnaría el que, a partir de entonces, sería señor del enclave Vorgrimler. A cambio obtendrían libertad de ir y venir donde deseasen, bien fuese en su propia tierra o en las que se extendían al otro lado del río, y les ofrecería protección y la garantía de seguir con sus vidas como hasta el momento.

Un intercambio beneficioso para todos, si antes no lo estropeaba esa estúpida reyerta que iba a verme en la obligación de detener.

—Egon y yo hemos venido a por algo que echarnos a la boca, después de pasar horas fabricando mis esferas tachonadas, y nos hemos encontrado aquí a la Rata. —La señaló Igel con la zanahoria mordisqueada—. Entonces, ese corpulento sirviente ha bramado ¡ruin embustero! y, sin verlo venir, lo ha agarrado de la pechera. Desde entonces están discutiendo y de eso hace ya un buen rato. Creo que deberías plantearte reclutarlo para el clan. Al sirviente, me refiero.

Ese Erizo del demonio se atrevió a torcer una ligera sonrisa antes de darle otro mordisco al vegetal.

—¿Te parece divertido? —siseé, notando que mi humor se agriaba por momentos.

Sus ojos de dos colores se centraron de nuevo en la exaltada discusión y la ligera mueca que esbozaba se ensanchó hasta ocuparle toda la maldita cara.

—¡Desde luego que sí, Adler! Aunque no por los motivos que

piensas —añadió de corrido al reparar en cómo se me dilataban las narinas—. Aquí, el apuesto y enfurecido encargado de las bodegas —dijo, señalando al joven— es el iluso enamorado al que nuestro buen amigo burló para adentrarse en los calabozos. Ya sabes que una muchacha del enclave lo ayudó, de ahí su visible cabreo.

Los miré de nuevo. Egon tenía las palmas de las manos extendidas en un intento de aplacarlo sin llegar a rozarle el amplio pecho.

—¿Cómo es que ha llegado a la conclusión de que le mintieron? —quise saber para poder actuar en consecuencia—. Eso sucedió hace mucho y dudo que la joven se haya ido de la lengua sabiendo que infringió las leyes de su enclave al prestarle su ayuda a Egon para que pudiese entrar en el castillo.

—Ha llegado a la conclusión nada más escucharnos conversar —expuso ahora Ratte, haciendo mayor mi incomprensión—. Como te ha dicho el Erizo, yo estaba en las cocinas cuando ellos han llegado buscando algo con qué engañar a sus barrigas, que es a lo que había venido yo. Al encontrarme aquí, se han interesado por la recuperación de Jürgen. Y en esas estábamos: ellos preguntando y yo respondiendo, cuando ese energúmeno le ha escupido el primer insulto para, seguidamente, agarrarlo por la casaca y zarandearlo como a un trozo de carne ajada.

—Y, por lo que veo, Egon no se está defendiendo.

—No, no lo está haciendo. Lleva desde entonces tratando de justificar por qué esa joven y él tuvieron que engañarlo. Nos ha pedido que no nos entrometamos y eso hacemos, aunque dudo que no vaya a irse como poco con un ojo morado.

Expandí las narinas aún más, sintiéndome al límite de mi paciencia.

Estaba cansado y hambriento. Quería subir a la alcoba donde Hlín me esperaba, darme un baño y saciarme tanto de un buen plato de guiso caliente como de mi compañera, y aquella inesperada pelea me lo estaba impidiendo.

—¿De qué demonios se supone que tendría que justificarse, de haberlo burlado por necio y entrar a hurtadillas en el castillo?

Porque de ser así, sería yo quien empuñara al sirviente del pecho y lo sacudiera hasta que la cabeza se le desprendiese del cuello.

Ratte clavó sus dorados ojos en los míos. Unos ojos que

destilaban diversión, lo que redobló mi ira.

—No, querido líder. Fue porque la muchacha le aseguró que Egon padecía de sordera para que no tuviese reparos en hablar en su presencia. Por eso lo ha llamado «sucio embustero», entre otros halagos, y a ella «zorra manipuladora», ya que ese energúmeno sí que no es sordo y ha podido escuchar cómo él seguía nuestra conversación sin impedimento alguno.

La risilla baja de Igel terminó por agotar la escasa paciencia que me quedaba.

—Vosotros, dejad lo que estáis haciendo y subid agua caliente a las dependencias que pertenecían a vuestro antiguo señor —demandé a los tres hombres que trabajaban sobre la larga mesa, que, prestos, interrumpieron sus quehaceres y abandonaron la estancia, supuse que en busca de cubos para cumplir mi demanda —. Señoras —me dirigí ahora a las cocineras en el tono más amable que la candente furia que me recorría me permitió—, ¿serían tan amables de llevar al mismo aposento un par de cuencos de ese guiso que huele tan bien?

Asintieron a la par antes de moverse con diligencia por la espaciosa cocina.

Esperé.

Esperé apretando los puños a los costados con tal de no estallar delante de ellas y asustarlas más de lo que ya debían de estar.

Y seguí esperando lo que me pareció una vida mientras las veía depositar en bandejas dos copas de labrado metal y una botella de licor, cubiertos, varias hogazas de pan y unas piezas de fruta, antes de que por fin vertiesen el humeante estofado en sendos cuencos y saliesen por las puertas.

Entonces toda mi ira se centró en el sirviente que continuaba agarrando a Egon por las solapas de su casaca aun cuando tenía la mirada puesta en mí.

—Tú —gruñí en tono bajo y amenazante—, aparta ahora tus manos de él si no quieres perderlas.

Para hacerle ver que no se trataba de una advertencia vana, ceñí el mango de uno de los cuchillos que reposaban sobre el tablero de la mesa.

—¡Estoy en mi derecho de pedir cuentas a este sucio embustero! —se atrevió a gritarme, zarandeándolo de nuevo.

—¡Oh, mierda! —Escuché lamentarse al Erizo, consciente al igual que mi sanadora de que llevaría a cabo mi amenaza.

Y del mismo modo lo fue Egon, de ahí la lividez de su rostro en cuanto su mirada encontró la mía.

Pero aquel insensato nada sabía de mí ni de lo que era capaz de hacerles a los arrogantes que osaban retarme.

Un instante estaba junto a Igel y Ratte y, al siguiente, había apartado a Egon de un empujón y tenía aferrado el corto cabello de ese incauto con una mano mientras con la otra presionaba la hoja del cuchillo contra su garganta.

—Bien saben los dioses que no quiero hacerlo —siseé pegado a su cara—, pero dame un solo motivo más y te rebano el cuello.

Un pesado silencio se adueñó de la estancia.

—Adler, le debía una explicación. —Oí que me decía Egon.

—Y, por lo que sé, ya se la has dado —espeté sin mirarlo.

El sirviente había perdido la capacidad de hablar, de modo que solté su pelo, separé la afilada hoja de su garganta y me erguí.

—Él ya te ha explicado cuanto tenías que saber, así que continúa con lo que fuera que estuvieses haciendo antes de venir a las cocinas e increparlo.

—Ha traicionado al enclave y a su señor —alegó en un alarde de valentía que atajé de forma inmediata.

—Esa inmunda escoria a la que llamas señor se merece la muerte —mascullé entre dientes a un palmo de su rostro—. Y es lo que va a obtener. Al igual que su hermano y todos aquellos que se rebelen en su nombre, tal y como tú estás haciendo ahora.

Escuché el sonido que produjo su garganta cuando la saliva se deslizó por ella.

—Yo solo defiendo…

—Fuera —siseé.

—Pero…

—¡¡¡Fuera!!! —bramé, haciendo que abandonase las cocinas a la carrera.

Antes de marcharme también yo, dediqué una severa mirada a Igel, Egon y Ratte y un escueto cabeceo a los dos hombres de Torsten que custodiaban las puertas, decidido a encerrarme en la habitación donde me esperaba mi compañera hasta que los habitantes de Pueblo-Condado estuviesen reunidos en el patio de

armas al atardecer.

La puerta de la alcoba estaba abierta y dos de los tres sirvientes volcaban en la ovalada tina de madera los baldes de agua hirviendo que habían transportado hasta allí. Hlín se hallaba sentada a la recia mesa que había frente a la ventana, de espaldas a ellos y también a mí, atacando el cuenco de guiso de una de las bandejas.

Su gruesa capa la abrazaba desde los hombros y me impedía ver si aún conservaba sus vestiduras; la capucha le colgaba a la espalda y los rayos de Tzonne, que se filtraban a través de los postigos abiertos, arrancaban un sinfín de matices del color del fuego a su larga cabellera.

Tragué duro, aguardando a que la servidumbre se fuera, ansioso por quedarme a solas con ella. Claro que una de mis virtudes no era precisamente la paciencia y ya había agotado mi cuota de espera por ese día.

—Podéis regresar a vuestras tareas, yo me encargo de llenarla.

Con una inclinación de cabeza generalizada, los tres hombres agarraron las asas de las cubetas vacías y salieron de la habitación.

Cerré con suavidad antes de dirigirme a la tina con los ojos clavados en la nuca de Hlín, que no daba muestras de haberme escuchado llegar. Aferré uno de los baldes por el asidero y vertí su contenido dentro. Un blanco y tupido vaho ascendió, humedeciéndome la cara.

—Quiero pensar que bajo la capa no llevas nada de ropa, mujer. —Rompí el silencio volcando el último de los cubos.

Dejé caer al suelo el recipiente vacío y ella dio un respingo sobre la silla, pero tampoco se dignó en esa ocasión a girar el rostro para mirarme.

—Por más que tú y tus Bastardos no tengáis reparo alguno de exponeros ante cualquiera como vinisteis a la vida, dudo que hubiese sido de tu agrado verme comer desnuda mientras unos extraños entraban y salían de la habitación.

Mis labios se curvaron ante su tajante alegato.

Cierto era que en el seno de mi clan estábamos acostumbrados a la desnudez, como también lo era que no nos encontrábamos en Nammentos ni mucho menos en el bosque de Hayas, por lo que su razonamiento había sido más que acertado. ¿Tal vez por eso parecía molesta? ¿Porque le exigí que me esperase desnuda y en lugar de

entrar yo por la puerta lo habían hecho tres desconocidos?

Fuera como fuese, razones para estar cubierta no le faltaban, pues ese instinto de pertenencia que hizo acto de presencia cuando Hlín comenzó a aparecer en mis sueños se había hecho mayor y ahora pesaba como el infierno.

Me deshice de mis ropas y entré en la tina. El agua hirviente abrasó mis pantorrillas, más la sensación fue bien recibida por mi cuerpo y terminé sucumbiendo a ella. Me hundí por completo, acomodando la espalda contra la madera y apoyando los brazos en los bordes.

—Has actuado con sensatez.

Por fin giró el rostro y me miró, mostrando una visible incomprensión.

—¿De qué demonios hablas?

—De que hayas tenido la precaución de dejarte la capa, ya que, de no haberlo hecho, es muy posible que en estos momentos esos tres sirvientes no contasen con ojos.

Los suyos se abrieron desmesuradamente para, al instante, achicarse en un gesto de reproche.

—Cada vez que se te presenta la ocasión me exiges que sujete mi lengua, pero tú bien podrías hacer el intento de sujetar ese instinto animal que tan arraigado tienes a las entrañas.

—¿Has terminado de comer? —le pregunté, ignorando adrede su reprimenda.

No pensaba discutir sobre nada. Lo que realmente deseaba tenía más que ver con mi miembro erecto sumergido en la abrasadora agua, que sentía a la misma temperatura que mi cuerpo, al que parecía que lo recorriese candente lava en lugar de sangre.

—Sí, ya me he terminado mi ración; y la tuya, como no te des prisa en salir de la tina se te va quedar fría.

Tomé una honda inspiración.

—En estos momentos, lo frío que pueda quedarse el guiso me importa menos que nada, porque quien está en un punto de calentura insoportable, y necesita con urgencia templarse, soy yo —admití si rastro de pudor—. Conque deshazte de la capa y ven aquí. —Ella boqueó, buscando, con seguridad, rebatirme también aquello, mas no se lo permití—. Ahora, Hlín. No me hagas tener que salir y traerte yo mismo.

La muy testaruda no hizo amago de dar un paso que la acercara a mí, disparando el anhelo que sentía consumirme, lo que consiguió que me tragara el orgullo para hacérselo entender.

Sumergí en el agua una de mis manos, ceñí los dedos en torno a mi carne y comencé a deslizarlos lentamente por toda mi longitud.

Sus pómulos se tiñeron de rosado nada más cayó en la cuenta de lo que hacía.

—No se trata de una de mis muchas exigencias. No esta vez —le confesé en un torturado y ronco lamento—. En esta ocasión es cruda urgencia lo que me consume; pura necesidad. Y solo tú tienes el poder de hacerla desaparecer.

Apretó los dientes con fuerza poniéndose en pie, llevó las manos a su cuello y desanudó la lazada de la capa, que se arremolinó alrededor de sus tobillos, dejándola gloriosamente desnuda ante mis ojos. Ante mis ansias incontenibles.

Y entonces…

Entonces, por fin se decidió a encaminarse hacia mí.

Capítulo 20

Llevándome el pudor a las tripas, donde la impertinente colonia de murciélagos que anidaba en ellas batía sus alas con furia, sumergí un pie tras otro en la tina y, de cara a Adler, me dejé caer de rodillas entre sus robustas piernas.

La elevada temperatura del agua me provocó un escalofrío y sus ojos zarcos se anclaron a mis pezones, que se habían erizado. Contuve el aliento, notando que el rubor en mis mejillas se intensificaba a causa de su escrutinio.

Un gruñido, más animal que humano, reverberó en su pecho.

Me tragué el corazón al observar cómo se le dilataban las pupilas, comiéndose el azul del iris, cuando deberían permanecer contraídas a tenor de la claridad que se derramaba por la habitación.

—Confío en que presenciar cómo me acaricio haya sido de sobra aliciente para que te humedezcas para mí, ya que en muy corto espacio de tiempo me he visto obligado a afrontar demasiadas esperas y no estoy por la labor de hacer frente a ninguna más.

No me dio un miserable momento para asimilar el significado de sus palabras; despegó la espalda abruptamente de la pared de la tina e inclinó el torso hacia mí, abarcó mi trasero con sus enormes palmas e, izándome sobre el agua, juntó las piernas bajo las mías y me ensartó en su erecta virilidad.

De un solo empellón.

Sin gentileza ninguna.

Maldito salvaje del demonio.

—Como imaginaba, estás más que preparada para mí —añadió con un brillo de orgullo en los ojos, elevándome con los dedos hundidos en la carne de mis nalgas para hacerme descender de nuevo con fuerza sobre su grosor.

Nuestras pelvis chocaron y, encajando las mandíbulas, blasfemó.

Me aferré a sus hombros, consciente de que no sería ni delicado ni tierno. Lo veía en su hambrienta mirada, en las duras líneas de su expresión, en la tensión de sus brazos y en cómo se contraía su

pectoral conforme agilizaba las acometidas.

Aunque yo apenas me moviese…

Aunque fuese él quien asumiera el control aun cuando yo estaba situada encima…

Aunque la tina no tuviese el tamaño adecuado para abarcarnos a ambos y los tablones ensamblados que la componían amenazaran con reventar ante esa nada comedida manera en la que a veces me tomaba…

Sin embargo, terminé uniéndome a ese ímpetu que tan bien lo definía y tan placenteras sensaciones me arrancaba.

El agua que nos cubría, hasta hacía unos instantes calma, tornó a un encolerizado oleaje que rebasó los bordes de la tina y empapó la piedra del suelo.

Un ahogado gemido trepó por mi garganta y Adler soltó una de mis nalgas para aferrarse a mi pecho y pellizcarme el pezón sin cortesía alguna. El latigazo de placer culebreó hasta mi vientre, mezclándose con el que me producían sus bruscas arremetidas.

—Esta es la imagen que más me gusta de ti —confesó, entrecortado.

—¿La de tenerme a tu entera merced? —fui incapaz de no preguntar, con la respiración tan inestable como la suya.

Torció una sonrisa que le otorgó la apariencia de un demente.

—No, la del placer que no puede ocultar tu rostro cuando estoy en tu interior.

—Hombre arrogante y presuntuoso —le increpé aun sabiendo que lo que afirmaba era cierto.

—Mujer terca como una mula con la beldad de una diosa —replicó entonces él, precipitándose contra mi boca.

Culminé, dejando caer la cabeza hacia atrás conforme mi garganta emitía una especie de ronco sollozo que quedó silenciado por el gemido que gruñó Adler al alcanzarme.

Pasados unos momentos, compartiendo y combatiendo aún las réplicas de nuestro deleite, sus brazos rodearon mi cintura y los míos se enroscaron a su cuello; su nariz se hundió en el hueco de mi hombro y mis labios se posaron en su sien. Y nuestros latidos fueron serenándose al tiempo que el oleaje de las cálidas aguas de la tina remitía.

—Te amo, pese a que a veces te comportes como un tirano,

Hombre de Hielo —le confesé sobre la húmeda piel de la frente.

Su abrazo se estrechó.

—Y yo a ti, pese a que siempre tengas una réplica que darme, la merezca o no.

La tibieza del agua tornó a calor.

Y el calor a abrasante emoción.

La que con esas simples palabras de reconocimiento le había causado a mi corazón.

—Aprovechaste que me había vencido el sueño para enviar a mi hermana con Todesfall y así no tener que explicarme nada. Eso fue lo que hiciste —sentencié entre dientes, calzándome con rabia las botas.

Los tonos anaranjados del atardecer pintaban el cielo y un murmullo de voces se alzaba desde el patio de armas, filtrándose por la ventana e invadiendo mis oídos.

¡Cómo se había atrevido a ocultarme sus intenciones!

Tal y como mi *encantador* compañero ordenó previamente a sus hombres, los habitantes de Pueblo-Condado habían sido reunidos con los últimos rayos de Tzonne. Él mismo iba a ser quien los informase de por qué estábamos allí, con el fin de que se prestasen a jurar lealtad a mi hermano sin necesidad de ser forzados. Pero ese maldito salvaje, al que odiaba con todo mi ser en esos momentos, pese a haber yacido conmigo las últimas horas, no solo se había reservado para sí el principal motivo de por qué a Todesfall le urgía hablar con Sigyn, quien ya no se hallaba en la estancia habilitada para los heridos cuando desperté, sino que, además, pretendía que me quedase escondida entre los muros del castillo como un cobarde gusano.

—Él, mejor que nadie, puede convencerla de que se muestre ante el pueblo. También el único con la capacidad de atenuar los miedos que pueda causarle mi petición. Es su pareja además de su sölken —sentenció, como si ese hecho excusase el que me hubiese ocultado sus planes de forma intencionada hasta el último momento —. Yo mismo podría habérselo exigido sin previo aviso y ella habría tenido que obedecerme. Le gustase o no. La invadiese el temor o no. Se sintiese expuesta ante los lugareños o no. Porque de los tres, tan solo Sigyn domina con maestría su don.

Le dediqué una mirada asesina.

Adler continuaba tumbado en la cama, gloriosa y desvergonzadamente desnudo con los brazos flexionados bajo la cabeza; yo, por el contrario, había saltado de ella nada más conocer sus intenciones y ya estaba del todo vestida.

—Y que seas el *gran* líder ante el que todos agachan las orejas cuando ladra una orden ¿crees que te da derecho a exponer a mi hermana como una res en un mercado y a excluirme a mí? —inquirí con manifiesta ironía.

Sus fosas nasales se expandieron más allá de lo imposible.

Era muy consciente de que estaba agotando su de por sí escasa paciencia, si bien no era algo que me preocupara. No cuando él era el único culpable de la rabia, resbaladiza y helada, que se deslizaba por mi interior.

—Que Sigyn esté presente y haga lo que deseo es esencial para dar credibilidad a mis palabras —masculló—. A ti solo trato de evitarte el mal trago, maldita mujer del demonio.

—Pues ahórrate las buenas intenciones, *gran* Adler —objeté con furia, inclinándome sobre él—, porque voy a salir ahí fuera lo quieras o no.

Un instante me cernía, amenazadora, sobre su desnudo cuerpo y, al siguiente, mi espalda estaba pegada al colchón y su peso me aplastaba.

Su mirada me atravesó.

—Mujer exasperante y combativa. —No fui capaz de disimular mi desconcierto al escuchar la extrema ternura que había en su voz —. Ve donde tu hermano; vuestro padre se encuentra con él y está al tanto de todo. Si lo deseas, puedes acompañarlos y reunirte conmigo en el patio.

—Iba a salir ahí fuera aunque me lo prohibieses —musité a un aliento de su boca.

Una media sonrisa resignada se instaló en su bello rostro.

—Bien saben los dioses que no esperaba otra cosa de ti —confesó, presionando sus labios contra los míos en un casto beso que cargaba con el peso de ese sentimiento contra el que ni sabía ni podía luchar—. Ahora vete, antes de que cambie de parecer y te amarre a los postes de la cama. —Giró el cuello hacia la ventana—. He de vestirme, la hora de que enfrente a tu enclave ha llegado.

No sin esfuerzo, me escurrí de debajo de su sólido cuerpo, temiendo que cambiase de opinión y me dejase allí atada. Era muy capaz de hacerlo, sobre eso no tenía duda, por lo que, tan pronto me puse en pie, salí disparada hacia la puerta sin esperar siquiera a que se ataviase con sus ropajes.

Abrí con ímpetu, en mi afán de huir de él, mas tuve que frenar en seco al encontrarme el puño de Igel frente a mi nariz.

Sus ojos dispares se estrecharon.

—¿Acaso sabías que estaba a punto de picar la hoja con los nudillos? —Reparé en la incrédula mirada que le echó Egon, que se hallaba un paso por detrás de él—. ¿Es otra de las capacidades de tu reciente desatado don el ver a través de muros y puertas?

Rechiné los dientes.

—No, idiota sin sesera, solo ha sido una coincidencia. Me has pillado cuando iba a salir.

Él acusó mi insulto esbozando una pícara sonrisa.

—Entonces da gracias a los dioses, porque ha faltado poco para que aporrease tu preciosa cara.

—¿Qué demonios quieres, Erizo? —tronó Adler a mi espalda.

Igel lo miró por encima de mi hombro.

—Venía a avisarte de que ya hemos reunido al pueblo y estamos a la espera de que te presentes ante ellos.

Un gruñido cavernoso vibró en la habitación.

—¿Piensas que me he olvidado de mis obligaciones? —Más que una pregunta fue una advertencia, e Igel la captó.

—¡Oh, no! De sobra sé que recuerdas tus obligaciones perfectamente. En realidad, el venir a buscarte ha sido porque me pillaba de paso y también porque… quería comentarte algo en privado.

Vi que Egon tragaba con esfuerzo y mis cejas se plegaron.

¿Qué diantres se llevaban esos dos entre manos?

—¿Y qué cuestión es esa que no puede esperar? —inquirió Adler.

Giré el cuello y comprobé que se había puesto en pie e iba a enfundarse los pantalones. Noté un súbito calor en las mejillas, pues seguía tan desnudo como había venido a la vida sin incomodarle que tres pares de ojos lo estuviesen observando.

Pero a mí sí me incomodaba.

—Os dejo a solas para que habléis —informé, saliendo al pasillo —. Nos vemos fuera —remarqué para recordarle que estaría en el patio de armas.

Un leve asentimiento fue su respuesta.

—Yo… Yo mejor acompaño a Hlín a donde sea que vaya —balbució Egon una vez Igel accedió a la alcoba, cerrando con un portazo sin esperar a que ninguno alegase nada.

Volvió a tragar con esfuerzo, como si en lugar de saliva tuviese la boca llena de tierra.

—¿Qué ha pasado para que estés a punto de hacértelo encima? —le increpé, dirigiéndome a las escaleras de piedra que llevaban al nivel inferior.

Egon me alcanzó y se situó a mi lado, acompasando su paso al mío.

—Que Igel cree que es buena idea plantearle a ese apuesto salvaje tuyo que ambos vayamos a visitar a mis padres mientras él y Todesfall terminan de decidir a qué enclave pondremos rumbo después de oficiar los funerales.

Su tono de voz apesadumbrado me enterneció, a pesar de que hubiese tratado de ocultarlo tras una bufonada dicha de corrido.

—Deseas verlos, ¿verdad? —dije apretándole el brazo con cariño.

Yo también quería mucho a los Baum, pero él era su hijo.

—Más que a nada en la vida. Sin embargo, temo la respuesta de tu valeroso compañero. Es por eso que he dejado a Igel solo ante el peligro y he huido como un ratón cobarde.

Sonrió.

—Adler lo entenderá y no pondrá impedimento alguno.

—Muy segura lo dices cuando sabes mejor que nadie el carácter que se gasta, porque yo veo casi un suicidio hacerle esa petición ahora con todo con lo que tiene que lidiar.

Volví a presionar su brazo.

—Admito que es un arrogante y que le puede el orgullo, además de un tirano la mayor parte del tiempo, que no tolera que se le replique nada, pero… ¿sabes qué?

—¿Qué? —preguntó acongojado, acongojadísimo al escuchar mi descripción del hombre que tenía que acceder a la solicitud del Erizo.

—Que tras ese gesto impasible y el nefasto humor que lo define, late un gran corazón. —Lo miré fijamente—. Quédate tranquilo, Egon. A él le agradará que desees ver a tus padres y dará su autorización para que lo hagas, aunque su rostro no exprese nada y solo haya invierno en sus ojos cuando te lo haga saber.

—Confío en que no te equivoques. Claro que albergo mis dudas, teniendo en cuenta que cuando has abierto esa puerta, tras la que seguramente habréis retozado estas últimas horas, por tu rostro parecía que te persiguiese un grupo de üzgards.

Le aticé un pescozón por descarado, notando que se me calentaban las mejillas.

—No me equivoco, patán. Adler es mucho más humano de lo que muestra a los demás. Mucho más incluso de lo que él mismo es consciente.

—Entonces…, ¿a qué se debía tu prisa?

Tomé una honda inspiración.

—A que me ha dejado creer que Todesfall estaba preparando mentalmente a mi hermana por verse obligada a presenciar cómo ejecuta a Volker.

»Ha sido cuando me ha exigido que me quede en el castillo, mientras él habla al pueblo, que he sospechado que había algo más, puesto que ni Sigyn ni yo podemos sentir ningún tipo de consideración por esos dos crueles hermanos; menos aún después de saber lo que Dedrick ha hecho a Tỳr en este tiempo.

»Se ha dignado a confesarme la verdad después de mucho insistirle, errado en la creencia de que acataría su voluntad. Pero ni por un instante he pensado en hacerlo.

Abrí la puerta de la estancia habilitada para los heridos y entré.

—¿Y de qué se trata ese *algo más* que has sospechado?

—Tú mismo vas a poder presenciarlo en unos momentos —dije sin más, acercándome al camastro que ocupaba mi hermano.

Egon tuvo el buen tino de no insistir.

Mi padre se hallaba conversando con Tỳr, sentado en el borde del colchón, y, al reparar en mi presencia, me sonrió. Le devolví la sonrisa, incapaz de enfadarme, a pesar de que apoyase a Adler y a Todesfall en que mi hermana se expusiese de esa manera.

—Es hora de que el enclave conozca al que será el nuevo señor de Eddel —verbalizó con orgullo, poniéndose en pie.

Me tragué el corazón al ver cómo Spatz buscaba la mano de Tỳr, que había empalidecido, y se la apretaba, antes de volver a centrarme en mi padre.

No parecía el mismo hombre sucio y harapiento que encontramos en las mazmorras; su cabello lucía brillante y se había recortado la abundante barba; había cambiado sus raídas ropas por un uniforme negro y plata de la guardia armada y ya no desprendía ese hedor a rancio capaz de provocar la más incontenible de las arcadas.

Era un hombre apuesto con toda la planta de un guerrero, pese a que le faltase el brazo derecho. Un guerrero como antaño fue.

Mis ojos se humedecieron cuando me abrazó.

—Mi pequeña Hlín —susurró, besando la cima de mi cabeza.

Miré a Egon de soslayo, que se veía tan emocionado como lo estaba yo.

—Adler ya está en el patio de armas.

Deshice el abrazo con mi padre y me giré hacia la voz de Ratte.

—¿Tú también vas a salir ahí? —le pregunté al observar que llevaba sus armas.

Ella me sonrió con dulzura.

—No me lo perdería por nada del mundo, forastera. Schmerz y yo queremos presenciar ese momento; tu abuela se basta de sobra para atender a los heridos hasta nuestro regreso.

Asentí y busqué con la mirada a la mujer que me había criado. Nuestros ojos conectaron y vi que la sonrisa que curvaba sus arrugados labios se derramaba por las comisuras de sus párpados.

—Bien —dije devolviendo mi atención a Ratte—, entonces solo queda que salgamos.

Entre Spatz y Nils ayudaron a Tỳr a levantarse.

—¿Sabéis si Fuchs ha regresado de la búsqueda? —preguntó el sanador Fronterizo nada más se unió a nosotros.

Aprecié la desazón que empañaba su cálida mirada y temí que Ratte acusase el mismo miedo aunque no lo mostrase.

—Que yo sepa, aún no han vuelto —fue Egon quien respondió.

Schmerz asintió y, junto con mi padre, Tỳr y la niña, avanzó hacia la puerta. La Rata iba a imitarlos, mas la detuve posando la palma de mi mano en su estómago.

Aspiré un agónico gemido que la hizo plegar las cejas cuando

sus dorados ojos colisionaron con los míos.

—¿Te encuentras bien? —indagó preocupada.

—Sí, solo… Solo estoy intranquila por cómo pueda responder mi enclave —le mentí en un hilo de voz—. ¿Y tú, estás bien?

Su confuso gesto mutó a una pícara sonrisa.

—No temo por la vida de mi hombre, si es eso lo que te inquieta. Gräuel es un avezado guerrero, además de un asesino. Aunque no voy a negarte que añoro que regrese.

Asentí lenta, lentísimamente antes de dejarla ir.

Yo también guie mis pasos hacia la puerta.

—Por la Madre —musité, impresionada y a la par muerta de pavor.

—Dime por qué tu cara se ha puesto igual de verde que un vómito —sentí que me susurraban al oído.

Giré el cuello y clavé mis pupilas en Egon, consciente de lo bien que me conocía.

—No es el momento —le respondí en el mismo tono bajo que había usado él.

—Que sepas que me estás empezando a asustar con tanto secretismo. Primero lo que me has soltado en el pasillo de que voy a presenciar no sé qué en unos momentos y ahora esto.

Me tragué el corazón, porque la que estaba realmente asustada era yo.

«Adler…».

Sí, él era el único con quien podía hablarlo; con quien quería hablarlo…

El único con la capacidad de darle alguna lógica a aquel sinsentido de profecía y a los supuestos dones que los primigenios habían tenido a bien concederme.

Los odié. Odié a esos tres malditos dioses con todas mis fuerzas.

Capítulo 21

Sigyn

—¡Pueblo-Condado! —Se hizo oír el compañero de su hermana desde la rectangular tarima que varios hombres habían levantado en el patio de armas—. ¡Mi nombre es Adler y lidero a los guerreros que han tomado la fortaleza! —Los murmullos fueron disminuyendo hasta que el silencio imperó entre los habitantes del pueblo—. ¡No pertenecemos a Eddel, sino que venimos de las tierras que se extienden más allá del Rötlich! ¡Pero si hoy estáis aquí es por voluntad de los primigenios, a quienes me consta que rendís culto, y no por alimentar ningún afán de conquista!

Sigyn se encontraba junto a Todesfall unos pasos por detrás de Adler, que se había adelantado para hablarle a la muchedumbre. Su hermana y Egon estaban en un lateral del entablado y Tỳr, Spatz y su padre ocupaban el extremo opuesto. Los miembros de los clanes se hallaban repartidos por el patio de armas entre los lugareños y la guardia armada —quienes se distinguían por sus uniformes de cuero negro y metal— y el pueblo Fronterizo, a lomos de sus bestias, rodeaban la explanada, vigilando que nadie se escabullese del lugar.

—¿Te encuentras bien? —le susurró Todesfall al oído, probablemente al haberse percatado de que iba a caer a plomo de un momento a otro.

Ella asintió sin mirarlo con tal de que no advirtiese la mentira en sus ojos, ya que la sola idea de lo que tenía que hacer en breve y de lo que, después, se vería obligada a presenciar, hacía que sus piernas temblasen bajo su túnica blanca como briznas de hierba.

—¡Hace siglos hubo una gran guerra en la tierra de la que venimos: Nammentos! —La voz del líder de los Bastardos sonó clara y contundente—. ¡Una guerra provocada por dos deidades de las que aquí, en Eddel, no se tiene conocimiento porque así lo quisieron los Tres!

»¡Dos deidades creadas por la Madre que alentaron a sus adoradores a la lucha! —La joven vio que él recorría con sus ojos de

invierno a los congregados—. ¡Muchos inocentes perecieron en esa guerra! —bramó con notable aspereza—. ¡Un pueblo entero de diestros guerreros que luchaban bajo el mando del Exterminador! —La sorpresa fue inmediata entre los oyentes, si bien Adler continuó —: ¡Entonces, los primigenios lanzaron una profecía con el fin de restablecer el equilibrio en un futuro! ¡Profecía de la que tampoco tenéis conocimiento y de la que debéis saber! ¡Porque, aquel futuro que ellos vaticinaron, es este presente y todos nosotros somos víctimas de él!

La paleta de naranjas y rojizos que matizaba el cielo tornó a los tonos violáceos que anunciaban la salida de Munno conforme el compañero de su hermana narraba al enclave todo cuanto desconocían.

Sigyn escuchó con atención cómo hablaba del origen de los dioses, de cómo la Madre dio vida a sus cuatro hijos y de las funciones que encomendó a cada uno de ellos. También de los hábitos paganos que fomentaron el Centinela de Sangre y la Portadora de Almas, del exilio del Dios Ciego y de la decisión del Señor del Exterminio de hacerse material en nuestro mundo para comandar al pueblo guerrero que estaba bajo su protección.

A Sigyn no le cupo duda de que Adler, desde que compartiera con Hlín aquella revelación en forma de sueño en la cabaña de Todesfall, creía ciegamente en el vaticinio; no obstante, dejó de respirar al escucharlo recitar la profecía. Y no por el tono acre y severo de la voz del guerrero, al que ya se había acostumbrado, sino por el fervor y el marcado respeto con el que dio a conocer las palabras que los dioses escribieron con la sangre de los antecesores del que ahora consideraba su pueblo.

El enclave acusó el impacto de aquel desconocido augurio con distintas exclamaciones de desconcierto, mas Adler no les dio tregua para asimilar y prosiguió su planificado discurso, hablándoles de los clanes que habitaban Nammentos y nombrando a los allí presentes; de la procedencia del pueblo Fronterizo y del guerrero Heraldo que, junto a la mujer a la que amaba, renunció a sus creencias y a toda su vida por darles una oportunidad a sus hijos.

La joven no pudo evitar que se le humedeciesen los ojos al volver a escuchar la triste historia de sus progenitores e, inconscientemente, buscó con la mirada a su recuperado padre, que

rodeaba los hombros de Tỳr con el brazo que los üzgards no devoraron.

—¡Los Descendientes de los que habla el vaticinio nacieron en uno de los pueblos de Nammentos, pero han vivido en la tierra que dio asilo al Ciego! —A Sigyn se le erizó el vello del cuerpo por la revelación que estaba a punto de hacerles—. ¡Crecieron aquí! ¡En Eddel! ¡En el enclave Vorgrimler! ¡Criados por la sanadora que vive al norte de bosque Sauce! —Se giró y, con un gesto, invitó tanto a ella como a sus hermanos a que se acercasen a él, en el borde del entarimado—. ¡Ellos son los elegidos y han vivido entre vosotros desde que Nadja los encontró!

»¡La niña de piel negra —señaló con un dedo a Spatz, mostrándose implacable en su planeada oratoria—, el Fronterizo —apuntó entonces a Todesfall— y yo, somos los guardianes elegidos para custodiarlos en el cumplimiento de la profecía! ¡Sus sölkens!

»¡Los hermanos Dohrn, a los que muchos conoceréis, además de ser los destinados a hacer real lo que nuestros dioses auguraron, lo son a gobernar los tres reinos que la Madre dictaminó! ¡Y uno de esos reinos es Eddel! ¡Vuestro enclave solo es el primero de los cuatro que han de caer! ¡También el primero con el que deseamos forjar alianzas! ¡Y el primero que jurará lealtad al Descendiente que lleva en su interior el espíritu de la guerra! ¡El designado por los Tres para alzarse como señor de esta tierra!

Los murmullos no tardaron en alzarse en el patio de armas mientras Adler hablaba sin vaguedades y con su acostumbrada contundencia.

Sigyn observó, intranquila, a los congregados.

Los superaban en número y podían rebelarse contra ellos en cualquier momento, aun cuando era consciente de que, a excepción de la guardia armada, el resto conocía de estrategias de lucha lo mismo que ella o sus hermanos, lo que básicamente era nada. Y tampoco iban armados. Además de que los dreiks, rodeándolos, más los alados coronando los torreones, junto a las arqueras de bosque Cascada, eran una amenaza a tener en cuenta que ninguno podría ignorar.

No obstante, elevó una plegaria a la Madre para que ningún infeliz se sublevase, a sabiendas de que el compañero de Hlín no tendría contemplaciones en ordenar que le diesen muerte.

Pero…, al parecer, la primera diosa no estaba en disposición de escucharla.

Sus ojos se desorbitaron al ver que Igel y Katze se abrían paso entre la muchedumbre en pos de un soldado que, dejando atrás al resto de la guarnición del enclave, se encaminaba hacia el entarimado.

Intentó tragar la saliva que se le había acumulado en la boca, mas fue incapaz al reparar en los dos cuchillos que el joven Bastardo empuñaba y en las desplegadas garras del guantelete que adornaba el brazo de ella.

—¡Guerrero! —vociferó aquel incauto una vez llegó a donde se alzaba la tarima.

Con el aliento atorado en la garganta, Sigyn presenció cómo Adler le dedicaba una penetrante mirada antes de alzar una mano que frenó a Igel y a Katze, que, en lugar de matarlo como claramente pretendían, se posicionaron tras él, haciendo ojos ciegos al terror que sus mortales armas expuestas habían desatado entre los lugareños.

Adler le hizo un gesto al soldado, indicándole que hablase.

—¡Mi nombre es Gunnar y soy capitán de la guardia armada! —dijo este con voz potente—. ¡No es mi intención ser ensartado con una espada ni mucho menos llevar a mis hombres a la muerte, pero mi cargo y el haber dedicado mi vida a este enclave me obligan a exigiros una explicación sobre qué ha sido de nuestro señor y qué va a ser del general de nuestras tropas!

A Sigyn le temblaron las rodillas. Conocía a la pareja de su hermana lo suficiente como para saber que no toleraba las exigencias y menos si estas venían de un enemigo, por lo que sus ojos se abrieron gratamente sorprendidos al escuchar las acertadas palabras, envueltas en un tono calmo, con las que Adler le respondió:

—Entiendo tanto el recelo por nuestra intrusión como vuestra incertidumbre por no saber del sino de los hermanos que hasta ayer regían el enclave. También que preciséis de una explicación; explicación que os voy a dar, ya que no tengo intención de engañaros u ocultaros nada. —La joven intuyó que esa buena predisposición tan impropia del guerrero estaba destinada a convencer al pueblo, tal y como Todesfall le aseguró que trataría de

hacer antes de imponerse por la fuerza. No se equivocó—. Por ese motivo no solo os voy a aclarar lo que me reclamáis en cuanto a los Vorgrimler, sino que además os ofreceré una muestra de que todo cuanto os he dicho es cierto. Muestra con la que espero y deseo que os avengáis a razones, porque cuando Munno corone el cielo y mis hombres os hagan pasar al gran salón del castillo, Pueblo-Condado jurará lealtad a quien de verdad la merece. —El gesto de Adler se endureció y a Sigyn se le contrajo el estómago—. Bien saben los dioses que lo espero y lo deseo, pues una vez ponga en conocimiento de tu pueblo la vil naturaleza de los que considerabais vuestros señores, no habrá compasión para aquellos que aboguen en su nombre o se inclinen a su favor. No habrá redención para los Vorgrimler —sentenció en un siseo, dejando salir su verdadera naturaleza—. Y de eso también seréis testigos.

Aquellas palabras consiguieron helarle los huesos, aunque por la expresión en el rostro del soldado que a los pies del entarimado miraba a Adler con fijeza, sospechó que no era la única que había captado la afilada amenaza en ellas. Claro que el capitán de la guardia nada sabía en realidad de lo que el compañero de su hermana tenía en mente que presenciaran; eso para lo que Todesfall la había estado preparando durante el día con tibias palabras. Pero… ¿qué sabía ella de estrategias? Nada. Conque solo podía limitarse a confiar en el criterio del hombre al que amaba y rezar por que surtiera el efecto esperado.

Gracias a la Madre, el capitán Gunnar tuvo el buen tino de no provocar a Adler y habló de igual modo con sensatez:

—Afirmas que es voluntad de los primigenios el que hayáis tomado por las armas la fortaleza. —El líder Bastardo asintió, dándole pie a continuar—: Muchos de mis hombres murieron a manos de los vuestros la pasada noche, y es por ellos que os he reclamado una explicación. Como su capitán, es mi deber. Tanto por aquellos que cayeron como por los que aún siguen vivos. —Sigyn lo vio cuadrarse e inspirar en profundidad—. Y como su capitán también, tienes mi palabra de que no nos opondremos a jurar lealtad al Descendiente si esa explicación que nos des confirma que estaríamos haciendo lo correcto; de lo contrario, mis hombres y yo estaremos dispuestos a luchar y a morir por nuestro señor y su hermano.

»Siempre hemos servido al apellido Vorgrimler y hecho cuanto estaba en nuestra mano para que las leyes se cumpliesen, así que espero que comprendas, siendo guerrero como eres, que nos neguemos a cambiar nuestras lealtades si tus argumentos no nos convencen.

—Y es justo porque lo comprendo que tú y tus hombres aún conserváis la vida —espetó Adler con dureza, dándole a entender que si todavía seguían respirando era porque él así lo quería—. ¡Sigyn! —Cuando escuchó que la llamaba, su pulso, de por sí errático, terminó de dispararse. Mas sacó arrojo de su interior y se situó de nuevo junto a él en el borde del entarimado—. ¡La segunda de los hermanos Dohrn es la Descendiente con el poder de doblegar a los seres del infierno! —informó a los congregados con su voz de trueno—. ¡La designada para gobernar los territorios donde moran las bestias con el fin de que, en un futuro, no existan fronteras entre la tierra de Eddel y Nammentos! ¡Ella os demostrará que no miento en lo referente a la profecía y a la voluntad de nuestros dioses! —El gesto de Adler fue mortalmente serio cuando volvió a clavar su gélida mirada en Gunnar, pese a que sus palabras fuesen dirigidas a todos los presentes—. ¡Y cuando vuestros ojos atestigüen que no estáis siendo engañados, haré que vuestros oídos escuchen la vil naturaleza de los hermanos Vorgrimler! ¡Pero si con eso no es suficiente para convenceros, también tendréis una prueba visible de que no habrá piedad para aquellos que renieguen del elegido! —El capitán acusó aquella amenaza velada encajando con fuerza la mandíbula—. Muéstrales tu don —le pidió entonces a ella.

Sigyn inspiró profundo y centró la vista en el que había sido su pueblo hasta que el jinete Fronterizo la capturara en la Serpiente de Obsidiana y la llevara a su poblado, al que, desde entonces, sentía que verdaderamente pertenecía. Allí donde vivía el hombre al que amaba.

—¡Criaturas! —las llamó sin un ápice de titubeo, recibiendo en respuesta un ensordecedor coro de gruñidos que se mezcló con los agudos chillidos de los alados—. ¡Deseo que los habitantes del enclave en el que me crie comprueben que no solo sois seres despiadados y letales, como han visto hasta el momento, sino que, además, tenéis la capacidad de ser fieles defensores de todo aquel que sea aliado nuestro! —«Un claro mensaje incluso para el más

necio», pensó—. ¡Syldeurs, bajad a las arqueras hasta el patio y después volved a vuestros puestos en los torreones!

Tan pronto sintieron el peso de las guerreras a sus espaldas, los moradores de Pantano Gusano se lanzaron en picado desde las altas torres, posándose con suavidad en el empedrado y alzando de nuevo el vuelo en cuanto ellas saltaron de sus lomos.

Las arqueras se triangularon tras Gudrun, que paseó su mirada pintada de negro por los sorprendidos rostros de los lugareños, dibujando una taimada sonrisa.

Adler se le aproximó al oído, con sus ojos de invierno fijos en un punto concreto de la concurrencia, y le pidió que hiciese algo que no estaba previsto.

Cuando Sigyn hubo localizado la amenaza de la que se había percatado el compañero de su hermana, no vaciló en cortarla como solo ella podía.

—¡Dreiks! —reclamó con voz autoritaria la atención de los cuadrúpedos sin ojos—. ¡Rodead a ese grupo de sirvientes para que no sigan urdiendo una estupidez que los lleve a la muerte! —les pidió, señalando como a una docena de hombres que, por sus atuendos, trabajaban en el castillo; los mismos que, según Adler, no habían dejado de rumorear en el tiempo que llevaban allí reunidos.

Los jinetes Fronterizos descabalgaron de sus monturas y estas se abrieron camino entre los lugareños hasta tener rodeados a los hombres señalados. Adler la había hecho partícipe de la poca confianza que le inspiraba uno de ellos en concreto, el que al parecer había zarandeado a Egon en las cocinas esa misma mañana, mas quiso que fuese ella, en otra demostración de su poder, quien atajase sus habladurías con el arma más aterradora que poseían: las bestias.

No era que Sigyn se alegrase de la suerte que pudiesen correr aquel incauto y los que tramaban con él; no obstante, admiraba la mente estratega del compañero de su hermana, que con aquella acción no solo les había hecho saber que eran conscientes de que algo se traían entre manos, sino que además dejaba a su elección el conservar o perder la vida, pues no le cabían dudas de que una insurrección más por su parte y le pediría que ordenase a los dreiks que los despedazaran.

Solo de estos dependía. Poco más podía hacer ella.

—¡Byrions, que Nashorn y Löwin lo traigan! —reclamó ahora a las criaturas de las Lomas Blancas que, tras chasquear sus enormes dientes en respuesta, se encaminaran hacia el portalón que se abría a la derecha del castillo, el que daba a las bodegas—. Todesfall —se dirigió entonces a su pareja en un tono mucho más suave—, ¿podrías ir tú a por ellos?

Él asintió antes de descender los tres peldaños de madera del entarimado y dirigirse a las caballerizas.

Todo formaba parte del plan trazado por Adler y que Todesfall se había esmerado en explicarle al detalle. Un plan urdido con la intención de obtener el mayor número de apoyos y el menor de víctimas. El mismo plan del que, según el hombre que amaba, su hermana no tendría conocimiento para así evitar que diese problemas por saberla a ella expuesta ante el enclave. Pero que Hlín estuviese allí, dedicando una mirada envenenada a su pareja, solo podía significar que al final se había enterado de lo que él tramaba y, por ende, negado a quedarse recluida en el castillo.

Su hermana era terca como una mula además de avispada. Y su compañero un iluso si aún no se había percatado de ello.

Mientras esperaban tanto el regreso de Todesfall como el de los byrions, Adler exponía a los allí reunidos la información prometida acerca de los hermanos Vorgrimler.

Con su voz de trueno los puso al tanto de las injustas cláusulas que Dedrick redactó basándose en el beso que Hlín se dio con Egon en el mercado. También les narró cómo Volker pretendía destrozarla a ella solo porque su hermano y señor del enclave se la entregó para así castigar a la mujer a la que iba a unirse. Y, por supuesto, les contó el inmoral encarcelamiento de Tỳr y su vieja abuela, del que Adler tuvo a bien no hacer público lo más cruel y humillante que Dedrick había procurado a su joven hermano desde que fuera apresado a orillas del Rötlich. Pero no contento con eso, además les reveló la huida de este, junto con dos de sus soldados, mientras su ejército batallaba la noche anterior. Lo tildó de ruin cobarde delante de todos no solo por no prestarse a luchar, sino también por dejar desamparado al pueblo al que se debía, lo que causó un profundo impacto en la guardia armada.

Ella no lo había exteriorizado, si bien estaba segura de que esos dos soldados que acompañaban a Dedrick eran los mismos que

tantas y tantas noches le llevaron a su hermano para que lo torturase y abusara de él; su guardia personal. De igual modo, tenía la seguridad de que Adler también lo pensaba y era por eso que hacía hincapié en ello, buscando que el juramento de lealtad que hicieran a Tỳr fuese por convicción y no forzado.

Hlín tenía muchísima suerte de tenerlo como compañero. Y ellos de que los liderara.

El indisimulado lamento de su hermana la hizo regresar al presente.

Todesfall ascendía los peldaños que llevaban al entablado sujetando en su puño las tres cuerdas que se abrazaban a los cuellos de los üzgards; se aproximó a ella y se las ofreció, ganándose una tibia sonrisa.

Centró de nuevo su atención en la muchedumbre.

—¡Estos tres pequeños son las más inestables de las criaturas que están bajo mi control…! —les dijo, consciente de la amenaza implícita en su presentación. Un aterrado clamor se alzó entre la multitud al presenciar cómo alargaban y encogían sus correosas lenguas—. ¡Pero solo debéis temerles los que tengáis en mente oponeros a la voluntad de los Tres! —sentenció sin asomo de remordimientos.

Las voces que se alzaron de nuevo la avisaron de que los byrions traían al preso.

Miró de soslayo a Todesfall y retrocedió en el entarimado, llevándose consigo a los üzgards. Quería estar lo más lejos posible de lo que sabía que sucedería a continuación.

En cuanto Nashorn y Löwin hicieron subir a la tarima a Volker, Adler dejó de hablar con Egon —quien se había acercado para comentarle algo— y centró su mirada de invierno en el condenado.

—¡He afirmado públicamente que no habría piedad para nuestros enemigos y yo, Adler de los Bastardos del Hierro, siempre cumplo mi palabra! ¡Vuestro general ha sellado su sino con sus viles actos y mi hombre, el sölken de la Descendiente que somete la voluntad de las bestias, la misma a la que él quiso ultrajar, es el asignado por mí para ajusticiarlo!

No hubo más preámbulos, a excepción del quejido de Volker cuando Todesfall lo obligó a hincar las rodillas en los tablones de madera.

—Tus lascivos ojos jamás volverán a posarse ni sobre ella ni sobre ninguna otra. Esto es por mi difunto padre y por mi amada compañera.

No hubo más palabras que aquellas; Todesfall desenvainó su espada, elevó el brazo y lo decapitó con un tajo de la afilada hoja.

Sin ser consciente de que lo hacía, Sigyn cerró los ojos por su crudeza. Mas ningún grito salió de su garganta, como sí lo hicieron de las del resto de los presentes.

Debería estar ya acostumbrada habiendo convivido con ellos los últimos meses, pero aún le costaba digerir la sangre fría que recorría a los guerreros que vivían al otro lado del río.

Cuando sus párpados se despegaron, tanto los hombres y mujeres de los clanes como los Fronterizos guiaban a los habitantes del pueblo hacia el interior del castillo, instándolos a colocarse por parejas en un única fila.

Adler había bajado del entablado y decía algo a Igel y a Katze, que habían permanecido todo el tiempo apostados tras el capitán de la guardia.

Sigyn inspiró profundamente antes de ir hacia su hermana, agarrarla por un brazo y obligarla a seguir a Todesfall al salón principal. Hlín parecía petrificada, pero no era momento de analizar la sangre fría de los guerreros a los que acompañaban ni mucho menos la de sus respectivos compañeros.

Era momento de que el que fuera su enclave jurase lealtad a Tỳr, y tanto ella como Hlín tenían la obligación de estar presentes como Descendientes que eran.

Capítulo 22

Egon

Había sido incapaz de apartar los ojos de la joven Weiss desde que Sigyn ordenara a los dreiks que rodeasen al grupo de sirvientes chismosos.

El patán que lo había zarandeado esa mañana en las cocinas se hallaba entre ellos y, por lo que parecía, Adler se había percatado de que tramaban alguna estupidez. Sin embargo, en lugar de mandar a sus hombres a que los prendiesen, había tenido a bien que Sigyn atajase lo que fuera que estuviesen urdiendo, con lo que, por un lado, Adler evitaba una más que probable confrontación que pudiese derivar en sangre y, por el otro, daba a los habitantes del enclave una prueba más del poder que ella poseía, demostrando a su vez que no les había mentido en cuanto al vaticinio.

Fue mientras observaba a las bestias de los Fronterizos abrirse camino entre el gentío que abarrotaba el patio de armas para llegar hasta el grupo de charlatanes, que vio a Silke en compañía de sus hermanos; desde ese instante, no había sido capaz de apartar los ojos de ella, sintiendo cómo los remordimientos por el trato que le dio le constreñían las tripas.

Micha y Hans… Los gemelos… ¿Qué pensarían al verlo subido al entarimado en compañía de los guerreros que habían tomado por las armas Pueblo-Condado? ¿Y ella, lo habría visto? Y, de ser así, ¿qué opinión tendría sobre él después de aquella última noche en la que, tras dejar atrás el castillo y recuperar su caballo, lo mandó regresar a la granja de sus padres sin un ápice de tibieza en la voz?

Egon exhaló un largo suspiro.

Si los gemelos habían reparado en él y llegado a la conclusión de a qué bando pertenecía, jamás volverían a llamarlo en confianza «hombre del bosque», y a ojos de Silke ya no solo sería un miserable desagradecido, sino también un traidor.

La contempló de nuevo, tan pequeña y asustada en medio de la multitud.

Sí, los remordimientos habían retornado con fuerza, ya que además de las injustas palabras que le escupió por entonces se sumaba que se hubiese aprovechado como una ruin alimaña de esa fascinación que ella siempre había tenido por él y que nunca trató de ocultar.

Egon se había hecho la promesa de que, si alguna vez regresaba, buscaría su perdón así tuviera que hincarse de rodillas y suplicarlo. Y había regresado. Por suerte, había logrado sobrevivir a su paso por Nammentos y ahora se consideraba un hombre más experimentado, osado y capaz que cuando se marchó del enclave. Y era momento de demostrarlo. De demostrarse a sí mismo que aquel muchacho tímido y despreocupado que fue, había evolucionado. Al menos en cuanto a valor y determinación se refería, puesto que, según Ratte y Hlín, la mayor parte del tiempo era un bufón del tamaño de Igel. Aunque razón no podía quitarles, pues a la vista estaba lo bien que habían conectado ambos desde un principio.

Igel…

Ese guerrero le había enseñado tanto… Por no hablar del profundo cariño que le profesaba y que tantas veces le había demostrado. Sin ir más lejos, ese mismo día lo había vuelto a hacer al acceder a la habitación de Adler para pedirle algo que únicamente a él afectaba. Y eso solo lo haría un muy buen amigo y más teniendo en cuenta el rancio carácter que definía a su líder.

Al ver que Todesfall subía a la tarima empuñando las tres cuerdas que se ceñían a los cuellos de los üzgards y se las entregaba a Sigyn, los testículos se le contrajeron.

A Egon no le gustaban ni siquiera un poco aquellas criaturas corvas que moraban en bosque Calavera; no por nada intentaba mantenerse alejado de ellas en todo momento. Pero la pesada carga de los remordimientos lo reconcomía por dentro, de modo que se tragó el miedo y, aferrándose al valor, que ahora le era tan familiar, recorrió el escaso espacio que lo separaba de Adler y se posicionó junto a él, que a su vez se hallaba junto a Sigyn y esos tres repugnantes seres de letales lenguas.

—¡Estos tres pequeños son las más inestables de las criaturas que están bajo mi control…! —anunció ella, presentándolos al enclave de aquella extraña forma.

Egon aprovechó el aterrado clamor de la muchedumbre para

aproximarse al hombro de Adler.

—Necesito pedirte algo de suma importancia para mí —le comentó cerca de la oreja.

El guerrero, aunque pendiente de lo que la Descendiente decía, inclinó levemente el cuello, invitándolo a continuar:

—¿Ves a la joven de ondulada cabellera castaña y túnica ocre que se halla entre dos hombres de idéntico rostro? —Adler barrió con la mirada el patio de armas hasta localizarla y asentir—. Es quien me ayudó a entrar en el castillo, la misma a la que ese zopenco ha llamado zorra embustera en las cocinas —lo informó mientras Sigyn proseguía hablándole a los lugareños—. Y necesito tanto como respirar disculparme con ella. Mi educación y mis principios me obligan a que lo haga.

Cuando Adler dejó de mirar al frente para clavar sus ojos en él, se tragó los testículos, que al habérsele contraído por la presencia de los üzgards le habían subido hasta la garganta con pasmosa facilidad.

—La educación y los principios que te inculcaron los padres a los que deseas ver, ¿cierto?

Volvió a tragar duro por la nada sutil referencia a la petición que Igel le había hecho en su nombre.

—Así es —confesó en un murmullo.

Las voces de la multitud, ahora más sonoras, hicieron que dejase de mirar a Adler para ver qué sucedía.

Nashorn y Löwin, flanqueados por los byrions, conducían a Volker hacia el entarimado.

Al volver a centrarse en el guerrero, que continuaba con sus fríos ojos puestos en él, presenció cómo estos tornaban a ese despejado cielo del que su amiga en ocasiones le había hablado.

—Desde que te rescatamos en la Fosa has demostrado incontables veces tu valía y tu lealtad, y concederte lo poco que pides a cambio, y que tanto pareces precisar, es lo menos que puedo hacer. —Se conmovió hasta el punto de tener que morderse el interior de los carrillos para que no le temblase la barbilla. Egon jamás hubiese imaginado que el apuesto y arrogante salvaje de Hlín llegase a emocionarlo de aquella manera—. Tan pronto como Todesfall dé muerte a ese malnacido y los habitantes de Pueblo-Condado comiencen a dirigirse al castillo para pronunciar el

juramento, ve a las bodegas y espérala allí. Yo mismo daré orden de que te la lleven.

—Pe… Pero Silke también debe jurar lealtad a Tỳr.

—Ningún juramento hiciste tú y ahora te confiaría mi vida. —Aunque hoscas, sintió el impacto de aquellas palabras en el centro del pecho, pues sabía que eran ciertas, ya que él nunca habría exteriorizado algo similar de no pensarlo—. Si esa joven entiende los motivos de por qué dudaste de ella y perdona tu comportamiento, poca falta hará que entre a ese salón; con que te sea leal a ti nos será suficiente. —Y sin esperar agradecimiento alguno por su parte, Adler irguió los hombros y miró al frente, donde ya se hallaba el general de la guarnición del enclave.

Egon retrocedió hasta posicionarse de nuevo junto a Hlín, que le dedicó una mirada interrogante que ignoró deliberadamente. No había olvidado el desasosiego de su amiga y más pronto que tarde buscaría conversar con ella, pero en ese momento solo tenía en mente disculparse con la joven Weiss.

Escuchó lo que Adler dijo al pueblo y presenció, sin que nada en su interior se inmutase, cómo Todesfall cercenaba el cuello de Volker con una pasada de su espada, consciente de que una parte de él había cambiado de forma drástica desde su paso por Nammentos. Ya no era aquel hombre crédulo que partió del enclave en busca de Hlín y Sigyn; para su suerte, o tal vez su desgracia, a lo largo de aquellos meses había aprendido que el respeto se ganaba con actos, y ninguno de los hermanos Vorgrimler merecía el suyo.

En cuanto vio a Adler hablar con Igel y Katze mientras los guerreros apremiaban a los habitantes de Pueblo-Condado a alinearse por parejas frente a las puertas del castillo, se encaminó a las bodegas con determinación.

Bien sabía, puesto que no se tenía por ningún necio, que era muy probable que Silke ni se mostrase en disposición de escucharlo ni mucho menos fuera a perdonarle el agravio de aquella última vez que se vieron, pero no sería porque él no lo intentase con todo su empeño.

Apenas llevaba nada de tiempo esperando en aquel lugar en semipenumbra, cargado con tan fuerte aroma a destilado que embriagaba los sentidos, cuando vio entrar a Igel y a Katze sujetando por ambos brazos a una aterrada Silke.

Torció la boca en una mueca pesarosa y abandonó el amparo de las sombras proyectadas por los barriles de licor apilados. Cierto era que Adler había cumplido, aunque las formas de ordenar que la llevasen hasta él no habían sido las más gentiles.

Cuando Egon fue del todo visible para los recién llegados, los ojos de otoño de la joven Weiss colisionaron con los suyos.

—Aquí tienes a la dama que has solicitado, buen amigo —soltó Igel con socarronería.

Nada nuevo. Como tampoco lo fue que Katze le dedicase una significativa mirada que se traducía en: *Si dejas que escape, yo misma le daré caza y acabaré con su vida*, lo que consiguió que aún se le contrajesen más los genitales; tanto, que estaba seguro de que si trataba de palpárselos no se los encontraría.

Bien podría el apuesto salvaje de Hlín haber enviado a Ratte en lugar de a esa hostil mujer que a la mínima desplegaba sus garras de metal. Claro que al ser los que se encontraban más próximos al entarimado, al apostarse tras el capitán de la guardia, entendía que Adler hubiese recurrido a ellos.

Fuera como fuese, no iba a darle más vueltas. Él estaba allí con un propósito en mente e iba a cumplirlo a como diese lugar, así que hizo un sutil gesto a los dos Bastardos para que se marcharan y, tan pronto estos atravesaron las puertas de las bodegas y sus siluetas se perdieron en el exterior, su mirada se centró en Silke.

El pecho de la muchacha se elevaba y caía con notable agitación, lo que constataba que había sido llevaba a la fuerza y también su agudo terror. Con total seguridad, los gemelos habrían tratado de impedirlo. Solo esperaba que no hubiesen sufrido daño alguno, de lo contrario, tendría un motivo más para implorar su perdón.

Ante lo que fuera que hubiese ocurrido, nada podía hacer ya. Lo que sí debía hacer de inmediato era evitar que la joven Weiss echase a correr y que esa sanguinaria Gata cumpliese la promesa escrita en su plateada mirada.

Dio un paso al frente, acortando la distancia que los separaba, y la escuchó aspirar un horrorizado sollozo.

—Lo siento, Silke —se apresuró a decir—. Siento en el alma mis injustas palabras y lo mal que pensé de ti aquella noche, como también ser el culpable de que ahora estés tan asustada. De igual

modo siento que haya tenido que pasar tanto tiempo para volver a verte y pedirte perdón. Porque es lo único que pretendo, que perdones aquel estúpido error que cometí. Y si he de arrodillarme y suplicarte para que me lo concedas, bien saben los dioses que lo haré.

—¿No… No vas a matarme?

Los ojos de Egon se abrieron despavoridos al escuchar su titubeante pregunta.

—¡¿Qué?! ¡No! —gritó con la voz estrangulada—. Nadie va a tocarte un solo cabello. Ni yo ni los guerreros que te han traído, pues solo lo han hecho para que pueda arrancarme esta espina que por tanto tiempo llevo clavada —le aclaró de corrido en un intento de tranquilizarla.

El ceño de la joven se frunció levemente.

—¿Ni tú ni ninguno de los salvajes que te acompañan va a darme muerte por el trato que te dispensé aquella noche?

Una insana tristeza lo embargó al sentirla tan perdida y vulnerable.

¿El trato que ella le dispensó? ¡Pero si se habría merecido que le patease el trasero por majadero y desagradecido!

En un par de zancadas terminó con la distancia que los separaba y aferró sus temblorosas manos entre las suyas.

—Nadie va a hacerte daño —le aseguró en un tono suave—. No mientras yo pueda impedirlo.

Para su alivio, Silke no trató de romper el contacto; es más, advirtió cómo poco a poco su respiración se apaciguaba.

—Estás cambiado —exteriorizó la joven en un susurro—. Tu pelo ha crecido y, donde antes solo había piel, ahora hay una oscura sombra de barba. También te ves más fornido aun cuando has adelgazado… De no ser por la familiar calidez de tu mirada, no te habría reconocido encima del entarimado.

Sin ser apenas consciente, Egon liberó una de las delicadas manos de la muchacha y se rascó el velludo mentón.

—Sí, muchas cosas han cambiado desde la última vez, entre ellas, mi aspecto, que ahora es bastante más desaliñado —admitió, ladeando una tímida sonrisa que al instante borró, poniéndose de nuevo serio—. Silke, sé que no es excusa, pero el comportamiento que tuve contigo aquella noche me ha robado muchas horas de

sueño y por eso estás aquí, porque necesito que me perdones por haber sido un patán. —Ante su silencio, se vio en la obligación de añadir, por doloroso que le resultase, lo que era una incuestionable verdad—: Aunque, si no puedes concedérmelo o no deseas hacerlo, lo entenderé y lo aceptaré. Y puedes estar tranquila, no habrá ninguna represalia por mi parte.

Ella tomó una inspiración entrecortada antes de anclar su mirada a la de él. Su bonita mirada de otoño. ¿Silke siempre había sido tan bella?

—Perdoné tu desconfianza hace mucho. No soy persona de guardar rencores, si bien no hemos tenido ocasión de vernos para poder aclarar aquel malentendido. —Un suspiro abandonó sus labios—. Pese a lo mucho que me dolió tu acusación y lo muy enfadada que estuve por tu desconfianza, terminé comprendiendo que era lógico que pensaras que yo le fui con el chisme a Dedrick, puesto que presencié cómo besabas en el mercado a la que iba a ser nuestra señora.

—Bueno… —titubeó Egon, llevando la mano del mentón a su nuca—, regresé de Nammentos la pasada noche, conque tampoco es que hubiera ninguna oportunidad de vernos y poder hablar.

—Y, tal y como prometiste a la anciana, encontraste a la mujer que recibió tu beso.

—Lo hice. —Asintió con orgullo—. A ella y a su hermana. Y de un modo inesperado e ilógico, también encontré mi destino.

Reparó en que una sombra de tristeza se derramaba por el bello rostro de la joven Weiss.

—Me alegro de que el destino te llevase hasta la mujer que amas y que la hallaras con vida. A ella y a su hermana.

Sus ojos se abrieron desmesurados al escucharla.

Gracias a los dioses que Adler no estaba presente o en ese momento se encontraría seriamente comprometido.

—No, no, nada de eso —desmintió con la voz algo aflautada, por lo que tuvo que carraspear antes de proseguir—: Hlín y yo nunca tuvimos nada a excepción de una buenísima amistad. Admito que hubo un tiempo en el que sí deseé algo más, quizá porque ella era la única mujer con la que tenía un contacto cercano, no estoy seguro. El caso es que nunca estuvo destinada para mí.

»A lo que me refiero con que encontré mi destino es a la

profecía. Porque todo, absolutamente todo lo que el hombre que nos lidera ha dicho al pueblo, es cierto. Todas y cada una de sus palabras lo son. Y todos y cada uno de nosotros jugamos un papel en el vaticinio que los primigenios escribieron.

»Mi sino era ir hasta Nammentos y encontrar a las Descendientes, unirme al clan de los Bastardos del Hierro y apoyar esta cruzada. —Suspiró—. Es cierto que he cambiado, Silke. Pero no solo mi físico lo ha hecho. Me he visto forzado a luchar por mi vida y a defender la de mis compañeros, he tenido que hacer uso de mi arco y no precisamente para cazar algo que llevarme a la barriga. He… He hallado sentido a la palabra libertad en esas hostiles tierras, bajo las órdenes de un guerrero arrogante y letal y en compañía de hombres y mujeres que en un principio me causaban un profundo miedo, no voy a negarlo. —Sonrió.

»Hombres y mujeres a los que ahora respeto, pues no miento ni exagero al asegurar que nuestra vida en el enclave es de todo menos libre. Y no lo será hasta que el último de los apellidos nobles caiga y el Descendiente destinado a gobernar Eddel se haga con el mando.

Sabía que sus palabras habrían impactado a Silke, mas no pensaba ocultarle la verdad.

—Te creo —dijo ella con firmeza, sorprendiéndolo—. Sé de nuestras leyes y la mayoría son injustas. También es cierto que vivimos con miedo por si, de manera inconsciente, infringimos alguna de ellas y se nos castiga. Además…, he visto con mis propios ojos parte de esos dones que los dioses concedieron a la hermana de Hlín, por lo que mi lealtad desde este momento es para con el joven Dohrn.

—Tus bonitos ojos de otoño —alegó él. Silke frunció el ceño y se esforzó en explicarse—: Dices que has visto con tus propios ojos esos dones, yo solo he matizado lo bonitos que son y el color que poseen. —Sin darse cuenta de que lo hacía, redujo aún más la distancia con ella, como si un lazo invisible tirase de él—. Tan, tan bonitos que, cuando los miro, me pierdo en ellos.

¿Esa ronca y áspera voz había salido de él? ¿Y el sonido que se asemejaba a un jadeo lo había hecho de Silke?

—¿Vas a besarme?

Egon había olvidado lo inocente y a un tiempo espontánea que era la joven Weiss. Claro que él ya no era aquel tímido botarate que

apartaba la mirada y se rascaba la nuca, preso de la incomodidad, cuando ella lo observaba de manera tan intensa.

«Bueno…, puede que aún sí conserve algo de aquel insulso hombre», pensó al percatarse de dónde se hallaba su mano.

No, de ningún modo. En ese tiempo había aprendido mucho y todo valioso, como a no desentenderse de las demandas de su cuerpo ni a sentirlas como algo pecaminoso.

—Voy a hacerlo, si tú me lo permites.

Ella no dijo nada. Tampoco fue necesario viendo cómo se humedecía los labios con la punta de la lengua.

Un ardoroso hormigueo se instaló en las palmas de sus manos al tiempo que un calor similar se adueñaba de él. Sintió de nuevo el peso de sus genitales en la entrepierna y las pulsiones de su miembro contra la tela de sus calzones.

Después de haber experimentado el pasional sexo que practicaban en Nammentos su mente no admitía nada más comedido o menos intenso, por lo que se armó de valor, decidido a entregarle a esa joven que siempre lo había mirado con absoluta devoción una experiencia tan placentera que le resultase inolvidable. Claro que no era tan hipócrita como para creerse que solo lo hacía por ella cuando la necesidad de apretar sus carnes y besar sus labios se asemejaba a la de respirar. Porque cierto era que podía haber tardado demasiado en reconocérselo, pero Silke le gustaba más de lo que nunca se quiso admitir.

Tomó una honda inspiración que arrastró a sus pulmones el errático y dulce aliento que la joven Weiss dejaba escapar de entre sus labios, y, ni corto ni perezoso, le rodeó la nuca con una mano, estrellándose contra su boca, y la otra la llevó a su pecho, amasándolo con algo de rudeza por encima de la tela de su túnica.

El gemido que la muchacha volcó en su garganta acicateó su osadía y, empujándola con cuidado, sin dejar de besarla, la guio hasta el fondo de la bodega, donde varias pilas de barriles los ocultarían de ojos ajenos.

Se retiró de su boca un instante, solo para asegurarse de que ella quería que ocurriese tanto como lo quería él.

—Te deseo como no recuerdo haber deseado a nadie —le confesó con la voz enronquecida—, pero necesito saber que tú también me deseas a mí.

Ella tragó con notable esfuerzo.

—Llevo deseándote desde hace mucho y no entiendo cómo ni siquiera en este momento eres capaz de apreciarlo.

—Lo aprecio, Silke —susurró sobre sus mullidos labios—. Solo quiero estar seguro para no tener que reprimirme. Para poder mostrarte, sin restricciones, todo cuanto siento y poder tomarte de la forma en la que me exige el cuerpo.

—No es mi primera vez, Egon, si es eso lo que te preocupa.

Él sonrió sobre su boca y se permitió tomar prestada parte de esa arrogancia que tan bien definía a Adler.

—Puede que hayas estado con otros hombres, pero te garantizo que esta sí será tu primera vez, porque pienso hacer que te olvides incluso de tu nombre.

Sin dilatar más el momento, arrugó la tela de su túnica entre los puños y se la sacó por la cabeza, dejándola majestuosamente desnuda ante su hambrienta mirada.

Él mejor que nadie sabía del recato por el que se regían en su enclave e iba a demostrarle lo muy veraces que eran sus palabras en cuanto a que sería su primera vez; al menos, la primera en la que ninguna estúpida norma que la cohibiera le negase disfrutar.

Sin darle tiempo a que procesara nada, tomó con la mano uno de sus pechos y con la boca el pezón del contrario mientras internaba dos dedos de la mano libre entre sus húmedos pliegues.

La vio morderse el labio inferior para reprimir lo que su asalto le había provocado. Claro que eso no duraría mucho y Silke terminaría jadeando sin ponerse ninguna traba. Lo sabía con certeza y no porque fuese ningún pretencioso, sino porque había tenido la suerte de disfrutar de los placeres de la carne a ambos lados del Rötlich y lo avalaba la experiencia, aunque esta no fuese demasiado dilatada.

Tras tomarse tiempo en humedecerla, la elevó por las nalgas, la sentó sobre uno de los toneles y, posando las palmas de las manos en sus rodillas, le separó las piernas.

Ella lo miró aturdida y él no pudo sino ladear una sonrisa de suficiencia conforme se inclinaba hacia delante.

«A buen seguro, ningún patán del enclave te ha hecho esto antes», pensó, hundiendo la cabeza entre sus muslos y dando un lento lengüetazo a su feminidad.

La fuerza que Silke empleó en agarrarle los cabellos lo urgió a continuar. Lamió, succionó y raspó con los dientes el tenso y sensible montículo de carne entre sus pliegues mientras introducía y sacaba con premeditada lentitud dos curvados dedos en su vagina.

Para la satisfacción de Egon, la joven Weiss fue incapaz de contener por más tiempo los jadeos, que exteriorizó sin pudor alguno, mezclándose con el aroma a licores y el embriagador del sexo.

Cuando presintió, por cómo se contraían sus músculos internos en torno a sus dedos, que Silke no aguantaría mucho más, detuvo su depredadora lengua y los sacó; irguió la espalda y, liberando su verga, que palpitaba más que su corazón, se ensartó en ella de una sola estocada, agarrándole con fuerza el trasero.

La indescriptible sensación le hizo soltar un ronco gemido.

Silke, dejándose por fin guiar por lo que estaba sintiendo, le rodeó el cuello con los brazos y atrapó sus labios, degustando su propio sabor en los de él.

A Egon le bastó con ese gesto para comenzar a embestirla con más firmeza y celeridad, adaptando el movimiento de sus lenguas al ritmo que imponían sus caderas.

El cuerpo de ella respondía al ímpetu del suyo como si hubiese sido creada para complementarlo, lo que terminó de enloquecerlo por entero. Volcó el placer que estaba experimentando en la boca de Silke en forma de ásperos y entrecortados gruñidos al tiempo que se bebía cada uno de los jadeos que él le arrancaba.

Egon tomó en las bodegas del castillo Vorgrimler a la joven Weiss como un salvaje nacido en Nammentos. Sintiéndose más vivo que nunca. Sintiéndose poderoso.

En cuanto ambos culminaron, Silke dejó caer la cabeza contra su pecho y él la rodeó con los brazos.

—Sí que te ha cambiado ese viaje —alegó ella con la respiración aún agitada, lo que hizo que él dibujase una sonrisa altanera—. Aunque espero que, si hay una próxima vez, ambos estemos desnudos para que yo también pueda acariciarte.

Incomprensiblemente, puesto que acababa de desahogarse, su miembro dio una sacudida.

Tragó grueso, apretándola aún más contra su pecho.

—Habrá tantas próximas veces como desees. Y no solo me

desnudaré para ti, también te enseñaré, si me lo permites, las muy diversas maneras que existen de acariciar para que puedas extraerme hasta la última gota de placer —dijo parafraseando a Igel —. Y yo te daré más muestras de la maravillosa intimidad que en el enclave nos está prohibida. —Se retiró un poco de ella y, cogiéndole una mano, se la llevó a los labios con galantería para dejar un dulce beso en su dorso—. Te doy mi palabra de que no te arrepentirás.

Silke esbozó una genuina y amplia sonrisa que se derramó por las comisuras de sus bonitos ojos de otoño. Sonrisa que hizo diana en el corazón de Egon, que comenzó a galopar furioso.

La besó.

La besó de nuevo para no tener que hacer frente en ese momento a lo que estaba sintiendo.

Capítulo 23

Adler

Al abrir los párpados, mis ojos fueron víctimas de los inclementes rayos de Tzonne, que se colaban con la saña de mil cuchillos a través de la ventana.

Maldición.

Por la claridad que bañaba la alcoba, el día estaba muy avanzado; no obstante, el agotamiento seguía pesándome como una roca.

La noche había sido larga. Las dos últimas lo habían sido. Y la que estaba por llegar no lo sería menos.

Resoplé por la nariz y varios de los oscuros cabellos matizados en cobre de Hlín, desparramados cerca de mi rostro, se mecieron.

Cuando, cerca del amanecer, accedí a la habitación, ella ya dormía; en silencio, me había despojado de mis ropas y tumbado a su espalda. Lo último que recordaba, antes de que el sueño me venciese, fue que me abracé a su suave cuerpo desnudo y la aspiré. Desde entonces, tan solo habían pasado unas míseras horas y continuaba notándome las fuerzas mermadas. Los frentes con los que tenía que lidiar no eran pocos y la falta de descanso, sumada a la mala alimentación, no ayudaba a que me recuperase. Claro que mis hombres y mujeres no andaban en mejores condiciones, conque debía obligar a mis exhaustos músculos a salir de las cálidas cobijas y ponerme de nuevo al mando. Quedaba demasiado por organizar, y por más que me atrajese la idea de quedarme encamado, mis funciones como líder me lo impedían.

—¿Hubo algún contratiempo más después de que nos ordenaras abandonar el salón? —Su voz enronquecida iba envuelta en un halo de reproche.

La pegué más a mi cuerpo para sentir la tibieza del suyo y besé la cima de su cabeza.

—Solamente uno más que Natter y Hyäne resolvieron de manera eficaz, no tienes de qué preocuparte. El resto del enclave juró

lealtad a tu hermano y lo hicieron convencidos y sin ser forzados.

La pasada noche, tras acceder al gran salón una vez Volker fue ejecutado, Tỳr tomó asiento en el regio sillón que presidía la enorme estancia con Nils y Spatz apostados a ambos lados de él, postulados como progenitor del Descendiente y guardiana custodia del mismo. Hlín y su hermana, pese a situarse detrás de este, estaban a la vista de todos en una silenciosa pero contundente muestra de unión, aunque en un segundo plano al no estar destinadas a gobernar la tierra de Eddel.

Ordené a mis dos hombres de más confianza que se parapetasen junto a ellas y velasen por su seguridad, en vista de que Todesfall y yo íbamos a tomar posición unos pasos por delante de Tỳr, a derecha e izquierda, de cara a la larga fila de lugareños, para brindarle así nuestra protección de ser necesaria.

Y lo fue. Bien sabían los dioses que lo fue, mas no de quienes cabría de esperarse.

Los primeros en hincar la rodilla en la alfombra a los pies del sillón fueron los miembros de la guardia armada del enclave, con el valeroso capitán Gunnar a la cabeza. Ninguno mostró un ápice de reticencia o rechazo en ese importante acto realizado bajo el influjo de Munno. No, los soldados de la guarnición Vorgrimler, en adelante miembros de las fuerzas de Tỳr, demostraron la determinación, el respeto y la honorabilidad que define a los verdaderos guerreros, lo que rebajó el desasosiego que llevaba horas padeciendo al poder contar con más efectivos duchos en las armas con los que vencer a los otros tres señores de Eddel. Porque no solo habían renunciado a seguir sirviendo a Dedrick al conocer su ruin naturaleza y creído cada una de mis palabras sobre la profecía, sino que su convicción de marchar a la guerra bajo mi mando me liberaba de la carga de tener que obligar a los lugareños a entrar en batalla. Con un ejército entrenado, nuestra incursión en el siguiente enclave podría ser casi inmediata y nos ahorraría la inversión de un tiempo del que no disponíamos en instruir a mujeres y hombres inexpertos, pudiendo estos continuar con sus apacibles vidas mientras los experimentados en las armas hacíamos frente a la conquista de la preciada tierra que dio asilo al Dios Ciego.

El primer contratiempo vino por parte del arrogante sirviente

que se había enfrentado a Egon en las cocinas y de los necios que lo acompañaban, que al verse libres de la amenaza de los dreiks, se atrevieron a acusarme de haber mentido y se negaron a realizar el juramento argumentando que se debían a Dedrick, su verdadero señor.

Malditos fueran.

Bien era cierto que ni Tỳr ni Hlín tenían aún dominio sobre sus dones como para haber podido ofrecer al pueblo una prueba de ello y que mi único recurso para demostrar la veracidad de la profecía había sido Sigyn. Pero eso no significaba que fuese a permitirles que se sublevaran por insignificante que fuera la amenaza que supusiesen, así que los mandé encerrar en las mazmorras para evitar un innecesario baño de sangre que, gustoso, habría iniciado yo mismo.

El segundo revés llegó con los hermanos gemelos de la joven a la que mandé llevar a las bodegas. Ellos no me acusaron de embustero ni hicieron comentario alguno referente al vaticinio o la voluntad de los primigenios. Tampoco se opusieron a brindar sus lealtades a Tỳr ni salieron en defensa de los Vorgrimler. No, lo que ellos hicieron fue exigirme que les dijese el paradero de su hermana de inmediato.

A mí con exigencias.

No los golpeé allí mismo por la súplica que vi en los oscuros ojos de mi compañera, que, sumada a la lividez de su rostro desde que subiese al entarimado en el patio de armas, logró frenar mis instintos. También porque, muy a mi pesar, comprendía la intranquilidad de aquellos dos hombres de idéntico rostro, por lo que, tan pronto pronunciaron el juramento, pedí a Katze e Igel que los condujesen a otra estancia y les explicasen dónde y con quién se encontraba la joven.

Pero aún quedaba buena parte de Pueblo-Condado por jurar lealtad a Tỳr, la madrugada había caído sobre nosotros y mi aguante se hallaba al límite, así que decidí mandar a Spatz, Sigyn y Hlín a descansar, recibiendo a cambio una mirada asesina de mi terca compañera. Claro que la que yo le devolví anuló cualquier amago de réplica y, con un latigazo de su larga cabellera, abandonó el salón a grandes zancadas.

No me importó. No tenía cuerpo para lidiar con su absurdo

cabreo y desmedida testarudez en ese momento.

Y a los dioses gracias de que las mandara irse a descansar, pues apenas había avanzado la fila tras su marcha, cuando un hombre con un profundo gesto de asco plasmado en el rostro, secundado por otros tres, nos desafiaron a Todesfall y a mí e increparon al joven Tỳr, que se veía realmente agotado y, muy a mi pesar, debía permanecer allí.

No era mi intención arrebatarles la vida. Ni siquiera cuando esa escoria alardeó de ser quien informó a Dedrick de la infidelidad que cometió la mujer con la que se iba a unir besando a un vulgar granjero. No. Contuve mi sed de sangre incluso al escucharlo insultar a Hlín. Pero el muy incauto se creció y, desenfundando un cuchillo del cinto que llevaba a la cintura, se lanzó hacia el Descendiente con intención de hundir la afilada hoja en sus carnes.

Mi visión se tornó roja.

Lo embestí con fuerza, arrojándolo de costado al suelo, y no me paré a pensar en cómo afectaría al resto de los allí presentes el dar aquella orden:

—Matadlos —fue la única palabra que pronuncié.

Natter y Hyäne, que ya no velaban por la seguridad de nadie y se hallaban cerca de mí, no tardaron en hacer efectivo mi mandato; desenvainaron sus espadas en perfecta sincronía y segaron las vidas de los cuatros hombres en un abrir y cerrar de ojos.

Los gritos de los habitantes del pueblo que aguardaban para pronunciar el juramento hicieron eco contra las paredes de piedra. No me importó. Mandé retirar los cadáveres e insté a los siguientes a que se aproximaran al regio sillón.

No hubo más contratiempos y aquella tortura de noche finalizó justo antes de la salida de Tzonne.

Tres motines no habían sido tantos dadas las circunstancias, aunque los tres habían tenido que ver con el maldito Egon, que ni se dignó a aparecer en el salón en toda la madrugada. ¿Dónde demonios se habría metido si me había asegurado que solo pretendía disculparse con la joven?

Con el pensamiento de sacarle una explicación, aunque fuese a golpes, me retiré a la alcoba que había pertenecido a ese gusano que se hacía llamar señor, donde sabía que se encontraba Hlín. Lo hice sin llevarme nada al estómago, ya que el agotamiento físico

superaba con creces el quejido de mis tripas. La prueba la tenía en que mis párpados cedieron nada más me tumbé a su espalda y al abrigo de las cobijas.

Pero ahora Tzonne estaba en su cénit y ambos despiertos; y, tal y como me temía, ante la escueta y poco detallada respuesta que le había dado, ella se giró sobre el colchón y me atravesó con su negra mirada.

Contuve el aliento al observar su somnoliento y bello rostro bañado por la claridad que inundaba la estancia.

Qué hermosa era a mis ojos…

—La respuesta que me has dado es un asco. Y deja de mirarme como si fuese un muslo de cordero.

Y qué malditamente exasperante también.

—Tan solo admiro tu belleza. —Me escuché confesarle.

Sus cejas se plegaron hasta convertirse en una.

—¿Delante de quién estoy en este momento?

Entonces fue mi ceño el que se frunció al no comprenderla.

—¿Cómo que delante de quién estás? ¿Acaso no reconoces a tu compañero? —le espeté.

—¡Oh, sí! Para mi desgracia tu físico me es demasiado familiar, si bien me gustaría saber si estoy ante el hombre que me prometió cercanía y complicidad en la intimidad, ante el incansable guerrero o ante el *gran* líder que nos comanda y al que no se le puede rechistar. Porque déjame decirte una cosa, salvaje del demonio, no me tranquiliza nada que esos dos *siameses* resolvieran ese otro contratiempo del que nada sé.

»Dime qué sucedió —me exigió la muy combativa—. Estoy en mi derecho de saberlo después de que me largaras sin contemplaciones del salón como si mi presencia te causara picores.

Tomé una profunda inspiración para sujetar la tentación de echarle las manos al cuello y estrangularla por belicosa y deslenguada.

—Ordené que dieran muerte al tendero que puso en conocimiento de Dedrick el beso que te diste con Egon. También a los tres hombres que estaban con él. —Sus ojos se abrieron con espanto y me apresuré a aclararle lo sucedido—: No lo hice en venganza, Hlín. Tampoco porque nos plantasen cara a Todesfall y a mí o insultaran a tu hermano. Si di esa orden fue porque el muy

insensato sacó un cuchillo y se lanzó hacia Tỳr con la intención de matarlo. —Su rostro se descompuso.

»Pude impedirlo a tiempo, aunque a buen seguro no habría logrado su objetivo, ya que tu padre le habría arrancado la cabeza con su único brazo de haberse acercado siquiera a él. —Su mirada se tornó vibrante, lo que no me frenó para continuar—: Debes entender que tal amenaza no pueda consentirla y que era mi obligación hacérselo entender al resto para que no se repita. Y sé que es mucha la tensión que has tenido que soportar y que aborreces que dé muerte a aquellos que consideras inocentes. Pero ese hombre no lo era, Hlín. No podía permitirme dejarlo con vida; ni a él ni a los que respaldaban su conducta, arriesgándome a que hiciese real su amenaza en otro momento, en uno en el que tu hermano no estuviese debidamente protegido… O que intentara herirte a ti por aquel beso.

»Intenta entenderme por una maldita vez, te lo ruego. Llevo demasiada carga a la espalda y no quiero añadir una discusión que me haga estar pensando en ti más de la cuenta. Porque en estos momentos no me lo puedo permitir… Y porque estoy cansado al igual que tú. Agotado, siendo sincero. Tanto, que me abandonaría al sueño por todo un lustro. Mas no puedo hacerlo porque mis obligaciones me lo impiden.

»Solo te pido un mínimo de comprensión y que me facilites las cosas, pues a tu lado, cuando solo estamos nosotros, todo es mucho mejor y deseo que continúe así. Lo necesito. Yo, por mi parte, te doy mi palabra de hacer el esfuerzo de facilitártelas también a ti.

Dos gruesas lágrimas se escurrieron de sus párpados y su mano voló a mi rasposa mejilla.

—Lo entiendo, Adler —musitó con tal ternura que me caló hasta los huesos—. Gracias por ser el hombre que me prometiste que en la intimidad serías. Gracias por velar por mi amado Tỳr y por mi vida. Gracias por haberte puesto al frente de este sinsentido de profecía y llevar el mayor peso de la carga que eso supone… Y gracias por demostrarme que tu corazón no está hecho de hielo.

Entonces fue mi áspera palma la que acunó su húmeda mejilla.

—Si dices entenderme y agradeces mis actos, ¿a qué se debe tu llanto? —La barbilla comenzó a temblarle—. Estoy contigo, Hlín. Dímelo —le exigí en tono dulce.

—Es cierto que la tensión que hemos soportado estos últimos días ha sido mucha. Todos nosotros. Pero yo tengo ahora un añadido que no comprendo del todo —balbuceó entre hipidos—. Solo estoy segura de que esos tres dioses egoístas son los culpables. Ellos son los culpables de que esté perdiendo la razón y el sentido de la lógica. Porque… Porque no llego a discernir con certeza qué es real y qué es producto de mi turbada mente.

La preocupación se hizo con cada partícula de mi ser, propiciando que emergiese mi naturaleza guerrera.

—¿De qué demonios me hablas, mujer? —inquirí con la voz teñida por el miedo.

—De que creo haber tenido una visión, Adler —me soltó—. O eso, o me estoy volviendo loca, ya no lo sé. Y tampoco sé qué me aterra más. Porque si no ha sido un delirio y es la primera de muchas, como parte de ese don que me concedieron, no solo es que no lo quiera, es que desconozco cómo podría lidiar con él; si sabría lidiar con él.

—¿Qué visión has creído tener? ¿Ha sido un mensaje de los primigenios?

—No, eso todavía podría haberlo entendido. —Me miró con los ojos cargados de temor e incomprensión—. Fue al tocar a Ratte, cuando fui a la estancia de los heridos antes de salir al patio de armas. La toqué y lo vi. Lo sentí. Y me asusta. Muchísimo. Porque… Porque… ¿Ahora se supone que puedo visualizar el futuro con un simple contacto?, ¿el de cada hombre o mujer que mis manos rocen? ¿Cómo podría soportarlo, Adler?

Aquella revelación me robó la capacidad de hablar.

El don de mi compañera había despertado y me constaba, pero… ¿cuál era realmente su alcance? ¿De cuántas diferentes formas podía manifestarse?

Visionaria…

La voz de Ulla tronó en el interior de mi cráneo, reafirmando mis sospechas de cuál era el verdadero don de mi compañera.

Capítulo 24

Que Adler hubiese enmudecido y estudiase mi rostro como si fuera la primera vez que me viera, no era lo que esperaba y mucho menos ayudaba a templar mis nervios.

—Estás asustándome —le confesé en un murmullo—. Y ya estoy lo suficientemente asustada, conque deja de escrutarme de ese modo.

Encajó la mandíbula antes de que sus pupilas dejasen de vagar frenéticas por cada rasgo de mi cara y se clavasen en las mías. ¿Era enfado lo que percibía?

Un escalofrío me recorrió, haciendo que mi cuerpo se agitase bajo las cobijas.

—Dime qué visión has creído tener e intenta ser lo más precisa posible. Porque, depende de lo que digas, tendré o no una respuesta.

¿Qué clase de trampa era aquella?

—¿Una respuesta a qué?

Noté que el corazón se me aceleraba.

—A lo que dices haber visto. Que siendo sincero, me atrevería a asegurar, aun sin saber de qué se trata, que nada tiene que ver con una posible enajenación, puesto que desde que te conozco tampoco es que hayas demostrado estar muy cuerda.

Me envaré, más por la tonalidad arrogante que había empleado que por la grosería que acababa de escupirme.

—Eso ha estado fuera de lugar —le dije con la barbilla de nuevo temblorosa, sintiéndome juzgada e incomprendida.

En un pestañeo, la punta de su nariz rozaba la mía.

—Mi intención no ha sido la de ofenderte, Hlín —susurró sobre mis labios usando un timbre infinitamente más tierno—. Solo la de hacerte saber que, pese a las insensateces que a veces has cometido, no creo ni por un momento que tu mente esté desequilibrada. Dime qué fue lo que viste y así podremos valorarlo.

Tomé una honda, hondísima inhalación para darle a conocer la nítida imagen que se había formado en mi cabeza cuando toqué a

Ratte.

—Cuando nos disponíamos a salir hacia el patio de armas, quise saber cómo llevaba la ausencia de Gräuel… Pero al posar mi mano en su estómago para detener su avance…

Tres contundentes golpes cortaron mis palabras.

—¡Adler, Fuchs y los tres Fronterizos han regresado!

Mi compañero saltó de la cama al escuchar la información que le traía Igel, se dirigió a la puerta, tal y como había venido al mundo, y la abrió.

Me arropé con las cobijas hasta al cuello al ver que la escena del día anterior se repetía.

Igel y Egon se hallaban en el corredor frente a un desnudo Adler. ¿La diferencia? Que en esa ocasión yo estaba igual de desnuda que él.

—¿Dónde están? —exigió saber, enfundándose con prisas los pantalones sin dar importancia a que esos dos cretinos hubiesen accedido al interior de la alcoba.

—Todesfall los ha llevado a la estancia donde os reunisteis con Nils y me ha mandado buscarte.

—Bien —fue todo lo que dijo Adler tras calzarse las botas, encaminándose a la salida sin piel alguna que le cubriese el torso.

¿Tan prioritario era saber el paradero de Dedrick?

Detuvo sus pasos frente a Egon, hundiéndole con saña el dedo en el pecho.

—Tú y yo ya hablaremos —le espetó, consiguiendo que a mi amigo de la infancia le costase tragar. Seguidamente, su fría mirada asomó por encima de su hombro para centrarse en mí—. No te muevas de aquí hasta que regrese, tenemos una conversación pendiente.

Y se marchó a grandes zancadas con Igel a la zaga.

En cambio, Egon se quedó allí como un pasmarote.

Esperé un tiempo prudencial a que él también se decidiese a desaparecer, pero al ver que sus pies parecían haber echado raíces en la piedra, tuve que tragarme como buenamente pude el pudor —aun cuando mi cuerpo no fuese un secreto para sus ojos— y, retirando las cobijas, me puse en pie y comencé a vestirme.

—Creo que es una mala idea que lo desobedezcas. Su petición ha sido bastante clara.

Le dediqué una furibunda mirada.

—¡¿Su petición?! —estallé—. ¡Ese presuntuoso no sabe pedir nada, solo exigir y exigir y exigir! Y me niego. Más cuando se ha marchado dejando una importante conversación a medias. —Entrecerré los ojos—. Además, no eres quién para darme consejos, ya que, por lo que he podido presenciar, tú tampoco es que hayas cumplido la *petición* que te hiciese. Fuera cual fuera —añadí con chorreante ironía.

Egon tuvo el buen tino de cerrar la puerta para que nadie que pasase por el corredor fuese testigo de mis expuestas vergüenzas.

Me apresuré a ataviarme con mis ropajes.

—Bueno… —respondió rascándose la nuca—, creo saber a qué se debe su cabreo. Y confieso que, si es por lo que imagino, está más que justificado.

Sonrió como el cretino que a veces era.

—No estoy para bufonadas, Egon, así que explícate si vas a hacerlo o cierra la boca.

Admitía que era injusto que estuviese pagando con él mi mal humor, pero me hervía la sangre.

Ese salvaje del demonio no solo le había dado más prioridad al asunto de Dedrick que a lo que yo tuviese que decirle. Me estaba viendo asustada, llorosa y perdida y aun con todo no se había dignado a quedarse. Y no contento con eso, poco o nada le había importado mi desnudez ni quién la presenciase cuando abrió la puerta de la habitación en cuanto escuchó que Fuchs había regresado. Maldito hipócrita del demonio. Y había tenido la desfachatez de soltarme el día anterior que, de no haber llevado puesta la capa de la abuela cuando los tres sirvientes llenaban la tina, les habría sacado los ojos.

—Anoche, después de que Todesfall cortara la cabeza a… Bueno, ya sabes… —Egon atajó mis pensamientos con aquel horrible recordatorio, consiguiendo que volviese a centrarme en él —. Adler me permitió ir a las bodegas a solucionar un entuerto y yo… Lo cierto es que me demoré más de la cuenta y al final no acudí al gran salón como tendría que haber hecho, de ahí su enfado.

Mis cejas se fruncieron.

Cierto era que la noche anterior no reparé en si se encontraba en el salón principal del castillo durante el tiempo que mi *considerado*

compañero me consintió estar allí, si bien me sorprendió que dijera hallarse en las bodegas.

—¿Estuviste bebiendo mientras el enclave juraba lealtad a mi hermano?

Sus ojos se abrieron desmesurados.

—¡¿Qué?! No, no, estuve allí con Silke, disculpándome por el desatinado trato que le dispensé cuando me ayudó a entrar en las mazmorras.

¿Lo que bañaba sus mejillas era rubor?

Plegué aún más mi ceño, intuyendo a qué podía deberse su azoramiento.

—¿Hablando toda la noche? ¿Tanto se opuso a perdonar tu metedura de pata?

Me miró a los ojos con fijeza. Y lenta, lentísimamente sus labios delinearon una sonrisilla de auténtico memo.

—Hablando e… intimando, Hlín. En eso se me ha ido toda la noche —respondió para mi estupor el muy cretino—. Y créeme si te digo que no me arrepiento, pese a que tu apuesto guerrero quiera romperme el cuello por dejarme llevar por las apetencias de mi cuerpo y no acudir al juramento.

Entonces fui yo quien se ruborizó hasta la raíz del cabello por su apabullante sinceridad.

No necesitaba esa información. Claro que su desatada y poco comedida lengua era el resultado de la influencia que ese Erizo del demonio llevaba ejerciendo en él durante los últimos meses. Egon siempre fue algo descarado al hablarme, eso no iba a negarlo; sin embargo, las deshonestas propuestas de Igel le habían robado el poco recato que pudiese quedarle.

Di por zanjado el tema concentrándome en calzarme las botas. Lo que hubiese hecho o no con Silke no era de mi incumbencia. Además, yo tenía cuestiones más serias aporreándome la cabeza.

—¿Y tú qué le has hecho para que te haya pedido que le esperes aquí?

—Hablarle de lo que vi cuando toqué a Ratte —dije sin mirarlo, ajustándome a las caderas el cinto con la daga que él me regaló.

—Por eso perdiste el color del rostro en la estancia de los heridos, ¿cierto?

Amarré mi mirada a la suya, tan familiar.

Había olvidado que Egon fue testigo del cambio en mi gesto y que me conocía demasiado bien. También que era el mejor amigo que nadie pudiese tener aun cuando a veces era un majadero.

—Vamos, quiero ver cómo sigue Jürgen —le dije yendo hacia la puerta—. De camino compartiré contigo lo que vi, ya que Adler ha salido como si lo persiguieran las hordas del infierno en cuanto ha sabido del regreso de Fuchs.

—¿Tanta intranquilidad te causa? —me preguntó, abriendo y cediéndome el paso para que saliese.

Sí, Egon me conocía condenadamente bien como para sospechar que eso que no había tenido ocasión de compartir con Adler estaba aguijoneándome las tripas.

Mientras recorríamos ese laberinto de corredores iluminados con antorchas y tramos y más tramos de escaleras de piedra, le narré mi demencial visión.

—En el supuesto de que tu cordura siga estable y lo que dices haber visionado sea real, tu cara tendría que reflejar felicidad y no parecer que te hayas tragado un montón de estiércol —fue lo que apuntó el muy majadero una vez lo hube puesto al tanto de mi desasosiego.

—¿Cómo podría estar feliz? —siseé, causándole un sobresalto—. De no ser un delirio causado por el agotamiento, podría repetirse cada vez que ponga mis manos en alguien, ¿has pensado en eso?

Sin esperármelo, rodeó con fuerza mis dedos entre los suyos.

—¿Ves algo referente a mi futuro que yo deba saber? ¿Silke está en él?

Me deshice de su agarre de un tirón.

—No, maldito bufón —gruñí y él sonrió.

—Entonces has de darme la razón en restarle gravedad —se atrevió a añadir con altanería—. Y ahora, si me lo permites, voy donde tu apuesto salvaje a intentar convencerlo de que no me arranque la cabeza. Porque de arrancármela lo habrías visto, ¿no es así?

Le arreé un pescozón por burlarse de algo que para mí era tan preocupante antes de girarme sobre los talones y alejarme de él.

Sus carcajadas me acompañaron hasta que doblé el siguiente recodo y mis labios se curvaron.

Egon siempre lograba sacarme una sonrisa.

—No tengas tanta prisa, guerrero. Tu herida debe curar del todo antes de que vuelvas a tus obligaciones —dijo mi abuela a Jürgen, que, al no tener por costumbre permanecer postrado en un catre sin hacer nada, se veía desesperado.

Mi hermano ya no se hallaba en esa estancia habilitada para atender a los que habían sufrido algún daño en la lucha; solo un par de hombres, además del líder de los Purgadores, precisaban aún de unos días para recuperarse.

Llevaba allí un buen rato, viendo a mi abuela atender el brazo mutilado del guerrero, mientras conversaba con Ratte y el sanador Fronterizo, a quienes había dado la noticia del regreso de Fuchs y los demás.

No me pasó por alto la exhalación de alivio que dejó ir Schmerz ni la abierta sonrisa que esbozó la Rata al saberlos bien, aunque ambos estaban obligados a esperar para poder verlos hasta que la reunión que tenían con Adler y Todesfall finalizase.

Para mi suerte, en ese tiempo el sosiego había regresado a mi ser, ya que mis manos habían vuelto a contactar con Ratte y ninguna visión se había proyectado en mi mente.

Gracias a los dioses, todo indicaba que había sido un delirio puntual ocasionado por el agotamiento, lo que logró templar el malestar que me había reconcomido por todo un largo día.

—Como bien dices, soy un guerrero —contestó Jürgen a la abuela—. Y mi obligación es estar ahí fuera con los míos y no tirado en este catre guardando un reposo que no necesito. Por mucho que tus cuidados sean bien recibidos, anciana —la halagó con voz dulce.

—Paciencia, Purgador —le devolvió ella en tono suave tras terminar la atadura de los lienzos en su muñón—. Antes de que te des cuenta, estarás dándoles órdenes a tus hombres, pero no será hoy…

Las dobles puertas de la estancia se abrieron con un estruendo al impactar contra las paredes de piedra, mostrando a un ceñudo y sucio Gräuel que clavó sus ojos en los míos nada más nos giramos hacia él.

Me tragué el corazón al verle avanzar hacia nosotros, a grandes zancadas, entre los catres ahora vacíos. Y volví a tragarme el corazón al comprobar que su destino no era Ratte, a quien debería estar ansioso por abrazar, sino yo.

El Fronterizo se detuvo a un aliento de mí y me obligué a curvar el cuello, ascendiendo mi mirada desde su amplio pecho hasta enfrentar sus ojos.

—¡¿Gräuel?! ¿Qué ocurre? —Escuché que Ratte le preguntada confundida. Tanto como lo estaba yo.

Él no respondió. Ni siquiera le dedicó una fugaz mirada a la que sin duda consideraba su hembra. Lo que hizo fue ceñirme con sus grandes manos por la cintura, elevarme del suelo, hasta que tuvo mi rostro frente al suyo, y plantarme un rudo beso en los labios.

Mis ojos se abrieron con estupefacción ante su ilógica e intempestiva reacción, si bien ni tiempo tuve de reprenderlo, pues me dejó de nuevo sobre el suelo, se giró hacia Ratte e, hincándose de rodillas, se abrazó con fuerza a sus caderas y hundió la nariz en su vientre.

—Mi hijo —murmuró con la voz tomada por la emoción, dejándonos congelados como a estatuas de piedra—. Vas a darme un hijo. El primer descendiente de mi pueblo en más de dos décadas.

Los ojos de Ratte se abrieron desmesurados cuando aquellas palabras dichas con infinita devoción hicieron mella en su cerebro.

Schmerz se veía igual o más asombrado que ella ante la afirmación de su hermano.

Porque lo era, bien lo sabía.

Y yo… Yo rechiné los dientes.

Iba a matar a ese charlatán de Egon en cuanto le pusiera las manos encima.

Capítulo 25

Adler

Volqué el contenido de la copa en mi garganta sintiendo como el fuerte licor la abrasaba en su descenso.

Estaba al borde del estallido. Furioso por haber antepuesto mis acuciantes ansias de matar a esa alimaña cobarde al tormento de mi compañera. Y todo para nada, maldición. Porque, pese a dar con su rastro, no habían conseguido atrapar a Dedrick.

Fuchs le había perdido la pista al norte de bosque Sauce, cerca de la que supuse, por la descripción que dio, era la cabaña de Nadja.

Esa información había bastado para que mi sangre bullese, si bien la carga que ahora soportaba mi conciencia llegó junto con Egon.

El hombre de Eddel había accedido a la estancia en la que estábamos reunidos justo después de que mi rastreador explicase dónde desaparecían las huellas de ese gusano y los dos guardias que iban con él. Saber que habían allanado el hogar de mi compañera acicateó mi ira, que había despertado en mi interior con virulencia tan pronto Igel y yo irrumpimos en la cámara privada de los Vorgrimler, donde Todesfall me esperaba con los recién llegados, y Fuchs me comunicó que no había conseguido dar con su paradero.

Aunque lo que en esos momentos punzaba con inquina en mi pecho era consecuencia de la revelación que Egon había traído consigo, que no solo nos cogió por sorpresa a los allí reunidos, sino que, además, supuso un duro golpe a mi conciencia por la nefasta decisión que había tomado al acudir a aquella estancia sin antes haber escuchado a Hlín.

—*Fronterizo* —soltó el hombre de Eddel en cuanto traspasó las puertas, aproximándose con una amplia sonrisa a un desconfiado Gräuel—*, quiero ser de los primeros en felicitarte por tu logro.*

Diciendo aquello, agarró el antebrazo del jinete de barba cobriza con firmeza, creando una generalizada confusión. Incluso Igel, que

apenas se separaba de él, plegó las cejas al no entender a razón de qué había que felicitar a Gräuel.

—*¿De qué narices estás hablándome?* —le espetó este, que se veía francamente cansado por el viaje como para templar su temperamento ante aquellas palabras desprovistas de todo sentido.

—*Es cierto, acabas de llegar y es lógico que aún no sepas por qué has de ser felicitado* —alegó Egon, ensanchando la sonrisa—. *Pero ya que estoy aquí, me complace ser yo quien te comunique que has dejado preñada a la más bella de las ladronas de todo Nammentos.*

Al impacto de sus palabras lo siguió un profundo silencio, tan solo quebrado por el ajetreo que nos llegaba desde el patio de armas a través de la ventana.

Cuando Gräuel se repuso de la conmoción, lo empuñó por la pechera y pegó su nariz a la de él.

—*Explícame qué demonios quieres decir con eso* —le exigió en un siseo.

A Egon se le borró la estúpida sonrisa del rostro al ver la iracunda reacción del Fronterizo.

El resto nos limitamos a observarlos sin dar crédito a lo que nuestros oídos acababan de escuchar.

—*Que vas a ser padre* —le respondió vacilante. El gruñido que reverberó en el pecho de Gräuel fue lo suficientemente amenazador como para que Egon optase por ofrecerle toda la información que poseía de corrido—: *Hace un momento, Hlín ha compartido conmigo la visión que tuvo ayer en la tarde cuando tocó el vientre de Ratte. Vio que en él se gestaba vuestro hijo; varón, para ser más exactos. Debe de ser parte de los dones que le concedieron los primigenios. «Uno poseerá el don de la visión», eso dice la profecía que tan bien conoce tu pueblo, ¿cierto? Y ella lo ha visto, así que no sería justo que quieras matar al emisario cuando mis manos han estado lejos de tu hembra, aunque mis orejas siempre estén dispuestas a escuchar a la que es mi amiga.*

Lo maldije internamente. También me maldije a mí mismo al ser consciente de que eso era lo que tenía a mi compañera tan turbada y yo había pospuesto, como si careciese de valor, por esa sed de venganza que me corroía. Porque era un hecho que ambicionaba

encontrar y dar muerte al que fuera señor del enclave, y no solamente porque en su día sus intenciones fuesen las de hacer el mayor de los daños a Hlín, también por haber sometido y torturado a su hermano para saciar el podrido instinto que lo gobernaba. Pero aquellas razones no me excusaban. No cuando ella era lo más importante para mí, maldición. Y yo no había estado a su lado cuando más apoyo necesitaba.

—*Egon, obraría en tu favor que aclarases si lo que dices es cierto* —le aconsejó Igel mortalmente serio, temiendo por su integridad en vista de que el Fronterizo no lo soltaba.

—*Jamás me atrevería a hacer una burla de algo que sé que es tan sumamente importante para tu pueblo* —dijo este con los ojos fijos en Gräuel, aun cuando el consejo le había venido de boca del Erizo.

Por fin el jinete aflojó su agarre, al tiempo que su tormentosa mirada se aclaraba.

—*¿Hlín ha visto a mi hijo?* —balbuceó el enorme guerrero con palpable emoción.

—*Así es.* —Egon posó ambas manos en los anchos hombros del Fronterizo y los apretó—. *Tu descendencia está en camino, mis más sinceras felicitaciones por ello.*

Para asombro de todos, Gräuel enmarcó la cara del hombre de Eddel, lo besó en la frente y abandonó la estancia a la carrera.

Entonces, Egon nos miró uno por uno, exhibiendo una sonrisa petulante que Igel le regresó.

Yo, no.

Hlín había compartido con él aquella revelación porque yo la había relegado a un segundo plano.

La ira burbujeó en mis venas. No porque ella hubiese confiado en Egon en lugar de esperar a que yo regresara, sino por haber estado tan ciego a su necesidad de exteriorizarlo y comportarme como el egoísta que tantas veces me había recriminado que era.

Rellené de nuevo la copa y me la bebí de un solo trago.

¡Demonios! Ese destilado era realmente abrasivo.

Me giré de cara a los hombres que, sin habérselo pedido, tuvieron a bien concederme unos momentos tras la precipitada marcha del jinete de barba rojiza.

Debía centrarme y abordar lo que en esos momentos nos

competía; más tarde, intentaría solventar el desprecio que, sin ser consciente, había hecho a la mujer que elegí como compañera eterna.

—¿Crees entonces posible que hayan traspasado la frontera con Folkenhorst? —pregunté a mi rastreador.

—Es lo que indican los escasos indicios que he encontrado, pero no puedo garantizarlo, Adler.

»No pusieron demasiado cuidado en borrar su rastro hasta la cabaña donde crecieron los Descendientes. Pero a partir de ahí no hallé una sola huella más de sus caballos.

—Pest y yo atravesamos el bosque hasta el río y tampoco descubrimos pista alguna que indicase que lo hubieran cruzado —añadió Blut.

—Perdonad que me entrometa, ya que no soy ningún experto. —Nuestras miradas volvieron a recaer en Egon, quien ahora exhibía un gesto sobrio, acorde a la situación—. Conozco de sobra las leyes que rigen los enclaves y, de haberse inclinado a traspasar la línea fronteriza con Folkenhorst, es muy probable que en estos momentos él y sus hombres estén muertos.

Sí, yo también lo había pensado.

—¿Cabría la posibilidad, buen amigo, de que le hayan concedido asilo de haberlo solicitado? —Fue Igel quien formuló la pregunta.

—Como haberla, la hay, desde luego. La prueba soy yo mismo. —Se señaló Egon—. Nadie habría apostado un grano de trigo por mí cuando me aventuré a ir hasta Nammentos. Y aquí estoy, vivo y sin faltarme ningún miembro tras mi travesía, en la que tenía todos los votos para perecer.

»Los mismos que tiene Dedrick al adentrarse en otro enclave, lo que no significa que siga vivo. Tampoco que esté muerto si tenemos en cuenta el poder que le confiere su apellido y la información sobre nosotros que posee. Porque no creo que las leyes sean igualmente válidas para un noble que para un campesino.

—La ley es la ley y tendría que ser igual para todos.

—En eso te doy la razón, Blut, pero dudo que, tratándose de uno de los señores de Eddel, la guardia armada de Folkenhorst le dé muerte antes de llevarlo ante el hombre que los gobierna. De haber sido yo quien irrumpiera en sus tierras, por poner un ejemplo, los gusanos ya se estarían dando un festín con mi cuerpo. Sin embargo,

no hablamos de mí ni de ninguno de los habitantes de este enclave, sino de Dedrick Vorgrimler.

Muy a mi pesar, Egon estaba en lo cierto.

—De ser como dices, es muy probable que en Folkenhorst ya se estén preparando para nuestra invasión —apuntó con acierto Todesfall.

—Me temo que sí, jinete negro, aunque… —Egon me miró—. También podríamos avanzar hacia el este, a Wittgenstein. Luego subir hasta VanKleis y finalizar en Folkenhorst. Así quizás, viendo que no hay ningún ejército que los amenace, piensen que Dedrick les ha mentido y le den muerte; además de que, pasado un tiempo, los pillaríamos con la guardia baja.

—No —sentencié sin meditarlo un solo instante—. Marcharemos hacia el norte. A Folkenhorst. Todo indica que ese gusano está allí, así que debemos ponernos en movimiento de inmediato. No voy a arriesgarme a que ideen una estrategia defensiva que nos aplaste ni a perder la oportunidad de darle caza.

»Soy consciente de que desconocemos su territorio y el número de efectivos con los que cuentan, pero ellos tampoco saben que ahora la guardia armada Vorgrimler está de nuestra parte.

»Fuchs, Pest, Blut, tomaos un descanso hasta el anochecer. En cuanto Munno gobierne el cielo, oficiaremos los funerales por nuestros guerreros. —Los tres asintieron en conformidad—. Igel, Egon, id hasta la explanada que comunica con los acantilados y decid a nuestros hombres que quiero que las piras estén listas para esta noche. —Mis ojos se dirigieron a Todesfall—. Encárgate de que nuestros hombres se preparen para partir dentro de dos amaneceres. Yo iré a informar a Jürgen de que se queda al mando del enclave en nuestra ausencia, puesto que aún no está en disponibilidad de presentar batalla.

—Dudo que al líder de los Purgadores le guste tu decisión.

—De sobra sé que no va a gustarle, Igel, pero tendrá que acatar mi orden. Él y su clan se quedarán para dar protección a los habitantes de Pueblo-Condado de necesitarla, tal y como les prometí. Y el capitán Gunnar y su guardia nos acompañarán. —Paseé mi mirada por sus rostros—. Ya sabéis qué hacer. Marchad.

Con un golpe afirmativo de cabeza, comenzaron a abandonar la estancia.

Plegué las cejas al ver que Egon no los seguía.

—¿Acaso no me has escuchado? —dije entre dientes, superado por los muchos problemas a los que tenía que hacer frente.

Lo vi tragar con esfuerzo.

—Estuve con Silke, Adler. Ya sabes, la joven que me ayudó a entrar en los calabozos… Intimando… En las bodegas… Por eso no acudí al salón.

Encajé la mandíbula, tratando de contenerme.

—¿Y? —le espeté con un rugido bajo.

—Quería que lo supieras. También que… —tragó de nuevo— no me arrepiento de haberle dedicado mis atenciones. Y menos sabiendo que pronto voy a exponerme a la muerte de nuevo.

Lo miré con intensidad durante unos instantes, advirtiendo la sinceridad que destilaban sus ojos.

Suspiré, agotado.

—Me alegro por ti. —Me escuché decirle—. Ahora ve con Igel y cumple mi orden.

Asintió con decisión antes de darme la espalda y encaminarse a la puerta.

Maldije a mi compañera por haber despertado en mí una humanidad que nunca tuve ni quise.

—Egon —lo llamé antes de que saliera. Él se detuvo y me miró por encima del hombro—. Mañana ve a despedirte de tu dama y, cuando lo hayas hecho, adelántate con el Erizo y despídete también de tus padres. —Una leve sonrisa elevó las comisuras de su boca.

»El resto partiremos en dos amaneceres. Cuentas con un día para resolver todo lo que te preocupa. Aprovéchalo. Porque, cuando caiga la noche el día de nuestra marcha, os quiero a ambos esperándonos en la cabaña de Nadja. Y en esta ocasión no habrá excusas que te libren de las consecuencias si no cumples con mi demanda.

Sus ojos vibraron.

—Allí estaremos. Te doy mi palabra. —Arrugó las cejas, pensativo—. Puede que agotes la paciencia de mi amiga, pero ella está en lo cierto. No solo eres el mejor líder que podríamos tener, además eres un buen hombre, aunque no quieras que nadie se percate de ello y siempre tengas esa mirada que a más de uno habrá hecho que se lo haga en los calzones.

Y se marchó.

«Mierda».

Egon consiguió dejarme no solo perplejo con sus palabras, también, muy a mi pesar, tocado de una forma desconocida hasta el tuétano.

Capítulo 26

Gräuel

Una extraña opresión que jamás había experimentado aplastaba su pecho de forma dolorosa.

Era miedo. Gräuel lo supo pese a nunca haber lidiado con él.

Nació para convertirse en un jinete Fronterizo, creció con la convicción de serle útil a los primigenios si el vaticinio se desataba y, ahora… Ahora iba a ser padre cuando ya había perdido toda esperanza. Padre de un niño que tendría que enviar a una edad muy temprana a los Montes Rojos para ser adiestrado como guerrero y que encontrase a su compañero dreik. Y la sola idea de pensarlo le disgustaba. Y le aterraba de igual manera. Porque ese hijo nonato tenía una madre también guerrera. Una a la que le supondría un martirio convencer de que se desprendiese de su vástago sin una sola garantía de volver a verlo con vida.

Sí, tener que ceñirse a las costumbres de su pueblo le disgustaba sobremanera. Más cuando su futuro hijo no tendría que verse en la obligación de llamar hermanos al resto, puesto que no cabían dudas de que era su semilla la que se había gestado en el vientre de Ratte.

Ratte… Tan joven en comparación con él. Tan dueña de sus actos y de sus pensamientos. Tan sumamente maravillosa en todos los aspectos como para haberse adueñado de su corazón.

Pero también una diestra guerrera que pertenecía al seno de un clan.

¿Estaría dispuesta a renunciar a los suyos ahora que los unía algo mucho más grande que esa desbordada pasión que crepitaba entre ambos cuando se hallaban cerca? ¿Sentiría ella el mismo terror y la misma felicidad que lo asediaban a él desde que el hombre de Eddel le diera la noticia? Y lo que no podía dejar de cuestionarse, ¿su hijo formaría parte del equilibrio que anhelaban sus dioses?

Fuera como fuese, el embarazo de Ratte era el mejor regalo que podían haberle hecho. También el mejor que podía recibir su

pueblo, habiendo asumido, años atrás, que su pronta extinción era un merecido castigo por la mezquindad de sus actos en su afán de procrear. Mas aquel inesperado milagro había echado abajo sus férreas convicciones. Los primigenios habían demostrado que no hicieron juicio por la conducta de su pueblo ni mucho menos los habían relegado al olvido; al contrario, ahora le parecía muy probable que los Tres hubiesen tenido a bien enlazar su buena ventura a la llegada de los Descendientes.

No por nada les había sido inculcado, generación tras generación, que ellos debían ser el preparado ejército que protegiese en la guerra venidera a los elegidos…

No por nada uno de sus hermanos, el último que nació en el poblado, había sido designado por el Señor del Exterminio como sölken de una de las Descendientes…

Y no por nada, y estaba seguro de no errar en su creencia, fue obra de la Madre el que esa hermosa mujer de ojos de amanecer se cruzase en su camino para que el ansiado milagro se produjera. Buena prueba de ello fueron las lágrimas que mojaron el oscuro rostro del sanador cuando, en la estancia habilitada donde ejercía sus labores curativas, asimiló el incoherente balbuceo que pronunciaron sus labios pegados al vientre de la guerrera.

Sí, la llegada de un vástago Fronterizo, el suyo, era motivo de felicidad para su pueblo.

Suspiró con tristeza, consciente de lo que aquello habría significado para Dunkelheit de seguir con vida.

—¿Volvemos a las andadas, jinete negro? —La voz de Ratte lo devolvió al presente.

Alzó la cabeza de su vientre, en el que llevaba con la mejilla apoyada desde que la arrastrase a aquella habitación del castillo —que no parecía pertenecer a nadie—, la despojase de sus ropas con la celeridad de un demente —para observar los inapreciables cambios en su bonito cuerpo— y la hiciera tumbarse en el catre para él hacerlo en diagonal, con el rostro sobre su barriga por sentirse más cerca de su futuro hijo. Porque si el impacto fue brutal cuando rato antes escuchara a Egon, más lo había sido cuando sus ojos se pasearon analíticamente por la desnudez de su hembra y reparó en el leve aumento de sus redondeados pechos y en la bendita curva de sus caderas, algo más pronunciada.

—¿Cuándo ha sucedido, guerrera?

Ella arrastró hacia atrás la capucha de su capa y con la pequeña palma de su mano le acarició el corto cabello mientras esa pícara sonrisa, que él adoraba, le iluminaba el rostro.

—Gracias a los dioses que el que un hijo tuyo se esté gestando en mi interior no te ha robado la voz, pues por un momento he pensado en nuestros inicios, cuando yo te cosía a preguntas y tú no me contestabas. —Esa sonrisa que lo embaucaba se amplió—. Pero veo que solo estás aterrado, Fronterizo, no es que hayas vuelto a las andadas y rindas culto a ese estúpido mutismo al que te aferraste para sujetar tus instintos cada vez que me tenías delante.

—¿Cómo podría volver a ignorarte? —interrogó él, atado a su preciosa mirada dorada.

—Eso me pregunto yo y no soy capaz de hallar la respuesta, ya que me resulta de lo más desconcertante que, después de desnudarme medio poseído, aún sigas vestido y sin intención de tocarme como deseo que lo hagas. Porque lo deseo, Gräuel. Llevo deseándolo desde que dejamos atrás el bosque de Hayas.

Ante ese conocido desparpajo y sinceridad que la caracterizaban, Gräuel no pudo más que devolverle la sonrisa.

—Nunca pensé que me deseases tanto, guerrera —expuso con humildad.

Cierto era que no habían sido pocas las veces que Ratte le había dado muestras sin asomo de pudor de la lujuria que le provocaba el áspero tacto de sus manos o la ferocidad de sus besos.

Lo que trajo de nuevo a su mente la pregunta que ella había obviado contestar.

—¿Sospechas cuándo pudo obrarse el milagro? —insistió con la voz enronquecida; en parte por la emoción que sentía al pensar en su hijo; en parte por lo que pulsaba dentro de sus pantalones tras las últimas palabras que Ratte le había dedicado.

Ella exhaló un largo suspiro que inflamó sus turgentes pechos y se reflejó con una lacerante punzada en la ingle del jinete negro.

—Imposible saberlo, Gräuel —le confesó—. Pudo ser cualquiera de las veces que yacimos en el huerto de tu poblado, incluida aquella primera en la que pensé que ninguna de mis artimañas te convencería… —Volvió a sonreír, traviesa, antes de fijar sus pupilas en las de él y ponerse seria—. No me importa en cuál de nuestros

tórridos encuentros tu semilla agarrara en mi vientre. ¿Sabes por qué? —Él negó, conteniendo el aliento—. Porque todas y cada una de esas veces fueron especiales para mí. Como lo son sus consecuencias.

»Sé lo mucho que deseabas un hijo. Y, aunque admito que el oír tus palabras me ha desestabilizado momentáneamente por mi desconocimiento de que estuviese encinta, saberlo solo hace que te ame aún más, guerrero.

Algo en el interior del pecho de Gräuel se quebró, haciendo que aspirase un jadeo.

Fueron esas dos palabras que nunca pensó escuchar en boca de una mujer. Dos palabras que llevaban impresas compromiso y familia y que se anteponían a cualquier creencia o práctica del pueblo en el que creció.

La Madre lo había honrado con lo que siempre le había faltado: el amor verdadero de una mujer y la oportunidad de tener descendencia.

Trepó con sumo cuidado por el cuerpo de Ratte hasta que su rostro quedó suspendido sobre el de ella.

—Yo te amé desde aquella primera noche, sanadora. —Tragó duro, tratando de contener las muchas emociones que lo asaltaban —. Desde aquella primera vez en la que Munno fue testigo del perfecto acople de nuestros cuerpos, mi corazón te pertenece. Pese a nuestra diferencia de edad, nuestras distintas costumbres o la tierra en la que crecimos… Pese a que tuvieras que convencerme de que ardiésemos juntos. —Ella sonrió, con toda seguridad recordando las palabras que se dijeron antes de que derrotase todas sus defensas—. Te amé entonces y ese sentimiento no ha hecho sino crecer en este tiempo. Y no porque vayas a darme un hijo, por feliz que pueda hacerme eso, es porque, aun a riesgo de que pienses que soy un iluso, albergo la creencia de que fuimos creados para complementar al otro.

»Tuve que esperarte por muchos años, Ratte. Y fue por eso que aquella misma noche supe, al abrigo del pedazo de huerto que cultivaba mi hermano sanador, que ya no habría otra mujer a la que desease.

Los ojos de la joven vibraron con el brillo de las estrellas.

—Demuéstramelo, jinete negro. Despójate de una buena vez de

tus sucias ropas y demuéstrame ese deseo que dices sentir. Porque yo te llevo ansiando desde nuestro último encuentro en el interior de mi tienda en el bosque de Hayas.

Gräuel prensó la mandíbula y se puso en pie con determinación.

Su gruesa capa cayó arrugada a sus pies, seguida de su coselete y las botas. De lo último que se desprendió fue de los pantalones, dejando expuesta la descomunal erección que había estado presa en estos.

Ratte deslizó la mirada por su cuerpo hasta detenerla sobre su virilidad, con la respiración tan descompensada como lo estaba la suya, con los labios entreabiertos pidiendo ser colmados con sus besos.

Se permitió permanecer inmóvil por unos momentos, dejándola que se recrease en el visible anhelo que mostraba su rígido miembro; recreándose a su vez en la humedad que empapaba los rubios rizos de su sexo.

No obstante, esa contención que se estaba imponiendo, se vino abajo cuando la rosada punta de la lengua de Ratte asomó para hidratarse el labio inferior.

Sus latidos se tornaron galopantes y, sin demorarse por más tiempo, hincó las rodillas en el catre, entre sus torneadas piernas, se inclinó afincando los antebrazos a ambos lados de su cabeza y se hundió lentamente en su cálido interior.

En los primeros envites trató de ser cuidadoso, si bien los talones de la sanadora, hundiéndose en sus duros glúteos, le indicaron el ritmo y la cadencia que quería de él.

Se dejó guiar por el instinto y la pasión, tan idénticos a los de ella, embistiendo a cada instante más fuerte y con más dureza, afanado en darle placer a su hembra hasta que los violáceos haces de Munno se filtraran por el ventanuco y los obligara a abandonar el catre y prepararse para el oficio de los funerales.

Ataviados con sus ropajes, frente a la hoja de la puerta, Gräuel entrelazó los dedos a los de Ratte y la miró con fijeza.

Ella frunció las cejas y él inhaló una profunda bocanada de aire que le otorgase el valor para dar voz a las palabras que quería decirle antes de que dejaran aquella habitación en la que se habían entregado al otro de forma completa.

—Llevas a mi hijo en tu vientre, pero me consta que eres una

guerrera y que te verás forzada a exponerte en cada una de las batallas que nos aguardan.

—Lo soy, Fronterizo, al igual que tú —lo cortó tajante—. Así que no se te ocurra pedirme que me quede atrás ya que no lo haré. Porque, por mucho que te ame, lucharé bajo el mando de mi líder en esta guerra y ofreceré mis servicios a nuestros heridos.

Él apretó con cariño sus dedos.

—Jamás te pediría algo semejante; como he dicho, me consta que eres una guerrera y también lo que serlo conlleva. Tan solo quería que supieras que ahora mi prioridad eres tú y mi futuro hijo, por lo que os protegeré a los dos con mi vida. Lo juro por nuestros dioses.

Ratte llevó la mano que él no le sujetaba a su rasposa y rojiza mejilla.

—Y yo juro ante nuestros dioses que te lo pondré fácil, jinete negro. No arriesgaré en vano mi vida ni la de nuestro hijo, porque eso sería poner en peligro la tuya y lo que más deseo es una vida libre de guerras a tu lado.

Gräuel sintió una pesada carga en los párpados.

Esas palabras lo significaron todo para él; aunque ambos pertenecieran a distintos lugares y sus lealtades no fuesen las mismas, permanecerían juntos.

Se adueñó de la dulce boca de la joven sanadora, sellando del único modo que creía propio el juramento que se habían hecho al otro.

Y rezó al Exterminador para que los protegiese…

Y elevó una silenciosa plegaria a la Madre para que pudiesen ver hecho realidad ese deseo compartido…

Y pidió al bondadoso Ciego que los guiara hasta esa vida libre de guerras que Ratte había mencionado y le concediera la oportunidad de tener la familia que siempre añoró…

Capítulo 27

Incontables siluetas en ocre y plata formaban una gran muralla humana que avanzaba, implacable, a través de la crecida hierba, dejando a su espalda una enorme fortificación que, orgullosa, se alzaba hasta casi tocar el cielo del amanecer, donde Tzonne desplegaba sus tímidos rayos bañando la piedra gris de distintos dorados.

¿Qué lugar era aquel?

Miré a mi alrededor, descubriendo tras de mí al jinete negro. Mi amada Sigyn se hallaba junto a él…

Tỳr también se encontraba cerca, con Spatz fuertemente agarrada a su mano.

Llevé la vista de nuevo al frente, donde una densa masa oscura había empezado a girar y girar y girar sobre sí misma, opacando parte de ese cielo que hasta hacía un instante era un lienzo de suave malva y tímidos amarillos.

Un eco de gruñidos bajos llegó a mis oídos, acompañado de un ensordecedor batir de alas.

Sentí la tierra rugir bajo las suelas de mis botas y, aterrada, volví a mirar en derredor.

Tan solo el Fronterizo, la niña y mis hermanos se hallaban allí. ¿Acaso Adler y los demás habían muerto?

Perdí el ritmo de mi respiración y mi corazón amenazó con abandonar mi cuerpo.

Eso no era posible.

Los dioses no podían permitirlo.

Me negaba a pensar que solo nosotros cinco hubiésemos sobrevivido…

Abrí los ojos, sobresaltada, notando cómo un hilo de sudor se escurría por mi espalda.

—¿Uno de tus sueños premonitorios? —me preguntó la abuela

con gesto preocupado.

Llevé una bocanada de aire a los pulmones.

—No, nada de eso, solo son los nervios de los últimos días —le mentí, ya que desconocía qué significado podía encerrar aquella vivencia en el plano onírico.

Pese a que me apeteciese lo mismo que masticar espinas, tendría que contárselo a Adler por si él era capaz de encontrarle alguna lógica.

—Munno ya gobierna el cielo —me informó, y yo puse una mueca sabiendo a qué se refería.

No sin reticencia, me levanté del camastro donde me había quedado dormida, besé su ajada mejilla y abandoné la estancia ocupada por los heridos para cumplir con lo que debía.

Con la cabeza gacha y la mirada perdida en la piedra del suelo, enfilé los corredores en penumbras del castillo camino de la habitación que Adler había hecho nuestra y donde, se suponía, aguardaba mi llegada para acudir a la explanada que llevaba a los acantilados, donde estaba previsto que se oficiasen los funerales.

Desde que apareciera a media tarde para notificarle a Jürgen su decisión de dejarlo junto con su clan al cuidado de Pueblo-Condado, mientras el resto marchábamos a Folkenhorst, y comunicarle a la abuela que, para poder garantizar su seguridad, tenía que quedarse en el castillo hasta nuestro regreso, una sensación agridulce se me había agarrado a las tripas. Todo por su contradictoria manera de comportarse, que lograba enternecerme tanto como desquiciarme.

Hombre desconcertante donde los hubiera.

El muy prepotente se había atrevido a recriminarme en presencia del líder Purgador y de la mujer que me crio que no lo hubiese esperado en la alcoba que compartíamos, tal y como me había pedido que hiciera. Y justo después… Justo después me había mirado con un crudo anhelo, opacado por un viso de culpa, y me había solicitado en un tono de voz suave que me reuniese con él cuando Munno se alzara en el cielo.

Desconcertante a más no poder, pues esa *agridulce* sensación que me había dejado tras su escueta visita me producía rechazo y una ilógica curiosidad a partes iguales.

Rechazo a los muchos reproches que pudiera escupirme, después de haberse ido cuando Igel fue a buscarlo como si mis temores le

importasen lo mismo que un saco de heces, y curiosidad por saber qué le había hecho dedicarme esa intensa y arrepentida mirada para así poder abrazarlo y brindarle consuelo.

Resoplé sonoramente.

Si ese desconsiderado salvaje era desconcertante, yo no lo era mucho menos.

Mi primera intención, cegada por sus rudas formas, había sido la de hacer caso omiso a la petición de reunirme con él al caer la noche. Pura testarudez al sentirme herida, ya que interiormente agradecía el sabio consejo de mi anciana abuela, que me hizo recapacitar para que acudiese a su encuentro.

—*Es momento de trabajar en la unión y el entendimiento, Hlín* —me dijo tan pronto Adler se hubo marchado—. *Obedece a tu compañero. Porque si alguien está soportando una enorme carga sobre los hombros, ese es él.*

Muy a mi pesar, sus palabras eran del todo ciertas, puesto que Adler, además de comandarnos y hacer cuanto estuviese en su mano para que la profecía se cumpliese, tenía que lidiar con mi recién despertado don y mis muchos miedos; con mi difícil e impulsivo carácter, cuando estaba demostrado que detestaba las insurrecciones; y, por si fuera poco, con el desconocido paradero de Dedrick, cuyo rastro había perdido Fuchs al norte de bosque Sauce, muy cerca de nuestra abandonada cabaña.

Tragué con dificultad.

¿Por qué diantres esa asquerosa rata se había dirigido hacia nuestro hogar?, ¿para llevarse consigo alguna pertenencia de mi amado hermano como una especie de trofeo por haberlo sometido?

Asco…

Un profundo asco sumado a un lacerante dolor era lo que me provocaba la sola idea de que esa fuese su intención.

Y miedo…

Un miedo atroz a que hubiese conseguido aliarse con el señor de Folkenhorst y estuviesen aguardando nuestra llegada.

Tomé una honda, hondísima inspiración al doblar el recodo del pasillo que llevaba a la alcoba donde Adler me esperaba. Una inspiración que quedó atorada en mi tráquea cuando choqué contra el amplio y duro pecho que venía en dirección contraria a la mía y que hizo que mi cuerpo volcase hacia atrás.

El grito murió en mi garganta cuando sus fuertes brazos rodearon mi cintura, evitando que cayese. De forma instintiva, llevé las manos a sus musculosos antebrazos, buscando una sujeción que ya no precisaba.

Y entonces…

Entonces el grito que había retenido escapó de mis labios, envuelto en desconcierto y crudo terror ante la clara imagen que se formó en mi cabeza.

—Tú —lo acusé en un hilo de voz, notándome el corazón en la boca—. No es… No es posible —balbuceé presa de un pánico denso y abrasador—. Tú no puedes ser él.

Lo empujé con todas mis fuerzas, librándome de su calcinante agarre.

Estaba resollando, por todos los dioses. La respiración no conseguía llegarme a los pulmones a causa de esa maldita visión.

Aquello tenía que ser un delirio de mi mente perturbada, no había otra explicación. Lo que acababa de ver no podía ser cierto. Era insostenible. De dementes. Porque, de ser real, todos habríamos sido víctimas de un urdido engaño y eso no podía ser ni remotamente posible.

Sin esperármelo, sus grandes dedos rodearon mi brazo y lo apretaron hasta que gemí de dolor.

—Escúchame bien, Descendiente —siseó, aproximándose tanto a mi rostro que me vi reflejada en sus ojos—. No vas a hablar de lo que has visto. Ni siquiera con tu compañero, ¿me oyes? —Me zarandeó mientras ladraba su amenaza.

—¿Y por qué no iba a desvelarle a Adler y a todos lo que en realidad eres?, ¿lo ruin de tu naturaleza como para tenernos engañados durante tanto tiempo? ¡¿Por qué?! —chillé en un alarde de valentía pese a que mi cuerpo temblase de pies a cabeza.

Sus espesas y oscuras cejas se fruncieron con disgusto.

Miedo, miedo, miedo…

—Porque no es el momento —atajó sin más, hundiendo con redoblada saña sus dedos en mi carne—. Harás lo que digo por tu bien; por el bien de todos. Pues dudo que desees ser receptora de mi ira. —Soltó mi entumecido brazo y se irguió en su descomunal estatura—. Empléate en lo que te ha sido asignado y olvida lo que tu don te ha hecho ver. Porque si cometes una estupidez que me

obligue a mostrarme antes de lo previsto, no habrá consideración ni perdón para ti.

Y, haciéndome a un lado como a un simple insecto, retomó su camino.

Giré el cuello, viendo cómo se alejaba.

Muda por su explícita advertencia. Perdida al no saber cómo actuar. Aterrada por el baño de verdad…

Las lágrimas se precipitaron de mis ojos y un ronco sollozo trepó por mi pecho.

Eché a correr hacia la habitación, necesitando como nunca antes el consuelo que me ofrecían los brazos de Adler. Porque, para mi maldita suerte, comprendí que esa visión debía permanecer en secreto, ya que tenía mucho que ver con mi último sueño, el que hacía tan solo unos instantes me había despertado sobresaltada en la estancia de los heridos.

Abrí la puerta con estrépito y me quedé clavada en el umbral.

Mi compañero se giró como un látigo, con el rubio ceño plegado y las narinas dilatadas, dispuesto a reprender con dureza a quien fuera que se hubiese atrevido a irrumpir en la alcoba de aquella manera; si bien, su severo gesto tornó a uno de absoluta preocupación al observar la humedad en mis mejillas y escuchar los sollozos que escalaban por mi garganta.

—¿Hlín? —vocalizó con un matiz temeroso en la voz, avanzando con cautela hacia mí.

Me lancé a sus brazos, que me rodearon con calidez nada más mi pecho colisionó contra el suyo. Y, sintiéndome coaccionada como nunca —sin poder discernir si en bien de nuestra empresa o en contra de esta—, hundí la nariz en su cuello y dejé que el llanto arrastrase al exterior el nudo que sentía ceñirse como cadenas alrededor de mi corazón. Porque tendría que mentirle. Ocultarle esa horrenda visión aunque no lo quisiera.

Y porque, cuando Adler lo descubriese, lo sentiría como la peor de las traiciones y ni ese amor que decía haber despertado en él conseguiría hacer que me perdonase.

«¡Os odio!», grité internamente a esos tres malditos dioses egoístas y macabros.

Capítulo 28

Adler

Me giré al oír el estrepitoso impacto de la hoja de la puerta contra la pared y, por unos instantes, me quedé tan inmóvil como los muros de piedra que rodeaban la estancia.

La disculpa que había estado tejiendo mientras la esperaba y que tenía intención de ofrecerle por haber antepuesto a ella las noticias que Fuchs pudiera traerme, se disolvió igual que el humo al contemplar las lágrimas que rodaban por su bello rostro.

—¿Hlín? —exterioricé con el corazón encogido, dando un par de pasos cautelosos al ver que no hacía por atravesar el vano de la puerta.

Sus desgarradores sollozos retumbaron en la habitación y un flujo agrio y abrasador ascendió por mi garganta.

¿Ese sentido llanto lo habían provocado mis actos? Mi compañera, la misma a la que juré proteger, ¿estaba así por mí?

El peso de la culpa amenazó con doblarme las rodillas, pero, cuando estaba a punto de ceder a él, corrió hacia mí y buscó cobijo entre mis brazos.

La abracé sin plantearme otra opción, apretándola contra mi pecho. ¡Por los dioses! ¿Tan profundo había sido el daño como para quebrar su admirable fortaleza de aquella manera?

—Perdóname —me escuché pedirle en tono suplicante, casi agónico—. Perdona que me marchase de esa forma dándote a entender que tu tormento no me afectaba. Porque lo hace, Hlín. Hasta la más insignificante de tus preocupaciones me importa. No hay nadie por encima de ti, pese a que mis actos te hagan pensar lo contrario. Tú… lo significas todo para mí. Perdóname, te lo ruego —le imploré, dando voz a unas palabras que nunca imaginé que pronunciaría.

¿Rogar? No. Esa debilidad no se contemplaba en mi naturaleza. Pero se trataba de ella, de mi compañera, de la mujer a la que había elegido para compartir todas mis vidas… Lo más valioso que poseía.

Su llanto cobró fuerza y me sentí aún más mezquino.

Maldición. Que mis sinceras palabras no hubiesen logrado consolarla y sí acrecentar su pesar era evidencia suficiente del intenso daño que le había causado.

La culpa terminó doblegándome y mis rodillas cedieron, arrastrándola a ella conmigo.

Hlín separó su mojado rostro de mi cuello y me miró a los ojos.

—Perdóname, te lo ruego —repetí en un murmullo, sin saber qué más hacer para reparar aquel error.

Su hermoso rostro se contrajo en una mueca de dolor al escuchar mi súplica. Negó reiteradamente, incapaz de vocalizar una sola palabra, y enmarcó mis mejillas con sus temblorosas manos para guiarme hasta su boca.

Repartió cortos y suaves besos por mis labios, como si con su tacto pretendiese hacerme saber lo que la voz no le permitía. ¿Significaba que me había perdonado?

Necesité saberlo.

—¿Estás así por haberme ido sin escuchar lo que viste al tocar a Ratte? ¿Tan traicionada te has sentido?

Otra dolorosa mueca constriñó sus bellas facciones, acompañada de un grave sollozo que intentó sujetar.

Inspiró profundamente.

—¿Tanta importancia tiene que… traicionemos la confianza del otro si… creemos estar haciendo lo correcto? —inquirió entre balbuceos.

Plegué las cejas sin comprender.

¿Acaso pretendía que fuese yo quien sentenciase o justificase mi comportamiento? ¿Tan vulnerable se sentía como para no hacer frente a ese sentimiento de traición que sin lugar a dudas mis desacertados actos habían implantado en ella?

Bien sabían los dioses que podría haberme aprovechado de su fragilidad y restar importancia a mi egoísta manera de obrar, mas no lo hice y opté por serle franco.

Era lo mínimo que se merecía.

—La tiene, Hlín —respondí tajante—. Por más discrepancias que tengamos o por poco de acuerdo que estemos con el otro, la confianza es algo sagrado que no debemos traicionar.

»Yo lo he hecho y asumo que no puedas o no quieras

perdonarme, por más que eso me destroce por dentro… Por más que mi corazón sangre, lo asumo y lo respeto.

Su llanto arreció y me sentí desesperado. No sabía qué más argumentar para aliviar su creciente dolor.

Se abrazó de nuevo a mi cuello, tan fuerte que parecía querer incrustarse en mi piel.

—Te perdono, Hombre de Hielo —declaró entre hipidos—. Yo sí soy capaz de perdonarte una traición. Porque te quiero más que a nada en esta vida. Y porque, la noche que rajaste la cara al byrion, cuando te confesé que me aterraba la idea de que no perdonases mis desafíos y que lo único que te frenara de atentar contra mi vida fuese el juramento que hiciste a los primigenios, me contestaste que no habría nada que hiciese que no pudieras perdonarme.

Que me partiese un rayo si entendía a dónde quería llegar.

—Lo recuerdo, mujer.

—Pues trata de no olvidarlo. Es lo único que te pido.

No quise presionarla por el momento, ya que me constaba que no se encontraba en condiciones de que lo hiciese, pero sus últimas palabras habían despertado una alarma en mi interior.

Postrados de rodillas como estábamos sobre la dura piedra del suelo, abrazados el uno al otro, nos sumimos en un apaciguador silencio.

—Preciso de unos guantes que eviten que al tocar a la gente me asalten esas visiones.

La separé de mi cuerpo para mirarla fijamente a los ojos. Sus preciosos ojos de ónix.

Se veía bastante más serena. Tanto como para afrontar el problema que había dado lugar a que yo me sintiese un miserable y ella traicionada por mí. Y me dispuse a resolverlo.

—Te impactó sobremanera ver al hijo nonato de Ratte y el Fronterizo, ¿no es así?

Negó con cierta indecisión antes de asentir sin demasiada seguridad.

Mi ceño se frunció.

—Si esas visiones que pueden asaltarme de forma repentina son parte del don que los Tres me concedieron, preferiría protegerme de ellas hasta dominarlas por completo… O hasta haberlo asimilado como para ser yo misma quien las busque sin que me afecten de

esta manera.

La entendía y no iba a negarle aquella petición. Lo que sí iba a hacer era darle mi opinión sobre ese poder que parecía amedrentarla tanto.

—Mañana mismo tendrás tus guantes —le aseguré—. Pero vas a escuchar lo que tengo que decirte, porque, pese a que antes abandonase esta habitación sin saber qué habías visto, he pensado mucho en ello tras enterarme por Egon.

»Como bien ha quedado demostrado, eres la Descendiente que posee el don de la visión. —Dejé salir el aire por la nariz—. Lo que hoy te ha ocurrido con Ratte… Lo que has visto, ha hecho que me convenza de que tus sueños premonitorios solo son un complemento de tu verdadero poder, la forma que han elegido los primigenios de contactar contigo y hacerte conocedora de sus preocupaciones. Y el que puedas llegar a dominar ciertas fuerzas de la naturaleza, pienso que es el arma con la que te han provisto para que no estés indefensa como ya te dije.

»Si bien tu verdadero don, ese del que habla el vaticinio, no es ni tus agoreros sueños ni la masa de nubes que eres capaz de concentrar en el cielo. Tú fuiste creada para desempeñar otra función, una de más relevancia.

Su garganta osciló.

—De estar en lo cierto, ¿en qué me convierte eso, Adler? Porque hace muy poco tan solo era una despreocupada joven que disfrutaba de la libertad de su querido bosque. Y ahora… Ahora no sé quién soy ni qué se espera de mí.

Le sonreí con ternura, sujetándola por los hombros.

—Eres lo que los dioses te llamaron en tu sueño, una visionaria. La sucesora de Ulla, si no me equivoco. La que ostenta un poder mucho más grandioso que el de la profetisa. Porque tú no solo actuarás de enlace entre este mundo y el divino como hace ella. Tú posees la capacidad de visualizar el futuro a través de tus manos; un don concedido sin lugar a dudas por el mismo Dios Ciego. Un don que, cuando lo domines del todo, te preparará para combatir lo venidero. Porque esas visiones a las que te niegas a enfrentarte en este momento pueden prevenirnos en esta guerra.

—Tengo miedo…

—Lo sé y es del todo lógico, por eso tendrás los guantes que me

has solicitado. Pero al igual que te prometí estar a tu lado y ayudarte a controlar las fuerzas del cielo, te ayudaré a que pierdas el temor a tu don y a que lo uses en tu beneficio. Tienes mi palabra de nuevo.

—¿Y si algún día te toco y veo tu muerte? —soltó visiblemente aterrada—. ¿Y si veo cómo mueren Sigyn o Tỳr?

—Dudo que los dioses sean tan macabros.

—Pues yo no —atajó con determinación.

Apreté las mandíbulas.

—De darse el caso, tus visiones podrían ser cruciales para evitar que sucedieran, piénsalo bien. Aunque me reafirmo en que no creo que sea intención de los primigenios torturarte con la imagen futura de la muerte de tus seres queridos, sino que obtengas ciertos conocimientos de lo que está por venir para que así puedas guiarnos en el vaticinio.

—Tus creencias no me tranquilizan, Adler.

—Y aun con todo sabes tan bien como yo que hay muchas posibilidades de que sea como digo, e ignorarlo solamente puede perjudicarnos.

Por las esclarecedoras expresiones de su rostro, supe que su terquedad cedía ante esa probabilidad que había mencionado.

Suspiró de forma entrecortada.

—No mandes confeccionar ningunos guantes —musitó y yo sonreí.

—Tu decisión te convierte en la más valerosa de las guerreras —la halagué, volviendo a abrazarme a ella.

—Esa sin duda es Katze —pronunció sobre mi cuello, erizándome la piel.

—No para mí, Hlín.

Un gélido viento azotaba la verde llanura que se extendía en la distancia hasta el borde de los acantilados.

Los haces de Munno bañaban de malva los siete pilares de roca acabados en un colchón de maderos y ramas en los que descansaban los cuerpos de nuestros guerreros caídos.

Habían sido ataviados con sus ropajes, de los que se habían eliminado los rastros de sangre para que luciesen lustrosos, y sus armas reposaban sobre sus pechos.

Gudrun, Wolfgang, Torsten y Todesfall, portando las antorchas

que prenderían las piras, estaban situados a los pies de estas en representación de sus respectivos pueblos. El resto los rodeábamos, guardando un respetuoso silencio.

Pest me había solicitado ser él quien pronunciase las breves palabras que conectaran las almas de nuestros muertos con el lugar donde habitaban los primigenios. No me negué a que lo hiciera, aunque me correspondiese a mí como líder de todos ellos oficiar el ritual. Tampoco se opuso ninguno de los miembros de los clanes cuando los informé, sabedores al igual que yo de las raíces del pueblo Fronterizo y de la protección que antaño les brindó el Señor del Exterminio.

El gigante de rostro cubierto se posicionó en el centro de las sietes piras funerarias, elevó los brazos al cielo y fijó sus ojos en Munno.

—Que ninguno de los valerosos hombres y mujeres que yacen aquí se convierta en un alma errante. Que sus actos en esta vida sean recompensados en la otra. Que nuestros dioses les concedan disfrutar del *no tiempo* junto a sus seres queridos —clamó la bronca voz del Fronterizo.

—Que Munno actúe de enlace entre el mundo mortal y el eterno —proclamamos todos a una.

Las antorchas prendieron las camas de ramas secas donde descansaban sus cuerpos para que sus almas fuesen liberadas de sus carcasas de carne y hueso y pudiesen ascender.

Aguardamos sin romper la formación que exigía el oficio hasta que las llamas se consumieron, quedando un montón de ascuas sobre los pilares de piedra entre los que se veían los esqueletos y los hierros que el fuego no podía consumir.

Respirando la tristeza que los funerales habían dejado tras de sí, encaminamos nuestros pasos de regreso a la fortaleza.

—Ya no hay nada que nos retenga por más tiempo aquí —comentó Todesfall, colocándose a mi lado.

Asentí en acuerdo.

—Que todos se preparen —dije sin mirarlo, con la vista clavada en los altos muros que cercaban Pueblo-Condado por la zona sur—. Partiremos dentro de dos amaneceres.

Hlín dio un fuerte apretón a mis dedos y giré el cuello para mirarla sin dejar de caminar. No había soltado su mano en ningún

momento, y, aunque iba a mi lado, la capucha de su gruesa capa me impedía ver qué emociones cruzaban por su rostro.

Le devolví el apretón, sospechando que, aun cuando nuestra anterior conversación nos había acercado, ella estaba reservándose algo.

Solo esperaba que fuera lo que fuese lo compartiera conmigo, pues tener secretos con el otro no beneficiaba en absoluto a nuestra, de por sí, complicada relación.

Capítulo 29

Mi pulso se aceleró con una mezcla de emoción y añoranza al divisar la cabaña de la abuela Nadja entre los sauces que poblaban mi querido bosque.

—Parece deteriorada —comentó Sigyn con un leve viso de tristeza.

—Lleva demasiado tiempo abandonada —apuntó mi hermano con la vista clavada en la pequeña construcción de madera.

Apreté la espalda contra el duro pecho de mi compañero sin añadir nada.

Mi hogar… Estábamos llegando a mi hogar y poco me importaba qué aspecto mostrase.

Adler y yo, desde que nos despidiéramos de Jürgen y la abuela en Pueblo-Condado, habíamos precedido la marcha a lomos de la bestia que perteneció Dunkelheit. Pero, tras nuestra parada en la última aldea, mis hermanos se nos habían unido a la cabeza del grupo, imaginaba que debido a la cercanía que nos separaba del lugar que nos vio crecer.

Sigyn y Todesfall avanzaban por nuestra izquierda en uno de los dreiks del jinete negro mientras que Tỳr y Spatz lo hacían por nuestra derecha en otra de sus bestias.

El resto de guerreros nos seguían a través del bosque.

Nuestro padre, montando el tercer cuadrúpedo sin ojos vinculado al sölken de mi hermana, marchaba detrás de nosotros; los hombres de Torsten y los Bastardos viajaban con los Fronterizos, las arqueras de Gudrun y los Jinetes Sombra surcaban el violáceo cielo sobre las grises espaldas de los syldeurs y la guardia armada del enclave, capitaneada por Gunnar, iban unos a caballo y la mayoría a pie. Nashorn, Löwin y los byrions cerraban la retaguardia, como venía siendo costumbre.

Nos habíamos retrasado tres jornadas de lo previsto, en vista de que Adler decidió sobre la marcha que nos detuviésemos en cada aldea y granja que encontrábamos a nuestro paso para informar a los lugareños —que al igual que mi familia residían en bosque

Sauce y no en el interior de las murallas que cercaban el pueblo—de la nueva situación.

Mi compañero, mostrando una gran sensatez, tuvo a bien que fuese Gunnar quien parlamentase con ellos, que ante la presencia de las criaturas y los salvajes desconocidos que las cabalgaban se vieron dominados por el pánico.

El capitán de la guarnición del enclave les explicó con encomiable paciencia todo lo acontecido y logró que jurasen lealtad a mi hermano sin que ninguno manifestase oposición. Claro que a esa buena disposición a realizar el juramento ayudó no solo que Gunnar les diera a conocer la profecía y, por ende, la voluntad de los primigenios, sino también que les garantizase que, tan pronto como el resto de los señores hubiesen caído y Tỳr gobernase la tierra que dio cobijo al Dios Ciego, los tributos a pagar serían considerablemente menores y ninguna ley les impediría viajar a lo largo y ancho de Eddel.

Tenía que admitir que el retraso sufrido bien había merecido la pena, aun cuando Adler, dos días atrás, se vio obligado a ordenar a Pest y Blut que se adelantasen hasta nuestra cabaña para evitar innecesarios contratiempos, previendo que nos demoraríamos y que no llegaríamos la noche que él mismo impuso a Igel y Egon, que partieron hacia la granja de los Baum la tarde siguiente a los funerales en una pequeña carreta tirada por un viejo caballo.

Esa fue la decisión de mi amigo para no alarmar a sus padres si estos los veían llegar, al Erizo y a él, en sendas monturas de la guardia Vorgrimler.

Pero para viajar en carreta tan solo había un sendero transitable que discurría paralelo al río. El mismo que ellos habrían seguido. Y el que habrían desandado de regreso al pueblo de no vernos aparecer la noche fijada por Adler, sabiendo como sabían lo extremadamente estricto que era mi compañero. Y nos habríamos cruzado a mitad de trayecto, ya que nosotros marchábamos a través del bosque, lo que aún nos retrasaría más.

Fue por eso que Adler envió como avanzadilla hasta la cabaña de la abuela a los dos Fronterizos, ya que no se extraviarían gracias al rastreo que habían realizado junto con Fuchs días atrás, para que hiciesen partícipes a Igel y a Egon de nuestra demora y no se preocupasen.

Sonreí deseosa de reencontrarme con mi amigo…

Él había demostrado en Nammentos poseer un coraje y una determinación admirables, si bien en nuestro enclave había optado por volver a ser el hombre de bosque al que muchos conocían. También el pícaro bufón que recurría a estúpidas galanterías…

Aunque tenía mis dudas de hasta qué punto había sido *galante* cuando fue a despedirse de la joven Weiss la mañana de su partida, ya que a su regreso, bien entrada la tarde, sus cabellos eran un nido de pájaros, traía mal puestas las vestiduras y el brillo que desprendían sus ojos rivalizaba con el rubor de sus mejillas y la sonrisa de memo que le cubría la cara.

Cierto era que cuando se acercó a mí para despedirse, me limité a pedirle que trasladara a sus padres mi promesa de que pronto los visitaría y no le pregunté nada sobre su encuentro con Silke. Tampoco hizo falta, puesto que las sonoras carcajadas y los adjetivos indecentes que el desvergonzado de Igel dejó tras de sí mientras cruzaban subidos a la carreta el puente de piedra que comunicaba con el pueblo, me dieron una idea precisa de por qué Egon traía ese desaliñado aspecto tras su visita a la joven.

En cuanto nos detuvimos en la parte delantera de nuestra cabaña, Pest y Blut salieron del interior.

—No han aparecido —informó con su habitual sequedad el Fronterizo de cráneo rasurado.

—Voy a despellejar a ese Erizo del demonio —masculló Adler a mi espalda. Mas yo lo escuché como un lejano eco, pues el pulso había comenzado a tronarme en los oídos—. Id en su busca y traédmelos —les ordenó—. Hlín, ¿en qué dirección está la granja?

Giré la parte superior del cuerpo sobre el lomo de dreik para poder mirarlo a los ojos, reparando en que Ratte y Gräuel se habían aproximado y el rostro de ella mostraba la misma máscara de temor que debía reflejar el mío.

—Vayamos nosotros —le pedí en un tono de voz bajo. Él frunció las cejas—. Conozco a Egon mejor que nadie y que no esté aquí no augura nada bueno.

«Pero yo lo toqué y ninguna visión de que fuese a sucederle algo malo me asaltó», pensé, tratando de combatir el punzante miedo que picoteaba y picoteaba y picoteaba a lo largo de mi columna.

—Y tú conoces de sobra a ese estúpido Erizo, Adler —conminó

Ratte al percibir la indecisión de su líder—. Él jamás desobedecería una orden directa tuya. No sin tener un motivo de peso para hacerlo.

Mi compañero dedicó una severa mirada a su sanadora antes de fijar sus ojos zarcos de nuevo en mí.

—Por favor, vayamos nosotros —le susurré, suplicante.

Asintió, expulsando el aire por la nariz.

—Esperad aquí a nuestro regreso —se dirigió a Todesfall, quien asintió con un golpe de cabeza.

Advertí el terror en los ojos de mi hermana y la tensión en el gesto de Tỳr.

Al igual que yo, ambos temían que hubiese podido pasarle algo a Egon y me sentí incapaz de dar voz a cualquier burda mentira para tranquilizarlos.

—Adler, si no tienes inconveniente, Gräuel y yo os acompañaremos —se ofreció Ratte, sin rastro alguno del desparpajo del que hacía gala cuando estaban a solas y sí con el respeto que debía al hombre que lideraba su clan.

Él asintió de nuevo, demostrándome como tantas otras veces que su corazón no era de hielo, pese a que su expresión se mantuviese impasible y ni una sola palabra saliera de sus labios.

Adler sabía tan bien como yo del inmenso cariño que Ratte profesaba a Igel y del que sentía por Egon desde nuestro paso por pueblo Suβ.

Sí, él era muy consciente de nuestra desazón; la que a buen seguro lo gobernaba también a él aun cuando nada en su gesto lo exteriorizara.

—Hlín, marca la dirección. Gräuel, síguenos.

Adler espoleó al dreik de Dunkelheit y, al galope, atravesamos el trecho de bosque que separaba la cabaña de la abuela de la granja de los Baum.

Detuvimos el trote de nuestras monturas al alcanzar el cobertizo, donde se hallaba la pequeña carreta en la que habían viajado con los arreos aún sujetos al caballo, que mascaba con desgana unas pocas briznas de heno.

Desmonté de un salto, sin pensar en la altura de la bestia sin ojos, y mis tobillos se quejaron por el impacto cuando mis pies tocaron tierra.

Di una vuelta sobre mí misma mientras Adler, Ratte y Gräuel descabalgaban, observando ese pedazo de tierra que tan bien conocía, sin apreciar nada fuera de lo normal a excepción de la puerta de la granja entreabierta.

Corrí hacia allí y empujé la hoja de madera, encontrándome la estancia tan solo iluminada por la mortecina llama de una vela que reposaba en la mesa que ocupaba el centro.

Igel estaba sentado en una de las cuatro sillas que la rodeaban, con la cabeza hundida entre los brazos que, flexionados por los codos, apoyaba sobre la madera. Al escuchar el quejido que mis vacilantes pasos arrancaron a los tablones que vestían el suelo, elevó el rostro y me miró…

Sus chispeantes ojos de dos colores estaban exentos de su habitual brillo y unas apesadumbradas líneas marcaban sus facciones.

Me tragué el corazón.

Egon… ¿Dónde estaba Egon?

Mis pupilas recorrieron, frenéticas, el familiar comedor de los Baum mientras sentía que un puño me comprimía el pecho.

La palma de una gran mano se posó en la parte baja de mi espalda, instándome a caminar, ya que, sin ser consciente, me había quedado clavada al suelo.

Me dejé guiar hasta el borde de la mesa.

Igel plegó las cejas, visiblemente desconcertado.

—¿Adler? —vocalizó en un hilo de voz.

Mi compañero se situó junto a él, obligándolo a que echase hacia atrás el cuello para poder mirarlo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó sin rodeos, sospechando al igual que el resto que algo había tenido que suceder para que ninguno acudiese a la cabaña como les había ordenado.

—Lo intenté… —musitó Igel, apesadumbrado como nunca antes lo había visto—. Traté por todos los medios de hacerle entrar en razón, pero él no me escuchó.

—Doy por hecho que con *él* te refieres a Egon.

—Egon ya no existe, Adler. —Mis latidos se detuvieron y un gemido lastimero ascendió por mi garganta—. Dejó de existir la noche que arribamos a la granja.

«No, no, no».

Lo que Igel decía no podía ser cierto.

Capítulo 30

Dedrick

Maniatado y con un opaco retal de recia tela que imposibilitaba su visión, anudado fuertemente a la nuca, era escoltado junto a los dos miembros de su guardia personal ante el señor que gobernaba el enclave.

En cierto modo entendía las precauciones que los soldados estaban tomando; a fin de cuentas, eran tres extraños. Lo que no significaba que la rabia no estuviese consumiéndolo desde las entrañas al recibir el trato que se le daría a un vulgar ladrón.

¡Él era uno de los cuatro señores de Eddel!

No obstante, la sensatez lo instó a seguir manteniendo la actitud solícita a la que había tenido a bien ceñirse desde que los descubrieran, pues de su contención y su inteligencia dependía que conservase la vida. Y era imperante que continuase vivo a cualquier precio si pretendía que el hombre que regía ese territorio lo escuchase, ya que eso le concedería la oportunidad de llevar su venganza a término sin mancharse las manos ni exponerse en demasía.

No por nada había procurado dejar un rastro visible que llevara a sus perseguidores hasta las proximidades de la cabaña de la vieja sanadora, al norte de bosque Sauce, para, acto seguido, afanarse en borrar toda huella y hacerlos dudar de si su verdadera intención de dirigirse hacia allí había sido la de traspasar los límites fronterizos con Folkenhorst en busca de asilo. Un arduo trabajo con tal de ganar algo de tiempo, ya que, si bien había contado con la ventaja de poder escapar por el pasadizo secreto la misma noche que la fortaleza fue asaltada, no las tenía todas consigo de que no le dieran caza antes de alcanzar su destino.

Pero lo había logrado, lo que indicaba que el esfuerzo que él y sus escoltas invirtieron en despistarlos había surtido efecto.

Y al fin estaba allí, rezando por obtener el apoyo que había ido a buscar, en vista de que no contaba con los medios necesarios para

efectuar los planes que tenía en mente. Ya no poseía castillo que gobernar ni tropas que lo respaldasen, por lo tanto, y muy a su pesar, precisaba de ayuda para aplastar a los salvajes ataviados con pelajes de animales que le habían arrebatado todo en una sola noche.

Dedrick quería ver muerto al cerdo que comandaba a los guerreros que tomaron sus dominios por las armas, al bárbaro que manejaba dos espadas idénticas y protegía a esa zorra que su difunto padre le eligió como pareja. Sí, a ella también la quería muerta, aunque tuviese que ser otro y no él quien le arrebatase la vida. Sin duda era lo que merecía. Y no solo por regalar sus besos al granjero mediocre burlando así las premisas que pactaron el mismo día de su reunión, también era por infringir las leyes escapando a las desconocidas tierras que se extendían más allá del Rötlich para traer a Eddel a los vándalos y criaturas que las poblaban, provocando su caída como señor.

La odiaba. Odiaba a esa puta con cada partícula de su ser. La odió desde el primer momento en el que le fue impuesta como pareja, como futura madre de sus hijos. Claro que habría odiado, y hecho de su vida un infierno, a cualquiera de las candidatas que su padre le hubiese elegido cuando, meses atrás, las convocó en el castillo para tal propósito.

Pero su progenitor ya estaba muerto y no tenía que rendirle cuentas a nadie ni le importaba cuántos inocentes pereciesen con tal de recuperar lo que por derecho le pertenecía.

Encajó la mandíbula al recordar la noche que fue despojado de todo.

Desde la ventana de su cámara privada, sin más luz que lo delatase que la de las ascuas del hogar, presenció la cruenta batalla que tuvo lugar en el patio de armas. Reconoció a Hlín entre aquellos forasteros, al igual que a ese sucio granjero. El único vástago vivo de los Baum. El mismo que, junto con otro de esos salvajes, había osado apresar a su querido hermano.

Dedrick asistió con impotencia tanto a la rendición de su ejército como al apresamiento de Volker, quien fue llevado ante el bárbaro de cabellera rubia que los lideraba y esa ramera con la que, meses atrás, tenía la intención de unirse. Y que prendiesen a su hermano, al implacable general de la guarnición del enclave, le robó

cualquier esperanza de victoria, por lo que, tras arrojar a las ascuas del hogar los documentos que tan codiciosamente guardaba y verlos convertirse en cenizas, los pisoteó y huyó por el oscuro y estrecho pasadizo que sus antepasados ordenaron cavar bajo la fortaleza y del que tan solo tenían conocimiento los de su sangre. Los de apellido Vorgrimler.

Pese a todo lo sucedido, Dedrick no albergaba dudas sobre que Volker jamás traicionaría ese secreto de familia. Solo esperaba que continuase con vida cuando él regresase. Porque regresaría y recuperaría lo que por ley y herencia le correspondía. Y lo haría por el mismo lugar por el que días atrás escapó.

La oscura e intransitada gruta cavada en la roca comunicaba la estancia desde la que ejercía sus funciones con el muro exterior que daba al sur, cerca de la pequeña zona boscosa que precedía a la extensa llanura que llevaba a los acantilados.

Apartar la pesada roca que obstruía la salida, por décadas inmóvil, supuso un esfuerzo titánico al contar únicamente con la ayuda de uno de sus escoltas, ya que al otro lo envió a las caballerizas, aprovechando que sus enemigos estaban centrados en desarmar a los rendidos, con el fin de que se hiciese con tres monturas que les evitasen la huida a pie.

Para su suerte, su hombre cumplió la orden con éxito, fundiéndose en las sombras de la muralla de la fortaleza hasta alcanzar el puente que comunicaba con el pueblo, donde saltó a la grupa de uno de los caballos y emprendió el galope hasta llegar al punto de encuentro.

Si Dedrick había tenido a bien que sus dos escoltas personales lo acompañasen, desvelándoles el secreto pasadizo, no solo fue por la lealtad que le demostraban, sino porque, además, conocían sus más bajos instintos y fueron quienes le trajeron en tantas ocasiones al joven Dohrn sin hacer preguntas.

El joven Dohrn…

Qué admirable resistencia había demostrado para su tierna edad; tanta, que había disfrutado doblemente sometiéndolo; desde las torturas físicas para doblegarlo y que solo lograron excitarlo más, hasta las crueles embestidas con las que profanó cada orificio de su infantil y tentador cuerpo, en las que su engrosado miembro se vació glorioso todas las veces que sucedió.

Dedrick siempre había procurado mantener oculta esa parte de él. No así su querido hermano, al que poco o nada le importó nunca ser juzgado por sus inclinaciones. Claro que era en su persona y no en Volker en quien recaía el peso de su apellido y, como primogénito, quien estaba destinado a gobernar el enclave a la muerte de su padre, lo que había dado lugar a que guardase las apariencias y mostrara tan solo lo que se esperaba de él.

Fuera como fuese, desde que a los pocos días de que el joven Tỳr y su anciana abuela fuesen apresados a orillas del río y él bajase a las mazmorras a exigirles que le revelasen el paradero de las hermanas y lo viera, algo insano ganó la batalla a esa encorsetada compostura a la que siempre se había ceñido. Y lo disfrutó. Cómo y cuánto disfrutó cada una de las noches en las que pudo ser él mismo…

Al recordar aquellos encuentros, sintió un brusco tirón en la entrepierna que lo obligó a tragar saliva. Ese muchacho era demasiado tentador para renunciar a él, por lo que trataría por todos los medios de que no perdiese la vida. Y así se lo expondría al hombre que estaba a punto de recibirlo, como una condición más en el trato que esperaba que cerrasen.

Si el joven Dohrn acompañaba a aquellos bárbaros, haría lo posible por librarlo de la muerte para que en un futuro, deseaba que próximo, pudiese volver a tenerlo a su disposición. Aunque de no acompañarlos y permanecer en el enclave, daría igualmente con él a su regreso. Porque iba a regresar, costara lo que costase. Entonces se tomaría su particular venganza, ya que el pequeño aperitivo que se había dado el gusto de disfrutar a su paso por la granja de los Baum no le era suficiente. No cuando el joven Tỳr había alimentado todos y cada uno de sus anhelos y lo tenía grabado tanto en la mente como en la piel.

—Señor —clamó uno de los hombres que lo escoltaban un instante después de que escuchara el sonido de una puerta al abrirse —. Hemos hallado en nuestras tierras al gobernante del enclave Vorgrimler y a dos de sus soldados.

Silencio.

Los oídos de Dedrick solo captaban silencio.

—Hacedlo pasar. —Tras aquel mandato, fue empujado sin demasiada cortesía al interior de la estancia—. Descubridle los ojos

y desatadlo. —Sus muñecas fueron liberadas de inmediato y el retal que anulaba su visión, retirado.

Sus párpados se entrecerraron ante el fulgor de las llamas que crepitaban en el hogar.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba a su espalda, se atrevió a recorrer con la mirada la amplia y sobria cámara hasta que sus pupilas se toparon con un robusto hombre algo mayor que él, de porte regio y constitución cuidada, que lo observaba con notable recelo.

Sonrió para sus adentros.

Lo que declaraba el manuscrito que quemó antes de huir por el pasadizo era verídico. ¡Él era señor y general de su ejército! Se adiestraba realmente con sus guerreros, como bien mostraba su formidable físico y el uniforme que vestía con los colores ocre y plata que distinguían a su guardia armada, lo que hizo que Dedrick se alegrase de haber tomado la decisión de dirigirse allí.

—¿Qué hace el gobernante de otro enclave en mis dominios? —preguntó el general sin preámbulos desde el sillón en el que se hallaba sentado tras la robusta mesa.

Él tampoco se anduvo con rodeos.

—Mi enclave ha sido atacado por una legión de salvajes venidos de las tierras que se extienden más allá del Rötlich. —Ante sus palabras, lo vio apretar el ceño—. Ha sido el primero en caer, pero detrás vendrán el resto, pues no albergo dudas de que sus pretensiones son las de conquistar todo Eddel.

La astuta mirada de su interlocutor lo evaluó durante unos largos instantes.

—¿Cómo puedes asegurar que su intención sea la de someter Eddel y no solo tu territorio?

Dedrick se esperaba aquella pregunta e iba a contestarla, mas no lo haría con la absoluta verdad.

—Porque los vi dirigirse hacia el norte —mintió, puesto que no los había visto, aunque estaba seguro de que los indicios que sus hombres y él mismo fueron dejando los llevarían en esa dirección, ya que a sus rastreadores sí que habían podido verlos cerca de la cabaña de los hermanos Dohrn—. Y no se trata de un ejército común. Vienen preparados para derrotarnos —remarcó, mirándolo fijamente—. Sin desestimar la preparación de vuestras tropas, la

información que poseo os puede resultar muy valiosa para no ser aplastados como lo fuimos nosotros. Porque la guarnición de mi enclave también estaba bien adiestrada y cayó sin remisión aun superándolos en número; la prueba de ello es que tan solo me acompañan mis escoltas.

—¿Huiste? —indagó el general con una mueca desdeñosa que le hizo convertir las manos en puños.

—No tuve más opción que hacerlo. Aunque no por cobardía, de lo contrario no estaría aquí sabiendo que eso podría llevarme a la muerte. Si hui, fue porque solo yo podía dar aviso al resto de enclaves, puesto que soy el único que ha visto las armas que portan. Y no hablo de espadas o lanzas.

Para su desconcierto, Dedrick lo vio torcer una maliciosa sonrisa.

—Y… a cambio de la información que dices poseer, ¿qué pides además de conservar la vida? —inquirió su oyente—. No soy ningún necio y me consta que nada se da de forma gratuita.

Dedrick se irguió como el noble que era.

—Venganza —proclamó entonces sin artificio alguno—. Que vuestro ejército la lleve a cabo en mi nombre mientras yo regreso a mis tierras y me hago de nuevo con el mando. También que mantengáis con vida a un niño de cabellos color cobre, si es que marcha con ellos, hasta que pueda enviar a alguien en su busca. Eso es todo lo que os pido a cambio de la información.

El señor del enclave se puso en pie, exhibiendo su gran altura; se inclinó sobre la mesa y apoyó las palmas de las manos en la pulimentada superficie para quedar más próximo a él.

—¿Por qué tu petición de salvaguardar la vida de ese niño cuando sabes sobradamente que eso es algo que para mí carece de valor? —Sí, Dedrick conocía las prioridades del hombre que se alzaba frente a él—. Y lo que más desconfianza me inspira… ¿Por qué tendría que permitirte regresar a tu enclave mientras mis hombres batallan?

Se cuadró para dar voz al tentador argumento que se había preparado para convencerlo —al que difícilmente daría la espalda— y también una falacia sobre su interés por Tỳr.

—Tanto a vuestro noble apellido como al mío los precede una fama intachable desde antes de que las leyes del tratado entre

enclaves se estableciesen —comenzó, ganándose un asentimiento de su oyente—. Si me permitís volver mientras vuestras tropas luchan y vencen, yo recuperaré las mías y, juntos, derrocaremos a los otros dos señores de Eddel. Porque, si confiamos en los conocimientos que ambos tenemos en nuestro poder, ninguno merece regir un palmo de esta tierra. Solo la fuerza militar que vos poseéis puede derrotar a la legión extranjera, pero solo yo sé qué porta esa legión.

»En cuanto a por qué no quiero que el niño sufra daño alguno, la respuesta es que ha sido mi pupilo y, si los acompaña, es en contra de su voluntad. Pura benevolencia para con un joven que me ha servido con dedicación estos últimos meses —añadió con un encogimiento de hombros.

»Si aceptáis estos términos, os proporcionaré todos los datos que poseo. Pues no solo hablo de salvajes diestros en las armas, sino de las criaturas, jamás vistas en Eddel, que los acompañan.

Con complacencia, Dedrick apreció el destello de temor que cruzó los oscuros iris del noble, ensombreciendo por un breve instante el brillo de avaricia que los había cubierto ante la posibilidad de hacerse con otro de los enclaves.

—Toma asiento —le dijo al fin, invitándolo con un gesto de la mano a ocupar el sillón al otro lado de la mesa.

Le ofreció una copa de licor que él agradeció con un ademán de cabeza.

—¿Esto significa que estáis dispuesto a sellar nuestro trato? —se atrevió a preguntar.

—Esto significa que acepto que me informes sobre esas criaturas y, si lo que me ofreces es realmente relevante, sellaremos el trato.

Dedrick sonrió antes de alzar la copa, a sabiendas de que tan pronto le hablara de las bestias, cedería a sus peticiones. No obstante, quiso cerciorarse.

—¿Tengo tu palabra? —le preguntó, dejando a un lado los formalismos.

El general lo miró con fijeza.

—La duda ofende, Vorgrimler. Dame lo que quiero y obtendrás lo que deseas, incluido a ese pupilo tuyo.

No le pasó inadvertida la taimada sonrisa que esbozó su interlocutor al llevarse la copa a los labios; sin embargo, no pudo importarle menos. A fin de cuentas, la alianza que había ido a

buscar prácticamente estaba sellada.

Capítulo 31

Adler

—Egon ya no existe, Adler. Dejó de existir la noche que arribamos a la granja.

Sabía que el más joven de mis guerreros estaba mal; su rostro era el vivo reflejo del abatimiento que anidaba en su interior. También de la estrecha amistad que lo unía al hombre de Eddel; yo mismo había sido testigo de cómo se fraguaba desde que lo rescatáramos de la Fosa de los Purgadores. Pero esa no era la respuesta que le estaba pidiendo.

Empuñé las caídas de la piel que cubría su torso y, de un brusco tirón, lo puse en pie, haciendo que su cara quedase a un aliento de la mía.

—¿Qué demonios ha pasado, Igel? ¡Explícate! —le exigí, zarandeándolo.

Aunque mis ojos estaban fijos en los suyos de distinto color, fui consciente de los ahogados sollozos de mi compañera; del errático respirar de mi sanadora, quien también había cogido un profundo cariño a Egon; de la sombra de Gräuel cayendo sobre mí, con toda probabilidad temiéndose que descargase mi ira contra mi hombre. Mas esa no era mi intención, sino la de hacerlo reaccionar y que me informase de lo sucedido para poder actuar en consecuencia.

Esperé.

Esperé lo que me pareció una eternidad.

Lo vi tragar grueso en un intento de dar voz a lo que fuera que hubiese ocurrido y que tan afectado lo tenía.

Y recé.

Pedí en silencio a la Madre no escuchar que Egon había muerto, que justo era lo que había insinuado con sus anteriores palabras.

—Llegamos a la granja ya muy avanzada la noche —habló al fin y yo aflojé mi agarre en su pecho—. Todo se encontraba tan tranquilo y en silencio que decidió no interrumpir el sueño de sus padres a esas intempestivas horas y propuso que descansásemos en

el cobertizo hasta el amanecer. —Su entrecejo se plegó ligeramente —. No me lo dijo, aunque sospecho que, por mucho que anhelase verlos y abrazarlos, no se sintió del todo preparado para tener que comunicarles que solamente se quedaría por un día y que, al siguiente, habría de partir de nuevo.

»Supongo que precisaba de algo más de tiempo para hacer frente a otra despedida en la que no podría garantizarles que regresara con vida. Y menos después de lo que habrían padecido por su larga ausencia en Nammentos, teniendo en cuenta que antaño perdieron a sus tres hijas y solo les quedaba él…

Los ojos heterocromáticos de mi hombre se cubrieron de un vibrante velo que me hizo apretar los dientes y prepararme para lo peor.

—Continúa —urgí en un mascullo.

Su mirada volvió a quedar ausente, perdida en los recuerdos.

—Íbamos a entrar en el cobertizo cuando Egon se percató de un gran bulto a pocos cuerpos de distancia de la puerta. Era el caballo de su familia, el que enganchaban a la carreta para bajar hasta el pueblo cuando necesitaban abastecerse. —Sus pupilas se centraron en las mías—. Estaba muerto, Adler. Tumbado e inerte sobre un gran charco de sangre a causa de las hendiduras de espada que atravesaban su carne.

»Egon echó a correr hacia la casa y yo fui tras él. La puerta estaba entornada y, al acceder al interior, nos recibió una oscuridad total. Pero lo que terminó de alertarlo fue el sobrecogedor silencio… No escuchar los fuertes ronquidos de su padre…

»Se precipitó hacia la alcoba de sus progenitores y, al abrir la puerta, los encontró a ambos tan muertos como al caballo; acuchillados y desangrados sobre los maderos del suelo.

Los sollozos de Hlín se intensificaron y quise cobijarla entre mis brazos, mas sujeté el impulso aguardando a que Igel finalizara.

—Respeté que se encerrase con sus cadáveres durante un día completo, haciéndome cargo de su dolor. —Su apesadumbrada mirada se endureció—. La noche que tendríamos que haber estado en la cabaña de Nadja, esperando vuestra llegada, Egon cavaba dos fosas en la tierra de su pequeño huerto. Les dio sepultura esa misma madrugada y yo me limité a permanecer junto a él, pues no me dirigió una sola palabra.

»Tras enterrarlos, se encerró de nuevo en la alcoba de estos y no ha vuelto a salir de ella. Lleva ahí dentro, respirando la sangre putrefacta de sus padres, tres días y dos noches. —La barbilla de Igel tembló y un puño se apretó a mi pecho—. No fui capaz de marcharme y dejarlo a su suerte, Adler. Alguien tenía que ofrecerle agua y algún sustento que llevarse a la barriga y solo estaba yo… Solo me tenía a mí…

»Esas son las escasas veces que lo he visto y en ninguna de ellas logré sonsacarle una palabra. Por eso incumplí tu orden. Y por eso he dicho que Egon ya no existe, ya que nada queda del joven de carácter alegre que conocí.

Inspiré profundo en un vano intento de digerir lo ocurrido.

El triste sino de los padres de Egon me apenaba, eso no iba a negarlo. Aunque admitía que fue un alivio saber que él no estaba muerto como todo apuntaba en un principio.

—Hiciste lo correcto al no dejarlo solo, Igel —le dije con sinceridad, soltando las caídas de su pelaje—. Ahora falta que lo convenzamos de que quedarse en esa habitación no es la solución.

—Conmigo hablará. —Escuché sentenciar a Hlín y mi mirada voló hasta ella. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos y el rostro congestionado—. A mí me escuchará, Adler. Puedo convencerlo de que abandone esa alcoba y venga con nosotros.

—No hará falta que lo hagas.

Todos giramos el cuello hacia la rasposa voz.

La imagen de un desmejorado Egon se hizo visible tan pronto se aproximó a la mesa y el haz de la vela lo alcanzó. Era cierto que ningún brillo bailaba ya en sus ojos y que su gesto carecía de su acostumbrada vivacidad.

—Egon… —balbuceó mi compañera, lanzándose a abrazarlo.

Él ni se me inmutó. Sostuvo mi mirada con una determinación que jamás le había visto y elevó una de sus manos convertida en un apretado puño.

—Hallé esto entre los dedos de mi difunto padre. —Abrió los suyos y un recorte de piel en el que se apreciaba claramente una letra que se había grabado con un hierro candente cayó sobre el tablero de la mesa. Mis cejas se plegaron—. Es la inicial de los Vorgrimler. Dedrick y sus dos hombres han hecho esto —escupió con tanta rabia que apenas si la podía contener.

—Por los dioses… —murmuró Hlín, con los ojos clavados en el retal de cuero.

—Ahora entiendo que Fuchs perdiese su rastro cerca de la cabaña de Nadja —intervino Gräuel, cogiendo la insignia y deslizando las yemas de los dedos por el grabado—. Tuvo que verte luchar en el patio de armas contra su guardia y esta ha sido su ruin forma de cobrarse venganza, presumiendo que era muy probable que tú los visitaras en breve.

»De ahí que se afanasen en borrar sus huellas al alcanzar el norte de bosque Sauce, sabiendo que estarían siendo perseguidos y temiendo que los sorprendiésemos en plena matanza antes de que pudieran cruzar a Folkenhorst.

Aunque expuesto con crudeza, no podía estar más de acuerdo con el argumento del Fronterizo.

Mi rastreador muy pocas veces erraba en su cometido, pero ese gusano y los dos perros que lo acompañaban se habían empleado a fondo en borrar todo rastro para así poder cometer aquella despreciable acción.

Maldito fuera.

Ese cerdo acababa de sumarle un motivo más a mis ansias de arrebatarle la vida.

Mis ojos se afianzaron a los de Egon.

—Tendrás tu venganza. Te doy mi palabra.

Y no lo dije por aliviar su tormento. Era un hecho incuestionable que lograría dar caza a ese malnacido y le haría pagar por sus viles actos lenta y despiadadamente.

Él asintió con un seco golpe de cabeza, sin desviar su mirada de la mía.

—Quiero unirme a tu clan.

Su petición me resultó tan inesperada como incomprensible.

—Tú ya eres uno de los nuestros; así te consideramos después de lo que has demostrado todo este tiempo.

—No, Adler, no me has entendido —atajó cortante—. Quiero jurarte lealtad. Ser rebautizado como es vuestra costumbre… Quiero unirme a los Bastardos del Hierro, porque, como bien ha dicho Igel, Egon ya no existe y nada me ata a Eddel.

—¿Y qué hay de la joven Weiss? —inquirió mi compañera, supuse que intentando que su amigo entrase en razón—. Una vez

los cuatro señores sean derrotados, regresaremos aquí, Egon. Este es tu hogar. Y Silke… Silke te gusta y a ella le gustas tú. Podrías empezar una nueva vida, algo bonito que compensara de algún modo tu pérdida. Podrías… Yo pensaba que te quedarías junto a Tỳr cuando acabase esta guerra. —Sus aceleradas palabras terminaron en un susurro al percatarse de que la mirada que él le devolvía carecía de la calidez con la que siempre la había obsequiado.

—La joven Weiss también forma parte de esa vida de la que reniego aquí y ahora. Ya he dicho que Egon ha dejado de existir —sentenció con determinación.

—¿Lo has meditado bien, hombre de Eddel? —le preguntó mi sanadora con extrema prudencia.

Él desvió su mirada, clavándola en Ratte.

—Llevo tres días y dos noches pensando en ello —respondió—. A vuestro clan no lo une la consanguinidad, sino el corazón y la pérdida. Porque todos perdisteis algo que solo recuperasteis siendo Bastados del Hierro. —Sus ojos regresaron a mí—. Quiero ser uno de los tuyos.

Le mantuve la mirada durante unos largos momentos, captando no solo su sinceridad, sino también el aplomo en aquella decisión que había tomado.

—Al amanecer serás rebautizado como deseas. Me jurarás lealtad y defenderás con tu vida a los hombres y mujeres que pertenecen al clan. Acatarás todas y cada una de mis órdenes, estés o no de acuerdo con ellas, y viajarás con nosotros donde nos lleve el destino. No habrá vuelta atrás —lo informé tajante, dándole la oportunidad de desdecirse, si bien obtuve un rotundo cabeceo afirmativo como respuesta—. Que así sea entonces.

»Volvamos a la cabaña de Nadja y tratemos de descansar unas horas; con los primeros rayos de Tzonne, realizaremos el ritual.

—¿Tengo que elegir un nombre? —preguntó dubitativo, dejando que parte del joven que había conocido se reflejase en esas palabras.

Posé la palma de mi mano en su hombro y le di un ligero apretón.

—No, Egon. El nombre que te hará ser un Bastardo del Hierro me corresponde elegirlo a mí. A tu líder. —Ladeé una leve sonrisa

—. Pero puedes estar tranquilo que intentaré escoger uno que te haga justicia.

—Y supongo que tendré que aceptarlo tal y como hizo la Comadreja. Que, si me permites decirlo, menudo castigo de nombre le escogiste.

Él no podía contemplarlo en aquellos aciagos momentos, aunque yo bien sabía que, con el tiempo, su verdadera naturaleza resurgiría. Al igual que les había sucedido al resto de los miembros de mi clan.

—Tendrás que hacerlo —le confirmé—. Y no solo eso. Además habrás de llevarlo con orgullo aun si no es de tu agrado.

Egon tragó duro antes de masticar una imprecación que, pese a la situación vivida, hizo que mi leve sonrisa se estirase.

Capítulo 32

Malditos fueran.

Malditos y desalmados salvajes carniceros.

Y maldito Adler por haberse prestado a hacer real la estupidez sin sentido del mentecato de Egon.

¡¿Por qué todos los rituales que se practicaban en Nammentos tenían que implicar sangre de por medio?!

Aún recordaba el inmenso asco que me produjo beber del cuenco que portaba la mezcla de mi sangre y la de Adler en el Ritual de los Eternos; y ahora, aun apreciando las diferencias entre uno y otro ceremonial, notaba las tripas igualmente retorcidas mientras presenciaba cómo el rostro de mi mejor amigo se iba tiñendo de rojo.

Cierto era que entendía su profundo dolor, como también que aborreciese la tierra que le había arrebatado a toda su familia. Yo misma les tenía un inmenso cariño a los Baum y sentía sus muertes clavadas como espinas, hundiéndose y hundiéndose y hundiéndose hasta perforarme el corazón. Y la abuela… Ella quería a los padres de Egon como si de sus hijos se tratase, así que no quería ni imaginarme cómo se tomaría la triste noticia a nuestro regreso al castillo.

Pero ni la pena ni el dolor, ni tan siquiera la rabia que pudiese corroerlo, justificaban la locura de querer olvidarse de su anterior vida, ya que eso también significaba que pretendía desprenderse de nuestros momentos compartidos.

Y me negaba a aceptarlo. Todo mi ser lo rechazaba.

Odiaba que él pudiese convertirse en un extraño para mí y no escuchar ninguna más de sus bufonadas. Y aún odiaba más la sola idea de tener que prescindir de sus cálidas miradas y sus reconfortantes abrazos…

—Tal vez no deberías haber venido, hija.

Miré de soslayo a mi padre, parado junto al sauce en el que yo apoyaba la espalda.

—Tenía que estar presente como pareja que soy del *gran* líder —

espeté en un siseo—. Y también quería estarlo para hacer un último intento de que ese patán de Egon recapacitase. Pero ni se ha molestado en escucharme.

Habíamos arribado a ese pequeño claro en el bosque con los primeros rayos de Tzonne. Tan solo los Bastardos del Hierro se encontraban allí, posicionados en un semicírculo frente a un arrodillado y ensangrentado Egon, que no había cesado en su empeño de formar parte del clan.

Yo los había acompañado, aunque me mantenía alejada de donde se estaba realizando la ceremonia de rebautizo. En cambio, mi padre no tendría que estar allí, mas nos había seguido, probablemente preocupado por esas sangrientas prácticas que a él no le eran ajenas.

Suspiró sonoramente y le eché otra mirada de soslayo.

—Tú te criaste aquí, aprendiste las costumbres de tu enclave y las aceptaste como correctas. Pero no lo son, Hlín. Vuestras vidas siempre han estado bajo el yugo del señor que os gobernaba. Sin opción de elegir. Solo acatando las leyes redactadas, y eso lo sabes mejor que nadie.

No iba a quitarle razón; mi emparejamiento con Dedrick era buena prueba de ello, si bien las costumbres de Nammentos no eran tan distintas.

—¿Acaso Egon no va a tener que acatar las órdenes de Adler?

Mi padre sonrió.

—Desde luego que sí, hija. La diferencia es que él ha elegido libremente ser un Bastardo del Hierro y las implicaciones que eso conlleva. Nadie se lo ha impuesto. Ninguno de esos hombres o mujeres lo está obligando a formar parte del clan. Egon ha tomado su decisión por voluntad propia y debes respetarla. —Alargó su único brazo y me acarició la mejilla con sus rasposos nudillos—. Entiendo que para ti carezca de sentido, pero el acto del que estamos siendo testigos es de los más honorables y menos practicados de Nammentos.

Mis cejas se fruncieron.

—¿Qué honorabilidad hay en que esos salvajes se estén rajando las palmas de las manos y bañándolo con su sangre?

Porque eso era lo que había presenciado hasta el momento: cómo Adler se abría la carne y apretaba el puño sobre la frente de

Egon hasta tiznarle el rostro de carmesí. Y a este le siguieron los demás: rajando, apretando y tiñendo. Uno tras otro. Sin mostrar vacilación, repugnancia o recelo. Sin dejar ver una mínima mueca de dolor.

Tan solo faltaban Fuchs y Spatz, ya que en ese instante era Löwin quien impregnaba de vivo rojo el rostro de mi amigo. Estaban siguiendo un orden, según entraron a formar parte del clan, y la pequeña era la última.

—La honorabilidad no reside en la sangre que exige el ritual, sino en quién está dispuesto a ofrendarla —me respondió—. Ninguno de los clanes que pueblan Nammentos se prestaría a acoger en su seno a un extraño, por más lealtad que este les hubiese demostrado. Adler sí lo ha hecho, y no una ni dos veces.

Dejé escapar un largo, larguísimo suspiro.

—Un clan no de consanguinidad, sino de corazón y unido por la pérdida. Eso fue lo que alegó Egon anoche cuando hizo la petición a Adler.

—Sin duda, palabras acertadas las de tu amigo —convino mi padre—. Y una loable decisión la de tu compañero. —Me miró y yo a él—. Acceder a su petición es una gran muestra de confianza, puesto que, a partir de hoy, pondrá su vida sin cuestionárselo en manos de Egon y dará la suya por él en cada una de las batallas a las que tengan que enfrentarse. Adler y el resto de los Bastardos lo harán —sentenció con apabullante seguridad—. Y no todos los líderes ni miembros de clanes estarían dispuestos a aceptar eso. Ni tan siquiera unos pocos.

—Cuatro clanes de Nammentos accedieron a marchar bajo el mando de Adler y sus líderes le juraron lealtad. Y ningún lazo de sangre los unía.

—No, en ese caso fue la profecía la que originó su unión —alegó él—. Pero sabes de sobra que no ha sido eso lo que ha llevado a tu amigo a querer formar parte del clan de tu compañero ni a este a aceptarlo como a uno de sus miembros.

No pude contradecirlo, pues era cierto que las motivaciones de Egon eran otras.

Volví a mirar al frente y aspiré un gemido al ver cómo la pequeña Spatz se rajaba la palma sin la más leve muestra de duda.

Adler se adelantó una vez todos hubieron ungido a Egon con su

sangre, posó la mano sobre su cabeza, que al estar arrodillado tenía inclinada hacia atrás, y le clavó su mirada más invernal desde su elevada posición.

—Haz tu juramento —le exigió con voz dura.

La garganta de mi amigo osciló y la mía se le unió de forma inconsciente.

—Te juro lealtad hasta mi último aliento —dijo con tono firme —. Daré mi vida por el clan, anteponiendo las de mis compañeros a la mía propia. —Todos, excepto Adler, hincaron una rodilla en la hierba impregnada de rocío y se llevaron un puño al pecho, tal y como hicieron en el Ritual de los Eternos—. Mi corazón y mi alma pertenecen desde este momento a los Bastardos del Hierro.

—Acepto tu juramento —sentenció mi compañero—. A partir de este momento te llamarás Falke. Que los primigenios sean testigos de tu renacer con los primeros rayos de Tzonne.

—Que los primigenios sean testigos —clamaron los demás.

Sujetándolo por los hombros, Adler lo hizo ponerse en pie. Entonces vi a mi amigo esbozar una tibia sonrisa por algo que este le decía y que yo no pude oír.

Cuando el resto de los Bastardos lo hubieron felicitado, se encaminaron a donde mi padre y yo nos encontrábamos para iniciar el regreso a la cabaña de la abuela, donde los demás nos esperaban y desde la que partiríamos hacia Folkenhorst esa misma noche.

Egon pasó por mi lado, con el rostro teñido de rojo, y me dirigió tan solo una escueta mirada.

Rabia, rabia, rabia…

Una que tragué como buenamente pude por respetar sus deseos.

Una que además me empeñé en pisotear para felicitarlo por su ingreso al clan tal y como habían hecho todos.

—¡Egon! —lo llamé y él detuvo su avance en el acto—. Quiero ofrecerte mis buenos deseos por tu rebauti…

—Te agradecería que a partir de ahora me llamases Falke, Hlín —me cortó sin girarse siquiera—. Como bien dijo Igel y yo después reafirmé, Egon ya no existe.

Y continuó su camino, dejándome sin palabras por lo bruscas que habían sido las suyas y acicateando esa rabia que había intentado tragarme por él.

—Dale tiempo. —Giré el cuello y miré a Adler, que se había

detenido junto a mí—. La oscuridad que consume su interior terminará disipándose en algún momento y volverá a ser el que era.

—¿Cómo puedes estar seguro? —le pregunté en un susurro cargado de sentimiento.

—Porque, aunque en estos momentos sea incapaz de verlo, te quiere lo suficiente como para que un solo hecho, por cruel que sea, empañe esa estrecha amistad que siempre os ha unido. —Deslizó el pulgar por mi mejilla—. Confía en mí. Egon es fuerte y se sobrepondrá.

Sus palabras entibiaron mi alma y me dieron otra muestra de que en su pecho no latía un corazón de piedra.

—He visto que sonreía cuando has hecho que se ponga en pie. ¿Qué le has dicho para lograrlo?

—Solo porque he elegido ese nombre para él. Y por lo visto ha sido de su agrado.

—¿Cuál es su significado?

—Halcón. Por su agudeza visual. Porque donde pone la mira, su flecha hace blanco. Siempre.

«Falke…», resonó en mi cabeza.

Llevé la vista al frente, viéndolo alejarse.

—Por supuesto que ha sido de su agrado. Con el nombre que le has escogido destacas una de sus mejores cualidades.

—Y justo por eso me pareció apropiado para él.

Sin más, trenzó sus dedos a los míos y tiró de mí para seguir la estela de su clan.

Mi padre, que había estado escuchando nuestra breve conversación en silencio, nos siguió.

Lo miré por encima del hombro y no pude sino asombrarme de la devoción con la que contemplaba a mi compañero.

La certeza me golpeó.

Nils seguía siendo un Heraldo y veía en Adler al líder de su pueblo por derecho de ley y de sangre.

Al líder de Hölle.

Cruzamos la línea divisoria entre mi enclave y Folkenhorst.

Los Fronterizos, alzados sobres sus bestias, con mi hermana y Todesfall en cabeza, lo hicieron por tierra, precedidos por los tres üzgards.

Yo iba con Adler a lomos de un syldeur, surcando el cielo, con la

espalda apretada a su duro pecho.

—¡Sigyn, dales la orden! —bramó mi compañero.

—¡Criaturas, atacad! —Escuché que gritaba mi hermana.

Los rugidos de los dreiks no se hicieron esperar.

—Que la Madre nos proteja —musité cuando los alados se lanzaron en picado sobre la formación uniformada en magenta y plata que aguardaba con sus hierros en alto.

Capítulo 33

Adler

Cobardes.

Eddel estaba regida por alimañas cobardes que se escudaban tras un noble apellido.

La ira me consumía desde las entrañas y mis manos, aferradas con fuerza a las empuñaduras de mis espadas, temblaban, ansiosas, por segar las vidas de esos soldados.

¿Qué clase de miserable gobernaba aquel enclave? ¿Cómo un hombre que se considerase señor de un territorio y de quienes lo ocupaban era capaz de sentenciar de aquella manera a los suyos?

Claro que, después de que Dedrick huyera como un vil gusano, no era de extrañar que Folkenhorst se ocultara sin importarle que sus hombres muriesen a manos de los míos.

—¿Dónde se esconde tu señor? —pregunté de nuevo al capitán de la guardia, a quien Natter y Hyäne habían obligado a postrarse ante mí.

La pequeña guarnición con la que contaba Folkenhorst había defendido con honor la fortaleza, si bien su escaso número de efectivos nos habían otorgado una rápida victoria; y, en esos momentos, mi clan tenía recluidos a la treintena de supervivientes en el salón principal del castillo a la espera de una orden mía para acabar con sus vidas.

Katze ya había desgarrado la garganta a un soldado que se negó a contestar a mis preguntas y Falke atravesado de un certero flechazo la espalda de otro que trató de llegar al tramo de escalones de piedra que ascendían hasta la planta superior.

El resto de nuestros guerreros se hallaban en el exterior; Gunnar y sus hombres vigilando el patio de armas mientras que Fronterizos y clanes reunían a los lugareños que habitaban el pueblo asentado a los pies de la muralla para que jurasen lealtad a Tỳr.

Al interior del castillo únicamente habíamos accedido los Bastardos del Hierro, a excepción de Spatz, a la que había dejado en

compañía del Descendiente y del padre de este al otro lado de las robustas puertas selladas. Ni tan siquiera había permitido la entrada a mi compañera y eso que fue insistente hasta la saciedad, pero de ninguna manera iba a consentir que Hlín presenciase lo que a buen seguro estaba por ocurrir.

Me sentía tan burlado que un derramamiento de sangre sería lo único capaz de apaciguarme; y, por cómo estaban desarrollándose los acontecimientos, la piedra bajo nuestros pies iba a teñirse de rojo más pronto que tarde.

—No voy a repetirlo de nuevo, capitán —siseé, presionando la afilada punta de una de mis espadas contra el lateral de su cuello—. O me dices dónde se esconde tu señor o puedes ir despidiéndote de tu vida.

Ante su obstinado silencio, mis labios se contrajeron en una furiosa mueca. Con mi fría mirada clavada en la suya, elevé el brazo derecho dispuesto a cercenarle la cabeza.

—¡No, por favor! ¡No lo matéis! —La suplicante voz femenina detuvo la caída de mi hoja.

Giré el rostro hacia el arco que comunicaba con el ala oeste del castillo, hallando a una hembra de cabellos negros y tez pálida bajo este, ataviada con una túnica de color magenta y bordada con hilos de plata.

Los colores distintivos de Folkenhorst.

—Mi señora… —musitó el capitán con voz afectada, visiblemente desconcertado por su presencia.

Mis cejas se plegaron.

—¿Quién demonios eres, mujer? —rugí.

Me contuve de ordenarle a Löwin —que se había aproximado al arco de piedra— que la sacase del salón, aunque fuese a rastras, por la forma en la que el hombre al que había estado a punto de matar se dirigió a ella.

Advertí que dos gruesas lágrimas se escurrían por las pálidas mejillas de la mujer, mas se las limpió con premura y, tomando una profunda respiración, avanzó erguida hasta situarse frente a mí.

—Mi nombre es Helga, guerrero. Y soy la señora de este enclave —expuso con voz casi inaudible, haciendo que mi ceño se contrajese aún más—. Desconozco qué buscáis en mis tierras; no obstante, os lo daré sin hacer preguntas a cambio de la vida de mis

soldados.

»Somos un pueblo pacífico; ya habréis podido comprobar que no dispongo de un ejército numeroso. —Mucho menos numeroso del que ella creía, puesto que habíamos arrasado con la pequeña partida de su guardia que hallamos vigilando la zona fronteriza con Vorgrimler—. Mi prioridad es el bienestar de mi gente, así que os ruego que no les hagáis daño.

Mentiría si dijese que no apreciaba la valentía de la que estaba haciendo gala, pero si encajé mis hierros gemelos en las vainas a mi espalda, fue por la conclusión a la que llegué.

—Ningún señor de Eddel gobierna este enclave, ¿me equivoco?

—No, guerrero, no lo hacéis. —Tomó otra profunda inspiración —. Hace poco más de una década que estoy al frente de Folkenhorst. Desde que el hombre al que fui obligada a unirme falleció a causa de la bebida.

Reparé en la breve mirada que dedicó al capitán y en el brillo vibrante que al hacerlo cubrió sus ojos.

Maldición, no podía tratarse de lo que pensaba.

—¿Quién es él? —Señalé al soldado.

Tragó con esfuerzo antes de contestar:

—Su nombre es Sigurd y es el capitán de mi guardia —balbuceó y mis narinas se dilataron.

—No es eso lo que te pregunto, mujer —espeté, causándole un sobresalto—. ¿Quién es él para que hayas salido de tu escondite al ver peligrar su vida? Y si vuelves a decir que el capitán de tu guardia, algo que ya me consta, lo decapitaré aquí y ahora.

Ella apretó los párpados con fuerza y ahogó un sollozo.

—Sigurd ha cuidado de mí durante estos años. Me ha ayudado a llevar lo mejor posible mis tierras y…

—Y, a cambio de sus cuidados y su ayuda, lo hiciste tu amante —aseguré con rudeza.

Sus ojos se abrieron ante mi falta de tacto y una llama de furia titiló en ellos.

—Nosotros estábamos prometidos antes de que Folkenhorst se encaprichase de mí y me obligase a unirme a él —alegó con pasión, olvidando los elegantes modales que hasta ese instante había mostrado—. Solo hemos tratado de recuperar lo que ese borracho nos arrebató. —Irguió el cuello como la mujer luchadora que a

todas luces era—. Mi pueblo apoya nuestra relación y eso es lo único que me importa. Porque con la muerte del que fuera su señor y mi carcelero, regresó la paz y la prosperidad a esta tierra.

»Reduje los descabellados tributos que él les imponía como pago; desde entonces, me reúno mensualmente con ellos y me informan de cualquier contratiempo que haya podido surgir. Vienen al castillo cada vez que estiman oportuno y yo paseo por las calles del pueblo sin necesidad de escolta. Los respeto y me respetan. Eso es lo único que tiene valor para mí.

Alabé el coraje que había ido adquiriendo su voz, la sinceridad en cada una de sus palabras aun cuando desconocía por qué habíamos atacado su enclave.

Miré al capitán que, arrodillado, no había despegado sus pupilas de Helga y tomé una decisión.

—¿Podemos conversar en un lugar más privado? —le pedí modulando el tono para que no sonase tan áspero—. Solo tú, tu capitán, uno de mis hombres y yo.

El desconcierto cruzó sus ojos antes de que asintiera.

—Por aquí, si sois tan amable. —Indicó con el brazo hacia una robusta puerta en el lateral derecho del salón.

—Fuchs, conmigo; el resto, aguardad aquí. —Fijé mi mirada en el soldado arrodillado, elogiando interiormente su silencio por no delatar a la mujer que amaba—. Capitán Sigurd, acompáñanos.

Afirmó con un gesto rígido de cabeza, se puso en pie y, colocándose junto a su señora, iniciaron la marcha.

Mi hombre y yo fuimos tras ellos.

Al llegar a la puerta señalada, el capitán la abrió, nos cedió el paso al interior, entró en último lugar y cerró tras de sí.

El mobiliario que componía la estancia era escaso y austero, claramente destinado a desempeñar labores de gestión para el pueblo en lugar de ofrecer comodidad a su gobernante: una mesa sencilla en la que reposaban una pluma, un tintero y el sello con el emblema Folkenhorst, más dos sillas de madera, una frente a la otra; un robusto mueble de baldas, atestado de manuscritos enrollados, y una jarra con agua y dos copas sobre la tablilla de un deslucido buró situado bajo el ventanal.

Helga carraspeó al percatarse de mi escrutinio.

—Aquí llevamos el registro y la administración de las cuentas y

también recibimos a nuestros habitantes cuando se les plantea algún problema.

Esa era la cámara privada desde donde dirigía su enclave, y nada tenía que ver con la utilizada por Dedrick para regir el suyo, en la que la ostentosidad era lo más llamativo.

Aquella sencillez me complació, aunque no se lo hice saber.

—Hablas en plural, mujer —apostillé, sospechando cuál sería su contestación.

Ella alzó la barbilla y apretó los labios.

Había reparado en que Helga usaba un trato respetuoso al dirigirse a mí, mas yo no era ningún noble y le brindaba el mismo que a cualquiera de los míos.

—Ya os he dicho que el capitán Sigurd ha estado a mi lado tanto en lo personal como en la gestión del castillo y las tierras que lo rodean desde que murió su señor.

—Su señor… No tuyo, por lo que entiendo —la presioné.

Pues de la información que allí obtuviese dependía que tomase una u otra decisión. Y bien sabían los dioses que no deseaba inclinarme por la más drástica, sino por una que nos beneficiase a todos.

—Imposible que lo considere mi señor cuando, durante cuatro largos años, me sometió a todo tipo de humillaciones solo por castigar al hombre que amaba, consciente de que, al deberle lealtad, no se sublevaría contra él.

Sigurd agachó la mirada, debatiéndose entre el dolor y la vergüenza, aunque no tuviera por qué sentir esta última. Como líder de clan, sabía de las obligaciones de un subordinado y una de ellas era acatar las órdenes que le diera su superior. Estuviese o no de acuerdo. Le pareciesen acertadas o erróneas. Afectasen a alguien ajeno o a un ser amado, como era su caso.

No iba a juzgarlos; eso no me competía. Lo que sí lo hacía era continuar presionándolos hasta obtener algún dato concluyente que me ayudase a decidir el siguiente movimiento.

—Entonces…, ¿a quién debes lealtad, Helga?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—A mi pueblo y a los primigenios —respondió con convicción, haciéndome retener el aliento. Ahí estaba el dato que precisaba—. A ellos les rogué cada noche que me librasen de mi verdugo.

—Y finalmente lo hicieron —añadí.

—Sí, al final escucharon mis súplicas. —Una leve sonrisa tironeó de sus labios—. Nunca dudé de que, tarde o temprano, tendrían a bien librarme de él. Librarnos a todos los que vivíamos bajo su yugo.

La señora del enclave Folkenhorst creía en el buen obrar de los dioses y, además, se preocupaba por sus súbditos; razones de considerable peso como para darle a saber la verdad.

Sin más preámbulos, les expliqué los motivos de por qué estábamos allí.

Los rostros de ambos exhibieron todo tipo de emociones, desde la incredulidad al saber de la profecía y los Descendientes hasta el más creciente asombro al escuchar los dones que los Tres habían otorgado a Hlín y a sus hermanos.

También les narré la vil treta de Dedrick, que nos llevó a que los atacásemos los primeros al hacernos creer que se dirigía allí en busca de asilo.

Fuchs les relató cada pormenor de su búsqueda y la falsa trayectoria a la que esta nos había conducido. Y, por cómo escupía las palabras, no me cupieron dudas de que mi rastreador se sentía tanto o más burlado que yo.

En cuanto estuvieron al corriente de todo, Helga dedicó un significativo asentimiento a Sigurd que, sin hacer preguntas, tomó de una de las baldas del mueble tres manuscritos pulcramente enrollados que, seguidamente, le tendió.

—La información que voy a compartir con vos solo es conocida por los señores de Eddel y unos pocos hombres de nuestra más absoluta confianza. —Con sus delgados dedos, deshizo el amarre de uno de los manuscritos, lo extendió sobre la mesa y lo deslizó a lo largo del tablero hasta dejarlo frente a mí. Reconocí al instante el emblema que lo sellaba. Era el de los Vorgrimler—. Cuando los cuatro apellidos nobles firmaron el tratado entre enclaves y redactaron las estrictas leyes que los regirían, incluyeron una cláusula que los afectaba en exclusiva a ellos. Una que debían cumplir.

»Desde entonces, aquella cláusula que acordaron los ha obligado a enviar anualmente un emisario a cada uno de los otros enclaves. Tres emisarios en total que, una vez al año, portan un testimonio

firmado y lacrado con el sello de nuestro apellido en el que se detalla, entre otras cosas, el estado de las cosechas, la fuerza numérica de nuestras tropas, los tributos exigidos al pueblo o si alguna enfermedad aqueja nuestro territorio. —Me entregó los otros dos manuscritos, ya desplegados, y los ojeé—. Es por estos documentos que Dedrick Vorgrimler sabía de mi reducida guardia y, por ende, nuestra limitada protección, pues yo misma se lo di a conocer en el último informe que recibió de mi enclave.

—Hijo de perra. Por eso nos guio hasta vosotros —escupió Fuchs con evidente ira, sorprendiéndome incluso a mí—. Nos ha tenido entretenidos mientras él buscaba asilo donde sí pudieran protegerlo cuando atacásemos.

—Me temo que así es —afirmó Sigurd—. Tanto el enclave VanKleis como el de Wittegenstein nos superan en efectivos y bien puede estar en cualquiera de ellos.

Apreté los dientes con intensa rabia, paseando la mirada de uno a otro manuscrito. ¿Dónde estaría escondido ese miserable? Las cifras de sus tropas eran similares, tanto como la prosperidad de sus tierras.

Si los lugareños vivían tan bien como revelaban aquellas misivas, su oposición a jurar lealtad a Tỳr estaba garantizada. Y eso sin contar con que antes pudiésemos vencer a sus ejércitos.

«Mierda».

—No os toméis al pie de la letra todo lo que se refleja ahí. —Mis ojos ascendieron de los informes a los de color brezo de Helga—. Si Vorgrimler ha conseguido asilo, solo uno de ellos estará al corriente sobre vuestra incursión en Eddel. —Asentí en acuerdo—. Y, al igual que yo me he cuidado de que ninguno de los otros tres señores sepan de la muerte de Folkenhorst y, tras una década, siguen creyéndolo vivo, ellos también se han cuidado de no darnos a conocer al resto toda la verdad sobre sus territorios.

—¿Cómo estás segura de eso? —inquirí con palpable intriga.

—Porque ni esas cifras ni la idílica vida que ahí se expone —señaló los papeles con un despectivo gesto de barbilla— son reales.

—Explícate, mujer —la apremié en un siseo, sintiendo que perdía la poca paciencia de la que estaba dotado.

—Ya os he dicho que mantengo una estrecha relación tanto con mis soldados como con mi pueblo. —Asentí de nuevo, tratando de

adivinar a dónde quería llegar—. Los emisarios que he enviado durante estos diez años siempre han sido los mismos: Sigurd y mis dos escoltas personales. Los tres de mi absoluta confianza; la misma que yo les inspiro a ellos como para contarme las apreciaciones de sus viajes. Y es por los testimonios de mis hombres que, al igual que me consta que con el fallecido Vorgrimler, pese a su hosco carácter, su pueblo gozaba de buena vida, sé que los habitantes del enclave VanKleis viven bajo la tiranía de un amante de los lujos. Como también sé que Wittegenstein recluta niños para engrosar sus filas y es por eso que posee la mayor fuerza militar de todo Eddel.

Testimonios a tener en cuenta sin ninguna duda.

Un pueblo sometido podía ser fácil de persuadir para que jurase lealtad al Descendiente a cambio de las libertades de las que no gozaba. Lo preocupante eran esos niños-soldado de los que Helga había hablado, pues la sola idea de verme forzado a ordenar a mis hombres que cargasen contra ellos no era algo que me complaciese en lo más mínimo.

Medité durante unos largos momentos nuestras opciones hasta dar con la más sensata.

—Ese gusano tiene que estar en Wittegenstein. —Fuchs clavó un dedo en el manuscrito con el emblema de ese enclave—. Su guardia armada es más numerosa y estoy seguro de que poco o nada le importa que sean infantes los que hayan de morir por él.

La mirada que me dedicó no pudo ser más reveladora; mi rastreador pensaba en lo que ese cerdo hizo a Tỳr, lo que nos garantizaba su falta de escrúpulos.

—No te quito razón —dije a mi hombre—. Pero, aun a riesgo de concederles más tiempo de que se preparen para nuestra llegada, asaltaremos primero VanKleis.

Fuchs apretó la mandíbula, mas no rebatió mi decisión.

Mi mirada se desvió a la señora del enclave.

—Helga, afirmas que tu pueblo te es leal. —No fue una pregunta.

—Así es, guerrero.

—Y has escuchado cuál es nuestro cometido. —Asintió con un movimiento de cuello lento y el ceño levemente fruncido. Aclaré de inmediato el interrogante que su rostro reflejaba—. Sé entonces tú quien hable con tu gente en mi nombre, quien les explique la razón

de nuestra intrusión y los convenza de que hagan el juramento al Descendiente —le pedí—. Como muestra de agradecimiento, dejaré al capitán Gunnar y a sus hombres aquí para que os protejan de cualquier ataque inesperado hasta que la lucha finalice.

»Es voluntad de los primigenios que sea Tỳr quien gobierne la tierra de Eddel, pero no podrá hacerlo solo. Él no te privará de continuar rigiendo tu pueblo cuando ambos habéis demostrado hacerlo con extrema sensatez —añadí, haciendo partícipe también a Sigurd.

»Tenéis mi palabra de que nada cambiará en vuestro enclave y de que ya no tendréis que seguir ocultando que es una mujer quien está al frente de Folkenhorst.

—Al frente de Folkenhorst con ayuda —apostilló ella, mirando con profunda ternura al capitán de su guardia.

—Con una inestimable, he de reconocer. Habéis desempeñado una encomiable labor.

Una respiración entrecortada, tanto de alivio como de gratitud, hizo vibrar el pecho de la hembra.

—Si es voluntad de los dioses, mi pueblo y yo juraremos lealtad al elegido.

»Os agradezco la protección que nos brindáis, guerrero —agregó, visiblemente conmovida—. Ninguno de los señores de Eddel fue nunca beneficiario de mi confianza, y si ahora dos de ellos se han unido, mis tierras no están libres de un intento de ataque. Menos cuando saben que las defensas que poseo son débiles, pues en ese aspecto jamás les he mentido.

—Entonces, no hay más que hablar. Reuníos con vuestra gente y explicadles cuanto preciséis. Yo iré a comunicarle al capitán Gunnar mi decisión.

De común acuerdo, abandonamos la estancia.

—¿Por qué no atacar primero Wittegenstein si lo más probable es que ese cerdo se halle allí? —cuestionó mi rastreador antes de que alcanzásemos al resto de mi clan, que aún custodiaba a los miembros de la guardia Folkenhorst.

—Por dos razones —le expuse—. Primero, porque necesitamos más efectivos para enfrentarnos a las tropas de Wittegenstein; dejar a Gunnar y a sus soldados aquí no nos favorece, si bien los habitantes y la señora de este enclave merecen el sacrificio. Y

segundo, porque es muy posible que ya nos esperen al sospechar la información que aquí hemos podido obtener. Y la espera hará que se inquieten. Puede que incluso Wittegenstein se sienta engañado, lo que también podría sernos beneficioso.

»Precisamos de efectivos que solo podremos conseguir en VanKleis. Y nada nos asegura que Dedrick no esté allí.

—Voy a informar a los nuestros —fue lo único que añadió Fuchs antes de dirigirse a las puertas que daban al exterior.

Capítulo 34

Miseria.

Una acusada por años fue con lo que nos topamos en cada una de las pequeñas aldeas que encontramos a nuestro paso antes de cruzar el río Östlich, que nacía en los Montes Rojos y serpenteaba hasta el mar, atravesando los dos enclaves al este de Eddel.

Una desoladora miseria que, según las gentes del lugar, no llegaba a rozar los altos y gruesos muros que rodeaban la fortaleza, tras los cuales el señor del enclave y su guardia armada gozaban de lujos y bienestar.

El manuscrito que Adler estudió días atrás en Folkenhorst había resultado ser falso, tal como le aseguró la señora Helga. No había más que ver la extrema delgadez que presentaban los habitantes de aquellas tierras, ataviados con harapos que acentuaban su tez macilenta por no alimentarse adecuadamente para compensar el duro trabajo que se veían obligados a realizar. Porque una gran, grandísima parte de los beneficios obtenidos de sus esclavas labores eran requeridos por el tirano que los gobernaba, dejándoles tan solo lo básico para poder subsistir de forma deplorable.

Asco, asco, asco…

VanKleis era un cerdo sin corazón que, valiéndose de su noble apellido, se aprovechaba de sus súbditos en lugar de protegerlos; forzándolos a labrar los fértiles campos desde la salida hasta la puesta de Tzonne y a criar lustrosas reses de ganado que les exigía como pago para llenar los buches de sus soldados; encargando armas y más armas a los herreros para atestar su arsenal; tapices confeccionados con fino hilado a las jóvenes tejedoras y piezas labradas en plata a los orfebres o robustos muebles a los ebanistas con el fin de engrandecer las estancias de su castillo.

Incluso el pequeño pueblo asentado en la falda de la loma sobre la que se alzaba la fortaleza vivía en una pobreza casi extrema. Lo sabía sobradamente porque habíamos hecho una breve parada allí a la espera de que cayese la noche; parada que condensó la ira que había ido gestándose en mi compañero con cada tramo de terreno

recorrido.

—Dudo que se hayan percatado de nuestra presencia —comentó Natter a Adler, que observaba el patio de armas a través del rastrillo de hierro que, bajado hasta hundirse en la piedra, impedía el acceso al interior de la fortificación.

—Los exteriores del castillo están desiertos y no se ve un solo vigía en el adarve o las almenas —alegó mi compañero, más para sí que con la intención de compartirlo con el resto.

Si yo lo escuché, fue porque me hallaba justo detrás de él.

—¡Para qué perder su tiempo haciendo guardia cuando pueden emplearlo en lo que nos dijo el viejo! —ironizó Hyäne con marcada acidez, haciéndome fruncir las cejas—. La reja es solo para asegurarse de que ninguno de esos pobres desgraciados ose entrar y les arruine el entretenimiento.

¿De qué diantres hablaba esa arrogante Hiena?

Cierto era que, en el pequeño pueblo, Adler y los *siameses* habían estado conversando largo tiempo con un anciano que los hizo partícipes de la cruda realidad en la que vivían. Una muy contraria a la detallada en los documentos que Helga poseía y que consiguió que Adler, que había ido endureciendo el gesto conforme dejábamos atrás las aldeas aledañas y acortábamos distancia con la fortaleza, terminara de envenenarse.

Pero tras el comentario que acababa de hacer Hyäne, sospechaba que esa furia fría que destilaba no se debía únicamente a la información que nos había trasladado al resto después de hablar con el anciano, sino también a algo que había omitido contarnos y que tan solo él y los *siameses* sabían.

Fuchs se aproximó a nosotros.

—¿Crees posible que Dedrick esté con VanKleis en el castillo y que la ausencia de vigilancia forme parte de una emboscada?

Adler giró el rostro para mirar a su rastreador.

—No lo creo —respondió—. De haber tenido conocimiento de nuestra presencia, jamás nos habrían permitido acercarnos a la fortaleza. Nos habrían atacado en alguno de los bosques, ya que ellos conocen el terreno y nosotros no.

—Entonces, todo invita a pensar que tanto silencio es porque se encuentran en el interior haciendo lo que os aseguró ese viejo, ¿no es así? —escupió el Zorro con un desagrado que nunca le había

visto.

—Es justo lo que pienso, sí.

Incrédula, miré a mi alrededor, percatándome de los ceños constreñidos de los guerreros más cercanos.

La rabia me inundó y clavé mis pupilas en la nuca de Adler.

Ese salvaje del demonio me había ocultado premeditadamente parte de la información que sonsacó al anciano. No era ninguna ilusa y a la vista estaba que la gran mayoría tenía conocimiento de algo que ese Bastardo había tenido a bien no compartir conmigo.

Pues no pensaba permitirlo.

De ninguna de las maneras.

No, no y no.

Tomé una profunda inspiración y toqué su hombro. Él se giró de cara a mí, presentado un pronunciado surco en mitad de su frente de tanto como plegaba las cejas.

—¿Qué narices es lo que pasa ahí dentro? —señalé la construcción de piedra que se elevaba, majestuosa, al final del patio de armas.

—Ahora no, Hlín —masculló el muy cretino.

—Ahora sí, *gran* Adler —lo enfrenté, creyéndome con el derecho de saber lo mismo que el resto.

Sus fosas nasales se dilataron y expelió el aire por ellas como lo haría un venado.

Contuve el aliento.

Sin que lo esperase, me agarró de malas formas por un brazo y nos apartó un par de cuerpos de los demás antes de pegar su nariz a la mía.

—Escúchame bien, mujer —siseó—. Vas a hacer lo que te diga sin replicarme a nada, pues mi contención está a punto de estallar y no te quiero en mi camino cuando eso pase.

Sus crudas palabras, exentas de calidez alguna, casi consiguieron que me echase a llorar.

Mi mano voló a su rasposa mejilla en un intento de hacer salir aunque fuese un atisbo del hombre al que amaba, que parecía enterrado bajo el inflexible líder y el despiadado guerrero.

—Dame al menos una explicación —le pedí con voz anhelante.

No conseguí nada de él. ¡Nada!

Su expresión se tornó aún más hermética y el invierno continuó

habitando en sus ojos.

—No la necesitas —me espetó con dureza—, porque ni tú ni tus hermanos vais a luchar esta batalla.

Me arrastró de nuevo ante el enrejado que nos separaba del patio de armas, sin mostrar el mínimo remordimiento por tratarme como si valiese menos que un apestoso saco de estiércol, y comenzó a ladrar órdenes.

—Pest, Gräuel, Nashorn. Conmigo. —Tras nombrarlos, su gélida mirada recayó en mi hermana, que pareció encogerse—. Sigyn. Comunica a los syldeurs en los que montemos que nos trasladen al otro lado de la muralla. —Sus ojos recorrieron al resto, evitando los míos—. Cuando elevemos el enrejado, avanzad tras de mí en silencio hacia el castillo. Nils, ocúpate de proteger a tu hijo y a la niña —exigió a nuestro padre—. Ratte, tú te quedas con ellos. —Esta estrechó la mirada, consciente de que la dejaba al margen por su estado, si bien no le replicó. Nunca lo hacía en presencia de los demás guerreros—. Todesfall, encárgate de tu compañera; y tú, Katze… no pierdas de vista a la mía. Si es cierto lo que el anciano nos ha contado, no quiero ni a los Descendientes ni a Spatz en el salón principal cuando lo asaltemos.

Me tragué el corazón.

—No me obligues a tener que placarte, forastera —amenazó la Gata junto a mi oído, ganándose una desdeñosa mirada por mi parte que le hizo alzar una ceja.

Malditos Bastardos arrogantes.

¿Qué había en aquel salón para que Adler me negase el acceso?

En Folkenhorst también lo había hecho, mas solamente su clan se encerró tras las puertas del castillo con los soldados prendidos. Pero ahora era distinto. Estaba contando con guerreros y bestias para el asalto y eso solo podía tener un significado que no quería contemplar.

Los cuatro alados en los que montaron desaparecieron tras los altos muros tan pronto recibieron la orden de mi hermana; poco después, la reja comenzó a elevarse.

Tragué de nuevo, sintiéndome rugir en los oídos mi desaforado corazón.

Adler no podía estar dispuesto a perpetrar una masacre. No cuando precisábamos de efectivos para enfrentarnos a las tropas de

Wittegenstein. No podía haberse olvidado de ese importante detalle por lo que fuese que le hubiese dicho el anciano. Él era calculador y metódico y aprovechaba cualquier ventaja…

Sus siluetas, bañadas de malva, aparecieron tras el hueco en la muralla. Habían izado el rastrillo y ya nada nos impedía el paso.

Busque su mirada, rogando por ver en ella el despejado cielo del día y no un tempestuoso invierno.

Sus pupilas conectaron con las mías. Entonces, mi compañero… El hombre al que había ligado todas mis vidas, pronunció las palabras que más temía, las que volvieron a convertirlo a mis ojos en el sanguinario monstruo que fue moldeado en el Agujero bajo las Colinas de Magma.

—Que los alados ocupen los muros para que nadie escape —dijo a Sigyn antes de romperme el alma—. Si lo que el viejo ha asegurado es cierto, no hagáis prisioneros.

Su mirada regresó un instante a mí.

—No lo hagas —vocalicé, implorándole a la Madre que recapacitase.

Supe que entendió lo que en silencio habían pronunciado mis labios, pero, para mi más absoluta decepción, Adler endureció el gesto, me dio la espalda y, con un autoritario «Adelante», avanzó a pasos firmes, seguido por hombres, mujeres y bestias.

Yo también lo seguí, con Katze prácticamente solapada a mi costado, y pude ver entremedias de los cuerpos que tenía delante cómo él mismo empujaba las pesadas puertas que comunicaban con un inmenso, inmensísimo salón atestado de gente.

La luz de las antorchas prendidas a los muros bañó el empedrado del exterior y las risas y voces que resonaban fueron perdiendo intensidad hasta quedar apagadas.

Mis ojos se abrieron, horrorizados, al distinguir varios cuerpos desnudos tumbados sobre las largas mesas abarrotadas de viandas y bebida.

¿Qué demonios era aquello?

Mi pregunta quedó en el olvido cuando vi que Adler desenvainaba sus hierros gemelos al tiempo que un rugido inhumano brotaba de su pecho.

—¡Matadlos a todos! —bramó con su voz de trueno.

Apreté los párpados con fuerza para no ver, si bien a mis oídos

llegaron con claridad todos y cada uno de los alaridos de muerte provocados por el metálico siseo de las espadas al caer y las fauces de las bestias.

Capítulo 35

Fuchs

Con un feroz rugido, estrelló la maciza silla de madera contra la pared de piedra, quebrando dos de sus torneadas patas.

Su condensada rabia ya había arrasado con los candelabros de plata, las licoreras finamente talladas y las pulimentadas copas de metal que se hallaban sobre la regia mesa, que ahora salpicaban la alfombra de suave pelaje que cubría el suelo. Igualmente había arrancado los pesados cortinajes que vestían el ventanal y los bordados tapices que adornaban las paredes, dejándolas tan desnudas como lo estaba él.

A su desmedido brote de ira tan solo había sobrevivido la amplia cama de labrado dosel que ocupaba el centro de la opulenta alcoba. Una que bien podría pertenecer a un rey.

Fuchs miró con profunda repugnancia a su alrededor, queriendo destrozar incluso los cimientos de aquel ostentoso castillo. Su rostro, brazos y torso estaban tiznados de sangre reseca, mas no había tenido suficiente masacrando a esos indeseables.

El anciano no mintió ni exageró cuando confesó a su líder lo que en el gran salón sucedía la mayoría de las noches. Claro que, cegado como había estado ante la posibilidad de que Dedrick se encontrase allí, no fue consciente de la magnitud de la confesión del viejo hasta contemplar la macabra escena con sus propios ojos.

De ahí su actual estado de furia, pues a la calcinante sensación de sentirse burlado por ese malnacido Vorgrimler se había sumado la bacanal que presenció tan pronto como Adler empujó las dobles puertas y el interior de aquella inmensa estancia quedó a la vista.

Malditos miserables que, aprovechándose de la privilegiada posición que les confería ser miembros de la guardia armada y del temor que, a buen seguro, les tenían los habitantes de su enclave, vulneraban sin orden ni comedimiento a los jóvenes a los que estaban en la obligación de proteger.

Ante el recuerdo del dantesco escenario, en el que unos comían

y otros bebían, observando con complacencia cómo sus compañeros de armas violaban salvajemente a los muchachos y muchachas que en esa ocasión habían sido requeridos por su señor, su furia se acrecentó.

Algunos de esos indeseables se follaban a las hembras entre los restos de comida; otros tantos, las forzaban a cabalgarlos abiertas de piernas sobre sus muslos, y unos pocos hundían sus miembros erectos hasta el fondo de sus gargantas, sujetándolas por los cabellos. A la decena de machos que habían obligado a asistir, los tenían doblados por la cintura y sus vergas entraban y salían de sus retaguardias mientras un torrente de silenciosas lágrimas corría por sus mejillas presionadas contra los tableros de las mesas. Aunque lo más deplorable había sido ver al orondo y repulsivo hombre que los gobernaba con una magnánima sonrisa pegada al rostro, disfrutando de los crueles abusos a los que sus soldados sometían a aquellos pobres infelices. Solo fueron unos exiguos momentos hasta que esos cerdos se percataran de su presencia y Adler diese la orden; suficientes para que aquellas imágenes no hubiesen dejado de aporrearle el cráneo.

Fuchs agarró la silla medio desarticulada y volvió a estrellarla con saña contra la pared hasta hacerla añicos.

Se dobló por la cintura y apoyó las manos en las rodillas, resollando como si llevara horas siendo perseguido cuando no se había movido de esa alcoba a la que accedió con el propósito de asearse tras la carnicería que ejecutaron en cuanto Adler les dio la orden. Porque justo eso habían hecho: no dejar a ninguno de esos desalmados con vida.

Una ardiente lágrima resbaló por su mejilla.

Sintiendo que las fuerzas acababan de abandonarlo y que era incapaz siquiera de ponerse erguido, con las manos sobre las rodillas y doblado como estaba, llevó su húmeda mirada a las blanquecinas cicatrices que se marcaban en su miembro y al único testículo que le quedaba.

Sus dientes rechinaron.

El pasado seguía pesándole, y aquel sometimiento que había presenciado, desenterró del rincón más profundo de su mente su peor vivencia en Öde.

A los dioses gracias que la ira de su líder no nubló su sensatez y

había ordenado al Heraldo que se quedase en el exterior vigilando a Tỳr y a Spatz. Porque… ¿qué habría pensado el pequeño Gorrión de haberlos visto a Löwin y a él ensañándose con los soldados de una forma tan salvaje?

Tanto la guerrera como él habían mutilado miembros, rajado vientres y cercenado cuellos sin asomo de piedad y con manifiesto disfrute. Se habían resarcido con aquellos cerdos uniformados con los colores cían y plata por las torturas que antaño sufrieron, de grotesca similitud a lo que acontecía en el gran salón. Y Fuchs no estaba seguro de en qué lugar lo dejaba esa sed de sangre y muerte que lo gobernaron el tiempo que duró la contienda y que aún sentía vagar por su interior.

Cierto era que ellos dos no fueron los únicos en ensañarse. Todo su clan lo había hecho. Probablemente porque fueron los Bastardos quienes protagonizaron lo ocurrido hacía más de cinco años tanto en la taberna donde hallaron a Löwin como en el sucio callejón en el que lo encontraron a él.

Suspiró, agotado y tembloroso.

Hlín pudiera ser que no lo entendiese, pero su líder se había cuidado de protegerla a ella y a sus hermanos al prohibirles el acceso al castillo, y no precisamente de ser heridos por una hoja de metal. Los había protegido de tener que presenciar la parte más sanguinaria y despiadada de sus naturalezas. Al igual que había hecho con Spatz.

Sí, fue una acertada decisión, puesto que ella no vería a Adler de igual modo de haber sido testigo de cómo este troceaba al obeso señor de ese enclave, al que le sobraban las carnes de las que carecían sus súbditos.

Su líder había seccionado uno por uno los rollizos dedos de ese miserable, aspirando con regocijo sus gritos; había mutilado sus brazos y piernas y rajado, de extremo a extremo, su voluminoso vientre —por el que se le fueron vaciando las tripas mientras seguía aún con vida— antes de cruzar las hojas de sus espadas en su garganta y separarle la cabeza del cuerpo. Lo había dejado para el final premeditadamente, para que fuese testigo de cómo todos sus soldados expiraban el último aliento; después lo torturó y ejecutó ante Fronterizos y clanes aliados sin dejar traslucir el mínimo remordimiento.

Sin lugar a dudas, de haber presenciado la fría crueldad de Adler, su compañera lo habría visto como a un monstruo y no como al guerrero que ajusticiaba a un libidinoso y retorcido tirano que llevaba incontables años sometiendo de las más diversas maneras a su pueblo. Por ese motivo, Fuchs estaba seguro de que, pese a la salvaje carnicería, los habitantes del enclave VanKleis les estarían eternamente agradecidos y jurarían lealtad al Descendiente sin necesidad de ser presionados; y, si estaba tan convencido, era porque él, una noche ya muy lejana, se encontró en una situación bastante similar y no había día que no diera gracias a los primigenios de que su clan, aun sin conocerlo, segara las vidas de sus agresores, curase sus heridas y lo aceptara en su seno.

Fuchs aspiró un lamento al sentir una cálida palma posarse en su espalda curvada.

Ladeó el cuello a sabiendas de los ojos que hallaría observándolo. Unos que rebosaban tibieza y bondad cada vez que su mirada quedaba colgada de ellos.

—Veo que has redecorado la estancia en lugar de darte el baño que a todas luces necesitas.

—¿Cómo se encuentran nuestros heridos? —indagó en un hilo de voz, obviando su comentario.

—Todos atendidos y estables. Ninguno presenta gravedad.

—¿Tampoco Igel? —insistió con temor.

Él fue testigo del tajo que el Erizo recibió en el costado y de la abundante sangre que manaba de este.

—Le hemos cauterizado la herida. En un primer momento parecía más aparatosa de lo que en realidad es; la prueba es que Igel no ha cesado de parlotear desde que lo llevaron a que lo curásemos. —Schmerz sonrió de lado—. Vuestra sanadora ha tenido que amenazarlo en varias ocasiones con cortarle la lengua. Pero ese joven guerrero, o es un insensato, o la conoce demasiado como para saber que eran vanas amenazas, pues, tras su primer aviso, se ha afanado en provocarla con redoblada intencionalidad.

—Él conoce bien a Ratte —le garantizó al sanador, que amplió la sonrisa.

—Supongo que sí… Lo que no quita que se la esté jugando, porque, aunque ella sea incapaz de cortar su aviesa lengua, no puedo decir lo mismo de mi hermano si continúa sugiriéndole tan

obscenas propuestas a la futura madre de su hijo.

Sin poder evitarlo, los labios de Fuchs se curvaron.

Igel no tenía solución, mas sabía que, con Ratte presente, Gräuel no le haría ningún daño. Ella jamás lo permitiría por muy unida que ahora estuviera a ese Fronterizo.

La sonrisa se borró de su rostro al sentir la callosa palma de Schmerz deslizarse a lo largo de su espalda.

Tenía que erguirse. Dejar de mostrarse vulnerable aun cuando estaba seguro de que él no juzgaría ese momento de flaqueza por el que estaba pasando.

—Necesito que me cures, sanador —le pidió casi en un ruego.

Schmerz plegó las cejas, recorriendo con sus cálidos ojos cada porción de su cuerpo.

—No aprecio ninguna herida visible que precise de mis atenciones; la sangre que tienes pegada a la piel no es tuya, Fuchs.

Un sollozo quedó atascado en el pecho del rastreador.

—Lo que necesito es que cures mi alma. Pensaba que dejando salir mi furia calmaría el dolor que tengo clavado aquí dentro. —Llevó una mano al esternón—. Pero no lo ha hecho. Continúa hincado ahí… Todo mi pasado ha regresado de golpe y necesito que me ayudes a volver a enterrarlo.

El sanador se plantó frente a él, lo sujetó por los hombros, haciendo que se enderezase, y lo miró fijamente a los ojos.

—Recuerdos nuevos que borren los antiguos, ¿es eso lo que me pides? Porque no solo puedo intentarlo, sino que nada me complacería más que poder conseguirlo. Dime qué precisas y te lo daré. Dime qué deseas que haga para que tu corazón y tu mente atesoren nuevos momentos que no te causen dolor.

Fuchs bajó la vista a su ingle, comprobando que las palabras de Schmerz habían bastado para endurecerlo. Volvió a fijar sus pupilas en las de él, aislándose de todo y centrándose tan solo en lo que ansiaba obtener. Lo único capaz de serenar su alma.

—Deshazte de la ropa y ven a la cama —demandó antes de dirigirse al lugar indicado y tumbarse de espaldas sobre el mullido colchón.

Apenas habían pasado unos instantes cuando el formidable cuerpo del Fronterizo se encajó a horcajadas sobre sus muslos.

—Aquí me tienes, guerrero.

Fuchs contempló su piel morena y la trabajada musculatura bajo esta. Deslizó las yemas de los dedos desde sus pectorales hasta su firme vientre, que se tensó con el contacto.

—Móntame, jinete negro —le pidió, ciñendo los dedos en torno a la erección de Schmerz, que aspiró un siseo—. Haz de mi dolor, placer; de la negrura que me inunda, un estallido de luz; de mi vulnerabilidad, fortaleza. Hazme ser de nuevo humano y no el animal rabioso en el que esta noche me he convertido. Hazme sentir la persona que soy cuando estoy contigo.

El sanador le dio lo que quería sin tener en cuenta la sangre reseca que cubría buena parte de su cuerpo… Sin dejar de mirarlo a los ojos para que se anclase a aquel momento…

Lo cabalgó como necesitaba, de forma contundente pero lenta, mientras él hundía los dedos de una mano en su nalga y lo masturbaba con la otra.

No se consideraba ningún necio y sabía sobradamente que Schmerz no había accedido a su anhelante súplica por lástima, sino porque, pese a haber querido evitarlo, se había enamorado de él.

Con los primeros latigazos de placer azotándole el cuerpo, sin apartar la mirada de sus cálidos ojos, Fuchs pidió a la Madre que la demencial atracción que sentía por el Fronterizo mutase a otro tipo de sentimiento y, en un futuro, poder amarlo también. Poder amarlo como Schmerz se merecía.

Capítulo 36

—Si aseguras que no es por temor y que entiendes en parte que diera esa orden, ¿por qué te niegas entonces a hablar con él?

Aparté la vista de la ventana por la que contemplaba el exterior del castillo y miré a mi hermana, que había tomado asiento en una de las sillas de la alcoba. Spatz ocupaba la otra y Tỳr, tumbado sobre la cama, se mantenía en silencio mientras me observaba.

—Porque dejó salir al monstruo, Sigyn —repetí por tercera vez —. Se ensañó con VanKleis, otorgándole las riendas al asesino que lleva dentro cuando podía haberle dado una muerte rápida.

No lograba borrar de mi mente la crueldad que había demostrado Adler tres noches atrás. Claro que la insistencia de ella y el descontento en las miradas de mi hermano y de la niña se debían a que ninguno había visto lo que yo, que, paralizada a unos pasos de las puertas que daban al gran salón, abrí los ojos tan pronto el sonido de la lucha cesó y la acerada voz de mi compañero hizo eco contra las paredes de piedra.

Ratte y mi padre se habían preocupado de mantener tanto a Tỳr como a Spatz apartados de las grandes puertas; al igual que hizo Todesfall con Sigyn, que la pegó al muro exterior y se abrazó a su cuerpo para que no presenciase la carnicería.

No ocurrió así conmigo, que aun vigilada estrechamente por Katze, quien no se separó de mi lado como le ordenó su líder, tampoco hizo por evitarme que fuese testigo de esa faceta de despiadado verdugo que él ofreció a todos sus guerreros. La misma que ella acunaba en su interior, seduciéndola hasta el punto de contemplar con deleite las atrocidades que sus garras de metal no podían ejecutar por estar en la obligación de custodiarme.

Pero yo no era Katze ni ninguno de los Bastardos del Hierro y la saña que Adler empleó se sucedía en mi cabeza una y otra y otra vez.

No fue hasta que se giró tras decapitar a VanKleis, después de haberlo sometido a la más espeluznante de las torturas, que reparó en mí y en el horror que destilaba mi rostro.

El suyo estaba teñido con la sangre de sus víctimas, al igual que el resto de su cuerpo. Era la viva imagen de ese salvaje sin corazón con la que tantas veces me había llenado la boca para insultarlo. Si bien, en esa ocasión, no se trataba de un reproche con la intención de herirlo, sino de la cruda realidad. Su fiera figura lo gritaba y él lo supo. Fue consciente de lo que a mis ojos proyectaba, pues en los suyos vi derretirse el gélido hielo que los cubría antes de dejar caer los brazos a los costados como si no pudiera con el peso de sus espadas… Como si ese peso de pronto lo hubiese vencido… Pero bien sabía que fue mi mirada la que apagó su ira y lo embargó de temores.

Temores más que justificados, puesto que, en los tres días que llevábamos en el castillo, me había negado en redondo no solo a compartir lecho con él, sino que, además, me afanaba en evitarlo y había rechazado acudir a su encuentro las veces que había solicitado que lo hiciese.

No podía enfrentarlo. No cuando en mi mente estaba impreso el monstruo que moraba en su interior y no el compañero de vida a quien amaba… No cuando mi corazón tan solo reconocía al sanguinario guerrero y no al hombre de mirada de cielo y aroma a lluvia, cuero y libertad del que comencé a enamorarme en el bosque de Hayas.

—Mi líder liberó a los jóvenes que se hallaban contra su voluntad en el salón. Y eso dice mucho de su bondad y su honor —lo defendió Spatz con infinita dulzura y notable admiración.

—La niña está en lo cierto, Hlín. Lo que el desalmado que gobernaba este enclave y su guardia armada hacían era una aberración —apoyó mi hermana, a quien Adler había enviado en un nuevo intento de que accediese a hablar con él.

Pero si ese arrogante salvaje aún no había venido a sacarme por la fuerza de aquella alcoba —en la que yo misma me había enclaustrado— para obligarme a que mantuviésemos una conversación, significaba que el miedo a empeorar nuestra situación pesaba más que su orgullo y su intolerancia a que lo desobedeciera. Lo que me decía que le constaba que el horror y la decepción por sus actos pesaban más en mi interior que el amor que pudiera profesarle o las disculpas que pensara ofrecerme. Porque esa maldita noche no pensó en ningún momento en mí ni en cómo

pudiera sentirme y se dejó gobernar por sus sádicas raíces de Heraldo.

—No soy ninguna estúpida —espeté a ambas—. Sé de sobra que lo que esos cerdos hacían a los muchachos y muchachas del pueblo era una aberración y que, con toda seguridad, están inmensamente agradecidos a Adler por librarlos de esa condena. ¡No hay más que ver el trasiego de estos días con las entregas de víveres que nuestros hombres les están haciendo! —Elevé el tono de voz, pues cierto era que había observado el ir y venir de los lugareños al castillo y cómo entre Ciénagas y Fronterizos repartían entre ellos lo que el miserable que los había gobernado apilaba en sus enormes despensas—. ¡Aunque eso no justifica la masacre que Adler ordenó ni tampoco que se cebase con VanKleis! Podía haber hecho prisioneros y eso no habría impedido que diese al pueblo lo que ahora le está dando. De esa forma también los habría liberado de su yugo sin perpetrar ninguna matanza. ¡Pero nooo! —Me carcajeé con sarcasmo—. Hizo que los matasen a todos. Él mismo se ensañó con sus víctimas. Y soy incapaz de comulgar con esa sangre fría y el poco respeto por la vida.

»Lo vi luchar contra los Purgadores en el desierto de Nammentos cuando hui del campamento en el bosque de Hayas, contra ese mismo clan al rescatar a Egon y contra la guardia armada Vorgrimler, y en ninguna de esas ocasiones he sentido el rechazo y la decepción que siento en este momento.

—¿Por qué? —siseó mi hermano, hablando por primera vez—. ¿Porque todas esas veces que mató lo hizo para salvaguardar su vida y la de los suyos? ¿Acaso esos ultrajados jóvenes, por sernos desconocidos, no se merecían una defensa?, ¿que alguien ajusticiase a sus verdugos después de años de sometimiento? Si en ese salón, a los que hubiesen estado violando hubiéramos sido Sigyn y yo ¿habrías visto tan desproporcionada la reacción de Adler? Porque te recuerdo que yo he sufrido el mismo abuso que ellos y, de poder, cortaría a Dedrick en trozos tan pequeños que no servirían ni de alimento para los gusanos.

Me fragmenté interiormente al escuchar las duras palabras de Tỳr. Sentí cómo el rechazo y la decepción se ahogaban en la profunda tristeza que acababa de asaltarme. Una que extendió sus largos y fríos dedos por mi sangre hasta acomodarse en mi corazón.

Los miré uno por uno. A mi hermana, que había venido a pedirme que lo escuchase; a Spatz, que había intentado que viese lo que me negaba a ver; y a Tỳr, quien cargó contra mí con tan rotunda verdad que me dejó indefensa.

Llevé a mis pulmones una honda bocanada de aire, tomando una decisión.

—Tenéis razón. Adler no se merece mis desplantes ni cargar con más peso del que ya carga.

Me encaminé hacia la puerta, advirtiendo el alivio en sus rostros por acceder al fin a hablar con él.

Cerré tras de mí y guie mis pasos en dirección contraria a la estancia donde él me aguardaba, puesto que primero iba a escupirle cuatro verdades a quien sí era responsable de todo aquel despropósito.

Salí al patio de armas y lo busqué entre el gentío. El rastrillo estaba izado y los habitantes del pueblo iban y venían sin hallar nada que les obstaculizase el camino. Sin miedo. Unos marchaban cargados de víveres y otros llegaban con las manos vacías para ser llenadas.

Por un momento me permití embeberme de sus apacibles rostros, de sus miradas nubladas de sincera gratitud cuando una pequeña porción de lo que por tantos años les había sido robado les era entregada. Sí, me embebí de los niños que correteaban sin temor a lo largo y ancho del empedrado, de los padres y madres con sonrisas esperanzadas, de los ancianos que al fin podrían abandonar esta vida sabiendo a sus familias amparadas.

Respiré el helor de la mañana y dejé que por unos instantes los tímidos rayos de Tzonne calentaran mis mejillas antes de acercarme a uno de los guerreros y preguntar por él.

—Si no me equivoco, se halla en el arsenal haciendo recuento de las armas.

Y hacia allí me dirigí con firme determinación. Bordeé el alto muro del castillo y una rabia, candente y viscosa, bulló en mi estómago al visualizar su negra silueta moverse en el interior de la achatada estructura de piedra donde guardaban las armas.

—Blut, ¿nos dejas un momento? —solté nada más alcanzar el arco que hacía las veces de puerta de la pequeña construcción.

El Fronterizo de cráneo rasurado y poblada barba me miró

ceñudo; después, desvió los ojos a su hermano, que asintió a mi petición con un gesto casi imperceptible.

Me aparté a un lado para que Blut saliese, haciendo caso omiso de sus masculladas imprecaciones por mi intromisión, y, en cuanto accedí al interior, me planté frente a él y lo miré con profundo odio.

—¿Lo saben ellos? —Señalé al exterior, refiriéndome a su pueblo.

—No —gruñó bajo, consiguiendo que la candente y viscosa rabia se agitase en mi estómago buscando una salida.

—¿Por qué se lo ocultas? —lo presioné.

—Porque es mejor que mis hermanos no sepan nada.

—¿El qué?, ¿que eres un sucio embustero? ¿Que llevas a saber cuántos años engañándolos? ¿Que puedes hacer más de lo que haces y no mueves un maldito dedo? ¿O que les mientes sin remordimientos consciente de sus devotas creencias? ¡Dime! —le grité—, ¿qué no deberían saber?

Me agarró con fuerza por el brazo y, de un tirón, mi rostro estuvo tan cerca del suyo que me vi reflejada en sus ojos.

—Nada —masculló—. Ni ellos ni nadie puede saber nada, porque yo también tengo una misión que desempeñar. Una elegida por mí, ¿me oyes?

—Maldito seas —escupí, dejando que esas dos palabras transportaran la rabia que me corroía—. Ellos no se merecen tus mentiras. ¡Mi hermana no se las merece, ni mucho menos Adler se merece que le oculte lo que sé!

Su frente se plegó con disgusto y sus dedos se ciñeron más a la carne de mi brazo.

Ni un solo latigazo de temor me azotó.

—Mantén la boca cerrada por el bien de la profecía, Visionaria —me amenazó—. El momento llegará… Y entonces, esperaré anhelante las disculpas que tendrás que ofrecerme.

—Ni en tus sueños —le aseguré, desasiéndome de su agarre y abandonando el arsenal antes de que la tentación de atravesarle el pecho con una de las espadas que allí había me cegase.

Él era un maldito egoísta y yo una estúpida inútil por no hallar la conexión entre mi última visita al plano onírico y la visión que tuve al tocarlo.

Capítulo 37

Adler

—Si nos guiamos por las cifras notificadas en el documento que la señora de Folkenhorst os mostró a Fuchs y a ti, que pretendas dejar aquí a Torsten y a sus hombres es un suicidio.

Bien lo sabía, mas me negaba a contemplar otra opción.

—La guardia armada del enclave Vorgrimler estaba tan bien entrenada como pueda estarlo la de Wittegenstein y, de igual modo, nos superaba en número. Y vencimos —repliqué a Todesfall, que desde que su padre falleciera y se viese en el deber de asumir el mando de su pueblo, la templanza de la que solía hacer gala parecía abandonarlo por días.

Aunque, mal que me pesase reconocerlo, entendía su insistencia y su falta de apoyo, pues la decisión que había tomado pronosticaba que íbamos hacia una muerte certera, pero aun consciente de que ese sería el nefasto sino que a buen seguro nos aguardaba, todo mi ser rechazaba la idea de dejar sin protección a los habitantes de VanKleis.

No me sentía capaz de hacerlo, maldición.

—La guarnición Vorgrimler no esperaba nuestro ataque, Adler —apuntó en un crispado siseo—. No puedes privarnos de más guerreros cuando no hemos conseguido aumentar nuestros efectivos y es del todo probable que las tropas Wittegenstein sí nos estén esperando.

El Fronterizo no se equivocaba.

Ya no existía la mínima duda de que aquel había sido el destino elegido por el gusano de Dedrick para solicitar asilo: las tierras de un señor que, según el manuscrito de Helga, estaba versado en las armas y se proclamaba a sí mismo general de su ejército. Uno que superaba numéricamente con creces al nuestro. Uno que engordaba sus filas con niños de edades similares a la de Tỳr y a los cuales tendríamos que dar muerte, maldito fuera.

El solo hecho de pensar en cargar contra esos inocentes que

habían sido forzados a adiestrarse en las armas por el malnacido que los gobernaba, me repugnaba. Y más sabiendo que dar esa orden terminaría de alejar a Hlín de mí tras haber presenciado hacía tres noches cómo me ensañé con VanKleis.

De existir alguna remota posibilidad de que sobreviviésemos a aquella batalla que estaba por venir, perdería a mi compañera para siempre. Eso era un hecho que más me valía ir asimilando.

Gruñí ante las dos únicas perspectivas que se me presentaban: prescindir de los Ciénaga y ser aniquilados o llevarlos e intentar vencer, consciente de que esa victoria implicaría una vida en la que ella no me acompañara.

Inhalé con fuerza, aferrándome a la esperanza de que los dioses no permitiesen ni lo uno ni lo otro.

—No hay más opción que la de aceptar nuestro sino, Todesfall. Sea cual sea.

Sus dientes se apretaron con visible furia, la misma que destilaban sus ojos violetas.

—Tu deber como líder es dar con una solución que nos ofrezca alguna garantía —me recriminó y yo mastiqué una imprecación—. Dejaste a Jürgen y a los Purgadores a cargo del enclave Vorgrimler, a Gunnar y a su guardia en Folkenhorst para fortalecer su endeble seguridad, y ahora pretendes que los Ciénaga se queden al cuidado de los habitantes de VanKleis…

—Es mi decisión —atajé al límite de mi paciencia—. Esta gente ha jurado lealtad al Descendiente, forman parte de su pueblo y merecen contar con protección ante un posible ataque, por improbable que este sea.

Llevábamos reunidos en aquella cámara buena parte de la mañana, debatiendo sobre el próximo movimiento a ejecutar sin que nos pusiéramos de acuerdo.

Cierto era que aquella última batalla que tendríamos que librar en Eddel no auguraba un futuro halagüeño para nosotros y que, como sölken elegido por los primigenios al igual que yo, era mi deber escucharlo. Pero quien los lideraba era yo y la decisión estaba tomada.

Unos golpes en la puerta me hicieron desviar la mirada de Todesfall a esta.

Él resopló, mostrando así su enfado y frustración, antes de abrir.

La respiración se me atoró en mitad del pecho al ver a la culpable de uno de mis desvelos.

Que a la preocupación de aquella batalla que no podríamos ganar se hubiese sumado el que Hlín, además de no querer cruzar una palabra conmigo, se negase a que compartiésemos lecho, me había impedido pegar ojo las tres últimas noches.

Tragué grueso cuando los ojos de ónix de mi terca compañera dejaron de observar al Fronterizo y se anclaron a los míos.

Había estado aguardando pacientemente que tuviese a bien mantener conmigo la necesaria conversación que le había solicitado incontables veces en esos días, mas dudaba de conservar el temple y las fuerzas para enfrentarla en ese momento. No después de haber gastado buena parte de ambos en contener mi temperamento con Todesfall.

—Ya que por fin te has dignado a hablar con él, intenta convencerlo de que su decisión es un suicidio —le espetó este, ganándose una mirada envenenada por parte de ella que ignoró girando el rostro hacia mí. Encajé las mandíbulas—. En vista de que pareces haber perdido el juicio, iré a aprovechar con Sigyn las últimas horas de las que muy probablemente dispongamos. Os sugeriría que hicieseis lo mismo y aparcaseis a un lado vuestras diferencias.

Tras aquella implícita insinuación que tiñó de rosado los pómulos de mi compañera, abandonó la estancia, cerrando con un portazo tras de sí.

—¿De qué narices habla el jinete oscuro? —inquirió, señalando la puerta—. Y evita explicarme sus inmediatas intenciones, que esas me han quedado claras.

Expelí por la nariz, temiéndome la segunda discusión del día.

—El sölken de tu hermana no está de acuerdo con que deje aquí a Torsten y a los Ciénaga para que protejan a los lugareños de cualquier amenaza —expuse sin rodeos—. Y he de admitir que razones no le faltan para estar tan cabreado, consciente de que el hacerlo reduce aún más nuestras opciones de vencer en Wittegenstein.

»No he conseguido aumentar nuestros efectivos como en un principio pretendía, y al prescindir de buena parte de los que tenemos, es bastante probable que ni con la ayuda de las bestias

obtengamos la victoria. Esa es la realidad, Hlín —dije con sinceridad—. Pero, aun conociendo las implicaciones, soy incapaz de marchar y abandonarlos a su suerte. Porque no lo hice ni en Vorgrimler ni en Folkenhorst y la gente que habita estas tierras merece el mismo trato.

»Wittegenstein no avanzará con el grueso de sus tropas dejando desprotegidos sus dominios, de eso estoy seguro; no obstante, cuenta con suficientes soldados como para enviar una partida a cualquiera de los enclaves, y más estando al tanto de nuestra incursión en Eddel.

—Das por hecho que Dedrick se encuentre allí, ¿no es cierto?

—No albergo la menor duda.

»Para nuestra desgracia, ha demostrado ser astuto y meticuloso. Y sabiendo como ahora sé de las misivas que los gobernantes están obligados a remitirse anualmente, cabe sospechar que su destino fuera Wittegenstein desde un principio, en vista de que posee la guardia armada más entrenada y numerosa de los cuatro enclaves.

»El muy hijo de perra nos engañó proporcionándonos un rastro falso. Logró que atacásemos a quienes no entrañaban peligro ni mucho menos podían ofrecernos refuerzos y así obtener el tiempo que precisaba para conseguir asilo y respaldo.

Hlín, que hasta entonces se había mantenido al otro lado de la robusta mesa, imponiendo la misma dolorosa distancia con la que llevaba castigándome tres días con sus correspondientes noches, la rodeó y se posicionó junto a mí.

Giré el cuerpo en la silla que ocupaba para poder mirarla y el poco orgullo que me quedaba se resquebrajó al advertir el brillo acuoso en sus ojos.

Hice descender hasta mi estómago ese poco de orgullo junto con la arrogancia que ella siempre vio en mí.

—Siento en el alma que fueses testigo de lo ocurrido en el gran salón —le hablé con el corazón en la mano—. Mi intención era que jamás presenciaras esa parte de mí… Solo espero y deseo que seas capaz de hallar el modo de volver a amarme, porque no puedo pedirte perdón por cómo actué, Hlín. No cuando mi ira se revuelve solamente con recordar lo que ese desgraciado permitía hacer a sus hombres.

Para mi asombro, posó una mano en mi mejilla y la acunó.

Una familiar sensación me encogió el pecho.

—No he dejado de amarte, Adler —confesó en un susurro que aceleró mis pulsaciones—. Me impresioné y he necesitado tiempo para asimilarlo; para tomar conciencia de que no solo era tu ira la que te guiaba, sino también tu honor por impartir la justicia que se merecía este pueblo.

»Sé lo que os dijo el anciano y que esa no fue la única opción que barajaste. Sé que… de no haberlos sorprendido sometiendo a esos jóvenes, no habrías dado la orden de matarlos. He comprendido que actuaste del mismo modo en que lo hiciste la noche que rescatasteis a Löwin y Fuchs, sin importarte exponer tu vida por unos desconocidos que no tenían quien los defendiese. Y eso te honra. —Tragó varias veces—. Soy yo quien debe pedirte perdón por negarme a escucharte y alejarme de ti en estos días.

Enredé los dedos en su suave cabello y los ceñí a su nuca.

—Tú no me debes disculpa alguna, Hlín —musité con la voz enronquecida, atrayéndola hasta mi boca.

Ella se acomodó a horcajadas sobre mis muslos y me rodeó el cuello con los brazos.

El aguijonazo en la entrepierna fue inmediato. Y el beso… Ese beso que en un comienzo no tenía más pretensión que la de sellar el acercamiento que tanto había anhelado, se tornó exigente y hambriento.

Jadeante, rompí el contacto con esos endiablados labios que respondían a los míos con idéntica desesperación, ya que, de no hacerlo, la tomaría sobre la mesa y me olvidaría de nuestro problema más acuciante.

No podía permitirme alargar por más tiempo nuestra estancia en Vankleis; debía organizar a mis guerreros y partir cuanto antes.

Hlín pareció captar mis divididos pensamientos, que se debatían entre entregarme a mis obligaciones como líder o a la agónica apetencia que ella había despertado en mi cuerpo.

—Esta noche nos tendremos —aseguró sobre mi boca, provocando que mi virilidad se agitase entusiasmada con la perspectiva de volver a compartir lecho y lo que eso implicaba—. Y no será la última vez como ha dado a entender Todesfall —afirmó con apabullante seguridad—. Lograremos vencer a la guardia armada de Wittegenstein y después partiremos a Nammentos para

terminar de cumplir la profecía. —Sus brazos se ciñeron más en torno a mi cuello—. Confío en ti y en las decisiones que tomas, Hombre de Hielo. Haz tú lo mismo y confía en mí —me pidió en un hilo de voz—. Solo confía en mí y no me juzgues.

Aprecié una súplica en aquella petición y, aun ignorando a qué se debía, le di lo que parecía necesitar.

—Confío en ti y en tu esperanza. Los dioses te escogieron por algo.

La mueca de fastidio que se dibujó en su rostro elevó la comisura izquierda de mi boca.

—Sí, esos egoístas desconsiderados nos eligieron y lo mínimo que pueden hacer es no abandonarnos en estos difíciles momentos.

—No lo harán. Ten fe en ellos.

—Tengo fe en ti —sentenció—. La que pudiera tenerle a ellos ha ido disolviéndose con los días, conque no estaría de más que elevases una plegaría a tu amado *dios guerrero* para que nos proteja en la batalla que se avecina —me propuso con condesada ironía, consiguiendo que mi comisura derecha también se elevara.

—El Señor del Exterminio no nos dejará a nuestra suerte, Hlín —le aseguré, resbalando el pulgar por su mejilla—. Aunque estaría bien que tú, como Descendiente que eres, también les pidieras por ello.

—Y lo haré. Puedes estar tranquilo —aseveró con convencimiento y cierto disgusto, haciendo que mi inapreciable sonrisa fuese plena.

Hlín me devolvió el gesto, disparándome los latidos.

Y deseé como nunca antes que los primigenios escuchasen nuestros ruegos solo para poder verla sonreírme así de nuevo.

Capítulo 38

Todesfall

Prácticamente había salido huyendo de la cámara privada del difunto VanKleis —donde estaba reunido con Adler— con tal de no rozarse con Hlín.

Si algo quería evitar por todos los medios, era que la Descendiente con el poder de la visión lo tocase y fuese conocedora de lo que en los últimos días se había estado gestando en su cabeza; menos, cuando todavía no había tomado una decisión en firme.

Todesfall se sentía tremendamente frustrado por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y una rabia visceral, que no sabía cómo gestionar, se había ido adueñando de él.

Desde que arribaran a Eddel, su situación no había hecho sino empeorar; primero, la muerte de su amado padre y dejar en el enclave Vorgrimler a los guerreros Purgadores; después, prescindir del capitán Gunnar y su guardia para reforzar la escasa defensa que poseía Folkenhorst; y ahora, Adler iba a privarlos de los Ciénaga Gris, terminando de socavar el eficaz ejército que podrían haber sido de continuar con lo planeado y no haber renunciado a llevar consigo a todos los efectivos de los que disponían. Porque esa consideración que estaba demostrando el Bastardo con los habitantes de Eddel iba a conducirlos hacia una muerte segura. Y era por esa certeza que se había pasado los últimos tres días barajando la idea de quitarle la vida y hacerse con el mando.

Según Todesfall, lo sensato habría sido enviar a varios de sus hermanos a la grupa de sus dreiks para que comunicasen tanto a Jürgen como a las dos guarniciones que se hallaban en Folkenhorst que debían reunirse con ellos en VanKleis; y juntos, marchar hacia el sur.

Atacar el enclave Wittegenstein, cargando contra sus tropas con el total de las fuerzas de las que disponían, era su única posibilidad de alzarse con la victoria. Y Adler se negaba a ver esa realidad, maldito fuera.

De ahí los macabros pensamientos que rondaban su mente…

Pensamientos que no se atrevía a ejecutar por temor a que la preciosa hembra que en ese momento se hallaba abrazada a él en aquella enorme cama lo repudiase para siempre.

Amaba a Sigyn con toda su alma y solo por ella se obligaba a contener sus siniestros impulsos, pues bien sabía que si daba muerte al compañero de su hermana nunca se lo perdonaría. Él mismo sería incapaz de perdonarse, ya que, para su desgracia, sentía un sincero afecto y una profunda admiración por el líder Bastardo.

Pero ¡¿cómo no iba a albergar esos sentimientos?!

Era incuestionable que el guerrero había demostrado con creces ser un excelente estratega, metódico y resolutivo, además de implacable en la lucha; que los había comandado con mano firme y no había tenido contemplaciones a la hora de impartir justicia a aquellos que lo merecían. Sin ir más lejos, a él le concedió la satisfacción de segar la vida del miserable de Volker y, hacía tres noches, había ordenado sin asomo de vacilación que matasen a los cerdos que se hallaban en el salón del castillo, encargándose él mismo de torturar y decapitar al despreciable que los gobernaba.

¿Cómo no sentir aprecio y admiración por el hombre que los lideraba? ¿Cómo traicionar el respeto que sin duda se había ido ganando desde la noche que irrumpieran en su poblado?

Exhaló el aire de sus pulmones con dolorosa amargura.

Muy a su pesar, no podía sino reconocer que Adler, siendo como era un salvaje, estaba ciñéndose a un erróneo sentido del deber que, en breve, los condenaría a todos. Puesto que la decisión que había tomado no solo ponía en peligro el que pudiesen cumplir la profecía —en la que su pueblo creía con fervor y llevaba siglos aguardando que diese inicio—, sino que, además, los llevaba de cabeza a un inminente sacrificio. Como si sus vidas tuviesen menos valor que la de aquellos lugareños desconocidos.

Todesfall no se consideraba un hombre carente de compasión, pero, sabiendo como sabía que el señor Wittegenstein contabilizaba más de medio millar de soldados en sus filas, no entendía que Adler se dejase gobernar por su parte más humana y no diese rienda suelta al Heraldo sanguinario que habitaba en él; el mismo que ordenó la matanza de hacía tres noches. Porque, ante todo, eran guerreros con una específica empresa que llevar a término y

tendrían que hacer uso de todas las armas con las que contaban; eso fue lo que argumentó el líder Bastardo a su compañera cuando, en su poblado, los hizo partícipes de sus planes para atacar Eddel y pidió a Sigyn que sometiera tanto a los syldeurs como a las bestias de las Lomas Blancas.

Sin embargo, o bien lo había olvidado o confiaba aún más que él en los favores que pudiesen brindarles los Tres… O también cabía la posibilidad de que su intención más apremiante fuese la de proteger a cualquier precio a aquellos que habían jurado lealtad a Tỳr con convicción y sin objeciones, tal y como les prometió que haría. Como los primigenios querrían que hiciera…

Sí, era muy probable que fuese él quien estuviese confundiendo las prioridades del vaticinio, impedido por esa oscuridad que empezó a gestarse en su interior al verse en la obligación de hacerse con el liderazgo de su pueblo tras la muerte de su padre, sin poder llorarlo lo que habría querido. Oscuridad en la que vagabundeaban traidores pensamientos contra el valeroso guerrero que los comandaba. Oscuridad que, en cualquier momento, podía percibir la hermana de Sigyn.

—Te noto en otro lugar y no aquí conmigo.

La dulce voz de su pareja lo devolvió a aquella opulenta alcoba en la que yacían abrazados y desnudos.

Cuando fue a buscarla y la arrastró hasta allí, lo único que pretendía era tomarla y olvidarse de todo, impulsado por el miedo de que aquella fuese la última vez en la que pudiera disfrutar de su cuerpo… De su aroma… De los jadeos que, mientras se hundía en su calor, emanaban de su boca… Y lo había hecho. Había saboreado su exquisito cuerpo con deleite y luego empujado entre sus piernas hasta que ambos culminaron. Pero una vez apaciguada esa imperiosa necesidad de ella, que casi lo había hecho enloquecer, no lograba desligarse de las preocupaciones que copaban su mente. Y Sigyn lo había percibido.

—Estoy aquí, amor —le susurró con infinito cariño, deslizando los nudillos por su suave mejilla—. Perdona si mi cabeza se ha ausentado y eso te ha hecho sentir mal. No lo pretendía. Ni tampoco deseo estar en otro lugar que no sea este, aunque nuestro incierto futuro me martirice.

Sigyn le regaló una bonita sonrisa que no llegó a asomar a la

comisura de sus negros ojos.

—Te quiero, Todesfall —musitó, acariciándole el corto cabello —. Amo cada parte de ti, incluida esa oscura que todo Fronterizo alberga en su interior. Solo te pido que no te dejes dominar por ella, que confíes en los dioses y mantengas la esperanza. Porque yo lo hago. Yo me aferro a la idea de disfrutar de un futuro a tu lado cuando la paz y el equilibrio se asienten definitivamente.

Algo dentro de su pecho se quebró al escucharla.

—Adler nos ha condenado a muerte, amor —le confesó, incapaz de seguir ocultándole su desasosiego—. A pesar de nuestro reducido número de guerreros, piensa dejar aquí a Torsten y a sus hombres. Y eso augura que los que vamos a batallar contra la guardia armada Wittegenstein no salgamos con vida, incluida tú…

En lugar de asustarse o ponerse a la defensiva por cuestionar la decisión de Adler, Sigyn lo obsequió con un tierno beso en los labios.

—Confía y mantén la esperanza. Hazlo por mí —le pidió con su habitual dulzura.

—No sé cómo hacerlo —se sinceró.

—Yo te daré un motivo para que halles la forma —le dijo besándolo de nuevo—. Hlín ha visto al hijo de Ratte y Gräuel, lo que significa que no todos estamos destinados a morir.

»Quiero creer que nuestros descendientes habitarán las tres tierras que la Madre vaticinó que mis hermanos y yo gobernaríamos. Quiero pensar que serán nuestros vástagos quienes traigan realmente la estabilidad y la paz. Porque ellos serán los herederos de sangres que fueron enemigas y se aliaron para hacer real la profecía. Padres Fronterizos y madres de Eddel o Nammentos. Progenitores de distintos lugares pero con las mismas creencias. Guerreros que se unirán a granjeras; guerreras que elegirán como compañeros de vida a comerciantes o labradores; jóvenes que se criaron dentro de la seguridad de unas murallas y que emprenderán su camino en una salvaje tierra; fieros guerreros de clanes que cambiarán su modo de vida cuando encuentren a las mujeres destinadas a ellos…

»Nuestros hijos e hijas mantendrán unidas tres tierras que solo compartían la creencia en los mismos dioses. Tres tierras hasta ahora desconocidas entre sí. Y en eso quiero que creas, amor. En

que esa unión es la que los primigenios ansían. En que ahí reside la verdadera estabilidad.

Posicionándose sobre ella, Todesfall se hizo hueco entre sus piernas y la besó con ferocidad, rogando por que sus palabras se hiciesen reales. Aunque…, el que hubiese compartido con él sus esperanzas, había acicateado no solo su deseo, sino también sus dudas.

«Herederos de sangres enemigas», pensó mientras se hundía en su calor, más consciente que nunca de que, de hacerse realidad, el tan ansiado equilibrio que anhelaban los primigenios se restablecería.

«Herederos de sangres enemigas», se repitió en el interior de su cráneo al tiempo que comenzaba a mecer las caderas con agónica lentitud, experimentando una mezcolanza de absoluto deleite e intenso dolor.

Un excitante jadeo viajó de la boca de Sigyn a la suya; en respuesta, aumentó la cadencia de sus acometidas hasta perder el aliento. Hasta olvidarse incluso de cómo se llamaba. Hasta que la sintió tensarse bajo su cuerpo.

Gruñó, atravesado por un inmenso placer. Uno inigualable que solamente hallaba entre los brazos de su compañera.

Con la respiración tan desbocada como lo estaba su corazón, se dejó caer sobre ella. Sigyn lo abrazó por la espalda y depositó un aterciopelado beso en la piel de su hombro; él hundió la nariz en su cabello y cerró los ojos, convencido, más si cabía, de que Adler debía morir para que los herederos de los que Sigyn había hablado tuviesen una oportunidad.

Pese a que ninguno de esos futuros hijos pudiese ser de ambos, pues tampoco le cupieron dudas de que ella dejaría de amarlo en cuanto él acabara con la vida del Bastardo.

Capítulo 39

Incontables siluetas en ocre y plata formaban una gran muralla humana que avanzaba, implacable, a través de la crecida hierba, dejando a su espalda una enorme fortificación que, orgullosa, se alzaba hasta casi tocar el cielo del amanecer, donde Tzonne desplegaba sus tímidos rayos bañando la piedra gris de distintos dorados.

¿Qué lugar era aquel?

Miré por encima de mi hombro, descubriendo tras de mí al jinete negro. Mi amada Sigyn se hallaba junto a él…

Tỳr también se encontraba cerca, con Spatz fuertemente agarrada a su mano.

Llevé la vista de nuevo al frente, donde una densa masa oscura había empezado a girar y girar y girar sobre sí misma, opacando parte de ese cielo que hasta hacía un instante era un lienzo de suave malva y tímidos amarillos.

Un eco de gruñidos bajos llegó a mis oídos, acompañado de un ensordecedor batir de alas.

Sentí la tierra rugir bajo las suelas de mis botas y, aterrada, volví a mirar a mi espalda.

Tan solo el Fronterizo, la niña y mis hermanos se hallaban allí.

¿Qué diantres ocurría?

¿Dónde demonios estaban Adler y los demás…?

El agónico y familiar bramido hizo que mis pupilas vagaran, veloces, hasta detenerse en la contienda que había surgido de la nada.

Las espadas dejaban una estela roja al caer con virulencia, quebrando músculos, tendones y huesos.

Contuve la respiración y lo busqué entre los combatientes.

¿Cuándo había sucedido aquello? ¿Cuándo se había desatado ese infierno?

Un gemido lastimero escaló por mi garganta al localizarlo.

Miedo, miedo, miedo…

Miedo y sangre.

Sangre fluida y carmesí emanando de la herida mortal en el pecho de Adler.

Sentí que mi corazón se rompía en pedazos.

Lo vi caer de rodillas, sujetando con ambas manos la empuñadura de la espada que se hundía en su esternón y le despuntaba por la espalda en un vano intento de extraerla.

Yo también caí de rodillas, consciente de que nuestras vidas se separaban justo en ese instante.

El compañero de mi hermana fue rápido y lo sujetó antes de que su cuerpo moribundo se desplomase sobre la hierba. Adler observó incrédulo las lágrimas en el rostro de Todesfall; después, buscó mis ojos y me miró con infinita tristeza.

No aparté la mirada de la suya hasta que esta quedó vacía. Y fue justo en ese momento, en el que sus ojos de hielo dejaron de tener vida, que supe que mi alma había perecido con él.

Desperté sobresaltada, notándome el corazón en la boca y los latidos tronándome en los oídos.

Bum, bum.

Bum, bum.

Bum, bum.

—Tranquila. Estás a salvo. Estás conmigo.

Ladeé el rostro hacia la voz de Adler al tiempo que sentía la palma de su mano posarse sobre mi agitado estómago. Lo había despertado y me observaba con las cejas fruncidas, apoyado sobre un codo.

Hice un esfuerzo sobrehumano por tragar y que mi acelerado corazón descendiese y con él la congoja de haber presenciado su muerte.

Él no podía morir. No estaba dispuesta a permitirlo.

—¿Qué te han mostrado los dioses que te ha asustado tanto? —me preguntó con la voz tomada por el sueño, el que yo acababa de interrumpir.

Era nuestra última noche en el enclave VanKleis; al amanecer,

partiríamos hacia el sur y, según esa horrenda pesadilla, también hacia el final de sus días.

Me abracé a su cuello con desesperación, queriendo sentir en mi piel desnuda la calidez de la suya, su respiración en mi cuello, sus labios cerca del oído…

—Nos vi a mis hermanos y a mí frente a las tropas Wittegenstein —no le mentí, aunque solo estaba dispuesta a narrarle el principio de mi visita al plano onírico; el mismo que se presentó ante mis ojos en mi anterior viaje—. Uno de los Fronterizos se hallaba junto a nosotros —continué sin revelarle quién era—. Entonces, el cielo se oscureció y una densa masa negra comenzó a girar y a agrandarse, seguida por un coro de rugidos y batir de las alas que lo ocupó todo hasta que la tierra bajo nuestros pies tembló con un rugido primitivo.

La palma de su mano resbaló por mi espalda y apreté los párpados con fuerza, tratando de contener las lágrimas al tiempo que experimentaba un lacerante dolor por mentirle.

—Tampoco es un sueño demasiado nefasto si le damos la interpretación correcta, Hlín. —¡Oh, desde luego que lo era!—. A mi entender, cabe la posibilidad de que tus hermanos y tú seáis capaces de aunar vuestros dones para combatir a nuestro enemigo. Y eso, de hacerse real, supondría una ventaja para los que tengamos que batirnos cuerpo a cuerpo.

—¿En qué te basas para lanzar tal suposición? —lo interrogué con creciente curiosidad.

—En que la densa masa que viste girar y agrandarse, bien podría ser esa tormenta que desataste en tu enclave, contando con que es uno de tus dones —me explicó—. Y los rugidos y el batir de alas de los que hablas, no pueden ser sino las bestias comandadas por Sigyn. Y tampoco olvidemos que la tierra ya tembló bajo nuestros pies en la orilla del Rötlich, cuando el espíritu de la guerra despertó en Tỳr.

Mis ojos se abrieron al asimilar sus palabras y lo que estas podían significar.

¡Por la Madre!

Había tenido dos sueños que discurrían en idéntico escenario… Dos avances de futuro que se iniciaban de la misma forma… Dos proyecciones oníricas que me mostraban dos posibles sinos: uno

nefasto y otro en el que podríamos sobrevivir…

Porque lo supe. Supe qué debía hacer para que solo uno de esos sueños se cumpliese.

Encajé los dientes con profunda rabia.

Ese maldito jinete negro me iba a oír, y poco o nada me importarían sus amenazas, que seguro las habría. Claro que me iba a oír, pues él era mi única esperanza por poco que me gustase. Ya no tenía dudas. No iba a cejar en mi empeño de conseguir lo que quería de ese maldito y traidor embustero, porque de ello dependía que Adler conservase la vida o la perdiese. Lo obligaría de ser menester, aunque fuese mi vida la que peligrase en el intento.

—Hazme el amor, Hombre de Hielo —le pedí. Y no solo por zanjar el tema y sentirme una miserable al no contarle la verdad, también era porque necesitaba tanto como respirar sentirlo dentro.

Sentirnos uno…

No insistió en que siguiésemos comentando esa horrible pesadilla y sus posibles significados, convencido de que, a buen seguro, sus sospechas eran acertadas e ignorando que lo que acababa de compartir con él, aunque no era falso, tampoco se trataba de lo que me había despertado tan alterada.

Me invitó con ternura a que deshiciese el abrazo en su cuello, tumbándome de espaldas para acomodarse entre mis piernas.

Sus preciosos ojos de invierno se anclaron a los míos para unirnos por tercera vez aquella noche, tal y como le había asegurado esa misma mañana que haríamos tan pronto nuestros conflictos se solucionaron.

Enredé los dedos en su cabello y lo guie hasta mis pechos, que colmó de atenciones entre besos, pequeños mordiscos y largas pasadas de su lengua.

Mi mente se evadió de esos dos sueños que, gracias a él, había logrado conectar, del breve tiempo que nos quedaba para tenernos de esa exquisita manera y del trasiego que comenzaba a llegarnos desde el patio de armas.

Me centré tan solo en nosotros. En nuestra única y maravillosa manera de encajar cuando se introdujo con demencial lentitud en mí. En las infinitas sensaciones que sus callosas manos de guerrero provocaban en mi piel… Y en sus besos cuando atacó mi boca. En esa húmeda combinación que dejaba al descubierto el intenso,

intensísimo deseo al que nos rendíamos. En sus excitantes gruñidos rebotando en mi garganta y en mis jadeos impactando en la suya. En sus caderas acelerando hasta que las sacudidas fueron más animales que humanas. En sus dedos hundidos en mi carne y mis uñas en sus fuertes brazos.

Solo éramos él y yo. No existía pasado, presente o futuro. Solo el hombre y la mujer que se odiaron al conocerse y que ahora no podían vivir sin el otro.

Nos amábamos con devastadora intensidad a pesar de que a Adler le aterrara admitirlo y yo lo dudara cada una de las veces que discutíamos.

Sí, nos amábamos y no contemplaba otra posibilidad que no fuera la de una vida junto a él; todas mis vidas junto a él. Cualquier otra opción estaba descartada. Por eso iba a conseguir, al precio que fuera, que sobreviviese a aquella batalla que nos aguardaba y de la que yo había vislumbrado dos posibles finales.

Aunque mi vida se viera amenazada cuando volviese a presionar a ese maldito jinete negro…

Aunque mi compañero no me perdonase jamás el engaño y la traición a nuestra confianza…

Aunque su elección tras la lucha fuese que nuestros caminos se separaran…

Porque lo prefería mil veces lejos de mí pero vivo.

Que los dioses se prepararan, pues estaba más que dispuesta a tomar las riendas con las que ellos no habían dejado de azuzarme en su sinsentido de profecía.

¿No era una de los Descendientes de Nammentos porque así lo habían querido?

Pues que acarreasen con las consecuencias, ya que iban a conocer de primera mano la impulsividad y la terquedad tan innatas en mí de las que tanto se quejaba Adler.

Capítulo 40

Adler

—Nos has conducido a una muerte segura —espetó Todesfall, situándose junto a mí.

Encajé las mandíbulas con impotencia, incapaz de contradecirlo, ya que habría sido de necios hacerlo viendo el numeroso ejército que teníamos delante.

Muy a mi pesar, el Fronterizo no se equivocaba; era imposible que ninguno de nosotros sobreviviera a aquella batalla.

Los primeros rayos de Tzonne incidían en los gorjales de la guardia armada Wittegenstein que, en perfecta formación, se hallaba delante de los muros de la fortaleza, al final de la vasta explanada de hierba.

Aquel recibimiento ponía de manifiesto que el señor de ese enclave sabía que antes o después los atacaríamos y había tenido vigías apostados en sus tierras que dieron aviso de nuestra llegada. Por eso nos estaban esperando, maldición.

Los soldados uniformados en ocre y plata eran incontables; sin lugar a dudas superaban los seiscientos efectivos que reflejaba el último registro que poseía Helga. Pero, además, por lo que apreciaba incluso a aquella distancia, las primeras hileras de la agrupación estaban integradas por los niños que ese miserable reclutaba para engrosar su ejército. Inocentes sin tiempo real para adiestrarse debidamente. Sin las fuerzas suficientes para detener el embate de una espada. Niños que serían los primeros en caer, maldito fuera.

Ningún pueblo se asentaba en los exteriores de la muralla, tras la cual se alzaba, majestuoso, el castillo. Alrededor de la fortificación solo se avistaba campo y más campo. Ni un solo árbol. Ni una mísera formación rocosa. Todo era llanura matizada de verde y espesa hierba y, por lo que parecía, el señor y general del enclave tenía previsto que la batalla tuviese lugar allí.

—No son más que niños. —Escuché musitar a Sigyn a nuestra

espalda con incredulidad, como si no lo hubiese creído posible hasta verlo con sus propios ojos.

Claro que no era de extrañar que se negase a contemplar semejante ruindad, consciente de que, de ser cierto, serían los primeros a los que nos veríamos obligados a dar muerte. ¿Y qué guerrero podía considerarse como tal segando las vidas de unos inocentes? ¿Qué clase de gobernante o líder no protegería a aquellos que suponían el futuro de su pueblo? Porque si de mí hubiese dependido, habría dejado a Spatz y al Descendiente en el enclave Vorgrimler al cuidado de Jürgen con tal de evitarles el mínimo daño. Sin embargo, tanto ella como él eran parte de la profecía y tenían que acompañarnos en todas y cada una de las batallas que hubiésemos de librar. Aunque, a buen seguro, aquella sería la última.

—No veo modo alguno de que sobrevivamos.

Giré el rostro hacia Gräuel y detesté lo que su semblante reflejaba.

Era cruda devastación. Genuino desahucio en un hombre que no conocía el miedo ante la evidencia de que mi sanadora y su hijo nonato no verían el mañana.

Sentí el peso de sus muertes sobre los hombros y miré en derredor, siendo plenamente consciente de lo reducidas que eran nuestras fuerzas. Ni tan siquiera contando con las bestias, que se agrupaban en la retaguardia, teníamos una oportunidad de vencer.

Nuestro sino estaba sellado para desgracia de todos, si bien la determinación que había escrita en los ojos de mis guerreros aseveraba que pelearían hasta su último aliento.

Apreté los dientes hasta que los sentí crujir y busqué con la mirada a Hlín, sabiendo que el tiempo se nos agotaba.

Me recreé por unos instantes en su bello perfil, en cómo la brisa hacía ondear su largo y oscuro cabello salpicado de hilos de fuego, en su ceño fruncido y la tensa línea de sus labios…

Mis cejas se plegaron.

No había rastro de temor en su rostro y sí una inmutable máscara de arrojo que me produjo un desagradable escalofrío. Porque la conocía, maldición, y donde tendría que haber un profundo pesar por las vidas que iban a perderse, solo hallé templanza y férrea determinación. Y eso me asustaba más que la

propia muerte, pues el gesto decidido e insolente que mostraba era el mismo que la había llevado a cometer más de una imprudencia.

Esa mujer testaruda como ninguna otra tenía algo en mente.

Mis latidos, que temiendo alguna insensatez por parte de mi compañera habían aumentado el ritmo, tornaron galopantes cuando la formación enemiga comenzó a avanzar hacia nosotros.

Mirándola una última vez, encomendé nuestras vidas a los dioses en silencio y, preparándome para la batalla, elevé los brazos y desenfundé mis espadas.

A mis oídos llegó el deslizar del metal; mis guerreros, imitándome, habían desnudado sus armas.

Íbamos a morir, sí. Mas lo haríamos luchando…

Un movimiento a mi izquierda disparó mis alarmas. Giré el cuello como un látigo y mi errático pulso trastabilló, cortándome incluso el aliento.

—Hlín, vuelve atrás de inmediato —le exigí al verla caminar al frente—. ¡Hlín, maldita sea, es una orden! —bramé observando que no se detenía.

—No voy a consentir que esos niños perezcan bajo nuestra mano —dijo alzando la voz, con la vista fija en la guarnición Wittegenstein. No supe a quién dirigía aquellas palabras, pero a mí desde luego que no. A mí me estaba desobedeciendo como venía siendo costumbre—. Ha llegado el momento de que hagas algo por la causa, jinete negro —añadió con palpable furia, dejándome totalmente confundido—. Sigyn, Tỳr, Spatz. Es el momento.

—¿Qué demonios pretende mi hija? —Escuché a un desconcertado Nils preguntarle a nadie en concreto.

El padre de los Descendientes estaba tan confundido como yo; como lo estarían los demás con absoluta certeza. ¿Qué maldita estupidez se había gestado en la cabeza de mi compañera? ¿A qué momento se refería y a quién narices le hacía el reclamo?

—¡Sigyn, no! —gritó Todesfall, haciéndome desviar la mirada hacia él.

Para mi más absoluta consternación, sus hermanos y la pequeña Spatz dirigían sus pasos en pos de Hlín.

—Si no deseas una masacre y sí ver cumplido el vaticinio, ayúdanos a vencer. —¿A quién demonios le hablaba? ¿Acaso había enloquecido?—. Solo tú puedes hacerlo. Porque solo tú te hallabas

con nosotros en mis dos últimos sueños.

Desesperado, busqué al receptor de sus palabras, pues bien sabía que no iban destinadas a mí.

—Pero… ¿qué diablos…? —gruñó Todesfall a mi lado, captando de nuevo mi atención—. ¡No puedo moverme!

Con infinita impotencia, comprobé que, al igual que él, las piernas tampoco me respondían. Aunque el Fronterizo y yo no éramos los únicos; ninguno de mis guerreros era capaz de dar un paso, como si nuestros pies hubiesen echado raíces en la tierra.

¿Qué clase de magia poseían en Wittegenstein?

Un pensamiento, tan gélido como los glaciales de los Picos Muertos, me asaltó de pronto.

Regresé la vista al frente.

—¡Hlín! —rugí notando cómo la ira se gestaba en mi interior—. ¡¿Estás haciendo tú esto?!

Porque si tener la capacidad de poder paralizar era parte de sus dones y se estaba atreviendo a usarlos contra nosotros, yo mismo la estrangularía en cuanto le echase las manos al cuello.

—No. Inmovilizaros ha sido cosa de mi familia para que no intervengáis. —Todesfall y yo giramos el cuello hacia la mascullada y conocida voz—. Ya que saben que, de no hacerlo, me sería imposible prestar mi ayuda a esa terca hembra a la que te uniste y que no ha cesado de acosarme hasta conseguir salirse con la suya.

Conmocionado, y más desubicado de lo que jamás había estado, vi cómo el gigante negro se encaminaba a donde se encontraban los Descendientes y Spatz.

Intenté moverme de nuevo, obteniendo idéntico resultado.

—Mierda —farfullé desesperado ante la pérdida de control de mis extremidades.

—¿Qué se supone que significa eso, Pest? —le demandó Todesfall, tratando al igual que yo de hacerse con el dominio de sus piernas.

Escuchaba los improperios de los guerreros a mi espalda; la hosca voz de Nils nombrando a sus hijos; la recuperada preocupación en el timbre de Egon, llamando a voces a los que consideraba su familia, la única que le quedaba. Y, a un tiempo, sentía en la lejanía el marcado y uniforme compás del paso de la guardia armada, reduciendo la distancia.

Jamás me había sentido tan impotente. No solo iba a ser testigo de cómo las tropas Wittegenstein pasaban por encima de la mujer que amaba y sus hermanos, sino que, además, la parálisis que sufríamos anulaba cualquier maniobra de defensa o contrataque que quisiéramos ejecutar.

Estábamos muertos, bien lo sabía, mas era incapaz de encontrarle sentido a lo que fuera que pretendiese mi compañera. Menos aún a las palabras del jinete sin rostro. ¿De qué maldita familia hablaba cuando todos sus hermanos se hallaban tan incapacitados como lo estaba yo? ¿Tal vez alguno de los Fronterizos conocía la antigua magia? ¿Se referiría Pest a eso?

—Esos hijos de perra van a masacrarnos —ladró un furioso Blut, tirando con fuerza de sus inmóviles piernas.

Nuestros esfuerzos por arrancar los pies de la tierra eran en vano.

Desesperado, miré al frente de nuevo. Tan solo diez cuerpos de distancia separaban a los soldados de Hlín y sus hermanos.

—¡¡¡Retrocede ahora, mujer!!! —estallé, desgarrándome la garganta.

Tenía que haber escuchado mi colérico bramido, aunque la muy terca no hizo siquiera el amago de girarse.

Iba a matarla con mis propias manos. La azotaría hasta dejarle el trasero en carne viva. Si los dioses nos daban la oportunidad de salir con vida, esa insurrecta del demonio iba a conocer el alcance de mi ira.

Ocho cuerpos de distancia para que pasasen por encima de ella, maldición…

Detuve en seco mi infructuoso empeño por recuperar el control de mis piernas al ver que los hermanos se triangulaban en torno a Pest; Sigyn a la izquierda, Tỳr junto con Spatz a la derecha, y Hlín… Hlín se posicionó delante de él y, al mirarlo por encima del hombro, reparé en que sus iris negros habían pasado a ser blancos.

—Por todos los dioses —musité con la voz estrangulada.

Esa insensata iba a desatar su poder.

Uno que aún no dominaba.

Capítulo 41

Sentía un torrente de gomosa ira circular por mi interior mientras veía a la guardia armada Wittegenstein acortar distancia.

No había miedo que me atenazase. Tampoco un ápice de compasión por los que iban a morir. Por fin había comprendido que en toda guerra los sacrificios eran necesarios e iba a hacer que mis dos últimas visitas al plano onírico jugasen en nuestro beneficio.

Después de tan solo obtener del jinete negro negativa tras negativa y amenaza tras amenaza las veces que lo enfrenté y lo taché de egoísta y embustero, había conseguido que cooperase. Claro que no me consideraba ninguna necia como para no tener presente que imponer mi voluntad a la suya y forzarlo a descubrirse ante todos podía traerme serias consecuencias. Mas en esos cruciales momentos, el castigo que pudiese recibir en venganza suponía la menor de mis preocupaciones.

La mañana que dejamos atrás el enclave VanKleis, poco antes de nuestra partida, volví a acorralarlo y, tras darle a saber las conclusiones a las que mis últimos sueños me habían llevado y los dos posibles destinos que nos aguardaban, le exigí ayuda. Sí, se la exigí. Pero ni mis argumentos ni mucho menos los hirientes insultos que tuve a bien escupirle a la cara lo convencieron. Lo que sí hizo fue amenazarme de nuevo. Aunque, para mi satisfacción, no le había servido de nada. Porque yo no se lo había permitido y la prueba de ello era que ahora se alzaba a mi espalda, con mis hermanos situados uno a cada costado de su enorme cuerpo.

Íbamos a hacer real mi sueño; el único que nos ofrecía una esperanza de futuro. Y precisaba de la ayuda de Pest para cumplirlo, ya que ni Tỳr ni yo teníamos aún control sobre nuestros dones. Era de imperiosa necesidad que nos guiase para que no arrasásemos con todo y con todos y él disponía de los medios para hacerlo. Si bien sospechaba que no solo se debía a mi insistencia e inesperada actuación que finalmente hubiese accedido a implicarse, sino también a ver con sus propios ojos a esos pequeños, embutidos en ocre y plata, que ocupaban las primeras líneas enemigas y que

serían los primeros en perecer bajo nuestras armas.

Ser testigo de la deleznable estrategia de ese cerdo que se hacía llamar señor había despertado esa grumosa ira que sentía recorrerme.

Ese desalmado exponía como a simples escudos de carne a los más inocentes y menos experimentados. Una mera distracción para que así sus soldados más instruidos pudiesen aplastarnos con facilidad, puesto que, para llegar hasta ellos, tendríamos que luchar primero contra esos pequeños no mucho mayores que mi amado Tỳr.

Asco, asco, asco…

Esa opción era inaceptable.

Inaceptable y ruin.

Y de ningún modo iba permitir que sucediese. No cuando, por más que mi odio hacia los primigenios hubiese ido en aumento, no albergaba dudas de que sentían tanto rechazo como yo a que muriesen aquellos inocentes; de lo contrario, no me habrían mostrado un mismo escenario con dos desenlaces tan contrapuestos a interpretar ni habrían intervenido atando a los guerreros a la tierra para que mis hermanos y yo pudiésemos actuar.

Y justo a esa creencia debía aferrarme. A la de traer al plano real lo que viví en el onírico, siendo la Descendiente que ellos eligieron y no la mujer enamorada que veía morir a su compañero. Porque antes de presenciar cómo la mirada de Adler quedaba vacía, arrasaría todo Eddel.

Cierto era que, para conseguir que el gigante negro cooperase de una maldita vez y que el plan que había trazado tuviese alguna garantía de éxito, durante el trayecto a Wittegenstein conté a mis hermanos y a Spatz los dos posibles sinos que nos aguardaban y les supliqué que me apoyasen si yo estaba en lo cierto y el escenario era el mismo que había soñado por dos veces.

Y ellos me habían brindado su apoyo sin objeciones porque lo era…

La vasta explanada salpicada de verde hierba con la fortificación tras las tropas que se acercaban…

Los colores que vestía la guardia armada…

Ocre y plata, ocre y plata, ocre y plata…

Ninguna duda me asaltó al contemplar el paisaje que nos

rodeaba. Como tampoco las tuve al anunciar a mis hermanos y a la niña que había llegado el momento, convencida de que me entenderían y vendrían a mi encuentro. No obstante, no pude evitar rogar a la Madre en una silenciosa plegaria que Pest se nos uniera y no nos dejase a nuestra suerte.

A Adler no había podido confesarle mis intenciones, consciente de que habría hecho por erradicarlas con el fin de protegerme. Pero no era a mi compañero eterno a quien precisaba para tal empresa, sino al Fronterizo de rostro cubierto. Y, para suerte de todos, él finalmente había dado su brazo a torcer.

Giré la cabeza y lo observé por encima del hombro con la respiración agitada y el corazón pulsándome en los oídos. Sus ojos se anclaron a los míos durante unos dilatados, dilatadísimos momentos y, tras un inapreciable asentimiento, elevó la mirada y las grandes palmas de sus enguantadas manos al cielo.

Al desviar la vista a mis hermanos, supe sin necesidad de que nadie me lo confirmase que mis iris habían mutado a blancos, ya que los de Sigyn eran de un pálido azul y los de Tỳr estaban teñidos de rojo.

—Spatz —reclamó Pest—. No dejes de invadir la mente del Descendiente con tu canto o todos moriremos.

La pequeña apretó el gesto con determinación, se aferró con fuerza a la mano de Tỳr y, aproximándose a su cuello, comenzó a mover los labios.

Estaba segura de que entonaba uno de esos cánticos con los que solía comunicarse con su clan en el bosque de Hayas cuando las palabras se deshacían en su boca sin rozar el exterior.

Un profundo orgullo me invadió al comprobar lo bien que ella, pese a su corta edad, había asumido su papel en la profecía. Quizá la magia antigua heredada de sus ancestros siempre la indujo a intuir que tenía una importante misión que desempeñar en la vida. Porque ahora me constaba que todas y cada una de las inventadas canciones que le había oído tararear desde mi llegada a Nammentos iban dedicadas a Tỳr: su imaginario príncipe de cabellos de atardecer.

—¡Visionaria! —tronó entonces la voz del Fronterizo. Regresé la mirada al frente, al imparable ejército, notando crepitar mi poder en las yemas de los dedos—. ¡Llama a la tormenta! ¡Déjala emerger

de tu interior y condénsala sobre nuestros enemigos! ¡Puedes hacerlo! ¡Tan solo has de creer y confiar en los dones que te fueron concedidos!

Tomé una profunda bocanada de aire y permití que ese torrente de ira que se agitaba dentro de mí se deslizase al exterior.

Un espeluznante grito emanó de mi garganta y, como si fuese un reclamo, un centenar de volutas negras serpentearon, veloces, a través del cielo hasta condensarse sobre la guardia armada Wittegenstein en una densa masa oscura que giraba y giraba y giraba.

Los soldados enemigos detuvieron su avance y observaron con incredulidad aquella lóbrega y tupida espiral de nubarrones que se había agolpado súbitamente sobre sus cabezas.

—¡Contenla! —me exigió Pest tan pronto comenzaron a chisporrotear en su interior incontables centellas plateadas—. ¡Haz que descienda y los envuelva, pero no permitas que los rayos de su interior escapen hasta que los niños estén a salvo!

Concentré todas mis energías en seguir sus indicaciones, y, con otro potente grito, la negra y girante masa, preñada de resplandores, resbaló hasta acariciar la hierba y se arremolinó en torno al más de medio millar de soldados, que fueron tragados por su oscuridad.

Convertí mis manos en puños, tratando de contener las fulgentes descargas que querían escapar de mis dedos.

—¡Señora de las bestias! —Escuché a Pest dirigirse a mi hermana—. ¡Pide a tus criaturas que los saquen de allí y los protejan!

—¡Syldeurs, dreiks, traedme a los niños! —demandó Sigyn y, al instante, un coro de agudos chillidos y gruñidos graves llegó a mis oídos—. ¡Byrions, üzgards, recibid a los pequeños y cercadlos hasta que acabe la batalla!

Un furioso batir de alas sobrevoló nuestras cabezas mientras que veloces manchas oscuras sobrepasaban nuestros cuerpos.

Aguanté.

Aguanté y aguanté aquel lacerante poder dentro de mi cuerpo mientras contemplaba cómo alados y cuadrúpedos sin ojos se adentraban en la densa masa de nubes negras y salían trayendo consigo a aquellos inocentes convertidos en soldados.

Una y otra y otra vez…

Comencé a resollar, notando que mi fortaleza mermaba y apreté aún más los puños. Tenía que sujetar esa furibunda energía que amenazaba con hacerme estallar hasta que todos esos pequeños estuviesen a salvo, mas no me veía capaz de lograrlo.

Syldeurs y dreiks se adentraban en la negrura, agarraban a una asustada presa y regresaban para soltarla en el círculo de tierra que habían formado la pareja de byrions y los tres üzgards para que ninguno de ellos escapara.

Mis piernas cedieron e hinqué las rodillas en la húmeda hierba.

Jadeé.

Jadeé sintiendo que la poca fuerza que me quedaba estaba a punto de abandonarme.

—¡Aguanta un poco más, Visionaria! —me pidió Pest al verme flaquear.

Apreté los dientes con idéntica fuerza que mis puños.

—¡Daos prisa, criaturas! —Oí la desesperada voz de mi hermana y, de fondo, los impotentes gritos de Adler, nombrándome una vez tras otra, una vez tras otra, una vez tras otra…

Los temblores que habían comenzado en mis piernas se trasladaron a mis brazos y torso. O las bestias se apresuraban o mi poder estallaría en mi interior convirtiéndome en polvo.

Gritos y más gritos a mi espalda y frente a mí.

Agudos chillidos sobre mi cabeza y potentes pisadas en la tierra.

No podía más…

—¡Ahora, Hlín! —bramó el gigante negro al comprobar que la gran mayoría de criaturas regresaban libres de carga.

Abrí la boca en un agónico alarido y extendí los brazos al frente, estirando los dedos hasta que quedaron completamente rígidos. Entonces, la densa masa de nubes oscuras crepitó con redoblada virulencia y los centelleos, que a fuerza de voluntad había contenido, pasaron a ser mortíferos rayos que atravesaban a los soldados, calcinándolos y haciendo que se desplomasen contra la tierra.

Sus despavoridos gritos, sumados al hedor de la carne chamuscada que invadió mi nariz, me provocaron arcadas.

Cuando no pude más, dejé caer los brazos a los costados, exhausta y al borde del desfallecimiento, y el tupido remolino de

nubarrones comenzó a disiparse.

Aunque el cuerpo no me respondía, mis ojos continuaban abiertos y, tan pronto como las últimas volutas negras se evaporaron, pude comprobar que, pese a que eran muchos los soldados que habían perecido, aún había demasiados en pie como para aplastarnos al igual que a simples insectos.

—¡Descendiente, es tu turno de liberar al espíritu de la guerra!

El ensordecedor rugido que brotó desde las entrañas de mi hermano provocó que quisiese taparme los oídos, mas no conseguí alzar los brazos.

La tierra bajo mis rodillas tembló con furia, dando origen a una grieta que culebreó, imparable, en dirección a la fortaleza. Haciéndose más y más ancha conforme avanzaba, hasta convertirse en una enorme brecha que, a su paso, se tragó a buena parte de los soldados que aún quedaban en pie y que, al alcanzar el castillo, ocasionó que los altos muros que daban al oeste empezaran a derrumbarse.

—¡Detenlo, Spatz! —Escuché el tono apremiante de Pest.

Giré el rostro, no sin esfuerzo, a tiempo de ver cómo la niña se abrazaba a mi hermano y pegaba su frente a la de él sin dejar de mover los labios e instándole a balancearse con suavidad en una especie de apaciguada danza. Un bonito y extraño vínculo que hizo que mis ojos se humedeciesen.

Regresé la vista al frente y un sollozo de alivio trepó por mi garganta al comprobar que entre mis hermanos y yo habíamos conseguido reducir notablemente a la guarnición Wittegenstein.

—¡Hombre de Hielo! —Miré de nuevo sobre mi hombro al oír que Pest se dirigía a Adler—. ¡Es momento de que tus guerreros pongan fin a la batalla!

Vi que el control de sus piernas volvía a pertenecerles y busqué los ojos de mi compañero, hallándolos fijos en mí. Su ceño estaba más constreñido que nunca y sus carnosos labios eran una tensa y fina línea.

No era aquel gesto airado el que me habría gustado encontrarme, pero ya habría tiempo de enfrentarme a él. Porque seguía vivo y eso era lo único que importaba.

—¡Atacad! —bramó Adler con la fuerza de mil tempestades.

Con un fusionado grito de guerra y las armas en alto, nuestros

guerreros se lanzaron hacia la mermada guardia armada, rebasándonos veloces.

Quise ponerme en pie, desenfundar mi daga y unirme a ellos, mas terminé desplomándome sobre la hierba.

Poco antes de que la oscuridad me arrastrase, sentí en la lejanía mi nombre en labios de mi compañero al tiempo que unos fuertes brazos se deslizaban bajo mi espalda y mis rodillas y me elevaban de la húmeda tierra.

Capítulo 42

Adler

—¿Dónde tienes escondido al gusano de Vorgrimler? —le repetí entre dientes por enésima vez, contemplando su ensangrentado rostro.

Silencio.

Un pertinaz y desesperante silencio era cuanto había obtenido en el tiempo que llevaba interrogando al miserable que gobernaba ese enclave.

—Blut. —Todesfall volvió a nombrar al que fuera la mano derecha de su padre, que asestó otro contundente puñetazo a Wittegenstein, lanzándolo de costado al frío suelo del calabozo al que yo mismo lo había arrastrado.

—Levantadlo —ordené en un siseo a Natter y a Hyäne, dominado por la ira y la más cruda impotencia.

Mis hombres lo alzaron por los brazos sin ninguna cortesía y lo situaron de nuevo frente a mí.

Lo miré con profundo odio.

Su rostro estaba deformado por la hinchazón y cubierto de sangre fresca, apenas si podía mantenerse en pie y, aun con todo, enfrentó mi gélida mirada con la prepotencia del que se considera superior al resto.

Rechiné los dientes.

Si me estaba conteniendo para no acabar de una buena vez con su vida era únicamente porque quería tener en mi poder aquella información que él poseía. La precisaba de una forma anhelante y retorcida para sentirme de nuevo con el control, ya que mi corazón se detuvo en el campo de batalla y aún no había vuelto a latir, maldición.

Necesitaba purgarme de las nefastas emociones que me habían asaltado durante el tiempo que los Descendientes estuvieron arremetiendo contra las tropas de ese miserable obteniendo la respuesta que me llevara hasta Dedrick.

¡Purgarme de todas ellas!

De la impotencia de que las piernas no me obedeciesen. De la incomprensión de que los hermanos pudiesen aunar sus dones con la influencia de Pest. De la incertidumbre de no saber si Hlín y Tỳr se detendrían a tiempo o, por el contrario, arrasarían tanto con el enemigo como con nosotros. Del temor de ver expuesta a mi compañera ante el numeroso ejército que se aproximaba. De la rabia, candente y espesa, al ser consciente de que la mujer que amaba me había ocultado sus arriesgados planes de forma premeditada… Pero, sobre todo, necesitaba expulsar el afilado terror que sentía enterrado en el pecho desde que la viera desplomarse sobre la tierra.

Ahí fue cuando mi corazón dejó de pulsar.

Grité su nombre, yendo como una exhalación hacia ella al quedar mis extremidades libres del amarre invisible que las sujetaba. Pest la había tomado entre sus brazos y quise arrebatársela, mas sus acertadas palabras me hicieron recapacitar. Mi compañera respiraba. Solo se había desvanecido por el inmenso esfuerzo que le había supuesto retener su poder hasta poder liberarlo. Y mis hombres y mujeres ya entrechocaban sus hierros contra los de nuestros enemigos.

Me lancé a la batalla como el animal sin cordura que en aquel momento era, dando muerte a todo hombre ataviado en ocre y plata que encontraba en mi camino.

La lucha fue violenta aunque no larga, ya que los Descendientes, tras poner a salvo a los niños, habían arrasado con un considerable número de la guardia armada, por lo que mis guerreros y yo tan solo dimos salida a la sed de sangre que nos acicateaba después de haber asumido que ese sería nuestro último día de vida.

Pero no lo había sido y, a excepción de unos pocos heridos, habíamos logrado abatirlos y sobrevivir.

Todo gracias a Hlín y a sus hermanos, tenía que admitirlo. Lo que no significaba que, en cuanto sus ojos volvieran a abrirse, no fuera a exigirle las respuestas a las muchas preguntas que tronaban dentro mi cabeza. Porque, pese a las réplicas del miedo que por creerla muerta aún me fustigaban, esa inconsciente iba a escucharme. Y no pensaba contenerme ni ser comedido, todo lo contrario. Iba a increparla por temeraria, a reprenderle a gritos su

estúpida impulsividad, a zarandearla hasta que me jurase que jamás volvería a hacer algo semejante… Y luego la rodearía con mis brazos, la apretaría contra mi pecho y besaría sus dulces labios, ya que, muy a mi pesar, la amaba como nunca imaginé que pudiese amarse a nadie.

—Adler. —La voz de Igel me devolvió al presente. Giré el cuello y lo hallé junto a Egon y Gräuel en la puerta de la celda—. Tỳr, Spatz y las arqueras de Gudrun han conseguido calmar a los pequeños y estos han confesado que ese cretino —señaló a Wittegenstein con una sacudida de barbilla— los obligaba a unirse a su guardia nada más alcanzar los diez años. Pero… adivina la razón.

El Erizo sonrió con petulancia, mirando fijamente al señor del enclave, que apretó el gesto.

—Ya vas a decírmela tú —mascullé.

—¡Oh, de eso puedes estar seguro! —concedió antes de borrar su estúpida sonrisa, que fue suplantada por un semblante envenado—. Que reclutara a niños no era porque codiciase poseer el mayor ejército de Eddel. Tampoco porque esperase ser atacado ni por nosotros ni por ninguno de los otros tres enclaves. Era porque planeaba atacar él. ¿Cuándo? Lo desconocemos.

—Explícate —le exigí al no comprenderlo.

—Tỳr y el pequeño Gorrión, con mucha paciencia y tacto, han logrado que varios de los niños de más edad les revelasen las verdaderas pretensiones de su *señor* —expuso, dejando que la ironía se deslizase de entre sus labios—. Ese malnacido al que habéis deformado el rostro ambicionaba alzarse como único gobernante de Eddel. Por ese motivo los obligaba a unirse a su guardia, para en un futuro declararle la guerra a los demás señores, consciente de que, por más bajas que hubiese en sus filas, su ejército seguiría siendo el más entrenado y numeroso. A costa de las vidas de esos inocentes. Colocándolos a la cabeza de sus tropas, como bien pudimos ver a nuestra llegada.

Clavé mis ojos en Wittegenstein con redoblada furia.

Quería matarlo ya. Todo mi ser gritaba por inhalar su último aliento de una maldita vez.

Pero aún no podía darme el gusto de hacerlo.

—¿Dónde tienes escondido al gusano de Vorgrimler? —probé de

nuevo, notándome los dedos hormiguear por ceñirse a las empuñaduras de mis espadas.

—No pierdas el tiempo; Dedrick no se encuentra en el castillo. —Mis ojos se desviaron a Gräuel, que reafirmó sus palabras con un asentimiento—. Los niños también han dicho a Tỳr que él y sus dos hombres partieron a caballo en cuanto los vigías de esa escoria a la que aún mantienes con vida nos divisaron.

—Además, Hlín ha despertado y está en el patio de armas —añadió Egon, ganándose mi atención—. Katze no ha logrado que se quede encamada ni amenazándola con sus garras. Ya sabes lo terca que es.

—Nuestra arisca Gata siente cierta debilidad por esa deslenguada Descendiente. No la culpéis por no haberle desgarrado la garganta —argumentó Hyäne, torciendo una maliciosa sonrisa que Natter imitó con más disimulo.

Aquella información que Egon, Gräuel e Igel habían traído, fue cuanto necesité saber. Desenvainé mis espadas y clavé mi mirada en Wittegenstein, saboreando el velo de terror que vi extenderse por sus ojos. Ya me encargaría más adelante de localizar el paradero de Dedrick.

—Despídete de la vida —siseé antes de ensartarlo con mis hierros gemelos.

La sangre manó de su boca y, dándole el valor que merecía, extraje mis hojas de su cuerpo y dejé que se desplomase contra la fría piedra del suelo antes de darle la espalda y privarlo de la rápida muerte que los borboteos que brotaban de sus labios pedían.

Salí de la celda, queriendo que agonizase como el miserable que era, seguido de mis hombres.

—¿Cómo la has visto, Falke? —le pregunté mientras recorríamos el corredor camino de los escalones que llevaban a la planta superior, nombrándolo como él quería que lo llamásemos, aunque en mi mente continuara siendo Egon.

—De sobra sabes lo obstinada que es…

—Temeraria —lo corté.

Se llevó una mano a la nuca y se la frotó.

—Bueno, sí, eso también ha demostrado serlo —aceptó, dejando entrever en el timbre de su voz el sincero cariño que le profesaba—. Y obstinada como una mula —añadió—. Se ha enzarzado a grito

limpio; primero con Ratte, porque ha querido examinarla, y, después, con Katze por sugerirle que se quedase encamada hasta que tú ordenases lo contrario.

—Con Katze ni más ni menos —apostilló Igel con diversión—. Se nota que no tiene testículos que tema perder. Eso es tener valor.

«Valor y un grado de estupidez incomprensible», pensé, conociendo el carácter combativo de mi mejor guerrera.

Egon frunció las cejas, pensativo, ante las palabras del Erizo; seguidamente, fijó sus ojos en los míos, sin dejar de caminar hacia el exterior.

—Tengo que darte la razón, Adler: es una temeraria. Cualquiera en su sano juicio evitaría enfrentarse a esa Gata de uñas afiladas.

—Doy fe de ello —alegó Gräuel a nuestra espalda, consiguiendo que Hyäne y Natter soltasen sendas carcajadas y Blut un gruñido.

Las comisuras de mi boca vibraron pese a las circunstancias.

—Gräuel, ¿has enviado a nuestros hermanos a las aldeas? —preguntó Todesfall, haciéndose cargo de la situación.

Mi gesto recobró su austeridad.

—Van de camino.

Antes de encerrarnos con Wittegenstein en las mazmorras del castillo, había dado la orden de que cinco Fronterizos, a lomos de sus dreiks, se desplazasen a las cinco aldeas del enclave con el fin de explicarles a los lugareños lo acontecido y traerlos a la fortaleza para que recuperasen a sus vástagos y jurasen lealtad a Tỳr.

Muy a mi pesar, aún tendríamos que permanecer allí por unos días antes de poder regresar al enclave Vorgrimler y organizar nuestra partida a Nammentos para terminar de cumplir la profecía. Solo esperaba no tener que marchar de Eddel sin dar caza a Dedrick y así poder sacarme de una maldita vez esa espina que sentía clavada en el pecho.

Traspasamos las robustas puertas del salón principal y salimos al patio de armas, donde bestias, guerreros y niños se encontraban salpicando el gris empedrado —a esas horas violáceo por los haces que proyectaba Munno— y busqué con la mirada a mi compañera, localizándola junto a Ratte y Katze. Pest también se hallaba con ellas.

Iba a dirigirme hacia donde estaban reunidos cuando un borrón oscuro pasó como una exhalación por mi costado izquierdo.

—¡¿Qué eres?! —increpó Todesfall con tal cólera al gigante de rostro cubierto que la atención de los presentes se desvió hacia ellos.

Vi que Hlín daba un cálido apretón al antebrazo del Fronterizo y algo ácido y abrasador me subió hasta la garganta.

¿Qué demonios significaban aquellas muestras de complicidad? ¿Y qué narices era el maldito Pest para mi compañera?

Unos descomunales celos me asaltaron y avancé hacia ellos a grandes zancadas, tentado de atravesar el pecho de ese desgraciado con mis espadas.

—Es momento de que tanto tu pueblo como el resto de nuestros guerreros sepan la verdad. —Escuché que Hlín le decía con ternura, lo que intensificó mis celos y, por ende, mis ganas de dar muerte a Pest—. Estás en la obligación de compartir lo que yo ya conozco. Tienen derecho a saber quién eres y el porqué de tu engaño. Sobre todo los hombres a los que consideras hermanos.

Frené en seco.

Perdido. Así era como me sentía tras escucharla. Tan perdido como lo estaban los guerreros que nos rodeaban. Tanto como Todesfall, Gräuel o Blut, que observaban a su hermano a la espera de una explicación que diese sentido a las palabras que Hlín acababa de pronunciar.

Un resoplido más de resignación que de rendición brotó del pecho del descomunal jinete negro, lo que auguraba que iba a desvelar lo que fuera que ella conociese.

También esperaba que revelase a razón de qué, él y mi compañera tenían aquella complicidad y cuándo se había gestado.

Complicidad por la que me sentía traicionado.

Complicidad que me empujaba a querer degollarlo.

Mi pulso volvió a detenerse por segunda vez en ese día tan pronto como Pest retiró con la mano izquierda la banda de tela negra que cubría la parte inferior de su cara mientras que de su extremidad diestra emergía una larga y brillante espada.

—Por la Madre —exclamé, conmocionado, en cuanto recuperé la voz, presenciando como Fronterizo tras Fronterizo hincaban una rodilla en el adoquinado al asumir la verdadera identidad de su hermano.

El rostro descubierto del gigante negro por sí solo no tendría por

qué desvelar nada a no ser que, como en mi caso, se hubiese viajado al plano onírico. Aunque sí lo hacía el arma que, envuelta en polvo de estrellas, empuñaba su enguantada mano.

Un arma de la que todo habitante de Nammentos había oído hablar y tenía conocimiento, pese a no haberla visto nunca.

El arma forjada para ejecutar aquellas almas que no eran merecedoras del *no tiempo*.

Capítulo 43

Pest

Esa noche, Munno brillaba en el cielo con más intensidad, como si celebrase la caída de los cuatro señores de Eddel.

Sus rayos violáceos se derramaban en gruesos haces sobre los muros medio derruidos y el patio de armas, dotando de una claridad inusual, casi mágica, los exteriores del castillo y el trasiego de personas que allí se concentraban.

Pest paseó la mirada por los niños que, ataviados con el uniforme de su enclave, se congregaban en varios grupos, sentados sobre la fría piedra. Sus semblantes le indicaron que se hallaban más tranquilos después del terror que había podido apreciar en sus rostros conforme las bestias los sacaban de la aprendida formación que su adiestramiento les obligaba a mantener y los llevaban donde Sigyn les había demandado.

Tỳr y su sölken se habían ocupado de explicarles pacientemente todo lo referente a la profecía, además de garantizarles que regresarían con sus familias, a las que Adler había enviado a buscar y arribarían a la fortaleza en unos días junto con el resto de aldeanos.

Con una sincera sonrisa, oculta bajo la tela que le cubría la parte inferior de la cara, llevó la vista al cielo.

Incomprensiblemente, se sentía satisfecho.

A pesar de que la Visionaria lo forzara a intervenir cuando muchos años atrás se había jurado a sí mismo que, llegado el momento de los Descendientes, solo aportaría su destreza con la espada en el cumplimiento del vaticinio, no pudo sino ceder a brindarle su ayuda. Pero ¿cómo no hacerlo después de que lo hubiese acorralado en varias ocasiones para exigírsela? ¿Cómo negarse tras ver con sus propios ojos a aquellos inocentes niños a los que habrían tenido que dar muerte? ¿Cómo dar lugar a que la historia se repitiese cuando había quedado demostrado que su amada familia apoyaba los planes de esa terca mujer? Porque de no

haber estado a favor de lo que ella se proponía, no se habrían inmiscuido y amarrado a los guerreros a la tierra. Eso fue lo que finalmente lo empujó a romper su juramento y actuar de guía, tal y como Hlín le había reclamado que hiciese la mañana que partieron de la fortaleza VanKleis, tras haber tenido aquel último sueño.

Suspiró, con los ojos fijos más allá de la silueta de Munno.

Cierto era que llevaba cargando sobre los hombros una lacerante culpa desde hacía siglos, mas debía reconocer que, de no haberse prestado a ayudar a la Descendiente, esta se habría multiplicado con creces.

Bien sabía que la Visionaria contaba con sobrados motivos como para haber hecho oídos sordos a sus amenazas, puesto que de haberse plegado a su voluntad, su compañero habría perecido ese día. Aunque no solo Adler habría perdido la vida; muchos otros también habrían caído en la batalla y no a manos del enemigo, sino de los propios elegidos al desconocer cómo aunar sus dones y canalizarlos. Claro que su intención nunca había sido la de ser una ventaja para la profecía y sí un guerrero más en el desempeño de llevarla a cabo. Y, si no lo había querido, era porque lo avalaba la experiencia. Ya una vez se saltó todas las normas y no salió bien. Nada bien.

Y aún estaba pagando por ello.

Suspiró de nuevo, pensando en que tal vez las vidas de todos aquellos infantes atenuasen los remordimientos por los errores pasados que tanto pesaban en su conciencia.

—¡Pest! —La voz de Hlín hizo que dejase de observar el violáceo cielo y girase el rostro.

Ella se le acercaba, seguida de Ratte y Katze.

Se permitió contemplarla a placer mientras acortaba la distancia que los separaba. Era una hembra obstinada e impulsiva como pocas, pero también decidida y valiente como ninguna cuando se trataba de salvaguardar del peligro a aquellos a los que amaba. Lo hizo la noche que se enfrentó a Todesfall en su poblado, empuñando la daga que tan hábilmente había mantenido oculta, o en Pantano Gusano cuando vio a su hermana dirigirse hacia la reina alada. De igual modo le constaba que arriesgó la vida en Bosque Cascada, exponiéndose a ser atravesada por una flecha de las arqueras de Gudrun. Y lo había vuelto a hacer ese mismo amanecer

al situarse frente a las tropas Wittegenstein sin más garantías que las de un recién descubierto poder que no sabía cómo manejar.

Una sonrisa de reconocimiento curvó los labios de Pest; además de visionaria, había demostrado ser la protectora que su nombre clamaba.

Cuando Hlín se detuvo a menos de medio cuerpo de él, advirtió que su negra mirada destilaba una emoción nueva. Una que solo un día antes no estaba ahí.

Ya no albergaba odio o reproche alguno. Nada quedaba de la rabia que vio crepitar en sus ojos cada vez que lo arrinconó para ladrarle que era un embustero y un traidor. Tampoco apreció el rencor del que fue receptor cuando ella descubrió su verdadera identidad. Ahora solo detectaba gratitud en sus brillantes iris, y sus siguientes palabras le confirmaron esa certeza.

—Al fin he entendido por qué te excluiste de las consecuencias que podían derivar de desconfiar del criterio de Adler en aquel inesperado discurso que diste a nuestros guerreros en la linde de bosque Sauce —confesó ella—. Gracias —musitó con voz acongojada, ocasionándole una oleada de ternura—. Gracias por traer de regreso la fe que había perdido. Gracias por implicarte en salvar a esos pequeños y también a nosotros. Gracias de corazón por haber reconsiderado unirte a mis hermanos y a mí cuando más te necesitábamos.

—Yo solamente os guie, Visionaria. No es algo que tenga demasiado mérito.

—Desde luego que lo tiene —declaró la joven con aquella terquedad tan arraigada en su carácter—. Porque, de haberte negado a ayudarnos a manejar nuestros dones, Tỳr y yo no solo habríamos arrasado con las tropas enemigas, y lo sabes, sino que es muy probable que toda vida en este enclave hubiese sucumbido, conque no te quites mérito.

Pest advirtió, por sus recelosos gestos, que las dos hembras Bastardas que acompañaban a Hlín nada sabían de quién era realmente. La Descendiente no les había revelado su verdadera identidad, sospechaba que por respeto. Lo que él agradeció, consciente de que hacerlo era solo competencia suya.

Muy a su pesar, sabía que antes o después tendría que dar unas explicaciones que no quería…

—¡¿Qué eres?! —tronó la voz del más joven de sus hermanos, alertando a todo ser vivo que se hallaba en el patio de armas.

Vio a Todesfall correr hacia él, seguido de cerca por Gräuel, Blut y algunos machos Bastardos, entre ellos, Adler.

Soltó de golpe el aire que contenían sus pulmones; para su desgracia, esas explicaciones que tanto temía, iba a tener que darlas más pronto de lo que imaginaba.

Sintió el tacto de los dedos de Hlín presionar su brazo antes de que su voz se filtrase en sus oídos.

—Es momento de que tanto tu pueblo como el resto de nuestros guerreros sepan la verdad. Estás en la obligación de compartir lo que yo ya conozco. Tienen derecho a saber quién eres y el porqué de tu engaño. Sobre todo los hombres a los que consideras hermanos.

Ella estaba en lo cierto, mas se veía incapaz de vocalizar una sola palabra.

Un segundo apretón en su brazo lo hizo reaccionar. El momento de mostrarse ante todos había llegado.

Con la mano izquierda, retiró de su rostro la banda de tela negra que siempre lo había ocultado mientras dejaba que su espada forjada en polvo de estrellas, la misma que enarboló en la antigua guerra, emergiese de la diestra.

El reconocimiento fue generalizado. Pudo verlo en el petrificado rostro de Adler. En el gesto sorprendido de cada guerrero que los rodeaba. En sus hermanos al hincar una rodilla en el suelo en una clara muestra de respeto hacia quién era en realidad: el Señor del Exterminio.

Pero ¿qué habitante de Nammentos o del poblado Fronterizo no había oído hablar de su imagen de dios? ¿Acaso alguno de los allí presentes sería incapaz de identificar su espada celestial?

Pest sabía que no.

Por ese motivo, cuando tomó la decisión de nacer y crecer como mortal en el seno del pueblo heredero del clan al que antaño protegió, lo hizo con la intención de poner tan solo una espada de metal a su servicio, a sabiendas de que el inicio de la profecía se acercaba. La profecía que su madre, su hermano ciego y él mismo dictaron. Por la que renunció por propia voluntad a la mayoría de los poderes divinos que poseía.

Y, hasta ese día, había cumplido con escrupulosa rectitud aquella promesa que se hizo a sí mismo.

—¿Por qué, hermano? —le preguntó Gräuel tan pronto estuvieron todos reunidos en el salón principal del castillo por petición de Adler.

A aquella amplia estancia, afectada en parte por el poder de Tỳr e iluminada por varias antorchas prendidas de las paredes de piedra, solamente habían accedido los Descendientes y la niña de piel negra, los líderes de los tres clanes y cuatro de sus hermanos. Los que junto con él fueron los hombres de confianza de Dunkelheit, ya que Adler había mandado que fuesen a buscar a Schmerz para que también estuviese presente.

Dunkelheit…

Lo había querido como a un padre y deseaba que comprendiese su decisión allá en el *no tiempo*, donde se había preocupado de conducir su alma para que pudiese reencontrase con la hembra a la que amó. La madre de su hijo. Del ahora cabecilla de su pueblo. Del sölken que él mismo escogió para que custodiase a la Señora de las bestias.

—Porque era el único modo de resarcirme de los errores que cometí en el pasado sin entrometerme en el cumplimiento de la profecía —respondió a Gräuel.

—Explícate, Exterminador —lo instó el líder Bastardo, no contento con el hecho de que su compañera se hallara a su lado en una clara muestra de apoyo.

Pest entendía su desconfianza, su furia y también sus celos, tan arraigados en todos los mortales. Por eso, y por el respeto que en ese tiempo se había ganado el guerrero, tuvo a bien confesarles qué le llevó a dejar el plano divino y nacer como jinete Fronterizo.

—Todo se remonta a la antigua guerra. —Su voz cavernosa resonó contra las paredes de piedra—. Por entonces, decidí comandar al clan que se asentaba en la Cordillera Serrada; clan guerrero que me veneraba y al que yo protegía. Y lo hice. Llevado por la ira ante el exilio de mi hermano y las lágrimas que veía derramar a mi madre, culpándose por los actos de las dos deidades menores de nuestra familia, dejé mi lugar en el plano divino y me trasladé al terrenal. Y lo hice en mi figura de dios, lo que tuvo

nefastas consecuencias.

»Mi hermano menor, el Centinela de Sangre, exigía cada vez más sacrificios humanos con los que se fortalecía; y mi hermana, la Portadora de Almas, en lugar de cuidar la esencia de aquellas almas a las que yo les daba acceso al *no tiempo*, como era su deber, se dedicó a nutrirse de ellas para engrandecer así su poder.

»Fueron expulsados del Templo de Brumas, mas eso no los detuvo ni aligeró mi cólera. No actué con coherencia siendo un dios. Ni mucho menos fui consciente de lo que implicaría bajar al plano mortal como el Exterminador para comandar a mis guerreros. Porque es cierto que la profecía la escribimos con la sangre de los que murieron cuando mi hermano el Ciego regresó de su exilio en Eddel; sin embargo, ignoráis que gran parte de aquella sangre que se derramó fue reclamada por el Centinela e incontables almas puras, absorbidas por la Portadora. Todo porque descuidé las obligaciones para las que fui creado. Y eso me hace plenamente responsable tanto de la sangre que se robó como de todas las almas que se perdieron.

»Soy el Señor del Exterminio. Juez y ejecutor de los que no merecen disfrutar de la vida que hay tras vuestro paso por la tierra. Y no cumplí con mi deber.

—Por eso insististe en ser tú quien oficiase los funerales en el enclave Vorgrimler, ¿me equivoco?

Pest miró con fijeza a Adler.

—No, no te equivocas —admitió—. Cuando decidí nacer como Fronterizo, sabiendo que el inicio de la profecía estaba próximo, cedí la mayor parte de mis poderes a mi madre y a mi hermano y dejé salvaguardas en las puertas del *no tiempo* para que las almas no pudiesen ser robadas en mi ausencia. Para que lo que sucedió antaño no se repitiese —matizó—. Pero sigo conservando mi esencia divina, y que lo oficiase yo, era el único modo de garantizar que las almas de nuestros compañeros caídos atravesaran esas puertas que yo mismo me ocupé de que estuviesen protegidas. —Pest desvió su mirada de Adler a Todesfall—. Y ellos ahora disfrutan de la eternidad. Todos. Así que deshazte de esa rabia que te consume desde la muerte de tu padre y que implanta pensamientos en tu mente que no corresponden con el hombre al que conozco. Con el Fronterizo con el que me he criado. Con mi

hermano —le aconsejó en un siseo, conocedor de los oscuros pensamientos que rondaban la mente de Todesfall desde que Adler decidiera dejar en el enclave VanKleis a los Ciénaga.

—Lo sabes… —musitó el joven jinete de ojos violetas, en los que Pest pudo ver la vergüenza y el arrepentimiento por haber estado tentado a acabar con la vida del hombre que los lideraba.

Asintió sin añadir nada más al respecto, haciéndole saber que no desvelaría su secreto. No obstante, el cariño alimentado por años lo llevó a querer tranquilizar de algún modo la tortura que destilaban sus ojos por haber albergado tan ruines pensamientos.

—Tu padre está ahora donde le corresponde; al lado de tu madre. Y son felices tras su rencuentro. Puedes estar tranquilo, hermano.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por el rostro de Todesfall. Lágrimas que Pest supo que iban cargadas tanto de paz, al saber felices a sus progenitores, como de remordimientos por lo que habría hecho si la Visionaria no llega a tomar el control de la situación en el campo de batalla. Aunque el peso de ese acto que no llegó a ejecutar lo cargaría consigo el tiempo que le restase de vida, bien lo sabía el dios.

—¿Por qué le ocultaste quién eras incluso a tu pueblo, Exterminador? —quiso saber la líder de los Moradores del Agua.

—Porque, de haberles revelado mi identidad, habrían querido que los comandase en la profecía. Y eso no iba a pasar. No se iba a repetir.

»Yo iría a la guerra al igual que ellos, pero bajo las órdenes de un hombre justo como lo fue Dunkelheit.

—Permitiste que abusasen de las hembras que caían en vuestras manos —le increpó Gudrun—. Tú mismo las obligaste a intimar contigo.

—Lo hice, no voy a negarlo. Pero ya he explicado que elegí nacer y vivir como un Fronterizo más y eso incluía adquirir sus costumbres —expuso sin vacilación—. Que nuestros actos dejan mucho que desear, somos conscientes todos los hombres de mi pueblo. Aunque la realidad era que nos extinguíamos y actuamos como mortales que se niegan a que su raza desaparezca. Y yo soy tan mortal y albergo los mismos instintos que cualquiera de ellos —sentenció—. Llegué a esta vida hace solo veintisiete años y esa

práctica ya estaba arraigada en mi pueblo. —Se irguió en toda su estatura—. No nací entre ellos para imponer mi voluntad como dios. Soy Pest desde hace casi una treintena y voy a seguir siéndolo hasta que mi cuerpo mortal perezca. Ese es mi deseo y tendréis que aceptarlo.

Un dilatado silencio se extendió por el gran salón. Silencio que rompió el líder de los Jinetes Sombra.

—Hasta que tu cuerpo mortal perezca, eso has dicho. —Pest afirmó con un golpe de cabeza—. Lo que significa que, cuando mueras, no irás a donde lo haremos el resto, sino que volverás a reunirte con la Madre y el Dios Ciego.

—Así es. Ambos aguardan mi regreso —respondió a Wolfgang—. Pero hasta que eso suceda, lucharé bajo las órdenes de Adler como todos vosotros.

El Jinete Sombra asintió, conforme, al escucharle considerarse un igual cuando bien sabía que podría no hacerlo.

—Doy por sentado entonces que la profecía fue vuestra solución para enmendar los errores que, siendo dioses, cometisteis.

En los ojos de sus hermanos veía comprensión y un alto grado de respeto; en los de Gudrun y Wolfgang, aceptación… En cambio, el líder Bastardo no era dado a dejarse impresionar con facilidad.

—Ciertamente era la única solución admisible, sí —convino con firmeza—. Las prácticas paganas eran cada vez más numerosas, y, conforme el poder de esas dos traidoras deidades aumentaba —escupió con desagrado—, el nuestro iba mermando. Que sustrajesen para beneficio propio la sangre y las almas de los guerreros que cayeron, terminó de debilitarnos. —Suspiró.

»Era nuestro deber invertir la poca esperanza que nos quedaba y la escasa esencia divina que aún conservábamos en el futuro. Uno lejano en el que aquella cruenta guerra hubiese sido relegada al olvido, en el que los mortales hubiesen continuado con sus vidas y nosotros hubiésemos dejado de ser una amenaza para mis hermanos menores. Y eso hicimos.

»Dictamos la profecía con la sangre derramada que el Centinela no tomó. Una que estaría escrita en los ojos de tres hermanos. Unos ojos que serían tan negros como lo era el equilibrio en aquel momento. Tres dioses, tres elegidos y tres anuncios a cumplir; era a todo cuanto nos podíamos comprometer sabiéndonos tan débiles.

»El Dios Ciego, en su inmenso amor por los mortales, estableció que los Descendientes habrían de nacer en el seno de un clan que nos despreciase, aferrado a la creencia de que no todos los que se hallaban bajo la influencia pagana tenían el alma corrompida. Tú mismo eres prueba de ello, Adler. Fuiste adoctrinado en unas creencias que desechaste por propia voluntad. —Vio que este asentía con un escueto movimiento de cabeza—. Por eso eres uno de los sölkens. Porque, mientras mi hermano bendijo a esos tres niños nonatos con dones especiales, yo dictaminé que sus custodios habrían de ser tres guerreros cuyos actos destacasen del resto de los mortales: uno nacido del enemigo, que renunciase por convencimiento tanto a los lazos de sangre como a sus arraigadas creencias y nos reconociese como sus únicos dioses; un segundo de incuestionable fe en nosotros, que perteneciese a la estirpe del valeroso clan asentado en la Cordillera Serrada; y un tercero con la capacidad intuitiva de discernir el bien del mal hasta el punto de embeberse de la magia de Tzonne y Munno, de la esencia de los animales, de los árboles y de las flores.

»Por último, la Madre determinó que esos tres niños que nacieran en el vientre de Nammentos gobernarían, además de la tierra que ella tanto adoraba, la que dio cobijo a los guerreros exiliados que lucharon en la guerra y la que acogió a su amado hijo ciego. —Pest dejó que asimilasen aquella verdad antes de confesarles otra de idéntica relevancia—: Soy muy consciente de que la profecía que por entonces dictamos no ofrecía garantía alguna de llegar a realizarse, pero fue cuanto pudimos hacer para que, en un futuro, el equilibrio pudiese restablecerse. Un futuro que nos permitiera tanto a los primigenios, en nuestro Templo de Brumas, como a los habitantes de estas tierras vivir en paz y comunión.

—¿Qué pasa con los sueños? ¿Cómo es posible que puedas trasladarte al plano onírico si aseguras que renunciaste a tus poderes de dios? Mi compañera y yo te vimos —dijo Adler con aspereza—. Hlín ha podido escuchar allí el eco de tu voz.

El Bastardo del Hierro era un hueso duro de roer.

—Eso es cosa de mi familia y de la esencia que les cedí. Nada tengo que ver. Al igual que la inmovilidad que habéis sufrido en el campo de batalla, de la que tampoco era sabedor ni mucho menos

soy responsable —aclaró con serenidad—. A excepción de poder invocar mi espada celestial y de guiar a las almas hasta las puertas del *no tiempo*, poco más puedo hacer. Y mucho menos sé algo más que vosotros no sepáis.

»Cuando la mujer que me llevó en su vientre me alumbró, perdí todo vínculo con mi madre y mi hermano. Y así debía ser —sentenció—. Ahora soy tan mortal como cualquiera de vosotros. Mi sangre es tan roja como la vuestra. No soy ni omnisciente ni omnipresente, ya que, de serlo, habría evitado mi encontronazo con la Visionaria y me estaría ahorrando todas estas explicaciones, sabiendo como sabía que en cualquier momento su verdadero don podía despertar. O la habría reconocido en la loma norte de mi poblado cuando Dunkelheit nos envió a Gräuel y a mí allí para apresarlos. —Pest inspiró con fuerza sin dejar de mirar a Adler—. Fue por ese error que te informé diariamente del estado de los miembros de tu clan. Porque, aun siendo consciente de que la Señora de las bestias se hallaba entre nosotros, lo cual significaba que la profecía se había iniciado, no supe reconocer a Hlín en aquella loma y casi rajo el cuello a tu guerrero más joven. Uno destinado a luchar esta guerra. —Bajó la mirada al suelo de piedra, incapaz de seguir sujetándosela al hombre que los lideraba—. Informarte de que estaban bien, era lo único que podía hacer para enmendar lo que mis ojos mortales no fueron capaces de ver.

—Hiciste lo correcto, hermano. —Escuchó decir a Schmerz.

—Sí, maldita sea. Porque de saber quién eras en realidad, yo mismo te habría obligado a que nos comandases en esta guerra. —Elevó la vista para mirar a Blut.

—Ni todas las torturas que conoces habrían surtido efecto —le replicó Gräuel a este, torciendo una sonrisa que conocía sobradamente y que logró aligerar la tensión de su cuerpo—. Ya que tú, hermano mío, has de reconocer que al lado de un dios no eres más que un insignificante insecto.

El Fronterizo de cráneo rasurado le dirigió una mirada letal que acompañó con un gruñido.

—No sería la primera vez que le patease el culo —alegó, pues Blut había instruido a buena parte de los hombres de su pueblo—. Ni a ti tampoco, Gräuel —le recordó, usando un tono amenazante que solo consiguió agrandar la sonrisa de su hermano.

—Sabes tan bien como yo que ni Pest, aun siendo uno de los primigenios, nos habría comandado mejor de lo que Adler lo está haciendo. Ya has escuchado lo que ha dicho.

La mirada de Blut saltó de su rostro al del Bastardo varias veces antes de que sus labios se frunciesen y soltase una imprecación.

—Lo sé —masculló con los dientes apretados—. No estoy tan ciego como para no reconocer eso.

Una aliviada exhalación brotó de los labios del dios al ver la reacción de sus dos hermanos. Ellos lo comprendían, respetaban la decisión que antaño tomó y le estaban brindando apoyo a su extraña manera. Una que no le era ajena, pues había estado presente en sus años de vida como mortal.

—Tú sabías quién era desde ese *encontronazo* que ha mencionado. —Escuchó que afirmaba Adler en un tono ponzoñoso —. Lo tocaste y lo viste, al igual que pasó con Ratte.

Giró el rostro y vio que Hlín, que seguía a su lado, en lugar de amedrentarse, cuadró los hombros y enfrentó la mirada de su compañero.

—Sí. Como bien ha dicho el gigante negro, fue cuando nos chocamos y lo toqué que lo supe —le confirmó sin un ápice de vacilación.

—¿Y por qué demonios me lo has ocultado, mujer? —inquirió el Bastardo en un tono gélido.

—Porque concluí que era mejor que no lo supieras.

El dios supo que no había sido del todo sincera, pues si ella no le había contado nada, se debía mayormente a sus muchas amenazas. Con toda probabilidad, la joven no quería tratar las conversaciones que tuvieron delante de los presentes, lo que él agradeció.

—Y a esa conclusión llegaste… ¿por? —Adler arrastró las palabras al hacerle aquella pregunta; signo inequívoco de que estaba conteniéndose para no estallar.

—Por precaución. Porque sé cómo eres. Y no me arrepiento, ya que de haberte confiado lo que sabía y lo que pensaba hacer, ahora no estaríamos aquí. ¡Tú habrías querido atarme a un árbol y yo no podía permitir eso! —le increpó alzando la voz.

Pest no tuvo duda de que esa descarada respuesta había despojado al guerrero de la escasa paciencia que aún pudiese albergar.

No se equivocó. La reacción de Adler no se hizo esperar.

Caminó con decisión hasta situarse frente a su compañera y la agarró fuertemente por un brazo; entonces, lo miró a él.

—Entiendo por qué actuaste como lo has hecho, Señor del Exterminio. También los motivos que te llevan a querer seguir siendo Pest. Los apruebo y los respeto. Pero eso no significa que la terca mujer a la que me uní no me deba una explicación más detallada de por qué demonios no compartió conmigo una información tan primordial.

»Todesfall, encárgate de todo en mi ausencia —le ordenó Adler a su hermano antes de arrastrar a Hlín por el brazo mientras ella lo insultaba.

El dios los observó hasta que abandonaron el salón al doblar una esquina.

—Esa hembra no parece escarmentar. —Escuchó que decía Wolfgang con un deje que bailaba entre la admiración y la burla—. Tiene más testículos que cualquier guerrero que haya conocido para enfrentarse como lo hace al Hombre de Hielo.

—Mi hermana siempre ha sido terca como una mula —añadió Sigyn en su defensa.

—Terca o no, creo que todos pagaríamos una bolsa de plata por poder ser testigos de lo que ocurra en la estancia en la que se encierren —alegó Gräuel en tono jocoso, lo que desató varias carcajadas.

Pest miró a su alrededor y sonrió.

«Todo continúa igual que antes de que supieran que soy el Exterminador», pensó, complacido, cubriéndose de nuevo la mitad del rostro con la banda de tela negra.

Capítulo 44

Adler

Sujetándola por el brazo firmemente para contrarrestar la resistencia que la muy testaruda oponía, la conduje por el corredor que se abría a la derecha del salón, siendo aquella la zona del castillo que menos daño había sufrido cuando Tỳr liberó al espíritu de la guerra.

Maldita mujer belicosa, que a sabiendas de que me debía una convincente explicación, su aviesa lengua no cesaba de escupirme insultos y se retorcía como una culebra, tratando de desasirse de mi agarre.

Hundí los dedos en la carne de su brazo, sin importarme que pudieran quedarle marcas, y abrí la primera puerta que encontré. Mi enfado era tal, que la hoja se estrelló contra la pared de piedra. Con un brusco ademán, la empujé al interior, entré y cerré con idéntica fuerza.

El mobiliario de la estancia invitaba a pensar que habíamos accedido a la cámara privada de ese miserable al que había dejado agonizando en la celda tras atravesarle el vientre con mis espadas. Dos robustos muebles se alzaban a ambos lados del ventanal; uno, atestado de documentos enrollados y el otro, de licores. Una chimenea en la esquina izquierda que aún mantenía las ascuas de un fuego, dos regias sillas enfrentadas a ambos lados de la mesa de madera oscura que ocupaba el centro —sobre la que descansaban algunos pliegos sueltos— y una llamativa exposición de armas decorando las paredes de piedra.

Sin duda, aquella dependencia era la de un gobernante, pero también la de un guerrero.

Clavé la mirada en Hlín, que se hallaba de espaldas a la maciza mesa y me observaba tan meticulosamente como yo había observado un instante antes la habitación en la que nos había encerrado.

Era muy consciente de que mis narinas estaban expandidas y mi

frente dividida por un profundo surco de descontento. Aunque a mi tozuda compañera poco pareció importarle mi iracundo semblante, pues se atrevió a alzar la barbilla en un claro gesto de desafío. Lo que acicateó mis ganas de estrangularla.

No iba a dilatar por más tiempo aquella situación. Ni mucho menos tenía intención de sujetar mi rugiente furia solo por tratarse de ella.

—Dime en qué momento supiste que Pest era el Señor del Exterminio —le exigí en un tono bajo y envenenado.

Pedí a la Madre que Hlín hubiese tenido la visión aquel mismo amanecer. Que fuera mientras nos aproximábamos a la fortaleza Wittegenstein que descubriese quién era en realidad el Fronterizo y de ahí que actuase como la estúpida temeraria que era.

Mis esperanzas fueron aniquiladas en cuanto respondió:

—Lo supe en mi enclave. La noche que llegué llorando y temblando como una hoja a la alcoba donde me esperabas para ir a oficiar los funerales.

La ira bulló en mi interior y tuve que apretar los puños a los costados para no echarle las manos al cuello.

Iba a escucharla. Aun en contra de lo que el instinto me gritaba, la escucharía. Y después le daría el castigo que merecía tener.

—Continúa —la apremié en un siseo.

Al verla atrapar una intermitente bocanada de aire, sospeché que no estaba tan tranquila como pretendía aparentar.

—Me choqué con él en uno de los corredores del castillo —habló al fin—. Trastabillé y me aferré a sus brazos para no caer y, al tocarlo, la visión de su cuerpo embutido en una armadura de polvo de estrellas brotó con claridad en mi cabeza. Sujetaba una larga y brillante espada y, a su espalda, se alzaban dos siluetas: una de largos cabellos dorados, cubierta con un manto en color púrpura, y otra ataviada con una túnica tan blanca como lo eran sus ojos… En cuanto la certeza me golpeó, lo empujé, aterrada. Pero en un alarde de valentía…

—¿No sería de estupidez?

Sus cejas se fruncieron con disgusto por mi hiriente intervención.

No me importó.

—Pero en un alarde de valentía —prosiguió—, lo acusé de

traidor y embustero, de engañar a su pueblo y a todos nosotros. Él me amenazó. Me dijo que si lo descubría, sobre todo ante ti, conocería el alcance de su ira.

—Y, por lo que veo, no tuviste en cuenta el alcance de la mía —la provoqué.

Sus ojos se estrecharon con notable furia.

—Estamos hablando de un dios, *gran* Adler —contratacó la muy deslenguada—. ¡¿Qué diantres querías que hiciese?!

Entonces fui yo quien estrechó los párpados, conteniéndome para no terminar con la escasa distancia que nos separaba.

—¿Intentas que me crea que tú, mujer imprudente donde las haya, me has tenido engañado todo este tiempo porque un dios, al que no tuviste reparos de acusar de traidor e insultar, te amenazó? ¿A ti, una de los intocables Descendientes? ¿De veras me tienes por un hombre tan necio como para tragarme esa patraña?

Su cuerpo se tensó por entero al escuchar mi hosca voz.

—No te miento.

—Tampoco me estás diciendo toda la verdad.

—No vi conveniente que la supieras.

—¿Me estás hablando en serio, Hlín? —mascullé dando un paso al frente.

—No fue solo por sus amenazas por lo que no te lo conté, eso es cierto —agregó precipitadamente—. Bueno, quizá al principio, sí; a fin de cuentas, lo importante era la profecía. —Un rugido animal resonó en mi pecho—. Pero no después, Adler. Si no te lo dije cuando ya pensaba hacerlo, tras insistirle a Pest y solo obtener negativas, fue por el último sueño que tuve, pues entendí el verdadero mensaje que los primigenios me querían trasmitir.

—¿De qué sueño hablas?, ¿del que me contaste en nuestra última noche en el enclave VanKleis?

Su mirada descendió a la punta de sus botas, lo que disparó mi enfado, ya que eso significaba que aquella noche también me mintió.

—Lo que compartí contigo al despertar sobresaltada, no fue exactamente lo que soñé.

Hasta ahí mi contención.

—¡¿Y qué demonios fue lo que soñaste para que pisotearas la confianza que nos debemos?! —bramé fuera de mí.

Hlín me miró con una mezcla de odio y dolor.

—Vi que te mataban en el campo de batalla. Te vi morir, salvaje sin corazón. —Pese a la furia que destilaban sus palabras, su barbilla comenzó a temblar y sus ojos de ónix se llenaron de lágrimas. Algo dentro de mi pecho se resquebrajó—. Lo que te conté aquella noche también lo soñé, aunque con anterioridad. No obstante, el escenario era el mismo: el ejército uniformado en ocre y plata acercándose, la masa de nubes negras sobre sus cabezas, los alaridos de las bestias y la tierra fragmentándose… Pero en mi último sueño tú morías, Adler… Una espada atravesaba tu pecho y morías delante de mí. Y yo no podía permitir que eso sucediese. No cuando tú mismo me abriste los ojos e hiciste que entendiese lo que los dioses trataban de comunicarme…

»No fui sincera contigo aquella noche porque me aterraba poner en palabras lo que sabía que podría hacerse real. Y cuando… Cuando diste interpretación a lo poco que exterioricé, lo supe. Supe que tenía que forzar a Pest para que cooperase, para que nos guiara a Tỳr y a mí y así poder mantener el control sobre nuestros poderes. Y del mismo modo supe que tenía que ocultártelo, ya que habrías tratado de impedir que me arriesgase de esa forma aun a costa de tu vida. Y no, Hombre de Hielo, antes habría arrasado todo Eddel que perderte, bien lo sabe la Madre.

A pesar de que cada partícula de mi ser clamaba por abrazarla, pudo más la ira que me corroía, que arreció tras escuchar su explicación. Porque ella no se había expuesto a la muerte por la profecía, lo que en cierto modo podría considerar comprensible, sino que lo había hecho solo por mí.

—¡Desde luego que te lo habría impedido, estúpida e insensata temeraria! —estallé—. ¡¿Qué clase de hombre sería de permitir que la mujer que amo se ponga en peligro por salvaguardar mi vida?! ¡Dime, Hlín!

—Uno con la suficiente confianza en la mujer que dice amar. La misma a la que los dioses dotaron con ciertos dones precisamente para librar esta guerra. Pero tú, salvaje sin modales, no eres ese hombre.

En dos zancadas terminé con la distancia que nos separaba y pegué mi nariz a la suya.

—¿De qué confianza me estás hablando?, ¿de esa que tú no me

has tenido?

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—No concibo una vida en la que tú no estés, ¿no lo entiendes? —dijo en un hilo de voz—. Esa es la única defensa que puedo ofrecer por no haberte hablado de Pest ni de lo que planeé para evitar tu muerte. De ti depende perdonarme o dejar que el rencor se enquiste y destruya lo nuestro.

Entonces, recordé…

Recordé aquella lejana mañana en la Ciénaga Gris cuando nos desperté abruptamente al soñar con su hermana.

Recordé que creí que Sigyn era esa muerte victoriosa que nos aguardaba y que decidí arrebatarle la vida antes de que ella se la quitase a Hlín.

Recordé que le oculté mis intenciones y que rehusé decirle la verdad las veces que me preguntó por aquel sueño, que no fueron pocas.

Al igual que ahora mi compañera, yo por aquel entonces preferí que me odiase cada una de las vidas que estuviésemos destinados a compartir a perderla. Sin embargo, Hlín no se ofendió ni se sintió traicionada cuando supo de mi engaño, y, si eso no me decía nada, ni la amaba como creía que lo hacía ni mucho menos como ella se merecía que lo hiciese.

También vino a mi mente la conversación que mantuvimos en su enclave la noche de los funerales, cuando ella irrumpió en la alcoba tras su encontronazo con el Exterminador. Y al fin pude entender por qué sus bonitos ojos de ónix estaban velados de miedo. No era por el dios, sino por la reacción que pudiese desencadenar en mí el ocultarme su visión.

—¿Estás así por haberme ido sin escuchar lo que viste al tocar a Ratte? ¿Tan traicionada te has sentido?

—¿Tanta importancia tiene que… traicionemos la confianza del otro si… creemos estar haciendo lo correcto? —me respondió entre balbuceos, y yo no entendí es ese momento a qué se refería en realidad.

—La tiene, Hlín. —Me recordé respondiéndole tajante—. *Por más discrepancias que tengamos o por poco de acuerdo que estemos con el otro, la confianza es algo sagrado que no debemos traicionar.*

»Yo lo he hecho y asumo que no puedas o no quieras perdonarme, por más que eso me destroce por dentro… Por más que mi corazón sangre, lo asumo y lo respeto.

—Te perdono, Hombre de Hielo —me dijo ella sumida en un llanto agonizante—. *Yo sí soy capaz de perdonarte una traición. Porque te quiero más que a nada en esta vida. Y porque, la noche que rajaste la cara al byrion, cuando te confesé que me aterraba la idea de que no perdonases mis desafíos y que lo único que te frenara de atentar contra mi vida fuese el juramento que hiciste a los primigenios, me contestaste que no habría nada que hiciese que no pudieras perdonarme*.

—Lo recuerdo, mujer.

—Pues trata de no olvidarlo. Es lo único que te pido.

Y yo lo había olvidado, maldición.

Capítulo 45

Silencio.

Un cargante silencio inundó la estancia.

Uno tan condensado que lo sentía presionar y presionar y presionar sobre mis hombros queriendo aplastarme.

Lo había perdido…

Había perdido al hombre por el que estaba dispuesta a morir y, aun con todo, no me arrepentía en lo más mínimo de haber actuado como lo hice. Porque era totalmente cierto que lo prefería vivo, aunque eso supusiera nuestra separación, a saberme en un mundo en el que él ya no existiera.

Estaba enamorada de Adler hasta las entrañas, maldito fuera. Buena prueba de ello era el alboroto que sentía en el estómago a causa de esos estúpidos murciélagos que lo habitaban y que respondían con inusitado entusiasmo a su cercanía.

Anclé mi mirada a la suya, notando cómo mi interior se fragmentaba con agónica lentitud al ser más consciente que nunca de que el hombre que tenía frente a mí, pese a su carácter dominante e inflexible, su frialdad y nula paciencia, más ese irritante comportamiento del que hacía gala gran parte del tiempo, se había convertido en el pilar de mi existencia. En la mayor de mis prioridades.

Él era el aire que precisaban mis pulmones, quien hacía bombear mi corazón… Adler lo era todo para mí y yo había pasado a ser nada para él.

Esa certeza punzó con desmedida saña en el centro de mi pecho y un entrecortado sollozo brotó de él, muriendo en mis labios. Labios que hormigueaban por su contacto, que anhelaban su sabor y la presión que ejercían los suyos cuando me besaba…

Inspiré en profundidad, tratando de combatir la enorme tristeza que me asfixiaba, y di un paso atrás para imponer algo de separación y poder recomponerme.

Mi trasero se apretó contra el borde de la mesa que se hallaba a mi espalda, robándome el vital distanciamiento que necesitaba en

ese preciso instante entre su cuerpo y el mío.

Adler continuaba observándome, sin intención alguna de romper aquel odioso silencio que gravitaba entre nosotros.

—Si hemos terminado, me gustaría ir a ver cómo se encuentran los niños. —Decidí ser yo quien pusiese fin al tenso e incómodo momento. Quien acabase con lo que habíamos sido.

Di un paso lateral con el propósito de esquivar el muro que era su cuerpo y poder escapar de allí.

—Aún no hemos terminado, mujer —atajó con voz gruesa al intuir mis intenciones, dejándome clavada a la piedra del suelo.

¿Qué más quería de mí cuando la última palabra ya estaba dicha? ¿Tan poco era el afecto que me tenía que ambicionaba presenciar cómo me caía en pedazos delante de él? ¿Ni tan siquiera me creía merecedora de la privacidad que todo mi ser suplicaba para poder romperme sin tenerlo delante?

Una gélida furia, originada por su nula consideración, espoleó mi arrojo.

Me enfrenté de nuevo a su mirada invernal.

—¿No te parece castigo suficiente haber puesto fin a nuestra relación, *gran* líder? ¿Aún necesitas ensañarte más? —espeté con marcada ironía, en un intento de activar los pocos mecanismos de defensa que me quedaban.

Sus dientes rechinaron.

—¿Quién demonios ha puesto fin a nuestra relación? —masculló con visible enfado, acorralándome de nuevo contra la mesa.

Mi respiración se tornó errática.

—Tú lo has hecho —le reproché con un timbre ahogado—. Tú y tu deficiente capacidad para entender mis motivos y perdonarme.

Su rostro se cernió sobre el mío hasta que las puntas de nuestras narices volvieron a rozarse.

¿Por qué siempre hacía eso? ¿Por qué tendía a invadir mi espacio cuando apenas si podía respirar teniéndolo tan cerca?

Aire, aire, aire…

—Entiendo tus motivos y te perdono, mujer —pronunció en un tono áspero y ronco que provocó que el aleteo en mi vientre se incrementase—. Es más, me enorgullezco de tu valentía y de que salvaras nuestras vidas cuando estaban condenadas… De que me salvaras a mí de morir en el campo de batalla.

Mi arrojo mutó a incredulidad.

—Entonces…, ¿por qué me retienes? —Mi titubeante voz dejó al descubierto lo aturdida que me sentía.

Y ese aturdimiento se hizo más acusado tan pronto aprecié un espectro de sonrisa tironear de las comisuras de su boca.

—Te retengo ya que, como bien he dicho, aún no hemos terminado. Porque voy a tomarte sobre esta mesa hasta que no te queden dudas de que, hagas lo que hagas, jamás renunciaré a ti. —El poco aire que conseguí atrapar se me atoró en la garganta—. Quiero oírte gemir mi nombre, que lo jadees y lo grites hasta que su eco quede grabado en estos muros. —Sus dedos se hundieron en mis nalgas—. Te deseo como nunca, Hlín. Después de que hubiese asumido que pereceríamos en la batalla, de sentir un miedo atroz al verte expuesta ante el enemigo y no poder hacer nada, preciso estar dentro de ti tanto como respirar. Y ahora respira tú, porque vas a necesitarlo.

Tan solo tuve tiempo de tomar una corta, cortísima inspiración antes de que sus labios se apretasen contra los míos. Claro que su aliento insuflándole vida a mis pulmones fue más que suficiente.

Abrazándome a su cuello con devastador anhelo, ambicioné como no recordaba que nuestros cuerpos se fundiesen en uno solo y abrigué la esperanza de un nosotros imperecedero.

Me sumergí en ese beso tortuosamente lento que Adler me regalaba, degustando con avaricia su sabor y la textura de su lengua, sintiendo cómo una miríada de placenteros escalofríos me erizaba el vello.

Las grandes palmas de sus manos aferraron mi trasero y, en un parpadeo, estuve sentada sobre la mesa que gobernaba el centro de la estancia.

No dejó de devorar mi boca mientras sus ágiles dedos se deshacían con destreza de cada una de las prendas que vestían mi cuerpo hasta tenerme totalmente desnuda.

—Podría entrar alguien —musité en un instante de cordura, fijando mis pupilas en la puerta.

—Que entren —dijo despreocupadamente, despojándose del pelaje que lo cubría y del arnés cruzado en su pecho.

Me miró con intensidad desde su altura, deslizando los nudillos de una mano por mi mentón.

—Nadie va a interrumpirnos, Hlín. —El tono de su voz era más grave y la carga de su deseo se deslizó en cada una de sus palabras —. Ninguno en su sano juicio osaría traspasar esa puerta sabiendo que me debías una explicación y que la quería en privado.

—Pero esa explicación ya te la he dado.

—Y ellos lo ignoran —sentenció con rotundidad—. Conque olvídate de cualquier otro que no sea yo, porque voy a disfrutarte como me exige todo mi cuerpo. Y no tengo la menor intención de ser delicado y privarme del placer de escucharte nombrarme a gritos.

—Pensarán que me estás dañando —argumenté con redoblada intranquilidad.

—Que lo piensen —atajó él—. A fin de cuentas, unos cuantos azotes es lo que deberías recibir por no haber sido sincera.

Fui a replicar a ese maldito salvaje, si bien de mis labios tan solo escapó un exiguo aliento cuando arrastró la robusta silla y, tomando asiento frente a mí, separó mis muslos y hundió la cara entre ellos.

Me dejé caer sobre la pulida superficie de la mesa y los documentos que había en ella se adhirieron a mi espalda.

El roce de su crecida barba hacía más enloquecedora la potente sensación que me ocasionaba su diestra lengua.

Gemí y gemí y gemí tan alto como él deseaba, relegando al olvido la angustia de que nos escuchasen. Tan solo era consciente de su boca y de lo que esta causaba en mi cuerpo.

Succionó mi centro y me retorcí sobre el tablero de la mesa, esperando estallar en mil pedazos de un momento a otro. Mas Adler no lo permitió; dejó de lamerme, se puso en pie y se afanó en prestarle toda su atención a mis pechos.

—¿Por qué te has detenido? —le pregunté entre jadeos.

Atrapando entre los dientes mi pezón derecho, elevó la vista hasta hallar mis ojos y tiró de él con fuerza, haciéndome dar un respingo.

—Porque vas a sucumbir al placer conmigo. Ni antes ni después.

—¿Ese va a ser tu castigo?

Se irguió en toda su altura y liberó su dura erección.

—Sujétate a los bordes de la mesa —me exigió por toda respuesta—. Y no, no es un castigo. Es una orden que por una maldita vez vas a obedecer.

Lo hice. Ceñí los dedos con fuerza a la madera, preparándome para sus acometidas, deseándolo como no recordaba.

Adler se enterró en mí con un certero golpe de cadera y, anclando las manos a mis pechos, comenzó a embestir con la violencia del salvaje que era.

Y yo lo disfruté. Todos y cada uno de sus bruscos embates, conteniendo mi placer a duras penas para no culminar antes que él.

Mis jadeos subieron de volumen.

Sus gruñidos los coreaban.

Lo nombré tantas veces que perdí la cuenta; unas, entre lastimeros susurros, y otras, tan alto que las paredes parecieron vibrar.

No podía contenerme más, por los dioses.

—Ahora, Hlín —musitó con la voz entrecortada—. Ríndete conmigo al placer ahora.

Mi cuerpo respondió a su apasionada petición y volé, volé y volé más allá de aquella estancia, de los altos muros del castillo y de las tierras que lo rodeaban.

Volé libre sabiendo que Adler me acompañaba.

Cuando nuestras respiraciones lograron estabilizarse un mínimo, tomó mis manos y me ayudó a incorporarme.

Nos quedamos atrapados en la mirada del otro hasta que el agitar de nuestros pechos se sosegó. Con una sonrisa saciada y sobradamente complacida, llevé una mano a la sudorosa piel de mi baja espalda y despegué el papel que tenía adherido, dejándolo en el tablero de la mesa junto a mí.

Adler siguió mis movimientos con los ojos y su ceño se frunció en cuanto su mirada recayó en el escrito salpicado con mi sudor. Salió de mi interior sin demasiadas ceremonias y lo agarró, acercándoselo al rostro.

Mentiría si dijese que su inesperada reacción no me sorprendió, mas no alegué nada, tan solo lo observé… Y, por su gesto, supe que lo que fuera que estaba leyendo no era de su agrado.

No me dio tiempo a preguntarle qué era lo que había en ese escrito como para haber cambiado su humor de forma tan drástica.

—Maldito hijo de perra.

Entonces fui yo quien plegó las cejas, más confundida si cabía.

Él se percató y me tendió el arrugado papel; lo cogí y mis

pupilas se deslizaron por la pulcra escritura.

Se trataba de un pacto en el que estaban estampadas las rúbricas Vorgrimler y Wittegenstein.

Un pacto en el que el primero pedía asilo a cambio de compartir toda la información que tenía recabada sobre nosotros, en el que acordaban que, en cuanto nuestra pequeña legión de bestias fuese avistada, Dedrick y su escolta partirían. En el que ese asqueroso desalmado exigía que Tỳr no sufriese daño alguno por la guardia armada cuando nos atacasen, alegando que lo había acogido bajo su ala como a su pupilo.

Un pacto en el que ambos sellaban su clara intención de hacerse con los enclaves del norte de Eddel cuando estos hubiesen sido arrasados y su fuerza militar estuviese bajo mínimos.

Arrasados por nosotros…

Alcé el cuello como un látigo, fijando mis ojos en los de mi compañero.

—¿Esto significa que pretendían aprovechar nuestra incursión para alzarse sobre Folkenhorst y VanKleis?

Las narinas de Adler estaban expandidas y la ira había retornado a su mirada zarca.

—Esto es la prueba de que los niños-soldado dijeron la verdad a tu hermano y Spatz sobre el malnacido que los gobernaba. También prueba que Dedrick nos condujo a donde pretendía con más de un propósito en mente —masculló con los labios contraídos—. La información de la que disponía le aseguraba la victoria y a un tiempo le proporcionaba la oportunidad de ampliar sus dominios. Por eso nos guio hasta Folkenhorst, para que le hiciéramos el trabajo sucio. Y por eso vino a este enclave, porque sabía de las aspiraciones de Wittegenstein y del entrenado ejército que poseía. Uno como para hacer frente a las criaturas. —Estreché los ojos al verlo curvar los labios en una oscura sonrisa—. Pero no ha habido victoria alguna.

—¿De qué demonios hablas? —lo apremié a que se explicase, sintiéndome totalmente perdida.

Clavó sus pupilas en las mías y un desagradable escalofrío trepó por mi espalda desnuda. Porque su mirada rebosaba ira, pero también brillaba de satisfacción. La misma que vi en el poblado Fronterizo cuando se autoproclamó líder de todos nosotros. La

nacida de un conocimiento que a mí se me escapaba pero no a su mente estratega.

—Ese gusano contaba con los registros anuales de los otros tres enclaves —comenzó a explicarme—. Registros detallados en los que se reflejan con claridad quiénes eran poseedores de los dos cuerpos armados más numerosos y adiestrados.

—El de mi enclave y el de este en el que ahora nos hallamos.

—Exacto —convino—. Sabía de los escasos recursos militares de Folkenhorst y de la dejadez de VanKleis, por lo que su destino al huir siempre fue este. Y según dice el documento —lo agitó—, aún cree que la victoria ha sido suya, puesto que él no estaba para presenciar cómo fuimos nosotros quienes nos alzamos con ella. No vio actuar a los Descendientes de Nammentos.

—¡Por todos los dioses, Adler, habla claro de una vez! —me desesperé al desconocer a dónde quería llegar.

—A la vista está que, por la minuciosa información que aquí hay detallada sobre nuestros guerreros y las bestias, presenció la rendición de su guardia armada y, con toda probabilidad, el apresamiento de Volker. Si bien huyó de la fortaleza antes de saber que su pueblo juró lealtad a tu hermano, por lo que no sabe que hemos aplastado a la guarnición Wittegenstein ni tampoco que ya no tiene ni súbditos ni ejército que lo esperen en vuestro enclave. Y estoy seguro de que se dirige hacia allí, creyéndonos muertos.

Mis ojos se abrieron horrorizados.

—¿Y por qué sonríes si tan seguro estás de que se dirige a mi enclave?

—Porque tampoco sabe que allí, en lugar de esperarlo sus entrenados hombres, lo harán Jürgen y los Purgadores de la Fosa.

Cierto, ellos se habían quedado en la fortaleza para proteger a los habitantes de Pueblo-Condado.

—¿Y si te equivocas y ese no es su destino?

Su oscura sonrisa se amplió.

—Lo es, no albergo la mínima duda. Pero, de equivocarme, en Folkenhorst lo aguardan dos cuerpos de guardia, dispuestos a apresarlo, y en VanKleis, Torsten y los Ciénaga.

»Se dirija a donde se dirija su días están contados, porque nuestros hombres le darán captura y me lo entregarán.

—No podemos confiarnos, Adler. Ha demostrado astucia y ya

nos ha engañado una vez; tenemos que partir cuanto antes.

—Y lo haremos —afirmó, acariciándome el rostro—. En cuanto los Fronterizos que he enviado a las aldeas traigan a sus gentes, los niños hayan sido devueltos a sus familias y todos juren lealtad a tu hermano, partiremos hacia tu enclave.

»Tómate tu tiempo para vestirte; yo iré a informar al resto de nuestro hallazgo.

Tras esa última frase, se ajustó el arnés al pecho, se echó el pelaje de byrion sobre los hombros y avanzó con paso decidido hacia la puerta.

—Necesitas más que nunca encontrarlo y poner fin a su vida; de ahí que desees partir incluso más de lo que lo deseo yo —exterioricé con convicción.

Adler se detuvo frente a la hoja de madera y me miró por encima del hombro.

—A pesar de que todo indica que no tiene escapatoria vaya a donde vaya, no soy ningún necio, Hlín. Como bien has señalado, esa rata, además de escurridiza, ha demostrado astucia, así que no voy a darme tregua hasta cazarlo. Dedrick está muerto, aunque todavía siga respirando.

Abrió y abandonó la estancia, llevándose consigo los gratos momentos que poco antes habíamos compartido.

Leí de nuevo ese asqueroso pacto y maldije en alto al hombre que en su día me fue destinado como pareja por imposición, rogándole a la Madre que mi compañero pudiese ver pronto realizado su deseo de vaciar la mirada de ese desgraciado.

Capítulo 46

Adler

La cara este de la muralla que cercaba Pueblo-Condado comenzó a avistarse en la lejanía.

Habíamos logrado romper el tratado entre enclaves; Eddel había caído y, con ella, los cuatro apellidos nobles que la gobernaban.

Tras seis días en los que, obligadamente, tuvimos que permanecer en Wittegenstein aguardando la llegada de los cinco Fronterizos junto con los habitantes de las aldeas, para devolverles a sus hijos y que hiciesen el juramento a Tỳr, por fin pudimos partir.

Seis largos días en los que el gusano de Dedrick no había salido un instante de mi cabeza.

Seis malditos días pidiendo a los dioses no estar equivocado y que, fuera cual fuese su destino elegido, mis hombres lo hubiesen capturado.

Tenía la imperiosa necesidad de cerrar el ciclo en aquella tierra en la que el Ciego se exilió antaño, lo que no sucedería hasta que diese muerte a ese miserable.

Resoplé hastiado.

Sentía el desgaste que hacer cumplir el vaticinio estaba causándome como una carga que cada día que transcurría parecía incrementar su peso. Y aún quedaba una larga travesía por Nammentos, pues en nada cambiaba contar con el Exterminador en mis filas, ya que él había decidido ser un guerrero Fronterizo más a mis órdenes y, por ende, me correspondía a mí seguir siendo quien liderara aquella empresa.

Sí, estaba cansado de la guerra, de ejercer el mando y de tomar decisiones que bien podrían llevarnos a la muerte, tal y como habría sucedido en los campos que rodeaban la fortaleza Wittegenstein si los Descendientes no lo hubiesen impedido. Deseaba que todo terminase y que el equilibrio tan codiciado por los primigenios se restableciese, y, con él, la paz.

—Cuando la guerra acabe, ¿nos asentaremos en el bosque de Hayas? —inquirió de pronto Hlín, girando la parte superior del cuerpo y atando su negra mirada a la mía.

Al parecer, nuestros pensamientos vagaban en la misma trayectoria.

Ambos viajábamos sobre el lomo del syldeur que nos había servido de transporte desde aquella primera noche que fuimos al rescate de Spatz y que, en ese momento, se deslizaba por encima de las copas de los sauces en un apacible vuelo.

Apreció un viso de temor en sus bonitos ojos, lo que me hizo sospechar que su inesperada pregunta se debía a la incertidumbre de no saber dónde tenía pensado que nos estableciésemos cuando la lucha finalizase. Ella era consciente de la cercanía que existía entre el bosque de Hayas y el gran mineral o Eddel, donde residirían sus hermanos y su abuela, y su miedo era que hubiese escogido un lugar más lejano para continuar con nuestras vidas y no poder verlos con frecuencia.

—Cuando todo acabe, muchos de nuestros caminos se separarán —respondí—. Lo que no impedirá que cada cierto tiempo viajemos a ver a tu familia, puesto que ya no habrá fronteras que puedan impedirlo.

Una bocanada de alivio escapó de sus labios. Asintió, agradecida, si bien continuó mirándome fijamente, con el cuerpo girado hacia mí, lo que indicaba que con aquella breve explicación, más que saciar su curiosidad, la había espoleado.

No me equivoqué.

—¿A qué te refieres con que muchos de nuestros caminos se separarán?

La observé con intensidad. Había llegado el momento de recuperar la confianza que ambos rompimos por distintos motivos. De rescatar la complicidad que estuvimos a un paso de perder. De que compartiese con ella tanto mis especulaciones como mis sólidos planes futuros. Y eso me dispuse a hacer.

—De cumplirse el vaticinio y salir ilesos, no solo tú tendrás que sufrir la separación de aquellos a los que amas; yo también tendré que desprenderme de buena parte de los miembros de mi clan para que la paz perdure. Mi intención es que tú y yo, junto con Igel, Fuchs y Falke, nos establezcamos en mi antiguo campamento.

Sus cejas se fruncieron con incomprensión y vi que boqueaba un par de veces.

Me preparé para su ataque, que no se hizo esperar.

—¿Y qué razones han llevado al *gran* líder a pretender convertir a los Bastardos del Hierro en una burla de clan? —inquirió con acusada ironía.

Armándome de paciencia, solté el aire por la nariz.

—El equilibrio únicamente se mantendrá si hacemos ciertos sacrificios, Hlín —le expliqué, intentando mantener la calma—. Tú y tus hermanos estáis destinados a gobernar tres tierras, pero precisareis de ayuda para que la paz perdure. Y ese cometido habrá de recaer en otros.

—Déjate de vaguedades y háblame claro de una vez —me espetó —. Sé de sobra que la separación de mi familia está predestinada; es algo que me esfuerzo en asimilar cada maldito día. Lo que no logro entender es por qué pretendes deshacerte de tu gente como si de molestos insectos se tratase.

Mujer insolente y combativa.

Encajé las mandíbulas e inspiré en profundidad para que mis palabras no saliesen cargadas de ponzoña.

¿Quería saber los motivos que me habían empujado a tomar ciertas decisiones?

Pues bien, iba a dárselos todos. Uno por uno.

—Tu hermano gobernará Eddel desde vuestro enclave, que es donde se ha criado y, por consiguiente, donde más cómodo y seguro se sentirá —comencé, haciendo ojos ciegos a su ácida mirada con tal de mantener a raya la ira que la muy insensata había despertado en mi interior con su injusta acusación—. Él tendrá a Helga y a Sigurd para que actúen en su nombre en Folkenhorst, pero deberá prescindir de buena parte de la guardia armada Vorgrimler para enviarla a los dos enclaves que han quedado desprotegidos; tanto VanKleis como Wittegenstein necesitarán de personas capaces que dirijan a sus habitantes y los ayuden a prosperar. Personas de confianza que no traicionen a Tỳr —recalqué.

»De elegir las guarniciones para dicha empresa, se encargará el capitán Gunnar, puesto que es quien mejor conoce a sus hombres. Esto supondrá un número más reducido de soldados en la fortaleza, en la cual tu hermano, tu abuela y Spatz vivirán. Porque la niña

tiene que estar donde esté el Descendiente y eso no es rebatible, ya que nadie más que ella sería capaz de aplacar al espíritu de la guerra si este se desatara —siseé, dedicándole una mirada cargada de significado y dolor.

Un relámpago de arrepentimiento cruzó los ojos de Hlín al comprender que mis decisiones no habían sido tomadas a la ligera y sí meditadas concienzudamente, pues ella sabía mejor que nadie que tener que dejar atrás al pequeño Gorrión me dolería en las entrañas.

Aunque esa no sería la única renuncia que tendría que hacer.

Erguí la espalda sobre el lomo del syldeur.

—Para garantizar su seguridad y bienestar —continué—, he resuelto que Nashorn, Löwin y los byrions se queden con ellos en Eddel. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus labios los siguieron.

»Déjame acabar, mujer —atajé su amago de réplica—. Mi mejor guerrero dará la vida por cualquiera de ellos de ser necesario. Él se ha ganado a fuerza de lealtad, sudor y obediencia mi confianza, ya que para mí no cuenta que naciese con las marcas de los esclavos, sino el respeto y el buen hacer que ha demostrado en los años que lleva bajo mi mando; suficiente como para saber que es el apropiado para protegerlos; para que actúe como la mano derecha de tu joven hermano, lo aconseje y lo entrene como guerrero.

»Löwin, que como es evidente querrá quedarse junto a Nashorn, cuidará bien de la niña. Y que ambos hayan creado un vínculo tan estrecho con los byrions tras lo ocurrido en las Lomas Blancas es en sumo grado beneficioso, pues dudo que nadie con un mínimo de cordura ose rebelarse contra tu hermano y tener que enfrentarse a las dos bestias.

Había reparado en que, conforme le argumentaba mi razonamiento, la mirada de mi compañera se iba suavizando. No obstante, que girase su pequeño cuerpo aún más sobre el alado para poder acunar con ternura mi cara, me pilló desprevenido.

—Gracias por pensar en la seguridad de los míos aun a costa de perder a dos de los miembros de tu clan. Tres, si contamos con la pequeña, que ha demostrado tener el coraje de toda una guerrera para su corta edad. —Asentí, complacido de que me entendiese y que su vena belicosa se hubiese relajado—. ¿Y qué sucederá con el

resto? —preguntó entonces sin rastro de reproche en la voz.

—Cada uno de ellos se asentará en el lugar que le corresponde, y no será por una orden que yo les dé. Al menos, no a todos —proseguí—. Ratte, con toda seguridad, se irá con Gräuel al poblado Fronterizo; ella lleva al hijo de ambos en su vientre y al jinete ya no le hace falta alguna habitar una tierra donde haya hembras que perpetúen su sangre. Se quedarán con Todesfall y con tu hermana en la tierra que la Madre les asignó, no me cabe la menor duda.

—Aunque me apene enormemente tener que decir adiós a Ratte, no es comparable a la tranquilidad que me aportará saberla junto a Sigyn —admitió ella con una débil y triste sonrisa.

—Con un poco de suerte, Schmerz tendrá a bien unirse a nosotros, dada la relación que mantiene con mi rastreador —añadí para aligerar el momento.

Retiró sus manos de mi rostro y las plantó en mi pecho al tiempo que la curva de sus labios se ampliaba y sus iris adquirían un pícaro brillo que hizo que me envarase.

—Un sanador por otro… Ya veo que has pensado en todo, *gran* líder.

Entonces fui yo quien, a duras penas, pudo sujetar el espectro de sonrisa que tironeaba de las comisuras de mi boca.

—Eso no me preocupa, mujer descarada —le devolví, impostando un tono severo que no consiguió engañarla—. Tú conoces de sobra los beneficios de las plantas como para ocuparte de esa función.

—Continúa —me urgió, consciente de que en breve haría descender al syldeur y tendríamos que posponer aquella conversación en la que tan interesada parecía.

—Cualquier día esa insaciable curiosidad tuya te acarreará un serio problema.

—Lo que tú digas, Adler, pero termina de aclarar mis dudas antes de que arribemos al pueblo.

En esa ocasión, fui incapaz de no sonreír.

Mujer tenaz y perseverante como ninguna. No me extrañaba que hubiese doblegado con su incansable persistencia al mismo Señor del Exterminio.

Hlín me devolvió la sonrisa y alzó sus perfiladas cejas, invitándome a proseguir.

Quise besarla en ese preciso momento, sintiéndonos los compañeros eternos que habíamos jurado ser; sin embargo, me contuve de hacerlo y reanudé mi explicación solo por satisfacerla.

—Si conseguimos atravesar Nammentos sin complicaciones, dar con los Errantes Negros y matar al desalmado de Eberhard, convenceré a Katze para que lidere el clan en el que nació.

—¿La convencerás? ¿No se lo impondrás?

—No hará falta. Mi guerrera más letal es consciente de que solo ella podría mantener a esos montaraces a raya. Y si acepta quedarse en los Picos Muertos, Natter y Hyäne también lo harán.

Elevó una mano de mi pecho y me acarició con el dorso el velludo mentón.

—Sabiendo lo que te une a esos *siameses*, que estés dispuesto a hacer esa concesión te honra como líder, como guerrero y, sobre todo, como hombre. Como el hombre que ahora sabe lo que es amar. —Cierto, porque si ella no se hubiese cruzado en mi vida, con total probabilidad, mis pensamientos y decisiones serían muy distintos—. ¿Y qué pasará con Hölle? —preguntó con un matiz de temor—. Porque es a ti a quien corresponde liderar a los Heraldos una vez des muerte a tu padre.

Hölle…

Mi odiada Hölle…

—Como heredero de su sangre, así debería ser por ley, pero no es lo que deseo.

—¿Y qué deseas, Adler? —susurró casi con miedo.

Clavé mis ojos en las suyos.

—Matar al malnacido que me engendró, como bien has apuntado, y ver a los Heraldos arrodillados a tus pies. Haré que te juren lealtad a ti, a nuestros dioses y también a tu padre.

Sus párpados se abrieron con sorpresa.

—¿Por qué a mi padre?

—Porque él liderará en mi nombre al pueblo que nos empujó a ambos a huir. Nils es fuerte, le sobra arrojo y es un Heraldo al igual que ellos. Sabrá cómo dirigir a los que queden en pie tras nuestro ataque.

—¿Qué te hace pensar que lo aceptarán? Puede… Puede que…

—Que nada —la corté—. Lo aceptarán porque yo se lo exigiré. Y ten por seguro que me obedecerán, porque si algo respetan esos

miserables es la línea de consanguineidad en la jerarquía de mando. Siempre ha sido así, y una vez Götz esté muerto, solo les quedo yo, su único hijo vivo, y acatarán las decisiones que tome.

—Porque tú ni te has planteado por un instante quedarte en Hölle… —No fue una pregunta, sino la constatación de un convencimiento.

—Guardo demasiado rencor como para actuar con equidad y justicia. No, Hlín, no voy a quedarme a liderar al clan que asesinó a mi joven madre y dejó que Götz me lanzase al Agujero para que me pudriese allí. No al menos mientras alguien capaz pueda hacerlo en mi nombre; en un futuro, ya me replantearé si ocupar o no el lugar que me corresponde.

Sorprendentemente, no objetó nada en contra. Tampoco discutió sobre que hubiese elegido a su padre para desempeñar dicho cometido. No hizo el mínimo reproche a mi deseo de querer desvincularme del pueblo que estaba destinado a comandar.

Y se lo agradecí. Agradecí interiormente tanto la compresión como el apoyo que en silencio me estaba brindando.

Con un golpe de los talones, indiqué al alado que fuese perdiendo altura.

Mi intención era hacerlo en los exteriores de la muralla que rodeaba el pueblo y adentrarnos en este dejando en el bosque a las bestias. Que sus habitantes nos viesen como aliados y no como los invasores que fuimos a nuestra llegada. Que confiasen y sintiesen cercanía, pudiendo así relegar al olvido el temor a nuestras armas y a las criaturas.

Quería un enclave unido y confiado que dejar a Tỳr una vez cumpliésemos la profecía.

—¿Y los pueblos de Nammentos? ¿Piensas matar también a sus dirigentes o les harás hincarse de rodillas ante mí? —preguntó, pegando la mejilla a mi pecho para combatir el azote del viento.

Su curiosidad no tenía límites, maldición.

—Aunque también he pensado en ello, esas respuestas habrán de esperar —le dije tan pronto el syldeur tomó tierra.

Salté del lomo de la criatura y le tendí los brazos para ayudarla a desmontar. Sus manos se posaron en mis hombros y las mías se ciñeron a su estrecha cintura.

—No puedes dejarme a medias —protestó en cuanto sus pies

tocaron la hierba.

Sonreí con arrogancia, alzando una de mis cejas.

—Jamás osaría dejarte a medias, compañera.

Un ligero rubor coloreó sus pómulos.

—No me refería a eso, cretino —siseó entre dientes.

Deslicé los nudillos por la suave piel de su mentón y la besé en la frente.

—Lo sé, pero contestarte derivaría en otras mil preguntas con las que ahora no tengo tiempo de lidiar, mujer. —Le di la espalda y me encaminé hacia las puertas de la muralla, donde Fronterizos y dreiks ya nos esperaban—. Sigyn —reclamé su atención al pasar junto a ella—, que las bestias aguarden en el bosque hasta que los lugareños se habitúen a tenernos aquí de nuevo; no queremos que los súbditos de tu hermano mojen los calzones por segunda vez.

La joven me dedicó una abierta sonrisa antes de cumplir con mi demanda.

Tenía que admitir que conversar con Hlín había mejorado mi humor.

Y aún mejoraría más si Jürgen hubiese apresado al gusano de Dedrick y pudiese al fin ensartarlo con mis espadas.

Capítulo 47

Mi mirada quedó presa de las empuñaduras de sus espadas que, tan insolentes como el hombre que las portaba, despuntaban con altivez del pelaje de byrion que le cubría los anchos hombros, enmarcando su rubia cabellera.

Ese salvaje al que había ligado todas mis vidas, no contento con hacerme enrojecer, me había dado la espalda y robado cualquier posibilidad de réplica.

—Sigyn, que las bestias aguarden en el bosque hasta que los lugareños se habitúen a tenernos aquí de nuevo; no queremos que los súbditos de tu hermano mojen los calzones por segunda vez. —Escuché que le decía al pasar por su lado.

Una genuina sonrisa afloró en los labios de mi hermana, que, presta, trasladó su orden a las criaturas. Los míos pasaron a convertirse en una fina y tirante línea.

—Bastardo del demonio —farfullé, viéndolo adentrarse en el pueblo a través del arco de la muralla.

—¿Todo bien con tu apuesto salvaje? —Giré el rostro hacia la voz de Egon. Igel y Ratte lo acompañaban—. Lo pregunto por los puñales que salen despedidos de tus ojos.

Me mordí la lengua para no ladrarle una grosería, ya que mi corazón dio una sacudida al reconocer en esas palabras al bufón que siempre habitó en él y que yo quería de vuelta.

—Dudo mucho que aquel cuchillo que le lanzaste en el bosque de Hayas y que golpeó su dura cocorota estuviese más afilado que la mirada que le dedicabas hace un instante —apuntó Igel, torciendo una taimada sonrisa.

Podía reprimirme con un patán, pero no con dos.

—No voy a contarle a dos charlatanes como vosotros lo que pase o deje de pasar entre Adler y yo —les espeté antes de girarme para unirme a Ratte y a Sigyn, que ya se encaminaban al arco de la muralla que daba acceso a Pueblo-Condado.

Escuché las pisadas de ambos detrás de mí y también la indisimulada risilla de ese estúpido Erizo.

—Dime qué ha hecho en esta ocasión mi querido líder para que quisieras perforarle la nuca. —Eché una mirada soslayada a Ratte, que caminaba a mi derecha; Sigyn lo hacía a mi izquierda—. Porque esos dos mentecatos —señaló con el pulgar tras nuestra espalda— solo han dicho la verdad, por más que te disguste.

Recorríamos las empedradas calles en dirección a la fortaleza mientras éramos observados por los habitantes del pueblo.

Llevé la vista al frente. Adler iba en cabeza junto con Tŷr, Spatz, Todesfall y mi padre, seguidos de cerca por Blut, Gräuel, Pest, Schmerz y Fuchs. Y no se había girado una maldita vez a mirarme.

Dejé ir un resoplido, notando que mis hombros se hundían al expulsarlo.

—Solo ha eludido contestar a mis preguntas. Nada nuevo —dije para que ambas me escuchasen.

—Él es muy poco dado a dar explicaciones y tú demasiado preguntona, forastera. Eso debes admitirlo.

Destiné una mirada mortífera a Ratte.

—Además de su compañera eterna soy una de los Descendientes y no estaría de más que se mostrase un poco más accesible conmigo —farfullé con rabia.

—Que eres una de los elegidos, quedó patente en el campo de batalla cuando tomaste las riendas de la situación y nos salvaste a todos de una muerte segura. Y eso, pese a que no dé muestras de ello, mi querido líder lo tiene muy presente. Ya compartirá contigo en el momento apropiado lo que sea que precises saber, no desesperes.

—Siempre lo defendéis. Los siameses, Spatz, tú… ¡Incluso Egon y mi hermana han caído bajo su influjo! —me quejé, haciéndolas reír. Aunque maldita era la gracia que a mí me hacía.

—Si lo defendemos es porque sus decisiones son las acertadas. Bueno…, quizá la última que tomó no lo fuera tanto, en vista de que si tus hermanos y tú no llegáis a intervenir, posiblemente ahora no estaríamos hablando.

—En eso tuvo mucho que ver el dios guerrero —apunté, fijando la mirada en la espalda de Pest.

—¡Oh, sí! Y también la Madre y el Ciego al atarnos a los demás los pies a la tierra para hacernos sentir totalmente inútiles —espetó con marcada ironía antes de añadir en un tono de lo más seco—: No

le otorgues al Fronterizo más mérito del que merece.

—Él ayudó a que aunásemos nuestros dones y a que a Tỳr y a Hlín no se les fuesen de las manos —alegó mi hermana en su defensa.

—Que era lo menos que debía hacer después de que os los concedieran sin daros una mísera explicación de cómo manejarlos —atajó Ratte sin dejarse convencer—. Eres la Visionaria porque así lo quisieron los Tres —remarcó, mirándome con determinación mientras se acariciaba el vientre de forma inconsciente—. La Madre y el Ciego usaron el plano onírico para ofrecerte un adelanto de lo que estaba por llegar; que no estuviese en los planes del gigante negro que tropezases con él y lo descubrieras, es su problema, no el nuestro. Y sí, finalmente os ayudó, si bien estoy convencida de que, de no haberlo hecho, el resultado habría sido el mismo.

Unos terribles deseos de echarme a llorar me asaltaron ante su transparente confianza.

—¿Cómo…? ¿Cómo estás segura de que el resultado habría sido el mismo?

Ratte me dedicó una cálida sonrisa.

—Primero —dijo alzando un rígido dedo—, porque he tenido la suerte de convivir contigo y te he visto plantarle cara a mi ceñudo líder como nadie se atrevería. Segundo, porque renunciaste a ir en busca de tu hermana y regresaste al campamento para salvar a nuestra niña de las garras de ese degenerado viejo. —Otro dedo se había sumado al primero—. Tercero, porque aquella misma noche te enfrentaste a mi clan empuñando tan solo tu pequeña daga y nos protegiste del temperamento de Adler a mí y a ese estúpido Erizo al que casi estrangula. —Ya eran tres dedos los que exponía ante mí—. Cuarto, porque vi cómo te arrojaste a la Fosa de los Purgadores cuando descubriste que tenían preso a Egon. Y quinto —el último dedo de su mano se estiró—, porque me consta, pese a que no estuviese presente, que amenazaste a Todesfall y a sus bestias para preservar la vida de tu compañero, aun cuando el guerrero es él y no tú.

—Sí, soy estúpidamente impulsiva —añadí en un hilo de voz al recordar todo lo que ella había enumerado.

—Además de valiente y decidida —sentenció con un cabeceo afirmativo—. Así que no menosprecies tus cualidades, ya que todos

hemos sido testigos de ellas, incluido mi hosco y querido líder. Él te ama y te admira, Hlín —añadió con franqueza—. Aunque es tan cerrado de sesera que no lo exterioriza como debería; claro que ninguno de nosotros somos ciegos.

Sus palabras actuaron como un bálsamo para mi alma, ya que cuando mis ojos se posaron de nuevo en la espalda de Adler, la rabia que hasta hacía unos instantes lamía mi interior, había desaparecido.

Una apaciguadora sonrisa se instaló en mis labios al saberme amada por ese obtuso hombre que atesoraba el invierno en la mirada.

Una apaciguadora y comprensiva sonrisa que despertó a la colonia de murciélagos asentada en mi estómago mientras lo veía desaparecer tras el muro que cercaba la fortaleza.

Una apaciguadora, comprensiva y radiante sonrisa que, tan pronto crucé el puente que comunicaba los exteriores del castillo con el pueblo, se acentuó al reparar en que la joven Weiss corría en nuestra dirección, esquivando a los guerreros que salpicaban el patio de armas.

Con los ojos brillantes de emoción y su oscura mata de pelo ondeando a la espalda, recorrió la distancia, sujetando en apretados puños la falda de su túnica para no tropezarse con ella, y nos esquivó también a nosotras.

Detuve mis pasos y me giré a tiempo de ver cómo lanzaba los brazos alrededor del cuello de Egon.

—¡Por fin estás de regreso! —Su voz irradiaba felicidad—. ¡Los dioses escucharon mis ruegos y te han devuelto a mí sano y salvo!

—Los dioses no te han devuelto nada, porque el hombre que partió del enclave ya no existe —le respondió él con rudeza, deshaciéndose de sus brazos.

Mi sonrisa se borró ante su falta de tacto y con ella la genuina dicha que iluminaba el rostro de Silke.

¿Dónde diantres había dejado ese idiota redomado la exagerada cortesía de la que solía hacer gala?

El muy asno había hablado a través de Falke; el Bastardo del Hierro; el letal arquero… Se había excedido en sus formas —aún más hoscas que las de Adler— solo porque ella había mostrado una sincera alegría por su regreso.

Los pómulos de la joven se tiñeron de rosado por la humillación, puesto que ese cretino tampoco había hecho por modular el tono de su voz.

—Pero, Egon… Antes de tu marcha, nosotros… nosotros…

—Nosotros nada, Silke —la cortó sin rastro de consideración, haciéndome hervir la sangre—. Olvídate de lo que te dije que podíamos ser si regresaba con vida, porque te repito que aquel hombre ya no existe.

La consternación por sus desconsideradas palabras no se reflejó únicamente en el decepcionado gesto de la muchacha o en el mío. Sigyn también lo observaba horrorizada, no reconociendo a nuestro amigo en el energúmeno que teníamos en frente; Ratte negaba con la cabeza, mostrando así su incomprensión al cruel trato que le estaba dando, e Igel lo miraba con profunda pena, anhelando con toda seguridad al joven risueño que se convirtió en su inseparable compañero desde que fue en mi busca a Nammentos.

—No puedo olvidarme de lo que me dijiste, Egon —musitó ella con la voz temblorosa—. No cuando siempre anhelé que me vieras… Que me vieras de verdad. Y tú lo hiciste aquellos últimos días que compartimos antes de que te fueras.

Un destello de culpabilidad titiló en los iris castaños de mi amigo, si bien fue suplantado rápidamente por un velo de distante frialdad que me revolvió las entrañas.

—Pues deja de anhelar lo imposible, porque tu camino y el mío discurren por separado.

Y, zanjando de forma tan despreciable lo que hubiese comenzado entre ellos antes de nuestra partida y de que Dedrick asesinara a sus padres, sorteó su paralizado cuerpo y enfiló a grandes zancadas hacia las puertas del castillo, donde Adler y Jürgen parecían ponerse al día de lo acontecido.

—No se lo tengáis en cuenta, joven dama. —El cándido timbre que usó Igel al hablarle hizo que centrase de nuevo mi atención en ella. Silke lloraba. Un río de lágrimas resbalaba por sus enrojecidas mejillas—. El Egon de quien os enamorasteis está perdido dentro de sí mismo, pero os doy mi palabra de que conseguiremos traerlo de vuelta.

—¿Acaso le he causado algún daño? —inquirió ahogando un sollozo que se me clavó en el alma.

—No, vos no sois culpable de nada. —Igel le limpió la humedad de la cara con los pulgares—. Fue vuestro antiguo señor quien le infligió una herida casi de muerte que aún está en proceso de sanar. Pero lo hará.

—¡¿Casi de muerte?! —Sus ojos se llenaron de preocupación.

—No os alarméis. —Trató de tranquilizarla él—. No hablo de las heridas que pueda causar un arma… Bueno, sí, aunque no en sus carnes… Lo que trato de deciros…

Y hasta ahí estuve dispuesta a escuchar.

Agradecí que el Erizo se encargase de ofrecerle una explicación, así yo podría poner en su lugar a ese patán.

Me giré sobre los talones y fui tras él.

—¿Qué vas a hacer, Hlín? —preguntó mi hermana alzando la voz.

—Lo primero, atizarle la colleja que se merece. —La carcajada de Ratte resonó a mi espalda—. Y, después, hacer que escuche lo que se niega a escuchar.

A Egon le quedaban como cinco cuerpos de distancia para llegar hasta Adler y Jürgen cuando la palma de mi mano impactó con fuerza en su despejada nuca, lo que provocó que se encogiese. Yo aproveché ese momento de incredulidad para rodearlo y plantarme frente a él.

—¿En qué clase de monstruo te has convertido? —mascullé a un palmo de su perplejo rostro—. Que ahora seas un Bastardo del Hierro no te da ningún derecho a tratarla como lo has hecho. ¡Silke te ayudó, maldito majadero! —le grité, presa de la rabia—. ¡Perdonó que la acusases de farsante y traidora cuando lo que merecías era una buena patada en el trasero! —Fui testigo de cómo su mirada se iba apagando, mas no me apiadé de él—. ¡Te ha confesado lo que siente por ti y la has humillado! ¡Has pisoteado unas ilusiones a las que tú mismo diste alas, idiota redomado! ¡Porque tú —le hundí con saña un dedo en el pecho— fuiste quien le creaste expectativas y acabas de arrebatárselas de la peor manera posible cuando ella no es culpable de lo que les sucedió a tus padres!

—Hlín… —Su timbre al nombrarme destiló arrepentimiento. Justo lo que quería que sintiese. Como quería que se sintiese: sucio y arrepentido.

Entonces, el muy cretino ladeó la cabeza y me miró como siempre me había mirado, con infinito cariño.

Mi ira se evaporó de golpe.

—Tú no eres así, Egon —le dije con la voz cargada de tristeza—. No eres el despiadado hombre sin sentimientos que acabo de ver.

Un suspiro pesaroso escapó de entre sus labios antes de que sus avergonzados ojos se clavasen en el suelo.

—Pero quiero serlo —confesó en un susurro—. Quiero ser ese hombre desposeído de sentimientos.

—¡¿Por qué?! —inquirí con desespero.

Sus bonitos ojos castaños volvieron a anclarse a los míos.

—Porque no soportaría enfrentarme otra vez al dolor que me inundó cuando hallé muertos a mis padres, Hlín. Y eso es lo que pasará si le entrego mi amor a Silke y después la pierdo.

Me abracé a su cintura y presioné la mejilla contra su pecho.

—El dolor nunca se irá del todo, aunque será más llevadero si nos permites a los que te queremos acceder de nuevo a tu corazón. Porque lo tienes y es inmensamente grande. Y lo sé porque ahora lo oigo latir en mi oído con la misma fuerza de siempre. —Inspiré para contener las lágrimas—. No desaparezcas, Egon. No dejes que Dedrick te venza. Puedes ser un Bastardo del Hierro sin necesidad de perder tu nobleza; mira sino a Nashorn, a Ratte o a ese Erizo deslenguado del que no te separas ni para ir a vaciar la vejiga.

Su suave risa agitó nuestros cuerpos y la mía brotó en reflejo.

—Tendré que volver a disculparme con la joven Weiss. Y en esta ocasión habré de hacerlo de rodillas.

—Y besarle las botas de ser menester —apunté, lo que provocó otra maravillosa vibración en su pecho que calentó mi sangre.

Depositó un tierno beso en mi pelo y me estrechó con más fuerza.

—Tu apuesto y salvaje guerrero nos está mirando mal. —Mi sonrisa se ensanchó al reconocer a mi amigo en esas palabras.

—Con total seguridad, querrá rebanarte el cuello por abrazarme de este modo tan íntimo —dije rescatando del recuerdo aquella especie de chanza que él inició cuando nos rencontramos en Nammentos.

—Abrazo que has propiciado tú —me acusó—. Por lo tanto, es injusto que sea a mí a quien quiera separar la cabeza del cuerpo.

—Solo son celos, Egon, pese a que él se niegue a reconocerlo.

—No, esta vez no creo que se trate de eso —dijo repentinamente serio, deshaciendo nuestro abrazo para que pudiese girarme hacia Adler.

Cuando nuestras miradas se encontraron, no percibí en sus bonitos ojos de invierno ira o repulsa, sino un brillo titilante que me era ajeno.

Dejé de respirar.

Aire, aire, aire…

Capítulo 48

Adler

Avanzada la mañana, con Tzonne conquistando el cielo, Pueblo-Condado era un hervidero de vida.

No solo en sus empedradas calles o en el mercado el tránsito de lugareños —dedicados a sus cotidianos quehaceres— era patente, sino que el trasiego se extendía hasta el patio de armas, donde algunos carros tirados por mulas se dirigían a los laterales del castillo para descargar sus mercancías mientras que otros regresaban al puente una vez entregada la carga.

Había sido una decisión acertada dejar a las criaturas en la extensión de bosque que colindaba con la muralla exterior y recorrer el pueblo a pie, pues, pese a que algunos habían contemplado nuestro avance con cierto recelo, fueron muchos los que habían mirado al joven Tỳr con un brillo de esperanza. Él había respondido con gentiles gestos de cabeza a los que ahora eran sus súbditos, mostrando una envidiable entereza ante el escrutinio al que estaba siendo sometido y, a su vez, restando tensión a que la hueste de guerreros que los atacó estuviese de regreso.

La buena predisposición al cambio que había percibido en los rostros de los habitantes de Pueblo-Condado mientras atravesamos sus calles, me había aportado cierta tranquilidad, pero cuando realmente sentí que mis tripas se desanudaban, fue al acceder al patio de armas a través de la muralla interior que rodeaba la fortaleza y observar el ir y venir de los lugareños.

Ellos continuaban con sus vidas sin echar en falta un apellido noble que los gobernara.

Una extraña paz me invadió al comprobar que todo parecía asentarse tal y como los dioses deseaban… Paz que se tambaleó tan pronto Jürgen salió por las puertas del castillo que comunicaban con el gran salón y nuestras miradas se encontraron.

Algo iba mal; de hecho, iba muy mal. Lo reflejaban los ojos del Purgador, en los que se podía apreciar una gran pesadumbre

entremezclada con ira.

Detuve mis pasos y posé la mano en el hombro de Tỳr para llamar su atención.

—Creo que estaría bien que Spatz y tú os relacionaseis con la gente. —Aparté mi mirada de Jürgen para centrarme en él—. Que perciban cercanía de su nuevo señor no solo les hará saber que te importan, también reforzará su confianza. —Asintió en acuerdo, agarrando la mano del pequeño Gorrión—. Solo será hasta que Jürgen y yo nos pongamos al día; después, todos podremos descansar del viaje. Pest, Blut, acompañadlos —les ordené.

Todesfall y Gräuel se habían detenido unos pasos por detrás para esperar a Ratte y a Sigyn, pero los hombres que habían seguido avanzando conmigo, entre ellos mi rastreador y el Señor del Exterminio, mostraron una inmediata extrañeza por mi petición. Aunque nada comparado a la que evidenció el rostro de Nils ante la repentina solicitud que acababa de hacer a su hijo. Mas agradecí que Pest obedeciese mi orden sin hacer preguntas y que el Heraldo las expresara en voz alta una vez el Descendiente y la niña se hubieron alejado con la pareja de Fronterizos guardándoles las espaldas.

—¿Qué demonios sucede, Adler? —masculló el guerrero en cuanto tuvo la certeza de que su hijo no podía escucharlo.

Mis ojos regresaron a los de Jürgen, que aguardaba a que nos acercásemos.

—En un instante lo descubriremos —le respondí, retomando el paso hasta estar frente al líder de los Purgadores—. Infórmame —le exigí sin ofrecerle un saludo por nuestro reencuentro.

—Hace tres días, esa rata cobarde consiguió, aún no sabemos cómo, entrar en el castillo.

Un fluido, ácido y calcinante, me subió a la boca. Porque, a pesar de que hubiese omitido su nombre, no tuve dudas de a quién se refería.

—Dime que lo habéis capturado —le reclamé con un gruñido bajo, rogando a los dioses que así fuera.

—No puedo decirte lo que no es, Adler. Él logró escapar de nuevo, pero no lo hizo por ninguna de las puertas del castillo. Eso sí puedo garantizarlo.

—Entonces, ¿cómo sabes que estuvo aquí si, según entiendo, no

fue visto por ninguno de tus hombres?

—Porque él y los dos soldados que lo acompañan irrumpieron en los calabozos y dieron muerte al guerrero de mi clan que estaba custodiando las celdas; el que iba a sustituirlo en la guardia al amanecer, lo halló degollado.

»Me personé allí en cuanto fui informado y torturé a uno de esos perros indeseables que las ocupan hasta que habló. —Inspiró, contrayendo los labios antes de continuar—: Ese cerdo y sus escoltas accedieron a las mazmorras en la madrugada, segaron la vida de mi hombre y sonsacaron al sirviente hostil que te enfrentó la noche del juramento toda la información referente a nuestra misión en Eddel. Él puso a Dedrick al tanto sobre el discurso que diste acerca de la profecía y le habló de los Descendientes y del poder que posee Sigyn. También le dijo que la guardia armada y los habitantes del pueblo habían jurado lealtad a Tỳr y… que Todesfall ejecutó a su hermano en presencia del enclave.

Un gélido helor comenzó a extenderse por mis extremidades, contrayéndome cada músculo del cuerpo.

—¿Y en qué derivó el que obtuviese toda esa información? Porque, a tenor de tu mirada, sospecho que antes de desaparecer se cobró venganza.

—Una vida más aparte de la de mi guerrero, sí. Por ese motivo no di muerte a ese maldito sirviente, sabiendo que querrías hacerlo tú aun cuando el alivio que pueda aportarte sea insuficiente.

—¿A quién pertenecía esa vida? —le pregunté con voz severa, sin exteriorizar el temor que me ocasionaba su respuesta.

No quería que lo que gritaba mi mente se hiciese real con sus palabras. No podía ser cierto, maldición.

Jürgen expulsó una pesarosa exhalación por la nariz.

—Degolló a la abuela de los Descendientes.

Todo mi ser acusó el impacto de lo que en el fondo ya intuía.

—Nadja no puede haber muerto —barbotó Nils con voz ahogada —. Esa vieja no ha podido irse sin que yo cumpliera la promesa que le hice.

Miré al Heraldo, percibiendo en su rostro la más cruda devastación ante la pérdida de la anciana que había criado a sus hijos; su cómplice y amiga en aquellos meses de encierro compartidos; una mujer que no había hecho daño alguno para

merecer el injusto final que ese hijo de perra le había dado.

—Siento decirte que así ha sido, Nils. —Jürgen posó una mano en su hombro y le dio un ligero apretón—. Y a mí, que estaba al cargo del castillo, me pesa más que a nadie.

—¿Sufrió? —Fue lo único que pude preguntar.

Me sentía la garganta cerrada.

—No, de eso doy fe —aseveró el Purgador—. Cuando el preso al que estuve torturando delató a ese maldito sirviente que nos ha vendido y confesó toda la información que este le había proporcionado a Dedrick, corrí a la alcoba que ocupaba Nadja, temiéndome lo peor. Mis sospechas se hicieron reales nada más entré en la estancia y la vi tendida sobre la cama, rodeada de un gran cerco de sangre.

»Sus párpados estaban cerrados; su faz, tranquila, y no hallé señales de lucha al revisar su cuerpo. Vorgrimler se limitó a rajarle el cuello mientras dormía, consciente de que eso bastaría para causar un daño irreparable a sus nietos; después, huyó por donde fuera que entrase.

»Hice que limpiaran su cadáver y lo he mantenido en esa misma alcoba rogando por vuestro pronto regreso, ya que me negaba a darle sepultura sin que sus nietos pudiesen despedirse de ella. Pero su carne se está descomponiendo y empieza a oler. Hay que enterrarla cuanto antes, Adler.

Invadido por la más desoladora tristeza, muy similar a la que experimenté cuando mis hermanos me comunicaron que habían matado a mi joven madre tras torturarla y abusar de ella, me giré para buscar a Hlín.

La encontré abrazada a Egon y supliqué a la Madre que él pudiese vencer la oscuridad que anidaba en su interior desde que halló muertos a sus padres a manos del mismo asesino sin honor, porque si alguien podía ayudarme a evitar que ella se hundiese, ese era él.

«Hlín…».

Un puño se apretó a mi pecho cuando la mirada de Egon encontró la mía y vi cómo la sonrisa se le borraba.

Deshicieron su abrazo y ella se volvió. Sus ojos de ónix colisionaron con los míos, que fueron incapaces de disimular la tristeza que me gobernaba.

Una tristeza que se mezclaba con la más roja de las iras.

Una tristeza que, por el brusco cambio en sus facciones, supe que había percibido claramente, pese a la distancia que nos separaba.

—Fuchs —llamé a mi rastreador, que se encontraba junto a Schmerz unos pasos por detrás de nosotros. Su furioso gesto me dijo que lo había escuchado todo, lo que me evitó tener que repetir lo que el líder Purgador nos había narrado—. Encuentra el rastro de ese hijo de perra y descubre por dónde accedió al castillo. Que el sanador te acompañe. —Asintió con un golpe seco de cabeza—. Nils, hazte cargo de hacérselo saber a tu hijo; y tú, Jürgen, informa a Todesfall para que pueda ocuparse de Sigyn —les pedí antes de dirigir mis pasos hacia donde Hlín se hallaba con Egon para ser yo mismo quien le comunicase aquella terrible noticia que, sin duda, la destrozaría.

Capítulo 49

Era tan grande, tan grandísimo el desconsuelo, que casi podía masticarlo. Me llenaba la boca después de haber dejado vacío mi corazón… Tan, tan grande, que incluso los murciélagos que moraban en mi vientre parecían haber muerto. No los sentía revolotear ni siquiera las veces que Adler me abrazaba en un intento de atemperar mi congelado cuerpo, como si sus vivaces e inquietas alas hubiesen sido cortadas de un tajo al igual que ese maldito miserable cortó su cuello.

Abuela…

Su recuerdo copaba mi abotargada mente día y noche, día y noche, día y noche…

La soñaba. La añoraba como jamás imaginé. La llamaba en la soledad de aquella alcoba en la que me había recluido desde que le diéramos sepultura, a veces con voz necesitada y susurrante y otras a gritos, mientras que el resto del tiempo la nombraba en mi cabeza en silencio. Encerrada en mí misma.

Abuela, abuela, abuela…

Cuando, cinco días atrás, observé a Adler venir hacia mí con la mirada más triste que le había visto nunca, supe que algo horrible había sucedido en nuestra ausencia, mas en ningún momento pensé que pudiese tratarse de la abuela.

Ese malnacido sin honor ni alma la había degollado mientras dormía, robándole cualquier oportunidad de defenderse y de pelear por su vida. Porque ella habría peleado hasta su último aliento de no haber sido un mísero cobarde quien la atacase, aprovechándose de la noche y de un plácido sueño que la hacía vulnerable a sus podridas intenciones.

Mis piernas cedieron nada más Adler me comunicó su muerte, aunque mis rodillas no llegaron a tocar el empedrado gracias a que sus fuertes brazos y los de Egon lo impidieron. No obstante, el patio de armas, bañado por los rayos de Tzonne, pasó a ser un borrón sombrío que danzaba ante mis ojos. Si bien no llegué a desfallecer del todo, pues mis oídos captaron con la intensidad suficiente tanto

el lamento ahogado que emitió mi querida hermana a mi espalda como el rugido inhumano que emergió de la garganta de Tỳr desde algún lugar más alejado.

Me constaba, ya que durante los días que llevaba encerrada en esa alcoba Adler se había afanado en compartir conmigo cada detalle de lo acontecido, que tan pronto los muros de la fortaleza comenzaron a temblar, Spatz se abrazó a mi hermano para contenerlo con su canto e impedir que la tierra se abriese y nos engullera. También que nuestros guerreros se movilizaron con presteza para tranquilizar a los aterrados lugareños con los que Tỳr había estado conversando poco antes.

De igual modo estaba al tanto de que Fuchs y Schmerz andaban tras el rastro de Dedrick y de que Gräuel y Natter habían partido al enclave VanKleis para regresar con Torsten y los Ciénaga, mientras que Blut y Hyäne se habían dirigido a Folkeshorts para traer al capitán Gunnar y a la guardia.

Él mismo me confesó que, pese a lo sucedido, se vio en la obligación de tomar aquellas decisiones a nuestra llegada. Y lo entendía, pues era su deber organizarnos para poder marchar cuanto antes a Nammentos y terminar de cumplir la profecía. Solo pedía a la Madre que, antes de dejar Eddel, su rastreador diese con ese desalmado y que mi compañero pudiese vengar las barbaries que había cometido vaciándole la mirada.

Adler había compartido conmigo en esos grises días sus pensamientos, intenciones e incertidumbres en un vano intento de obtener alguna reacción de mí, por ínfima que fuese. Aunque, hasta aquel momento, no lo había conseguido. Ni la inmensa ternura que empleaba al hablarme ni sus sentidos abrazos o el anhelo que cargaba su mirada cuando mi piel respondía al tacto de sus manos, habían logrado traerme de vuelta de ese lóbrego rincón en mi interior en el que me había enrocado. Y yo lo sentía tanto o más que él, pero no hallaba el modo de salir de ese lánguido estado porque la pena lo abarcaba todo.

Mis hermanos y yo la lloramos aquel día, abrazados a su cuerpo, rígido y frío, en el que la descomposición ya había iniciado su ciclo; aun cuando Jürgen ordenó que la lavasen e hizo desaparecer la ropa de cama impregnada con su sangre, la alcoba estaba saturada del hedor nauseabundo de la carne putrefacta.

Aquella misma noche, con Munno como testigo, le dimos sepultura en el bosque —tal y como era costumbre en nuestro enclave— junto a las gruesas raíces de uno de sus queridos sauces blancos. Pest se ofreció a oficiar el ritual para que su alma ni se perdiese ni hubiera de esperar a su regreso al Templo de Brumas para cruzar las puertas del *no tiempo*, tal y como hizo con Dunkelheit y los guerreros que cayeron en nuestra primera batalla en Eddel. Y aunque mi odio hacia los primigenios se había multiplicado por no haber impedido su muerte, en mi fuero interno agradecí al Exterminador aquella deferencia con la mujer que nos había criado. La abuela de corazón de los Descendientes, como él mismo la nombró, se merecía esa concesión por su parte.

Una vez finalizó el funeral, me encerré en aquella alcoba; y, después de cinco días, seguía sin desear contacto alguno con nadie, ni siquiera con Tỳr o Sigyn. Tan solo Egon había irrumpido en la estancia, haciendo caso omiso a la soledad en la que precisaba estar sumida, para traerme alimento y obligarme a que lo ingiriese. Todos los malditos días tenía que soportar su presencia al menos un par de veces y poco o nada le importaba que no lo quisiese allí. Él insistía, insistía e insistía y yo no contaba con las fuerzas suficientes para enfrentar su tozudez.

La única presencia que soportaba era la de Adler… Sobre todo, por las noches cuando se hacía hueco en la cama y acoplaba su pecho a mi espalda, pues solo entonces el sueño me vencía con grata placidez. Cierto era que me hacía continuas visitas durante el día, que su preocupación era palpable y que yo era incapaz de hacer nada por rebajarla a excepción de dejar que me abrazase cuando Munno ocupaba el cielo. Y no podía porque el desconsuelo que invadía mi interior como una masa viscosa me lo impedía.

En el tiempo transcurrido desde que enterrásemos a la abuela, solamente había abandonado la cama las veces que el patán de Egon me había obligado para que me alimentase y en las dos ocasiones en las que Adler había ordenado a los sirvientes del castillo que me preparasen un baño de agua caliente, no sin antes enviar a esa Gata inmisericorde a que se cerciorase de que me bañaba. Y esa era una de ellas.

En contra de mi voluntad, me hallaba sumergida en la tina de agua caliente con la vista fija en la pared de piedra mientras que

Katze, con la espalda apoyada en la puerta y los brazos cruzados sobre el pecho, me observaba sin perder detalle.

—Si no haces uso del lienzo y los jabones, la peste no saldrá de tu piel, forastera.

Sin dedicarle una sola palabra, agarré unas pocas escamas de sándalo y las froté contra el húmedo lienzo hasta que este se impregnó de espuma. Lo pasé por mi cuello, mis brazos y mi pecho con brío y marcada rabia con tal de perderla de vista cuanto antes.

Tres contundentes golpes sonaron en la puerta y, al instante, oí el chirrido de la hoja al abrirse. No hizo falta que girase el cuello para descubrir quién acababa de entrar en la estancia.

—Ya puedes irte, Katze. Yo me ocupo.

Advertí un tenue aleteo en mis tripas.

Un tenue aleteo provocado por su voz.

El primero en aquellos agónicos días.

Sin que mi mirada se desviase de la pared de piedra donde estaba fija, supe que Adler se estaba desprendiendo de sus vestiduras.

No tardó demasiado en hacerse hueco a mi espalda en la tina. El agua rebosó por los bordes al acoger su voluminoso cuerpo; sus muslos se ciñeron a los míos y me atrajo hacia sí para que mi espalda reposase en su pecho.

—Fuchs y el sanador han regresado —dijo con voz calma junto a mi oído, quitándome el lienzo de entre los dedos y lanzándolo al suelo de piedra—. Han dado con una gruta que comunica la cámara privada de los Vorgrimler con la muralla sur.

Cogió unas escamas de jabón, las frotó entre sus manos hasta hacer espuma y comenzó a deslizarlas por mi cuerpo.

—La entrada se hallaba oculta tras la pared de piedra del hogar; por suerte, Jürgen no usó esa estancia en nuestra ausencia y cuando Fuchs y Schmerz empujaron desde el túnel y el muro cedió, solo hallaron las cenizas de un antiguo fuego bajo las suelas de sus botas, aunque ambos reconocieron el lugar.

Masajeó mis hombros y luego hizo resbalar sus ásperas palmas por mis brazos, ejerciendo una ligera presión.

—La salida era prácticamente invisible a la vista —continuó—. Estaba cubierta por las ramas caídas del pequeño grupo de sauces que inician la extensión de terreno que da a los acantilados. Pero

Fuchs detectó que el ramaje parecía no haber sido arrastrado por el viento y sí colocado de forma premeditada. Su intuición no falló y, tras retirarlo, dieron con una enorme roca que sellaba lo que a todas luces era una brecha en el muro. Roca que les costó mover para descubrir lo que en realidad era una angosta garganta cavada bajo tierra.

»Se adentraron en sus entrañas sin pensarlo, sospechando que era por allí por donde ese gusano había accedido al castillo, y la oscura gruta los llevó a la cámara privada del *señor* del enclave —escupió las últimas palabras con inquina, frotando más escamas de jabón para, a continuación, hundir los dedos en mi cabello—. Fue por ese pasadizo por donde Dedrick entró y salió de la fortaleza sin ser visto; por donde huyó la noche de la batalla.

Enjuagó mi pelo haciendo un cuenco con sus manos, que vació sobre mi cabeza una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez… Hasta que no quedó en ella el mínimo rastro de espuma; después, se centró en mis piernas.

—Tuvo que ordenarle a uno de sus escoltas que llegase hasta las caballerizas y se hiciese con las tres monturas mientras nosotros estábamos centrados en la lucha. No hay otra explicación para que consiguiesen los caballos. —Hizo que nos inclinásemos hacia adelante para alcanzar con las manos mis tobillos y pies—. Aunque esa no es toda la información que me ha traído mi hombre.

Sus grandes palmas, empapadas de jabonosa espuma, ascendieron por mis piernas y se adentraron en la unión entre mis muslos. Ahogué un gemido cuando sus dedos acariciaron mi sexo.

—Tras hallar la gruta y encontrar su rastro, lo siguieron hasta la orilla del Rötlich. Schmerz y Fuchs lo cruzaron y se internaron en bosque Luciérnaga. —No había doble intencionalidad en el lavado que estaba realizando a mi cuerpo, ya que cuando se hubo dado por satisfecho, y a mí por totalmente limpia, me rodeó con los brazos y me pegó de nuevo a su pecho—. Encontraron uno de los caballos atado a un árbol en Calavera y otro devorado por los üzgards. También una cuerda colgando del gran mineral.

Un latido contundente tronó en mi pecho, seguido de otro. Y otro más.

Me giré entre sus brazos como pude, teniendo en cuenta las reducidas dimensiones de la tina, y lo miré a los ojos por primera

vez en aquellos días.

Vi que una chispa centelleó en sus iris de invierno y no me cupieron dudas de qué la había provocado: Adler, por fin, me había hecho reaccionar.

—¿Me estás diciendo que ese cerdo miserable está en Nammentos?

Sus nudillos se deslizaron por el contorno de mi mandíbula.

—Justo eso. Lo que suma una razón más para partir cuanto antes. —Desde luego que lo hacía—. Si los cálculos no me fallan, los hombres que he enviado a Folkenhorst y VanKleis estarán de regreso al amanecer; a media mañana a lo más tardar. Entonces, partiremos.

Sus dedos se enredaron en el húmedo cabello de mi nuca y se ciñeron a ella para pegar su frente a la mía.

—Te juro por mi vida que, aunque sea lo último que haga, lo encontraré y me cobraré todo el daño que te ha causado. —Las lágrimas acudieron a mis ojos—. Juro por los dioses que vengaré la muerte de tu abuela, los abusos a los que sometió a tu hermano y esa tristeza que ahora te ahoga. Y no seré rápido ni mucho menos considerado.

Lo creí. Lo creí y por una vez estuve en comunión con su sed de sangre. Lo creí y además quería estar presente cuando le infligiera el castigo que merecía. Porque él lo encontraría. Adler no cesaría en su empeño hasta cumplir su palabra.

Me constaba que había torturado durante todo un día al sirviente que informó a Dedrick antes de poner fin a su sufrimiento delante del resto de hombres que lo apoyaron y que, al igual que él, estaban presos, dando rienda suelta a su naturaleza más cruel y sanguinaria.

Katze se había encargado de describírmelo al detalle en mi anterior baño. Y no lo censuraba. Ni un solo atisbo de rechazo me asaltó cuando ella me lo contó. Nada. Y ahora, tampoco.

Enmarqué su rostro entre mis manos, notándome emerger de esa viscosa oscuridad en la que me había hundido.

—¿Qué crees que pueda haber hecho que se dirija a Nammentos?

—La esperanza de conseguir aliados —sentenció con rotundidad —. Al llegar a la tierra de la que aún se sentía señor y ser informado

de que ya no contaba con ninguna guardia que lo respaldase y que, además, el pueblo que regía había jurado lealtad a tu hermano, a buen seguro desechó buscar refugio en cualquiera de los otros enclaves por si habíamos logrado someterlos al igual que a este. Cierto es que no lo sabía con seguridad y esa podría haber sido su elección, mas me inclino a pensar que, conociendo nuestra procedencia, la misión que nos trajo hasta Eddel y lo que tú y tus hermanos representáis en la profecía, prefirió marchar a Nammentos a sabiendas de que no encontraría enemigo alguno en el camino y esperanzado por sellar alianzas antes de nuestro regreso.

»Yo mismo hice partícipes a los habitantes de Pueblo-Condado de nuestro origen, nuestra misión y el fin de la misma. Y entre ellos se hallaba ese miserable delator que nos ha vendido.

Lo que Adler argumentaba tenía todo el sentido y era imposible de rebatir.

—Debemos partir ya —lo apremié, queriendo dar con Dedrick antes de que pudiese hacernos más daño.

—Y lo haremos en cuanto mis hombres regresen y la defensa de los enclaves quede organizada.

—¡Eso aún podría llevarnos días! —estallé, gobernada por la rabia.

—Lo sé, Hlín —musitó, acunando mis mejillas—. Tengo tantos deseos como tú de ir tras ese gusano, si bien un solo hombre no puede hacer que me desentienda del resto de obligaciones. —El tono de su voz era tranquilizador, suave e invitaba a la comprensión. Era la voz de mi compañero y no la del intransigente líder. Y él estaba en lo cierto, mal que me pesase reconocerlo—. Son muchos los que han quedado desamparados tras nuestro paso por esta tierra y he de ponerle remedio antes de partir. Solo te pido unos pocos días más; después, volcaré todos mis esfuerzos en encontrarlo y lo mataré.

¿Y si era Dedrick quien lo mataba a él?

Un horrible escalofrío trepó por mi columna ante ese pensamiento.

Tomé una honda, hondísima inspiración.

Adler había tomado una decisión y yo también tomé la mía.

Me revolví en la prisión que era su enorme cuerpo para

sentarme a horcajadas sobre sus muslos, sintiendo la pulsión de su duro miembro entre los míos.

—Te amo, Hombre de Hielo —musité contra sus labios, elevando el trasero y acogiéndolo en mi interior para iniciar un cadente balanceo—. Pese a lo sucedido y la pena que en estos días me ha inundado, no he dejado de amarte un solo momento.

—Lo sé, Hlín —admitió con humildad, sin rastro alguno de su habitual arrogancia, posando las palmas de las manos en mis nalgas, pero sin incitarme a coger un ritmo que no fuese aquel.

El que yo imponía.

El que yo deseaba.

El que necesitaba en aquel instante…

—Entonces, solo queda que no lo olvides —añadí antes de abordar su boca y dedicarme a sentirlo en cuerpo y alma.

Los haces de Munno se filtraban a través de la ventana.

Faltaban alrededor de un par de horas para que Tzonne asomara por el horizonte y diera paso a un nuevo día.

Adler continuaba durmiendo, profunda y plácidamente, acoplado a mi espalda, mas yo había sido incapaz de rendirme al sueño en toda la noche.

Tras hacer el amor en la tina, nos trasladamos a la cama y volvimos a entregarnos el uno al otro. Después, se rindió al sueño y yo intenté rendirme con él, pero me fue imposible; los pensamientos que picoteaban mi mente me lo impidieron.

Mi compañero me amaba, no albergaba ninguna duda al respecto y solo deseaba que él tampoco las tuviese. Por eso me había empleado a fondo en demostrárselo, primero en la tina y, después, en el lecho, aferrada a la esperanza, como lo haría una sanguijuela a la carne, de que lo tuviese presente.

Esperaba haberlo conseguido. Haberle transmitido con las respuestas de mi cuerpo lo que me provocaba el suyo, cómo y cuánto lo quería.

Me giré entre sus brazos, permitiéndome contemplar su relajado rostro durante unos instantes antes de presionar mis labios contra los suyos y dejar el lecho para vestirme.

Necesitaba hablar con Sigyn, a la que llevaba cinco días sin ver. Y lo necesitaba ya, en ese preciso momento.

En la puerta de la alcoba, me giré para empaparme una vez más

de sus bellas facciones y de su fuerte cuerpo desnudo, ese que jamás me cansaría de disfrutar.

—Te amo con todo mi ser, Adler —musité con un suspiro, y, sin pensarlo por más tiempo, cerré con sigilo y me encaminé a la estancia del castillo que ocupaban mi hermana y Todesfall.

Capítulo 50

Adler

Al despertar con los primeros rayos de Tzonne, descubrí que Hlín no se hallaba acostada junto a mí. Palpé el lado de la cama que su pequeño cuerpo había ocupado, comprobando con disgusto que estaba frío, como si hubiese abandonado el lecho en mitad de la noche.

Me incorporé y examiné la alcoba.

No había rastro de ella ni de sus ropas, maldición.

¿Dónde narices podía haber ido a esa temprana hora? ¿Qué la había empujado a salir en la madrugada como una vulgar ladrona? ¿Tal vez había sentido la necesidad de visitar el lugar de descanso de su abuela?

Dejé de buscar una explicación que diese sentido a su ausencia, me puse en pie y comencé a ataviarme con mis vestiduras, dispuesto a encontrarla donde fuera que estuviese para averiguar por qué se había escabullido de la habitación sin decirme una mísera palabra.

Bien era cierto que las dos veces que habíamos intimado aquella noche la volví a sentir la hembra fuerte y valiente de la que me enamoré. Y no me había equivocado al sentirla de aquel modo, pues quedaba demostrado que su impulsividad estaba de regreso. Claro que la prefería así, por más que ciertas conductas suyas me exasperasen, a la sombra amarga y sin voluntad en la que se había convertido tras la muerte de Nadja.

Abrí la puerta con la firme intención de poner el castillo patas arriba hasta dar con ella, mas me quedé clavado bajo el dintel al ver a Todesfall en el corredor, sentado en el frío suelo con la espalda apoyada contra la pared de piedra.

—¿Qué demonios haces ahí? —espeté sin sutilezas.

Notaba las fuerzas renovadas al haber dormido profundamente después de no sabía cuánto; el cansancio que arrastraba había sido saciado y mis energías, regeneradas. Buena prueba de ello era cómo

me había dirigido al Fronterizo.

—Esperando a que despertases —respondió usando su antiguo tono sosegado, el que extravió por un tiempo tras la muerte de su padre—. No he querido interrumpir tu sueño, sabiendo que precisabas de descanso, así que llevo en este corredor, aguardando que esa puerta se abriese, desde que tu compañera irrumpió en mi aposento y me pidió que la dejase a solas con su hermana. —Su frente se frunció de pronto y su mirada violeta se hizo más intensa —. ¿Puedo saber qué le has hecho? Porque algo has tenido que hacerle, ya que no ha podido esperar a una hora decente para aporrear la puerta de nuestra alcoba.

Una maliciosa sonrisa asomó a mi cara.

—¿Y permitiste que lo hiciera? ¿Que te sacase de la cama? —inquirí obviando su anterior pregunta, consciente de que la intrusión de Hlín nada tenía que ver conmigo ni con mis actos.

Cerré tras de mí y me planté frente a él, lo miré desde arriba y esperé a que contestase.

Él curvó el cuello hacia atrás para enfrentar mi mirada. La mueca resignada que exhibió su rostro hizo que la curvatura de mis labios se estirase.

—Tú habrías hecho lo mismo si hubiese sido Sigyn quien llama con insistencia a tu puerta en mitad de la noche y te dice que precisa hablar con su hermana con urgencia.

—No, no lo habría hecho —le rebatí—. La habría mandado a dormir de nuevo y dejado claro que no volviese hasta el alba.

—No si hubieses percibido en los ojos de la mujer a la que amas un anhelo casi palpable por mantener esa conversación —replicó él —. Hlín llevaba cinco días negándose a ver a sus hermanos, y ha sido la felicidad que ha manifestado Sigyn al descubrirla allí, plantada en la puerta, lo que me ha empujado a abandonar tanto el calor de las cobijas como la alcoba. Tú también lo habrías hecho —repitió.

Desde nuestro ataque a Wittegenstein, Todesfall había vuelto a comportarse como el hombre templado de voz serena que conocí en el poblado Fronterizo. Y me alegraba de ello, pero yo seguía siendo quien era y dudaba de que pudiese cambiar en algún momento.

—Créeme, no habría accedido a abandonar el lecho ni advirtiendo esa necesidad de la que hablas en los ojos de Hlín. No

en mitad de la noche cuando disponen de todo el día para conversar. Justo por eso iba en su busca, porque ha salido a hurtadillas sin que yo me enterase.

Él esbozó una leve sonrisa de entendimiento.

—Vas a reprenderla. —No fue una pregunta.

—En cuanto me la eche a la cara, de eso puedes estar seguro —le garanticé—. Aunque admito que me tranquiliza saber que se halla hablando con Sigyn. Y esa es la única concesión que pienso hacer: darle el tiempo que necesite conveniente en compañía de su hermana, pero nada más. Después, le dejaré claro que no pienso volver a tolerar que abandone el lecho en plena noche sin antes hacérmelo saber.

»Y ahora dime por qué has preferido esperarme aquí en lugar de bajar a las cocinas y ordenar que te preparen el desayuno.

—Porque no pensé que tu sueño fuese tan pesado como para tardar cerca de dos horas en percatarte de la ausencia de tu compañera.

Muy a mi pesar, aquello escoció, pues era del todo cierto. El sueño me había atrapado hasta el punto de anular ese constante estado de alerta que siempre me acompañaba; muestra más que evidente tanto del agotamiento que arrastraba como de la paz que me había aportado tener a esa terca mujer de regreso.

—Desayunemos mientras las hermanas terminan de compartir lo que demonios sea que estén compartiendo.

Todesfall despegó la espalda de la pared de piedra, se puso en pie y, juntos, nos dirigimos al salón principal.

Mis tripas rugieron en protesta tan pronto como una de las sirvientas depositó en la mesa frente a mí unas hogazas de pan recién horneado, un trozo de queso y un cuenco con fruta.

En esos días también había descuidado mi alimentación al sentir el estómago cerrado por el aletargado estado que acusaba Hlín, de modo que me lancé a devorar aquel manjar nada más la mujer se hubo retirado.

Desde el patio de armas llegaba a mis oídos el rumor de las voces de los guerreros más madrugadores y agradecí que, aparte de Todesfall y yo, aquella enorme estancia estuviese desierta para así poder dedicarme por unos momentos a saciar mi apetito sin pensar en lo que aún quedaba por organizar.

Antes de lo que habría deseado, vi que Jürgen se adentraba en el salón y avanzaba hacia nosotros.

—Adler, uno de mis hombres acaba de informarme de que un gran número de guerreros se dirige a Pueblo-Condado desde el norte de bosque Sauce. Todo indica que no solo Natter y Gräuel traen consigo a la guarnición Vorgrimler, sino que Hyäne, Blut y los Ciénaga vienen con ellos.

El momento de coordinar a la guardia armada para poder partir a Nammentos había llegado.

—En cuanto arriben a la fortaleza, que los cuatro hombres que envié a los enclaves se personen ante mí junto con Torsten y el capitán Gunnar. —El líder Purgador asintió a mi orden—. Manda despertar a Gudrun y a Wolfgang; a vosotros también os quiero presentes.

»Os esperaré aquí. Que el resto vaya aprovisionándose para nuestra marcha.

Jürgen nos dio la espalda y enfiló hacia las puertas para cumplir mis demandas.

—¿Quieres que vaya en busca de los Descendientes?

Medité la proposición de Todesfall y finalmente la descarté. Ellos nada podían aportar a lo que allí se iba a hablar y prefería evitarles que se viesen obligados a mostrar una fortaleza que aún no poseían.

—No es necesario. Solo localiza a Pest y a Nils para que se nos unan.

—Diré a alguien que busque a mi hermano, que a buen seguro estará en los exteriores, y yo mismo iré al aposento de Nils para traerlo.

Ladeé una sonrisa que le hizo plegar las cejas.

—Sacar a toda prisa de la cama a un Heraldo no es la mejor de las ideas —comenté—. Ni siquiera en venganza porque la terca de su hija prácticamente te haya echado a patadas de la alcoba que ocupas.

Todesfall cambió su gesto por una sonrisa tan maliciosa como la mía.

—Hace muy poco pensé en acabar con tu vida. No hagas que me lo replantee.

Me dio la espalda y desapareció por el corredor que comunicaba

con la escalera que llevaba a las alcobas. Sus palabras no lograron borrar la curva de mi boca, aunque me fue imposible no preguntarme cuánto de cierto habría en ellas.

Tampoco era que me importase en demasía. A decir verdad, dudaba de que en nuestra conquista a Eddel él hubiese sido el único en albergar aquellos pensamientos; sin ir más lejos, estaba seguro de que Hlín había estado tentada en más de una ocasión de rodearme el cuello y apretar.

Me centré en seguir comiendo, sabiendo que no volvería a disfrutar de unos momentos de paz como aquellos hasta no someter a los habitantes de Nammentos y cumplir la profecía.

—El capitán Sigurd y la señora Helga os envían sus mejores deseos en vuestra empresa en Nammentos —nos transmitió Gunnar, quien ya había sido informado, al igual que el resto, de la incursión de su antiguo señor al castillo y de las dos muertes que había dejado a su paso.

El capitán de la guardia armada Vorgrimler había mostrado un genuino asombro al saber del pasadizo que discurría por las entrañas de la fortaleza hasta los muros exteriores y juró, sin que nadie se lo hubiese solicitado, que él y sus soldados desconocían su existencia.

—También me han pedido que os diga que podéis marchar tranquilo, que habiendo sido derrotadas tanto las tropas del enclave VanKleis como las de Wittegenstein, no precisan de protección extra en Folkenhorst.

Asentí, conforme, por la buena predisposición de la pareja a facilitarnos nuestro cometido.

—Bien, ahora solo falta que escojas a dos de tus regimientos, encabezados por hombres de tu absoluta confianza, y que se asienten en las fortalezas de los enclaves que han quedado sin protección militar.

»Los soldados que tengan familia, pueden llevarla con ellos si así lo desean. Eddel ahora es una tierra unida y sus habitantes, desempeñen la función que desempeñen, no tendrán que renunciar a los seres que aman.

Un brillo de orgullo bañó los ojos del capitán.

—Me pondré a ello enseguida —respondió, solícito.

—Cuidad bien de vuestra gente en ausencia del Descendiente,

porque si a su regreso alguno de tus hombres no ha cumplido, es muy probable que desate su ira y puede que ni la niña sea capaz de contenerlo —agregó Todesfall no sin motivos.

Éramos muchos los que presenciamos cómo el suelo del patio de armas amenazó con abrirse y engullirnos cuando Nils comunicó a Tỳr la muerte de su abuela. También era cierto que el pequeño Gorrión logró aplacar al espíritu de la guerra, mas ninguno quería que cuando regresase para gobernar la tierra que le había sido encomendada, pudiera encontrarse con alguna desagradable sorpresa que despertase la sangre guerrera sedienta de venganza que corría por sus venas.

Suponía que con el tiempo y la madurez aprendería a controlar su don, pero de momento dependía totalmente de Spatz; una carga demasiado pesada para la pequeña, así que más les valía cumplir.

—Tenéis mi palabra de que ni mis soldados ni yo defraudaremos al Descendiente —garantizó Gunnar—. Y apostaría la mano derecha a que la señora de Folkenhorst tampoco lo hará.

Su palabra, después de la lealtad y buena disposición a colaborar que había demostrado desde que jurara lealtad a Tỳr, me bastó para dejar zanjado el asunto.

—Entonces, pongámonos en marcha cuanto antes; es hora de volver a Nammentos.

—Y de encontrar al hombre que ha escamoteado el primer puesto al miserable que te engendró del honor de morir por tus espadas —se jactó Hyäne, conociendo sobradamente mi naturaleza y sabiendo que era el gusano de Dedrick quien ahora encabezaba la lista de malnacidos a los que tenía en mente matar.

Ni se lo rebatí ni añadí nada al respecto, puesto que su afirmación no podía ser más acertada. Mi prioridad nada más cruzásemos al otro lado de la Serpiente de Obsidiana era la de dar con ese malnacido y hacerle pagar por sus viles actos.

—¡Todesfall! ¡Oh, mierda, gracias que te encuentro! —La alarma en la voz del más joven de mis guerreros tensó cada músculo de mi cuerpo.

Igel recorrió el salón a la carrera hasta plantarse, resollando, frente al Fronterizo.

—¿Qué sucede para que vengas reclamándome como si te persiguieran las hordas del infierno? —preguntó el jinete negro con

cierta cautela.

—Es Sigyn —vocalizó mi hombre a duras penas, haciendo que Todesfall se envarase.

—¿Qué ocurre con ella?

El Erizo tragó un par de veces en un vano intento de hidratarse la reseca boca.

Gudrun le pasó una jarra de agua, que bebió a tragantones antes de explicarse:

—Falke y yo estábamos haciendo la ronda por los exteriores de la muralla, más por comprobar que las bestias siguiesen tranquilas que por temor a cualquier amenaza.

»Fue Falke quien divisó un bulto agazapado entre los árboles que reconoció de inmediato. Ese bulto era tu compañera, Todesfall. Él se ha quedado con ella para tratar de consolar su llanto y me ha enviado en tu busca. No sé qué le ha sucedido, pero sin duda te necesita.

La reacción del Fronterizo no la esperábamos ninguno de los allí presentes, ni tan siquiera yo, consciente como era de que Hlín se hallaba en compañía de su hermana e Igel no la había nombrado.

—¿Por qué está mi joven mujer fuera de los muros y abandonada al llanto? —le reclamó a Pest con visible furia.

El dios guerrero se irguió en toda su estatura.

—Lo lógico es que te des patadas en el trasero para responder a esa pregunta, hermano —le espetó este—. Creo que fui lo suficientemente claro en Wittegenstein en que, al ocupar un cuerpo mortal, renuncié a mis poderes divinos. Y tú estuviste allí y lo escuchaste. —Acercó su rostro al del joven Fronterizo que ahora los comandaba—. Estoy aquí. Delante de tus narices. Pisando el mismo suelo que pisan tus pies. Me es imposible saber qué le ha sucedido a la Descendiente, ya que solo soy Pest, el gigante negro como muchos me llamáis, y no el dios que os empeñáis en ver.

»Acepta la realidad de una buena vez y deja de perder el tiempo volcando tu impotencia contra mí en lugar de ir a averiguar qué le ha ocurrido a la Señora de las Bestias.

Todesfall pareció reaccionar a la reprimenda de su hermano y, tras dedicarle una mirada cargada de disculpa, echó a correr hacia las puertas del gran salón.

Nils salió tras él y, sin pesarlo un instante, yo también lo hice,

queriendo saber los motivos que habían llevado a la joven Sigyn a ir hasta el bosque.

Quizá alguna de sus criaturas había perecido.

Tal vez los üzgards habían escapado y andaban sueltos.

O también podía ser que solo hubiese ido hasta allí para llorar a su abuela.

No lo sabía, mas iba a averiguarlo en breve.

—¡Pest, Igel, acompañadnos! —les grité antes de salir al patio de armas—. ¡El resto, preparad todo; partiremos a Nammentos al amanecer!

Divisamos a Egon arrodillado junto a ella, abrazando su pequeño cuerpo.

Mis ojos barrieron aquella extensión de bosque intentando localizar a Hlín sin conseguirlo.

Al llegar a su altura, los sollozos que pude apreciar que sacudían sus hombros conforme me aproximaba, se hicieron audibles.

Egon observó a Todesfall, que se arrodilló a su lado para que sus brazos sustituyesen los de él, y después fijó una desconsolada mirada en mí.

Algo serpenteante y gélido se deslizó por mi interior.

—¿Por qué estás así, mi amor? —le preguntó el Fronterizo con infinita ternura.

Sus negros y húmedos ojos se anclaron a los violetas de él.

—Lo siento… —balbució, arrasada por una pena incomprensible para los demás y que a mí comenzaba a constreñirme el pecho.

Un mal presentimiento me abordó y fui incapaz de controlar mis formas.

—¿Dónde demonios está tu hermana?

Ante mi hosca demanda, Sigyn buscó mis ojos y, al encontrarlos, una agónica mueca desfiguró su bello rostro.

—Ella no está, Adler. —El flujo gélido que sentía desplazarse por mi interior me agarrotó las extremidades—. Llegó a nuestra alcoba con una firme decisión tomada y me hizo jurar por la memoria de nuestra abuela que la ayudaría. ¡No me ha permitido acompañarla! —Su angustiado alarido me atravesó el corazón—. ¡La muy terca dijo que no estaba dispuesta a perdernos a ninguno más por la decisión que ella tomó al huir del enclave! ¡Que no está dispuesta a perderte también a ti!

Su llanto tomó fuerza, haciendo que todo su cuerpo se convulsionase.

—¿Qué has hecho, hija? —inquirió su padre con voz estrangulada, a buen seguro intuyendo lo mismo que gritaba mi mente, sabiendo de esa estúpida impulsividad que guiaba los actos de Hlín.

—¿Dónde demonios está tu hermana? —repetí, notando que me faltaba el aliento y que las rodillas me flaqueaban.

—Se dirige al gran mineral. —Hice el amago de echar a correr en dirección al Rötlich, mas sus siguientes palabras amarraron mis pies a la tierra—. No vas a darle alcance. Me ha obligado a ordenar al syldeur que os ha servido de transporte en Eddel que vinculase su mente a la de ella, sabiéndose en cierto modo confiada. Y lo hice, errada en la creencia de que eso era imposible, de que el alado no cumpliría esa absurda orden cuando su señora soy yo. —Un fuerte sollozo estalló en su pecho—. Pero se vinculó a ella. Ese maldito ser lo hizo. Quizá porque la reconociese como a su jinete o porque no pueda incumplir ninguna de mis exigencias, no lo sé con seguridad. Solo que se mostró sumiso a la petición de Hlín. —Sus acuosos ojos se enlazaron con desesperación a los míos—. Se culpa de lo que ese degenerado hizo a Tỳr y de la muerte de nuestra abuela. Cree… Cree que si ella lo hubiese matado y no huido del enclave, todo sería diferente. Y ahora teme perderte a ti, Adler. Teme que tú también encuentres la muerte a manos de ese indeseable y me ha confesado que eso jamás se lo perdonaría.

—La Visionaria no es culpable de nada, ni de lo pasado ni de lo presente ni de lo que esté por venir. Todo lo ocurrido es parte de la profecía. Parte de lo escrito.

—¡Mi hermana no termina de confiar en vosotros, Pest! —le gritó, presa de la desesperación, consiguiendo que el gigante negro apretara tanto los puños que la piel de sus guantes crujió.

—Hlín no ha podido hacerme esto —declaré, negándome a creerlo.

—Lo ha hecho, Adler —afirmó Sigyn con la barbilla temblorosa, centrándose de nuevo en mí—. Está decidida a ser ella quien acabe con la vida de Dedrick y es en su busca a donde se dirige.

—¡Oh, mierda! Está actuando como la noche que el viejo y yo la atrapamos en la Serpiente de Obsidiana… Como ha actuado tantas

otras veces… —Al escuchar las palabras de Igel, giré el cuello para mirarlo. Mis ojos sondearon los suyos de dos colores al advertir en ellos cierto brillo de comprensión que escapaba a mi entendimiento —. Está siendo lo que indica su nombre, Adler; lo que yo mismo le dije que era cuando la llevaba al campamento después de que la capturásemos en el mineral. Porque Hlín puede que ahora sea la Visionaria, pero siempre ha sido la Protectora.

Ese Erizo del demonio la estaba justificando.

—Lo que siempre ha sido es una estúpida e impulsiva temeraria —mascullé entre dientes.

—Ha partido hará como una hora —habló entonces Egon, haciendo que desviase mi atención a él—. La persona que más quiero, la única familia que me queda, no ha pensado en que ese desgraciado no solo sabe manejar una espada, sino que, además, cuenta con dos escoltas dispuestos a ejecutar las órdenes que él les dé.

El aire comenzó a faltarme.

Egon había hablado más para sí que por hacerse oír, mas aquella verdad hizo que mis piernas retrocediesen, tambaleantes, unos pasos.

«¿Qué has hecho, mujer insensata?», pensé con el desespero del vencido.

Mis pupilas se centraron en la extensión de bosque que conducía al río.

Un rugido primitivo comenzó a gestarse en mi vientre y trepó hasta mi garganta.

Hlín me había robado cualquier oportunidad de protegerla, de cumplir la promesa que la noche anterior le había hecho.

Iba a darle alcance como fuera. Y que los dioses se apiadasen de ella, porque en esta ocasión el escarmiento que recibiría sería tan contundente que no iba a olvidarlo jamás.

La ira empezó a comerle terreno a la impotencia que su impulsivo acto había causado en mí.

—Adler. —Giré el cuello al escuchar a Sigyn nombrarme, sin disfrazar el furioso gesto que con seguridad había adquirido mi semblante—. Me pidió… Ella me pidió antes de marchar que, cuando el monstruo que anida en tu interior pretendiese salir a la superficie, te recordase las palabras que anoche te dedicó. Me… Me

insistió en que fuese concienzuda en esto.

Nuestras últimas palabras antes de que nos entregásemos a los placeres de la carne resonaron en mi cabeza.

—Te amo, Hombre de Hielo. Pese a lo sucedido y la pena que en estos días me ha inundado, no he dejado de amarte un solo momento.

—Lo sé, Hlín.

—Entonces, solo queda que no lo olvides.

Los invisibles muros que acababa de levantar en mi interior, cayeron todos a la vez, llevándose consigo la roja ira que me dominaba.

«No fui capaz de ver que su mente estaba ideando algo», me flagelé, notando una pesada carga en los párpados.

Mis ojos coincidieron de nuevo con los de Igel y las palabras que dediqué a mi compañera la noche que asaltamos su enclave y su poder se desató, regresaron en tropel a mi mente, reafirmando las que un momento antes habían salido de la boca de él.

—No, amor. —Me recordé rebatiéndole con ardorosa franqueza al oírla decir que ella debería haber muerto y no Dunkelheit—. *Si hay alguien que merece sobrevivir a todas las batallas que tengamos que librar, esa eres tú. Porque solo un alma pura podría albergar la esencia de un dios sin que esta la destruyese. Y esa, mujer preciosa y terca como ninguna, eres tú. La Protectora. La Descendiente que fue creada para unificar tres tierras divididas y devolvernos la paz.*

Yo mismo había llegado a verla como la protectora que Igel afirmaba que era. Incluso Ulla la nombró de ese modo cuando estuvimos en su morada.

Y ahora… Ahora ella iba directa hacia ese indeseable gusano por salvaguardarnos del peligro a los demás, maldición.

—¡¡¡Hlííín!!! —estallé con un bramido más agónico que la misma muerte, sintiendo que la vida se me iba de las manos ante la sola idea de perderla.

Continuará…

Guía de pronunciación y glosario

Personajes

Adler	*(Adler)*
Antje	*(Antje)*
Bärbel	*(Barbel)*
Blut	*(Blut)*
Dedrick	*(Dedric)*
Dunkelheit	*(Dunkeljait)*
Eberhard	*(Eberard)*
Egon	*(Egon)*
Fuchs	*(Fux)*
Falke	*(Falca)*
Gräuel	*(Grogüel)*
Götz	*(Gots)*
Gudrun	*(Gudrun)*
Gunnar	*(Gunar)*
Helga	*(Helga)*
Hlín	*(Lin)*
Hyäne	*(Jaian)*
Igel	*(Iguel)*
Jürgen	*(Llurguen)*
Katze	*(Catse)*
Löwin	*(Logüin)*
Mareike	*(Marike)*
Nadja	*(Nadlla)*
Nashorn	*(Nasjorn)*
Natter	*(Nater)*
Nils	*(Nils)*
Pest	*(Pest)*
Ratte	*(Rate)*
Rüdiger	*(Rudiguer)*
Schmerz	*(Esmerts)*

Sigurd	*(Sigur)*
Sigyn	*(Siguin)*
Silke	*(Silke)*
Spatz	*(Espats)*
Todesfall	*(Tudesfal)*
Torsten	*(Torsten)*
Tỳr	*(Tir)*
Ulla	*(Ula)*
Volker	*(Volka)*
Wiesel	*(Visel)*
Wolfgang	*(Guolfgan)*

Bestiario

Byrion (birion): bestia de abundante pelaje con voluminoso cuerpo y reducida cabeza que se sostiene sobre dos patas. Habita en las Lomas Blancas, al norte de Nammentos, y conviven en parejas.

Dreik (draiac): montura de los Fronterizos. Grandes bestias de pelaje negro, oriundas de los Montes Rojos. Sus infantes mandíbulas se compensan con dos largos colmillos que les nacen a ambos de la boca cuando han alcanzado la edad adulta. Carecen de ojos y, en su lugar, cuentan con dos orejas membranosas y lampiñas que les sirven para orientarse.

Syldeur (sildeur): bestia con aspecto de murciélago gigante que se sostiene sobre las extremidades inferiores, terminadas en garras. De cada uno de sus hombros surge un grueso y corvo tendón principal, que se ramifica en tres de menor grosor con los que pliegan y despliegan sus amplias y membranosas alas. Habitan en Pantano Gusano, cerca del poblado Fronterizo.

Üzgard (uzgar): bestia de tamaño medio y cuerpo corvo que mora en bosque Calavera. Se mueven en grupos y tienen la piel escamosa como la de los reptiles y los ojos amarillos con las pupilas fragmentadas. Poseen una lengua, larga y correosa, que estiran y encojen a voluntad, con la que inmovilizan a sus presas para devorarlas.

Lugares

Bosque Bruma: se encuentra al noroeste de Nammentos y comunica esta tierra con el territorio de los Fronterizos mediante El Paso.

Bosque Calavera: paraje inhóspito que linda con el bosque de las Luciérnagas y la Serpiente de Obsidiana. En él habitan los üzgards.

Bosque Cascada: territorio donde se asienta el clan de los Moradores del Agua. Está ubicado en el tramo del río Lachs donde este se bifurca.

Bosque de Ánimas: gran bosque donde habitan las criaturas más temidas de Nammentos. Todo viajero evita pasar por él.

Bosque de Hadas: se encuentra al norte de Nammentos y linda con las Lomas Blancas.

Bosque de Hayas: territorio que pertenece al clan de los Bastardos del Hierro, situado al sureste de Nammentos.

Bosque de Huesos: territorio ocupado por el clan de los Purgadores de la Fosa, al suroeste de Nammentos.

Bosque de las Luciérnagas: abarca la orilla oeste del Rötlich y su nombre se debe a los seres de luz que gobiernan las copas de los árboles.

Bosque Sauce: es el bosque que se haya en el enclave Vorgrimler, en Eddel.

Colinas de Magma: cadena montañosa al este de las ruinas de Hölle. De sus profundidades extraen el metal para la forja de armas los Heraldos.

Cordillera Serrada: agrupación montañosa al este del bosque de Ánimas donde antaño se asentaba el pueblo que se extinguió tras la guerra contra los adoradores paganos.

Desierto de Nammentos: abarca el centro de Nammentos y al norte de este se haya el bosque de Ánimas.

Eddel (Edel): tierra dividida en cuatro enclaves y gobernados, cada uno de ellos, por un noble apellido. Tienen límites fronterizos para el resto de los enclaves y rebasarlos está penado con la muerte. El enclave Vorgrimler ocupa la parte suroeste de Eddel.

El Agujero: prisión de roca situada en las entrañas de las Colinas de Magma donde los Heraldos de Hölle recluyen a quienes no son merecedores de una muerte rápida.

El Anillo: amplia oquedad en las profundidades de las Colinas de Magma donde la división de Heraldos que custodia el Agujero obliga a luchar cada noche a dos de sus presos.

El Paso: conducto subterráneo al norte de la Serpiente de Obsidiana que comunica Nammentos con el territorio Fronterizo.

Enclave Vorgrimler: uno de los cuatro enclaves en los que se divide Eddel. En él crecieron Hlín y sus hermanos.

Lachs (Lach): río que recorre de norte a sur el centro de Nammentos. Nace en las Lomas Blancas y se separa en dos afluentes en bosque Cascada, quedando el bosque de Huesos flanqueado por estos.

La Ciénaga Gris: territorio donde se asienta el clan de la Ciénaga. Se haya al noroeste del bosque de Ánimas, cerca de la orilla este del Lachs.

La Fosa: hondonada en las profundidades del bosque de Huesos donde está asentado el clan de los Purgadores.

La terma: tina de roca natural y aguas cálidas que se encuentra oculta en el bosque de Hayas.

Lomas Blancas: cadena montañosa al norte de Nammentos donde habitan los byrions.

Montañas de Mineral: se hayan al sur de la Serpiente de Obsidiana y separan el bosque Calavera del resto de

Nammentos.

Montes Rojos: agrupación montañosa que abarca tanto el norte de Eddel como el territorio Fronterizo. En ellos nace el río Rötlich y los dreiks son oriundos de allí.

Nammentos (Namentos): tierra habitada por clanes salvajes más cinco pueblos, ubicados en distintos puntos de su superficie territorial. Se encuentra al oeste de la Serpiente de Obsidiana.

Östlich (Oslich): río al este de Eddel. Nace en los Montes Rojos y atraviesa los enclaves VanKleis y Wittegenstein.

Pantano Gusano: ubicado al oeste del poblado Fronterizo. Está habitado por los syldeurs.

Picos Muertos: agrupación montañosa al norte de Nammentos donde se asienta el clan de los Errantes Negros.

Pilares Rocosos: cadena montañosa al oeste de Nammentos que pertenece al clan de los Jinetes Sombra.

Poblado Fronterizo: pueblo exclusivamente de hombres. Gobiernan el terreno que se extiende desde la orilla oeste del Rötlich hasta la Serpiente de Obsidiana y los dreiks están ligados a ellos.

Pueblo-Condado: pertenece al enclave Vorgrimler, en Eddel, y en él se hayan la fortaleza y el castillo del señor del enclave.

Pueblo Ebene: ubicado al noroeste de Nammentos. Limita al norte por los Picos Muertos, al sur por los Pilares Rocosos, al este por el río Lachs y al oeste por las Colinas de Magma.

Pueblo Öde (Ode): ubicado al suroeste de Nammentos, tras pasar el río Lachs. Es el pueblo con mayor tiranía de Nammentos.

Pueblo Salzwerk (Sazguer): ubicado al sur de Nammentos, cerca de las Rocas de Sal y la costa.

Pueblo Suß (Sub): ubicado en el centro de Nammentos. Es, de los cinco pueblos, el más civilizado.

Rocas de Sal: pequeña agrupación montañosa al sur de Nammentos. Al norte de estas se halla pueblo Salzwerk.

Rötlich (Rotlich): río que separa Eddel de las tierras salvajes de los Fronterizos. Nace en los Montes Rojos.

Ruinas de Hölle (Jul-le): pueblo en ruinas al noroeste de Nammentos. Antaño el más próspero de esa tierra. En él se asienta el clan de los Heraldos de Hölle y se halla estratégicamente protegido entre el mar, los Picos Muertos y las Colinas de Magma.

Serpiente de Obsidiana: gran pared de roca negra pulida que nace en las Montañas de Mineral, al sur de Nammentos, y ondula a ras de la tierra hasta morir en los Montes Rojos, al norte. Separa la tierra de Nammentos del territorio de los Fronterizos.

Otros términos

Comuna de Sangradoras: comunidad de mujeres que se dedican a la sanación. Se encuentra en pueblo Suβ.

Dioses primigenios: las tres deidades que escribieron la profecía que pesa sobre Nammentos.

Munno (Muno): luna de color morado que, según su ciclo, cambia desde el tono malva hasta el púrpura.

Ritual de los Eternos: ancestral ritual que solamente puede efectuarse cuando Munno se halla en su fase completa y que implica ligarse a otra persona más allá de la muerte. Consta de un juramento ante los primigenios en el que se hace una ofrenda a la pareja, otra de sangre a los dioses y se sella con la unión de los cuerpos.

Sölken (solquen): guerrero custodio elegido por los dioses primigenios para proteger a uno de los Descendientes con la misión de hacer cumplir la profecía.

Tzonne (Tsone): el sol de estas tierras, de rayos dorados muy pálidos al amanecer.

Agradecimientos

Antes de dar las gracias a todos aquellos que, de una u otra forma, formáis parte de este maravilloso mundo que es Nammentos, quiero pedir disculpas, ya que Eddel no debería haber sido un tercer volumen, sino parte del esperado desenlace. Pero no ha podido ser. Tanto Hlín como Adler, y todos los salvajes que los acompañan en esta aventura, aún tenían mucho que contar como para comprimirlo en una sola entrega. Así que os pido perdón por tener que enfrentaros de nuevo a un *Continuará* en lugar de a un *Fin*. Tengo la esperanza (y no dejo de pedir a la Madre) que esta travesía por los cuatro enclaves en los que se divide Eddel os haya gustado lo suficiente como para que os merezca la pena esperar un poco más al cierre de los Descendientes de Nammentos.

Y ahora sí voy con los agradecimientos.

Gracias a ti en primer lugar, lector, por atreverte una vez más a viajar por estas salvajes tierras bajo los haces morados de Munno y los tímidos amarillos de Tzonne. Espero de corazón que durante la lectura te hayas sentido un Bastardo del Hierro más; eso sería mi mayor orgullo como contadora de historias, pues significaría que he logrado trasladarte a este maravilloso mundo de fantasía.

A mi parejo e hijos, gracias por estar siempre ahí. Por vuestras valiosas sugerencias, vuestro apoyo incondicional y la ilusión compartida. Por todas las veces que habéis encarado con una sonrisa que os cambiase el nombre por el de alguno de mis personajes, que han sido muchas.

Os quiero a rabiar.

A Katy, McCoy, Yoli, Merche y Chari, mis dioses primigenios, infinitas gracias por las muchas aportaciones que habéis hecho para mejorar la historia y que esta no cojeara. Por el amor que mostráis a esta tierra de noches violáceas. Por actuar de jueces y verdugos cuando la he cagado y por todos vuestros «cojonudo», «te está quedando genial», «es una puta pasada»… que me han servido de chute extra para continuar incluso en los momentos de atranque creativo.

Sois tan valiosos para mí como lo es el metal que se extrae de las Colinas de Magma para los guerreros que moran Nammentos.

A Conchi, mi Munno particular, porque sin duda eres la luna del EnClave Sangar. Gracias por tus post diarios y los pequeños relatos que me ponen una sonrisa por muy gris que sea el día.

Te ailoviu una jartá, salerosa.

A Marien, mil gracias por crear con tu magia la cara visible de Eddel y conseguir que cada portada me guste un poquito más que la anterior. Por tener siempre tiempo para mí y por hacerme reír a mandíbula abierta.

Te adoro, loquita.

A Sara, *my darling* Louise, mil gracias por ser y por estar, por tus patadas en el culo diarias, por caminar a mi lado y animarme a seguir soñando.

Te quiero un huevo y lo que le sigue, guapa mía.

A Carmen, Ely, Ana y Merche, mis cagonas, gracias por formar parte de mi vida. Por vuestra amistad incondicional. Por querer no a Analí, sino a Ana, la madre de tres niños con un millón de problemas diarios a la espalda.

Sus quiero.

Mil gracias a todos los compañeros de letras que me han mostrado su apoyo en esta loca aventura que nació de un sueño, a todos los que me escribís para contarme vuestras impresiones y a los que os tomáis la molestia de dejar una reseña.

Gracias de corazón por estar al otro lado y seguir dándome alas para volar. Porque sin vosotros, nada de esto tendría sentido.

Se os quiere.